

COLECCIÓN PÍNFANOS

RECOPIACIÓN LIBROS 1-2-3-4



MADRID

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Jesús Flores Thies*
Publicado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición: Octubre 2013
Revisión: 29 de abril de 2023

PRESENTACIÓN	7
CIBERPÍNFANOS.....	11
RECUERDOS DEL COLEGIO DE LAS MERCEDES	15
MEMORIAS DEL VIEJO TRAPILLO	39
SEGISMUNDO “MUNDÍ”	94
EL OTRO FÚTBOL	122
RECUERDOS DE PADRÓN	128
EL AÑO DEL MONO	159
LA PÍNFANA.....	168
EL DUENDECILLO Y LA PÍNFANA	187
MI ESTRENO COMO PÍNFANO.....	194
RECUERDOS Y REENCUENTRO.....	202
EL MAR.....	218
EL 77	239
RELATO NAVIDEÑO	242
CARABANCHELES.....	254
RELATO DE UN PÍNFANO.....	254
SANTIAGUIÑO.....	270
LOS MATA CABRAS.....	274
VISITA A ARANJUEZ.....	283
AÑORANZAS NAVIDEÑAS	301
GUARDIA A FORMAR	322
LA FOTO	326
EN UN INSTANTE	344
EL GUATEQUE.....	351
PASAS DE MALAGA.....	372

LE BOUQUET.....	377
JUNTAS A PICOS.....	396
CONVERSACIONES CON MUNDI.....	403
VOLVER	434
MI FAMILIA, PINFANOS INCLUIDOS.....	446

PRESENTACIÓN

Desde el instante mismo de nuestro ingreso en el colegio de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de hechos y palabras que, sin saberlo por entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pínfano, trapillo, pitraca, aspirino, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde de una nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su tiempo a recordar aquellos hechos, construyendo palabra a palabra deliciosos relatos que son un fiel reflejo de nuestro paso por la institución.

En el libro recopilatorio que tus manos sostienen se han reunido relatos publicados en la página web de la Asociación y que con los años quizás hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y publicación de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación queremos dar a estos relatos una segunda oportunidad de ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos tenemos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en sucesivos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el implacable olvido y, gracias a ellos, podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las seleccionadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En este volumen recopilatorio de la colección se ha incluido un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque está escrito por un hombre que también fue una excepción en todos los sentidos, hablamos de don Miguel Delibes, un escritor excepcional; que se sepa no era pínfano aunque podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió sobre nosotros y esa es otra forma de serlo y de sentirlo.

Como indica el artículo 2 de los Estatutos, nuestra Asociación «tiene por finalidad general conseguir la relación y el contacto continuo entre todos los pínfanos, estrechando lazos de compañerismo en épocas escolares y posteriores con un sentimiento social de ayuda», por lo que esta colección de libros no deja de ser un paso más que damos en esa dirección.

Esperamos que su lectura resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera decirle a África, aquella entrañable pínfana de 15 años que vaticinó «aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos» que volverás a reunirte con tus compañeras de ayer, quizá ya lo hayas hecho, pero esta vez será solamente para disfrutar del reencuentro; acertaste de lleno: tenemos nuestra página web, hemos celebrado una decena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017*

CIBERPÍNFANOS

Autor: José Enrique Villarino Valdivielso

Permitidme que primero me presente. Soy José Enrique Villarino Valdivielso, de Lugo. De los números en los CHOES, habitual tarjeta de presentación entre nosotros, no es que no quiera, es que no puedo ya acordarme.

Alumno, que no interno que suena fatal asociado a Carabancheles, desde octubre de 1961 a junio de 1965, primero en el Colegio de Santiago en Carabanchel Bajo y, más tarde, en el Colegio de Sta. Bárbara en Carabanchel Alto. Desde esta mi primera colaboración para “Pínfanos Digital” intentaré estar en sucesivas ocasiones con vosotros salvo cuando los apretones de trabajo, familiares o de cualquier otra índole me lo impidan, que quiera Dios sean los menos.

Aquí estaré pues, a vueltas con lo divino y humano animándoos a enviar también vuestras colaboraciones pues sinceramente pienso que «Pínfanos Digital» debe hacerse desde la participación, sí no de todos, de los más, como un verdadero vehículo de comunicación, sujeto a las únicas limitaciones que nosotros mismos nos imponemos: desde el más escrupuloso respeto a las personas, las ideas ajenas y las instituciones. «Pínfanos Digital» debe ser también, por qué no, nuestra pizarra de ideas, nuestro intercambiador de

conocimientos y emociones, de las que de estas últimas, como ahora dicen los más jóvenes, vamos “sobraos”.

Quién nos iba a decir, hace 40 o más años a muchos de nosotros, que al cabo de tanto tiempo íbamos a encontrarnos, vernos incluso, a través de esta ventana sobre la que ahora escribo. Ni siquiera nuestro fino olfato pinfanil, avezados maestros en la escuela de Lázaro de Tormes, siempre alerta a todo lo que se moviera, instinto que de nosotros copió sin duda el lince ibérico, nos ha podido advertir de nuestro encuentro en la red digital. Jamás sospechamos que habríamos de tener la oportunidad de estar y sentir tan juntos, tan próximos. Ello ha sido posible porque nos hemos dejado envolver por esta sutil red de comunicación inmediata, evanescente, fantástica.

Ella hace que cuando así lo deseamos, a un ligero toque de ratón, podamos colarnos en nuestra flamante web, bajo el no menos flamante aldabón de pinfanos.net que nos permite volver a entrar por la puerta de nuestros flamantes coles aunque ya no existan, aparecer con nuestro flamante trapillo a cuestras, fumarnos, aunque ya no se lleve, nuestra flamante “pava” en el servicio antes de irnos a la cama para, finalmente echarnos aquellas flamantes y succulentas “pensadas” antes de dormirnos sobre todo lo que fuese menester: el ataque de morriña empapado en lágrimas de los primeros días, el tan ansiado giro, la deuda al pipero, las carabancheleras, Dios, los colegas, “la vieja”, el pueblo, las vacaciones, el Willy, el Zupo o la salida frustrada del domingo. De pínfanos hemos pasado a ciberpínfanos.

Pero, no todo ha sido tan fácil para todos. No es tan fácil para todos.

Pienso en primer lugar en todos aquellos pínfanos que no son ciberpínfanos, que no pueden ser ciberpínfanos porque no saben o no pueden acceder a un ordenador, a la red o a ambas cosas a la vez. En aquellos que por su edad o condiciones tampoco pueden navegar y disfrutar de nuestra página. En aquellos también a los que la vida no les ha ido muy allá o ni siquiera algo allá. De ellos tenemos que ocuparnos y a ellos tiene que llegar nuestra ayuda material, nuestro ánimo y aliento, aunque sea en papel y mejor con nuestra presencia. Tal y como dicen nuestros estatutos, que no son otra cosa que nuestra pequeña constitución, dentro de la otra Constitución, la grande, la que nosotros escribimos siempre con mayúsculas.

En segundo lugar, porque todavía no estamos en 2050 y las cosas no surgen por generación espontánea, por sí solas, porque sí. Pienso en los que han sido los pioneros de esta fantástica idea, avanzados en generosidad, empeño, tiempo y esfuerzo y que casi de la nada, o literalmente de la nada han levantado la Asociación, nuestra web, nuestros estatutos, los inenarrables y estupendos días del Pínfano, los programas de trabajo y solidaridad de la Asociación, el recuerdo hecho bronce de nuestro paso y nuestra huella en las casas donde vivimos y allá donde —que inexplicablemente ocurre— nos dejan hacerlo. Todo, en definitiva, todo.

Ser ciberpínfanos es importante pero no tan importante como ser pínfanos, a secas. Lo que fuimos y lo que seguimos siendo desde que una mañana o una tarde cruzamos la puerta del colegio —¡qué hermosas verjas solían abrir nuestros colegios!—, entristecidos todavía por la muerte de nuestro padre. Jamás imaginamos entonces que íbamos a sumergirnos en las

historias personales más fantásticas jamás contadas. En una historia que nos había de dejar una huella indeleble en todos y cada uno de nosotros, en una historia que, afortunadamente todavía, continúa llena de complicidades, afectos, amistades y solidaridad.

En definitiva, ser Pínfano, a secas, es nuestro orgullo, quizá nuestro mayor orgullo personal, el que nos hacía enhiestos a las adversidades, mayores las nuestras que las de algunos y más pequeñas que las de otros muchos muchachos de nuestro tiempo, duros por lo general en el deporte —un 10 a Miguel Delibes— y en la vida, los primeros allí donde alguno de nosotros u otros lo necesitasen.

Un fuerte abrazo.

Deliberadamente no he usado el hoy día tan de moda pínfan@s o «pínfanos y Pínfanas», que no es otra cosa que una lamentable confusión entre sexo y género, ya que pretendo no maltratar aún más el castellano. Por supuesto, que los ciberpínfanos y los pínfanos de esta nota somos todos, los pínfanos y las pínfanas.

RECUERDOS DEL COLEGIO DE LAS MERCEDES

Autor: Tomás Gamero García

CAPÍTULO 1.- La entrada

Una mujer vestida de negro, joven todavía, y un niño pequeño con una maletita de ésas que llaman cabás, en la mano, subieron unas pequeñas escaleras que conducían a una puerta en la que se podía leer «Colegio de Las Mercedes». Hijas de la Caridad. La mujer tocó el timbre.

—Buenas noches, sor —saludó con voz muy queda.

—Buenas noches —contestó una religiosa con una cosa muy rara en la cabeza, al niño le pareció una gran caperuza muy tiesa—. Soy sor Rosario. Tú serás un nuevo alumno ¿no?, eres de los últimos en incorporarte. ¿Cómo te llamas? —El niño, asustado, se agarró a las rodillas de su madre llorando en silencio, mientras en un susurro decía:

—Me llamo Juan.

—Es muy pequeño —comentó la madre. No tiene ni cinco añitos.

—Y ¿cómo lo ingresa tan pronto? —preguntó la sor.

—Eché la solicitud creyendo que me lo cogerían a los siete años, pero me ha venido aprobada y me han dicho que si renuncio pierdo la plaza. Tengo otra hija

en el colegio M^a Cristina, pero ella es más mayorcita, tiene 11 años. La madre cogió en brazos al niño y empezó a caminar detrás de la monja. El pasillo le pareció un poco estrecho y mal iluminado (luego observó una bombilla fundida), pero por contra las paredes eran de color claro y el suelo relucía de puro brillo.

—Están en el comedor, cenando. Venga, venga. Cuanto antes entre, mejor. Y diciendo esto arrebató al niño de los brazos de su madre, tan deprisa, que a ésta no le dio ni tiempo a darle un beso. El cabás se cayó. Al momento la monja lo puso en las manos del niño que, para entonces ya lloraba desconsoladamente, casi a gritos.

—Váyase, váyase. Es mejor así. El quedarse no le hará ningún bien. Ni a Vd. ni a él. A Juan el comedor le pareció muy grande y las enormes mesas de mármol aún más. Alrededor de éstas había bancos de madera, con niños y niñas que comían algo parecido a una sopa. Sor Rosario le colocó en la esquina de un banco cerca de la puerta. En cuanto la monja se volvió, aprovechó para, con un movimiento brusco, echar a correr y, de un empujón, abrir las puertas abatibles, enfilando el estrecho pasillo.

—¡Cogedle, cogedle! —gritaba Sor Rosario a la vez que emprendía una veloz carrera detrás de él.

—¡Mamá, mamá! —gritaba el pequeño. De repente una puerta se abrió y de ella salió una monja menuda y regordeta.

—¡Sor Lucía, rápido! ¡Cójale!

En un plis, plas, Sor Lucía agarró por la cabeza a Juan. Éste, por mucho que tiraba no podía deshacerse de su contrincante y continuar su huida.

—Ven aquí, rapaz. Párate.

Al verse cazado, comenzó a patalear y gritar hasta que, viendo que no conseguiría sus propósitos, se tiró al suelo cuan largo era a la vez que movía brazos y piernas con todas sus fuerzas.

—Tiene una rabieta. Ya se le pasará — oyó decir a alguien.

CAPÍTULO 2.- La primera noche

Le despertó el sabor de las patatas cocidas que había cenado. Enteras, se las comió enteras. ¡Qué diferencia con las de casa! que su madre se las chafaba.

—Déjame que te las chafe con el tenedor, te las comerás mejor—. Y era verdad, estaban más blanditas y más sabrosas. Tenía mucho frío. Acurrucado como un caracol hacía lo posible por dormir. No podía. A través de aquella enorme persiana metálica entraba un helor que le impedía cerrar los ojos. La luz de las farolas de la calle y el movimiento de las hojas de los árboles formaban sombras extrañas que trataba de descifrar: ésta parece un perro, aquella tiene forma de mesa, una nube con forma de borreguito... Eso, podía contar borreguitos u ovejas o simplemente contar. No podía. Ahora el viento era más fuerte y silbaba a través de las rendijas de la gran puerta que daba al patio.

—¿Qué te pasa? —Oyó que le preguntaban. Se volvió. En la cama de al lado, divisó en la oscuridad un chico moreno y de grandes ojos que brillaban como los de un gato.

—¿Eres nuevo?, ¿no? Yo entré anteayer. Me llamo Andrés. Tengo seis años y soy de Sevilla.

—Yo me llamo Juan y vengo de Remolí, un pueblo de Toledo. En diciembre cumpliré los cinco. No quiero estar aquí. Me escaparé.

—No podrás. Está todo cerrado. Siempre vamos en fila y nos cuentan infinidad de veces. Nos cuidan unas chicas que nos obligan a ducharnos y lavarnos los dientes.

—¿Qué es eso? —dijo señalando mi cabás.

—¡Mi cabás! —exclamé dando un salto— ¡Creía que me lo habían quitado!— Lo abrió, rebuscó en su interior y sacó una bolsa de caramelos de menta, los que más le gustaban. Ofreció uno a Andrés que, de un manotazo, lo cogió, quitó el papel y se lo metió en la boca en menos que canta un gallo.

—¡Qué rico!... Pero, ¡guárdatelos! Que no te los quiten. Los mayores son unos abusones. Ya lo verás. — Con el sabor dulce del caramelo, Juan se durmió. Entre sueños oyó las tres, las cuatro, las cinco, las seis... y un poquito antes de que diesen las siete...

—¡Arriba, arriba! ¡Gandules! ¡A levantarse! —Casi todos se dieron la vuelta y se volvieron a arropar, en una actitud de ruego más que de desobediencia. Juan saltó de la cama medio dormido. Pegó un empujón a Andrés, éste se volvió protestando.

—¿Y ahora qué hay que hacer? —preguntó Juan.

—Nos tenemos que lavar la cara y los dientes y peinarnos. Cogió el cabás y sacó una pastilla de jabón, pasta de dientes, el cepillo y el peine. Observó que los demás cogían su toalla. Él no tenía, pero al momento se acercó una chica —la misma que los había despertado— que le dejó un montón de ropa encima de su cama.

—Toma, tu número es el 77. Cuando vayas a casa que

te lo marquen todo.

—Volver a casa —pensó Juan. Si su madre apenas tenía para malcomer. ¿Cómo le iba a sacar siquiera de fin de semana?

Una voz le apartó de sus pensamientos.

—¡Venga, venga!, ¡A lavarte! ¡Qué llegas tarde al desayuno!

El agua estaba muy fría. Se lavó, tal y como le dijo Andrés, las manos, cara, orejas y se mojó el pelo, que peinó con rabia. La cuidadora no se apartó de él hasta que acabó.

CAPÍTULO 3.- El Papa

El desayuno consistía en leche, con mucha nata —gorda y pastosa— y galletas. Juan no se lo pudo acabar pues la nata le daba arcadas, a punto estuvo de vomitar. No comió nada. A media mañana les dieron un trozo de pan y chocolate. Esto ya le gustó más.

—Si pones el chocolate en el radiador se derrite y sabe más bueno— le dijo Andrés. Y era verdad. ¡Estaba exquisito!, ¡qué suerte poder compartir las cosas con alguien! Los niños se habían vuelto inseparables y eso que no tenían nada en común. Juan era alto, desgarbado, muy tímido. Andrés lo contrario, bajito, una flecha para todo y con una alegría propia de los andaluces. Al principio Juan creyó que era por los caramelos, pero cuando éstos se acabaron, Andrés siguió a su lado como si de hermanos se tratara. Les unía una especie de afecto mezcla de desilusión y soledad. Eran huérfanos. Ya se encargaban las buenas madres de recordárselo cada dos por tres:

—Lo hacemos por vuestro bien —les decían—. Si vuestros padres vivieran estarían orgullosos de vosotros. Y pensad el sacrificio tan grande que las mamás hacen al apartaros de ellas y traer os al colegio para que os hagáis hombres de provecho—. Andrés no sé lo que pensaba —no se lo pregunté nunca—. A mí se me helaba el corazón y no lloraba de pura vergüenza. Ya estábamos acostados. No nos quitábamos el jersey para paliar un poco el frío que teníamos, y más por la noche que bajaban la calefacción. Serían las cinco de la madrugada.

—¡Levantaos! ¡Pronto, pronto! ¡Se ha muerto el Papa! Sor Rosario corría arriba y abajo por el dormitorio echando las colchas para atrás. ¡Venga, venga! Medio dormidos, y algunos dormidos del todo, hicimos además de coger las toallas, pero Sor Rosario nos dijo que no hacía falta que nos lavásemos.

—¡Todos a la tele! ¡Todos a la tele! Agolpándonos unos tras los otros y sin entender mucho qué pasaba y el porqué de tantas prisas nos sentamos en la sala de la TV. Tanto frío hacía que el vapor salía de nuestras bocas al respirar.

—¡Mirad, mirad! ¡El Papa! ¡ha muerto!— gritaba casi llorando Sor Rosario. Con cara de bobos miramos la pantalla que nos ofrecía la imagen de una persona que sería la del Papa pero que no conocíamos de nada, con unas túnicas muy largas. Me llamó la atención su gran nariz y el gorro puntiagudo —enorme— que tenía en la cabeza. Rezamos un rosario y nos volvimos a la cama.

CAPÍTULO 4.-Vacaciones de Navidad

Carta de mi madre. Yo ya sabía leer y escribir, así que

tendría sobre los siete años. "Estas Navidades las tendrás que pasar en el colegio, pues no te puedo traer a casa". Ya no lloré. No valía la pena. Otras vacaciones más sin salir a casa. No lloré pero sí rompí la carta en mil pedazos, de rabia. Para colmo nos habían puesto trabajo de Religión y quería salir para poder conseguir algo de material. Me había empeñado en llevarme algún premio y así hacer méritos para que mi madre me sacara algún fin de semana. ¡Cómo si de ella dependiera! Andrés y yo, con mucho tiempo libre, nos las ingeniábamos para pasarlo lo mejor posible. Recorriamos todos los rincones del cole, sobre todo los prohibidos. Bajábamos al sótano —que no se podía—, era inmenso.

Allí estaba la lavandería, con grandes máquinas, las calderas también eran enormes y ruidosas y lo que más nos gustaba era el almacén dónde guardaban los alimentos. Jamás nos comimos nada, excepto la leche en polvo ¡qué rica estaba! en esos grandes bidones. Los vacíos los utilizábamos para escondernos e incluso rodar dentro de ellos. Había chicas que planchaban. Nos las ingeniábamos para que nos diesen chocolate y caramelos. Las más cariñosas nos abrazaban y nos besaban diciendo que nos parecíamos a su hermano pequeño o a algún sobrino. ¡A nosotros nos encantaban estas efusiones de afecto! Allí fue donde encontré los dibujos ¡eran muy bonitos!, ¡y justo lo que buscaba! Había todo tipo de ángeles, pero uno en especial que ya lo veía en la portada de mi trabajo.

—Deja eso que nos la cargamos— me dijo Andrés —. ¡Pero si están en la basura! Cuando me lo calque los volveré a dejar aquí. Pero se me olvidó devolverlos a su sitio, se quedaron en el pupitre de clase. Ni me volví

a acordar de la libreta... Cuando empezamos de nuevo las clases tuve la mala suerte de que, al pasar Sor Rosario cerca de mi sitio, la libreta cayó al suelo. La cogió y extrañada comentó: ¡Mi libreta!, ¿dónde la has encontrado?, ¿no me la habrás quitado? Me quedé de piedra, tan de piedra que no pude articular palabra. Me puse tan nervioso que comencé a tartamudear y solo pude decir: Andrés, explícale tú lo que ha pasado. Y Andrés, con su desparpajo habitual contó con pelos y señales lo que había pasado, recalcando muchas veces que nos la habíamos encontrado en la basura. No se si Sor Rosario le creyó, pero cogió la libreta y no dijo ni pío. Y yo allí de pie, mudo y con cara de tonto. Presenté el trabajo. Quedé en segundo lugar. El primer premio fue para una niña —a mí me pareció una cursi— que había salido de vacaciones a casa, y por tanto, tuvo ventaja a la hora de hacerlo.

—No es justo— Le dije a Andrés. Me he esforzado mucho más que ella y con menos medios.

—¡Qué más da! ¡Si el premio no valía nada! Total una caja de pinturas...

—Ya , ya, pensé yo... Con lo bien que me hubiesen venido...

—Venga, vamos a jugar con el Mecano.

¡El Mecano! ¡Mi primer juguete importante! En Navidades, los que no íbamos a casa, no lo pasábamos mal. Quitando que no veíamos a la familia, las monjitas intentaban hacernos las vacaciones más llevaderas. Comíamos algo mejor. Al ser menos estaban más pendientes de nosotros, hasta nos hacían escribir la carta a los Reyes. Yo pedí un mecano y unos libros —los libros eran una recomendación muy especial de ellas—. Nos sacaron una tarde a pasear por el

Centro. Nos llevaron al cine, vimos una de un romano muy forzudo ¿Espartaco?, que ayudaba a todo el mundo. Creo que también salía Jesús, de mayor. Después echamos la carta en un buzón que había al lado de un sillón muy grande, pero me llevé una decepción, pues allí no había ningún rey, igual al vernos con el uniforme se asustó y se fue... ¡í6 de Enero! ¡Los Reyes! La noche anterior habíamos dejado los zapatos con nuestros nombres en una de las clases que, durante las vacaciones, era sala de recreo. Después del desayuno se presentó un militar, que a mí me pareció imponente, —de mayor seré militar— le comenté a Andrés. Uno a uno nos fue nombrando y entregando los regalos. ¡Un mecano! ...y dos libros de Salgari. Lo cuidaba como el mayor de mis tesoros. A Andrés le dejaba jugar pero constantemente estaba repitiendo que tuviera mucho cuidado... a veces se enfadaba—menuda perra tienes con tu mecano—. Estuvo por casa durante algún tiempo, hasta que en una de las muchas mudanzas lo perdí o mi madre lo tiró... vete tú a saber.

CAPÍTULO 5.- El Domund

El día del Domund nos mandaban a postular por el barrio. Todos queríamos ir, así por lo menos veías la calle. —Solo podéis ir hasta la casa del médico— nos recalcaban una y otra vez.

—Si nos la conocemos muy bien— pensaba yo. La casa daba a las traseras del solar —nuestro patio de juegos—, por tanto cada vez que dábamos un patadón al balón y se nos encalaba teníamos que ir a por él, pues por mucho que chillásemos ¡iel balón!, ¡iel balón!, nadie nos lo devolvía. Nos turnábamos para salir a

buscarlo, ya que lo teníamos completamente prohibido, pero nos saltábamos la regla. Salíamos a la calle, dábamos la vuelta a la manzana, muy despacito, como saboreando ese momento de libertad y llamábamos al timbre de la casa. De ella salía una chica con uniforme, que, con muy mal genio, nos devolvía el balón. —Ha dicho mi señora que es la última vez que os lo devuelve, que la próxima se lo quedará para ella, que tengáis más cuidado y que deis las gracias a su marido que es el que dice que os lo devuelva, que si por ella fuera, no lo haría...— A veces lo tirábamos aposta para poder salir y dar esa vueltecita que a nosotros nos parecía la mayor libertad del mundo.

—¡Que he recaudado más que tú!, me gritó un compañero a la vez que con la hucha me daba un golpe en la boca. Vi rayos, estrellas y todos los planetas. ¡Qué manera de dolerme los dientes!... Pero lo peor fue que al mirarme en el espejo vi horrorizado que me había partido uno de los de delante. Estuve unos cuantos días sin poder comer. No me lo he arreglado y creo que no me lo arreglaré nunca. Con los años se han ido igualando, pero todavía se ve uno más pequeño que el otro. Con el buen tiempo nos llevaban a un solar anexo, muy grande, que no sé quién hacia el favor de dejárselo a las monjas para que pudiésemos jugar. Había muchos árboles.

Cuando hacía calor en vez de jugar al fútbol, Andrés y yo nos entreteníamos en coger orugas, no nos daban ningún miedo y eso que decían que si las tocábamos nos picaban las manos y nos salían ronchas, pues a nosotros no. Con sus pinchitos eran unos bichos bastantes feos pero a nosotros nos parecían preciosas. Las poníamos en fila, pasaban por debajo de puentes hechos con piedras... se nos asemejaban a un ejército

haciendo instrucción.

También cogimos un gorrión —se caería de algún nido—. Lo escondimos en el váter. Le llevábamos miguitas de pan y agua. Nos poníamos un trocito en la lengua y el animalillo ni atinaba, era muy pequeño. Dentro de nuestra ingenuidad pensábamos que se haría grande y le echaríamos a volar desde la terraza y volvería a ser libre. Se murió a la semana siguiente.

CAPÍTULO 6.- La Tómbola

Creo que era la fiesta de la Inmaculada. Las monjitas la celebraban por todo lo alto, nos dijeron que tendríamos una gran sorpresa. Nos encontrábamos en la terraza del primer piso, dónde subíamos algunas veces a ver un poquito de calle y los coches. Andrés y yo estábamos acostumbrados a vagar por los pasillo sin que nadie nos vigilara. Subíamos y bajábamos, entrábamos y salíamos... Si oíamos algún ruido sospechoso nos escondíamos en los sitios más inverosímiles. Con el tiempo nos convertimos en expertos del camuflaje. Recorríamos los dormitorios, el de los mayores estaba en el primer piso —era enorme—; en el segundo piso estaba el de las niñas, a ese no entrábamos... ni a ése ni a una puerta que para nosotros era secreta e inaccesible: la de la Comunidad de las monjas.

Yo entré una sola vez en todo el tiempo que estuve allí y fue porque me puse enfermo y sor Rosario me metió a ponerme el termómetro. A las monjas estaba prohibido verlas comer, rezar... cuando íbamos de excursión me llamaba mucho la atención que, para comer se ponían delante una sábana que nos impedía

verlas comer y lo que comían... circulaba el chismoreo de que comían muy bien, incluso que bebían vino. Oímos unos golpes que procedían del solar contiguo. Me asomé —¡Caballitos! ¡Caballitos! ¡Están montando unos caballitos! ¿Serán gratis? —No lo sé. De todas maneras no pienso pagar— contestó Andrés. Montaron los caballitos, una noria y una tómbola. Todos esperábamos con nerviosismo que llegara ese día. —No os va costar nada —nos dijo Sor Rosario. Os daremos unos vales como si fuesen dinero y os los gastáis como queráis. Nos montamos no sé cuántas veces en todo. Cuando las encargadas de poner en marcha las atracciones (todas eran chicas) se daban la vuelta, nos subíamos de un salto. Al ir todos vestidos igual, no prestaban atención de quienes éramos.

—Voy a echar a la tómbola —le comenté a Andrés.

—Prefiero seguir montándome en cosas —Ve tú.

Compré algunos boletos. No me tocó nada, pero en uno de ellos había un número valedero para un sorteo especial que se haría al final del día. La hora llegó. Sacaron tres números para tres regalos gordos. Nada. —¡Y ahora el regalo estrella! ¡Una estupenda túrmix! Ya me alejaba de la gente, pues no sabía qué demonios podía ser aquella cosa. De repente miré el boleto y comprobé, asombrado, que coincidía con el número que acababan de sacar.

—¡Aquí, aquí! ¡Lo tengo yo! ¡Yo! Me hicieron subir al mostrador de la tómbola, me entregaron una caja y ese día recibí uno de los mayores aplausos de mi vida. Con la caja en alto —como si de un trofeo se tratara— la gente comenzó a aplaudirme y a gritar ¡bravo! ¡bravo! No entendía nada. Sor Rosario me recogió el regalo y dijo que me lo guardaría hasta que fuese a casa y se lo

llevara a mi madre. Al día siguiente después de clase, volví a entrar a por unas pinturas que necesitaba. No había nadie. Miré a la ventana, encima de una especie de poyete que tenía iestaba la túrmix! Me acerqué, la saqué de la caja, busqué un enchufe y la puse en marcha. Aquello empezó a crujir como si se rompiesen todos los cristales del mundo. Me di un buen susto. Miré y vi que la parte de arriba que era de cristal estaba hecha añicos. En un momento guardé todo en la caja y la volví a su lugar. Todos los días rezaba para que a Sor Rosario no se le ocurriera enseñarla. Alguien me escuchó. Al llegar el día que me iba de vacaciones:

—Madre, ¿Puedo coger el regalo que me tocó en la tómbola y llevármelo a casa?— Me dijo que sí. ¡Estaba salvado! Lo que no había pensado es en lo que le iba a decir a mi madre cuando la viese rota. Al bajar del tren...

—¡Qué bonita es! ¡A ver, a ver! Cuando se dio cuenta de que estaba rota solamente dijo:

—Habrá sido de un golpe en el viaje. No pasa nada. A lo mejor alguna vecina tiene una igual y me deja la parte de arriba para hacer mayonesa.... ¡Lo que no se les ocurra a las madres...!

CAPÍTULO 7. - Paperas y Primera Comunión

La Primera Comunión se hacía a los siete años. Como era bastante alto y me sabía el catecismo Sor Rosario habló con mi madre y convinieron en que la haría a los seis. Así que coincidí con Andrés mientras nos preparábamos. En clase hacíamos competiciones de Catecismo. Primero Sor Rosario nos preguntaba y nos iba

eliminando hasta que quedábamos cinco. Entre nosotros nos preguntábamos y nos íbamos eliminando. En una de éstas quedamos finalistas Andrés y yo. Hice todo lo posible porque así fuera —le soplé unas cuantas respuestas—. Él se lo estaba pasando en grande, pues su fuerte no era precisamente el estudio. Al pasar a su lado le susurré:

—Como me ganes te parto la cabeza—. Sin darle la mayor importancia comenzó a silbar y a reírse.

Empezaron las preguntas. La primera y segunda ronda terminamos empatados. A la tercera le hice una pregunta un poco complicada, pero se la supo. Contraatacó con una difícilísima —se la contesté bien—. Yo ya me estaba cansando, así que en una de aquellas me despisté y fallé.

¡Ganador y fajín de honor! Andrés Rubio. No volvimos a hablar del asunto.

Pasados unos días:

—Fallaste aposta —me dijo Andrés— Eres idiota o qué —contesté— Tú has ganado con todo merecimiento. La última pregunta no me la sabía. Aunque el colegio tenía una pequeña capilla, la Comunión la hacíamos en una Iglesia contigua a la casa del médico. Allí ensayábamos lo que teníamos que hacer ese día. Una mañana, no había desayunado nada —como casi siempre—, la nata de la leche era superior a mis fuerzas y las galletas no me entraban secas. —Te toca, Juan— me dijo Sor Rosario. No oí más. Se me nubló la vista y caí al suelo redondo como un tronco. Me desperté en la enfermería.

—Tienes mucha fiebre —comentó Sor Asunción, la madre enfermera— Llamaremos al médico—. Al cabo de un rato apareció un ser menudo, encorvado y con

un traje lleno de lamparones. Olía a tabaco. Me auscultó y después de un momento pensando dijo: —Este chico tiene paperas.

Se estaba bien en la enfermería. No había ningún enfermo más, así que Sor Asunción —que me conocía de darme clases de Lengua— me daba todo lo que le pedía.

—Quíteme un rato estas cataplasmas. Me pican muchísimo.

—Pero por poco rato. Ya sabes que te tienes que poner bueno para poder hacer la Comunión. Ya verás lo guapo que vas a estar con tu uniforme de marinero.

—Yo quiero ir de Almirante, Madre.

—Déjate de bobadas. El traje de marinero es más bonito, el de almirante con todos esos colgajos pesa mucho. Y se quedaba tan ancha, y además me convencía. Por las mañanas cuando me traía la leche le decía muy despacito:

—Madre, podría quitarla nata. No me gusta. Me dan arcadas.

—Arcadas, arcadas, eres un caprichoso. Bueno, te la quitaré. Y me traía la leche más limpia que había visto jamás. ¡Lo rica que estaba! ¿Por qué no nos la darían así en el comedor? Mi madre vino a verme toda nerviosa y preocupada por si no me curaba a tiempo. Sor Asunción la tranquilizó y le comentó —entre risas— que era un niño muy mimado, pero fuerte como un roble.

También aprovechó para preguntar las cosas que necesitaba para el día de la Primera Comunión.

—No se preocupe, se lo damos todo. Bueno, el traje lo tiene que devolver, se lo puede llevar a casa para las fotos... ¡Y cuidado con mancharlo! Cuando la Madre

salió un momentito de la enfermería, la mía aprovechó para sacarme unos cuantos plátanos —estaba totalmente prohibido traernos comida—.

—Venga, comételo de prisa, no vaya a venir. Y yo me los comía hasta que me atragantaba. ¡Me sabían a gloria bendita!

Y llegó el gran día. Nos llevaron al dormitorio de los mayores. Encima de cada cama teníamos todo lo necesario para vestirnos. Inmaculadamente limpio: ropa interior, calcetines... los zapatos me venían un poco grandes y Sor Rosario lo arregló poniéndome algodones, como podía andaba intentando no tropezarme. También el rosario y el misal, pero eso creo que nos lo compraban nuestras madres. La ceremonia fue muy bonita. El yo renunció... todavía tengo fotos con Andrés —nos pusieron de pareja— y algunas del convite.

—¡Banquete, banquete!, nos van a dar un banquete, comentábamos entusiasmados... bollos, chocolate, bocadillos... que, acostumbrados a la comida diaria, nos pareció un gran banquete. ¡Ah! ¡La leche no tenía nata! Mi madre me regaló un reloj, a mi me pareció precioso, pero más que nada la importancia de que ya era mayor para llevar reloj. Mi madre no me quiso comprar ninguno hasta que no hiciera la comunión. Era un Festina, redondo, con los números muy grandes.

—Es de cadete. Cuídalo. No lo pierdas, que no te lo quiten, no se lo dejes a nadie... Me ha costado muchos sacrificios comprártelo. Y no lo perdí... aún lo conservo como oro en paño.

CAPÍTULO 8.- Salimos a comprar

Como premio, a los más aplicados, la Madre Superiora nos llevaba a comprar con ella. Íbamos al centro. Yo no conocía el metro. Me pareció una cueva hondísima, húmeda y fría. No me gustó. La Superiora me llevaba de la mano y me preguntaba cosas, haciendo que, poco a poco, estuviera más tranquilo. Me causaba mucho respeto, bueno a mí y a todos. Pero intentaba hacerlo lo mejor que podía. Me apabulló tanto coche. La ciudad me pareció negra y triste, como llena de niebla. Los coches todos de color negro, menos algunos que llevaban una franja roja. Sí que me gustaron los autobuses, sobre todo los de dos pisos, además la madre me dejó subirme solo arriba y fue maravilloso. Fuimos a unos grandes almacenes a comprar ropa para los niños y niñas del cole. Nos atendían con mucha amabilidad. Después fuimos a una zapatería grandísima y allí me probé muchas botas "Gorilas", que era las que mi madre siempre me quería comprar pero no podía. Comimos unos bocadillos sentados en una terraza, el mío —grandísimo— era de calamares, de beber una zarzaparrilla. ¡Qué bueno me supo todo!

—¿Qué quieres de postre?— Los ojos se me fueron a los helados.

—Tómate el que quieras—. Pedí uno de chocolate, que no olvidaré jamás —era enorme— y para que me durará más me lo fui comiendo muy despacito.

—Límpiate que nos vamos.

Parecía un porteador de esos que salen en las películas de la selva, todo lleno de paquetes. Pero no me importaba ni me pesaban. Me lo había pasado tan bien

que cuando llegamos al colegio —en un exceso de confianza— le dije:

—Madre, cuando quiera me vuelve a sacar otro día.

—No hijo, no podrá ser. Cada vez os toca a uno distinto. Adiós y gracias... y me metió unos cuantos caramelos en el bolsillo.

CAPÍTULO 9.- Decisión irrevocable

Ya tenía nueve años y estaba preparándome para el examen de ingreso, me sabía bastante bien la Enciclopedia, así que creía que me dejarían presentar. Andrés se presentaba y yo quería hacerlo también. Habíamos planeado hacer Bachiller en la misma ciudad, en otro Colegio que tenían los militares donde se hacía hasta 4^o y Reválida y nos habían dicho que se podía salir sin autorización.

—Es muy pequeño— dijo mi madre a Sor Rosario.

—Pues, si Vd. quiere, le dejamos un año más, total como cumple los años en diciembre, no se nota tanto.

—De acuerdo. Lo que Vds. digan—. A mí me fastidiaron bien. Yo quería hacer el examen. No es que estuviera mal en el cole, pero ya me apetecía salir todos los fines de semana y sobre todo lo de fumar me atraía mucho. Fui a hablar con la Madre Superiora. Era extraño, pero no estaba nada nervioso. Se lo expliqué todo. No había solución. Ya habían decidido, con el beneplácito de mi madre, que me quedara un año más, y que en vez de hacer el Bachiller en la misma ciudad, me iría a Galicia, donde las Madres tenían otro colegio y así no cambiaba de monjas. Me puse furioso. No quería ni estarme un año más allí, ni irme tan lejos.

No había nada que hacer. Estuve unos cuantos días enfadado. Tanto es así que Sor Rosario me tuvo que llamar la atención por mi mal comportamiento.

—Juan. ¿Qué te pasa? Estás muy alterado. No te sienta nada bien hacerte mayor. Lo hacía aposta. Imaginaba que al portarme mal ya no me querrían allí, pero nada. Y llegó el verano. Me olvidaría de todo y me dedicaría a pasármelo bien.

CAPÍTULO 10.- Afectos

Era por la tarde. Las clases ya se habían acabado y había chicas —las asistentas las llamaban— que se hacían cargo de la limpieza. Entré en la clase como si fuera un torete, corriendo y con la cabeza gacha... tenía prisa porque me había dejado olvidadas las pinturas. Me tropecé, el golpe fue bastante fuerte. Al levantar la cabeza vi a una chica rubia con un lunar en la boca, como dice la canción.

—Me has hecho daño.

—Perdona. Iba despistado. Tengo que coger unas cosas antes de que cierres. Entonces empezó a preguntarme que de dónde era, que a qué curso iba...

—Te pareces mucho a mi sobrino (eso ya lo había oído decir en otro sitio). Me agarró de la cabeza y me dio dos besos, uno en cada mejilla, que aún hoy me dejan patidifuso. La busqué otras tardes. Pregunté por ella a Sor Rosario.

—Se ha ido al pueblo a cuidar a su madre. ¿Por qué?

—Por nada, es que alguna vez me daba caramelos.

Durante días sentía una sensación muy rara... de afecto.... me acordaba de mi hermana que hacía un

montón de tiempo que no veía.

CAPÍTULO 11.- Castigos ejemplares

Ya dormíamos en el dormitorio del primer piso. Era grandísimo. Al irse mi curso, empezó una etapa en la que apenas conocía a nadie, así que me dio por escuchar la radio. Me habían regalado una pequeñita y estaba todo el tiempo escuchándola. De vez en cuando se acercaba algún compañero y hablábamos. Sobre todo me preguntaban cosas del colegio —como yo era el mayor—. Me hice más observador, meditaba todas mis decisiones, reflexionaba mucho... así que desarrollé una vida interior que luego me ha hecho ser sumamente introvertido. Nos tocaba bajar y subir muchas veces al cabo del día. Una mañana ya estábamos en fila. Después de un inicio de bajada hubo un parón —cosa rara, pues las filas eran extremadamente rígidas—. Continué bajando y, al llegar al descansillo me encontré a alguien con una sábana puesta encima (como los fantasmas). La sábana tenía una gran mancha amarilla.

—¡Se ha meado! —comentaban algunos. Pasé a su lado. No sabía ni supe quién era. En ese momento me entró una rabia infinita, pero no hice nada. Además, luego me enteré que el compañero tenía problemas para orinar.

En clase —con Sor Rosario sí que tenía algo de confianza— pregunté:

—¿Por qué le han hecho eso?

—Cuando se hacen cosas que no se deben hay que poner un castigo.

—No lo entiendo ni lo entenderé. Pero todavía era un niño.

—Ya lo entenderás cuando seas mayor —me dijo Sor Rosario. Pero nunca lo entendí.

CAPÍTULO 12.- La muerte de mi abuela

Al llegar nuevos al pueblo, mi madre realquiló una habitación de esas con derecho a cocina. En la casa vivían una señora —que después la llamaría tía—, viuda también, y su madre muy mayor. Mi madre, por ayudar en la casa, poco a poco se fue haciendo cargo de ella, la cuidaba, lavaba... y a mí me fue tomando cariño. No conocí a ninguno de mis "verdaderos" abuelos. A la que me agenció la llegué a querer como si hubiese sido la mía. Me quería mucho. Me llamaba "su Juanillo" y de cuando en cuando me daba alguna perra para golosinas. Íbamos a pasear, cuando podía, pues se fue deteriorando rápidamente. Ya no se levantaba. Si quería algo empezaba a gritar mi nombre hasta que aparecía y se trataba de cualquier tontería... Me contaba cuentos muy tiernos y era muy bondadosa.

Un día me llamo la Madre Superiora. —Tengo que darte una mala noticia. Tu abuela ha muerto—. Me entró de todo. Yo no sabía lo que era morirse un familiar. Ni a mi padre —al que ni siquiera conocí— pues murió siendo yo muy pequeño. Vinieron mi madre y mi tía. Me abalancé hacia ellas y me puse a llorar. Ha sido la primera vez que he llorado de sentimiento por alguien.

CAPÍTULO 13.- El Reencuentro

Me aburría soberanamente. Era el mayor de la clase y todos mis amigos ya se habían ido a otro Colegio. Me enteré de que Andrés estaba haciendo Bachiller en la misma ciudad. Me acordaba de él y de los buenos ratos que pasamos juntos. Pero ya no estaba y me tenía que buscar la vida por mi cuenta. Me sabía casi todo lo que dábamos en clase, así que allí también me aburría. Sor Rosario ya no me hacía mucho caso, pues bastante tenía con los otros. De vez en cuando me cogía aparte y me decía que tenía que dar ejemplo, pues era el mayor de la clase y los demás se fijaban mucho en lo que yo hacía. Me aficioné a la lectura. Me pasaba los recreos en clase, leyendo. Todo lo que caía en mis manos: El ABC, cuentos, libros, tebeos. Un sábado vino a sacarme de fin de semana una amiga de mi madre que vivía cerca. Me alegré lo indecible. Por lo menos hablaría con otra gente. Me llevó a ver "Tómbola" y cenar un bocadillo. Lo pasé como nunca. El domingo por la tarde ya me estaba entrando el cosquilleo de tener que volver al colegio.

Alguien llamó a la puerta. Oí voces, una de un chico. —Pasad, pasad—. Mis ojos no daba crédito a lo que veían.

—¡Andrés! ¿Qué haces tú aquí?

—¿Y tú? ¡Qué alegría! Nos dimos un fuerte abrazo.

—Soy hijo de la amiga de la amiga de tu madre.

Me la presentó. Había venido a verle desde su tierra. Él también estaba un poco con el cosquilleo, pues se acababa lo bueno y tenía que volver al colegio —como yo—. Hablamos de muchísimas cosas, nos reímos de las travesuras que hacíamos cuando éramos pequeños.

Nos contamos cómo nos iba la vida... Como él tenía más facilidad para salir, aún vino a verme algún domingo. Más tarde me enteré de que su madre había muerto y se fue a vivir a Cataluña con unos tíos suyos. No he vuelto a saber más de él.

CAPÍTULO 14.- Visita de Cortesía

Y llegó el día del examen de Ingreso. Lo hacíamos por libre, en un Instituto —me pareció grandísimo—, las paredes estaban húmedas y los bancos y las sillas eran alargados. Nos pusieron muy separados unos de otros. No veías nada. Estaba nervioso. Me habían dicho que para aprobar sólo podías tener tres faltas en el dictado y tener bien la división. Nos hizo el dictado una señora muy mayor, que chillaba mucho. No aceptaba repetir ni una palabra. Después hicimos las matemáticas. Comimos en el patio. Por la tarde era la segunda parte. Ante cuatro personas, contestabas a preguntas de todo tipo. Cuando salí y comprobé que tenía bien la división, respiré tranquilo. ¡Aprobé! ¡menuda alegría! Llamé enseguida a mi madre y se lo dije. Ese día, y como un regalo a todos los que nos examinamos, nos dejaron llamar a casa.

Volví al colegio al año siguiente. Las monjas me recibieron con mucha alegría. Les enseñé las notas de bachiller y se pusieron muy contentas. Pero tuve una pena. A Sor Rosario la habían destinado a Roma. Mientras tanto mi madre estaba feliz y no paraba de dar las gracias a todas. La Madre Superiora también me recibió. Sin alegrías. Me limité a besar su crucifijo. Dándome un papel me dijo:

—¿Me puedes escribir la Editorial del Diccionario de

Lengua Española que habéis tenido en este curso? Se lo escribí.

Me acordaré toda la vida: BOSCH.

MEMORIAS DEL VIEJO TRAPILLO

Autor: Ramón Faro Cajal

CAPITULO I A MODO DE INTRODUCCIÓN

Higinio Zardoya Tardón era huérfano. Era ese ser que a veces nos encontramos en la vida y que transpira orfandad por todas partes. Tenía tipo de huérfano, cara de huérfano y sobre todo mirada de huérfano. Cuando se cruzaba con alguien por la calle, la gente comentaba "mira un huérfano".

Higinio había vivido muy tranquilamente sus primeros 16 años. Su padre, teniente de Intendencia de la escala auxiliar, desde sus tiempos de sargento había desarrollado sus funciones en el Grupo Regional número 1 de Madrid, antigua Agrupación Divisionaria de Intendencia y más concretamente en la panadería.

Higinio aquella mañana había salido más o menos contento al instituto llevando las matemáticas más que flojillas en espera de su examen de reválida de sexto, para acabar con su bachiller.

En pleno examen el catedrático, con cara de circunspecto, le dijo que se fuera para casa que había ocurrido una desgracia.

Su padre murió en el camión que llevaba el pan del

grupo a los distintos cuarteles.

Con el accidente, Higinio cambió.

En el instituto, aunque el examen fue un desastre, le aprobaron el bachiller y a nivel oficial a su padre no le dieron la muerte en acto de servicio, pues el que fuera en el camión fue debido a que aprovechó que el vehículo pasaba cerca del Ayuntamiento, donde debía de ir a resolver asuntos personales.

A Higinio se le quedó el porte triste, del hombre que ha sufrido una desgracia y que cuando hablas con él por primera vez, en la frase de inicio de conversación, te suelta a modo de excusa "es que soy huérfano".

Son esos tíos que, en mitad de una frase, es como si tuvieran un flash retrospectivo y pasan de una expresión afable y risueña a ponérsele unos ojos de carnero y la boca arqueada hacia abajo. Lo dicho, ponen cara de huérfano.

De este ser anodino, triste, espeso, aburrido y mortalmente negativo no vamos a hablar, vamos a relatar su segunda transformación, vamos a partir del momento de su vida en el que se entera que ser huérfano no es una desgracia ¡ES UN DELITO! y que a su madre no se le llama mamá, se le llama "la viuda".

De que aparte de apellidarse Zardoya Tardón, también se apellida piedra pero... ¡ASI DE GORDA!

De que Ramón Angulo aunque también se apellida piedra, no es familiar suyo.

De que a partir de un momento de su vida habrá de compartir los cigarrillos con otras bocas sedientas de humo y que una colilla es una "pava" respetabilísima, que en su momento será la envidia de alguien.

De que las señoras se visten con cualquier trapito y

tú con un trapillo.

De que un "virus" no es un bicho pequeñajo.

De que te van a dar un número para toda la vida y de que el siete dieciséis no ingresó aunque tenía enchufe.

De que el «aspirino» es un ser que cuando te ataca llamándote huérfano, has de contestarle que «para la mierda de padres que tienen algunos...».

De que la quiniela que va a rellenar no tiene premio, ni catorce resultados.

De que hay un «papel para el pecho» y este último no coincide con la anatomía que él conoce.

Así, poco a poco, a base de pequeños cuentecillos, anécdotas y demás vicisitudes, haremos de este Zardoya «Piedra» su transformación de ese personaje que abandonamos al principio de estas líneas y haremos que se convierta en ese individuo que no necesita de descripciones ni de definición, pues la misma palabra denota un ser de unas características tales que muy bien puede aparecer en la historia como el descubridor de la máquina de pelar langostinos o el hombre que terminó con el hambre de los «matongos» porque montó una fábrica de «papel para el pecho», o también puede ser que terminase como representante de los presos de Carabanchel. En fin, un hombre llamado a ser líder. Y como resumen ese hombre se va a transformar de huérfano a ¡PINFANO!

¡Dios mío! solo de escribir la palabra un escalofrío me ha recorrido la espalda.

¿Qué es un pínfano?, casi nada. Pínfano soy yo.

Cuando la Real Academia de la Lengua determine, por fin, la definición de pínfano, creo que dirá algo así:

Pínfano: Animal mamífero y vertebrado, de la familia de los huérfanos, que con la transformación en el CHOE (fórmula secretísima) se le dota de superpoderes, como el de oler un duro a distancia, aprovechamiento de desechos, visión nocturna y supervivencia suma. Su hábitat lo resume la frase "en donde menos piensas que hubo nada... ya allí un pínfano se fumó una pava".

Estudios de la NASA han determinado que después del holocausto nuclear de los pocos que quedarían con vida sobre la Tierra serían las cucarachas, algún chino (es imposible matarlos a todos) algún gallego (están en todos los sitios) y una gran parte de pínfanos.

Estos últimos están dotados de una capa exterior en la piel muy poco permeable y resistente a las radiaciones que se fue creando gracias al jabón Lagarto que utilizaban en la ducha semanal.

Su aparato digestivo es a prueba de neutrones y capaz de digerir cemento armado (y si no, qué era aquello que le llamaban arroz con leche...), o someterse a dietas escasas y prolongadas (de eso si que sabemos un rato largo). Su capacidad de aguantar sin moverse hasta pasados los efectos nucleares es ilimitada. El pínfano lo aguantaría estoicamente, no en vano ha sido capaz de estar seis horas de cualquier examen de sábado sentado en una silla, sin tener ni idea de lo que tenía delante y pegándose una pensada capaz de recorrer los más extraños vericuetos que dejarían chica la imaginación de Julio Verne.

Si a todo esto le ponemos su protección auxiliar de un trapillo usado, con sus correspondientes capas de tiza, sudor, grasilla y polvo, tenemos al pínfano poco menos que inmortal. Prototipo de protección de la

guerra ABQ (Atómica, Bacteriológica, y Química. Esto lo aclaro para los que no ingresaron... ¡pobrecillos!) y modelo de supervivencia.

De todas formas, la historia nos demuestra que en todas las grandes obras o hechos de la humanidad hubo un pínfano.

En la cuevas de Altamira he visto dibujado a un hombre que ha matado a un mamut. Debajo tiene apuntado un número ¿qué ha de ser más que el número del CHOE?

De Heráclito «el carabanchelero» dice la Historia que se vestía solo con harapos y que se lavaba una vez al mes ¿qué prueba más fehaciente de su condición?

César al cruzar el Rubicón dijo: *Vini, vidi, vinci*, que traducido dice:

«El vino emborracha a veces». ¿A quién se le puede ocurrir tamaña reflexión que no sea a un pínfano de pro?

Volviendo a nuestro Zardoya y a modo de introducción, lo situamos en la puerta del colegio de Santa Bárbara, dispuesto a vivir intensamente su metamorfosis y haciendo válida esa frase maravillosa del himno de la Legión que parece escrita por un pínfano:

*«... cada uno será lo que quiera
nada importa su vida anterior...»*

Higinio Zardoya Tardón nº 1232 primer dormitorio cuarta sección. Quizás durante las historietas alguien se vea reflejado en ellas y piense en la casualidad. Ha de saber que han sido pensadas, reflexionadas y transcritas de forma directa y totalmente intencionadas para máximo regocijo del lector.

O sea, que cualquier parecido con la realidad es totalmente coincidente y a los personajes ni se les ha cambiado el nombre, ni el mote, ni el número...

¡Faltaría más!

¡Ah! Reclamaciones al maestro armero.

CAPITULO II

EL ZUPO

Por fin lo iba a conocer. Todas mis visiones, todas las formas imaginables que mi mente había formado al escuchar a los demás, se iban a fundir en una figura y en una voz. Yo, Higinio Zardoya Tardón, dentro de unos momentos, iba a conocer al Zupo.

Al entrar en el colegio con mi maleta, más que cargado, e ir acercándome al edificio atravesando la pequeña explanada que hay delante, la puerta del edificio, pequeña desde lejos con sus tres escalones y franqueada por dos bolas de piedra de dudosa belleza, se me antojó una boca enorme que me iba a comer. Era como si fuese una aspiradora que me atrajera hacia sus entrañas. Me dio la impresión de estar hipnotizado y caminar hacia un mundo desconocido; sabía o intuía que siempre a partir de traspasar aquella puerta habría un antes y un después.

El tiempo me dio la razón iy de qué manera!

Allí estaba yo preparado a traspasar aquella puerta cuando de repente y como salido de la nada apareció lo que por un momento creí que era San Antonio. Alto, con esa franja de pelo que monta sus orejas y recorre el cogote dejando la parte alta del cráneo como una bola de billar.

¡Gracias Dios mío! murmuré. En estos momentos de angustia me mandas a uno de tus santos a confortarme.

Una voz sonó alta y grave y la verdad que un poco »desagradable: —¿Ha visto ya al «senor director"?

La visión de San Antonio desapareció para encontrarme con la cruda realidad: ¡EL CALVO!

De pie, con la maleta descansando a mi lado y tras la puerta de cristales esperaba que el Zupo (el señor director) me hablara.

Había escuchado tantas historias tuyas que casi lo que veía era la realidad de lo que me había imaginado.

Me habían contado que en cierta ocasión al Teco Teco, un pínfano de hacía años, el 1109, que había tenido un hermano antes que él, el Zupo, le preguntó si iba a ser mejor que su antecesor, que había sido un trasto. El Teco Teco, por echarle un piropo a su hermano, le dijo al Zupo que él era el peor de los dos, que su hermano era más inteligente, más buena persona, etc.

Conforme hablaba, la cara del Zupo se fue congestionando de ira y de rabia y explotó, gritando lo que se conocía como la parábola del Zupo, y sus palabras bíblicas:

—¡Cabrón, cabronazo coge tu maleta y vete!

La verdad es que suena algo así como icoge tu camilla y anda...!

En otra ocasión contaban de Faro, el once treinta y dos, o sea mi padre, que era jefe de clase de la cuarta, que fue a pedirle al Zupo la baja de su jefatura por no sé qué problemas. Mi padre media uno ochenta, era deportista y además de ser maño ejercía de tal.

Cuando expuso sus penas al coronel, éste le respondió:

—Mira maricón de playa (insulto que nunca supo por qué) te he puesto jefe de clase no por lo listo que eres, sino porque eres más bruto que los demás y así me mantienes el orden.

Mientras chillaba un angelote de bronce que hacía las veces de pisapapeles salió proyectado en la dirección de su cabeza.

La verdad es que como tal maño podía haberla rematado de cabeza, pero prefirió la esquivada y la huida.

Se cuenta que mi padre ahora, cada vez que ve una imagen sacra con angelotes, pone cara de perro y adopta una posición de "en guardia" aduciendo, que esos bichos son kamikazes que tienen como objetivo su cabeza.

Pues bien, haciendo antedespacho en el pasillo esperaba ser recibido por ese ser.

Salió "el Calvo", me dijo que pasara y allí estaba ÉL. Detrás de la mesa con la mirada baja escribiendo no sé qué en un papel sobre la mesa.

Como seguía escribiendo tuve unos momentos para desde mi posición de firmes, echarle una prolongada mirada.

Tendría pasados los sesenta, bajito, muy bajito. Sentado como estaba en la punta del sillón llegaba escasamente con los pies a tocar el suelo. Los bracitos eran cortitos, las manos pequeñas y regordetas, casi calvo, con unos pelos blancos peinados hacia atrás, gafas oscuras y graduadas y pienso que no muy bien, pues para escribir lo que estaba escribiendo se acercaba en demasía al papel.

Intenté imaginarlo vestido de uniforme, ya que era coronel, y la visión que se me formó fue horrible. Su uniforme era negro, llevaba botas de montar, pistola al cinto, fusta, monóculo y en el cuello de la guerrera aparecieron dos eses rasgadas como rayos y una calavera. Yo no me llamaba Higinio, me llamaba Samuel y a su derecha tumbado en el suelo enseñándome los dientes apareció un dóberman que tenía la cara del San Antonio que acababa de conocer.

De repente todo se esfumó pues un sonido terrible como el tragar de un sumidero, bajo y sin apenas expresión se escuchó:

—¿Como te llamas?

A partir de ese momento supe que la angustia se resume en cuatro palabras:

—Te llama el Zupo.

Actualmente cuando me entero de que un compañero del CHOE tiene estreñimiento lo llamo por teléfono y, después de los saludos de cortesía, le digo las cuatro palabras mágicas «te llama el Zupo». El efecto es inmediato.

Abandona el aparato y una colitis galopante alivia su mal anterior.

A veces es peor el remedio...

Entré en el dormitorio, enorme, grande, lleno de literas y de taquillas de madera pegadas a la pared.

Pululaban por todas partes entes vestidos de verdegris plomizo que me miraban y sonreían. Tomé posesión de mi taquilla y fui colocando mis pertenencias. Dejé encima de mi litera un paquete con rosquillas, última dádiva de mi madre, con la recomendación de tomármelas en el desayuno poco a

poco. Calculo que fueron 5 segundos los que dejé de posar mi mirada sobre el paquete y como por arte divino, el paquete había desaparecido y 20 bocas masticaban disimuladamente.

Chillé fuertemente.

—¿Quién ha robado mis rosquillas?

Del grupo de observadores se levantó un cíclope que luego me enteré de que era el 1049, un tal Ansedes Mouronte, que me espetó con un acento gallego más que acentuado.

—Mira rapaz, aquí nadie roba, aquí a las cosas se le ponen ruedas y desaparecen.

Mi cara debía ser de un idiota subido.

¿Qué a las cosas se les ponían ruedas? Yo me imaginaba a las rosquillas con ruedas y la idea me resultaba incongruente.

Afortunadamente aprendí pronto.

Hace poco llevé mi coche al mecánico diciéndole que me lo pusiera en condiciones. En un momento me dijo.

—!Le pondré ruedas!

Salté al volante y salí echando humo dejando al mecánico con cara de besugo al tiempo que yo le chillaba.

—¡Es viejo pero hace falta muchas narices para ponerle ruedas a algo de un pínfano!

CAPITULO III

EL TRAPILLO

Todavía no había salido de un sobresalto que me metían en otro.

—¡Al almacén a por el trapillo! —chilló alguien.

El trapillo. ¿Qué era el trapillo? La primera vez que escuché la palabreja se me antojaba que me iban a dar un trocito de tela así de pequeño y además sucio, con el cual escasamente iba a tapar mis vergüenzas.

Me imaginé al Ángel que expulsó a Adán y Eva del Paraíso chillándoles:

—Ganaréis el pan con el sudor de vuestra frente y taparos guarros... tomad un trapillo.

Trapillo, para aquel que ha pasado por el CHOE, qué cantidad de imágenes le vienen a la mente. Cuando se cree el Diccionario Pínfano dirá algo así:

Trapillo: Prenda de vestir de dos piezas, por supuesto de tallas diferentes, de un color indeterminado entre verde, gris y azul tizado (significa mezclado con tiza o clarión de pizarra).

Prenda muy útil de todo tiempo especialmente con lluvia, pues gracias a la capilla de grasa que la cubre la hace totalmente hidrófoba.

Sirve a la vez de prenda de deporte y para estar por casa, así como de pequeño almacén de "pavas" y de "papel pal pecho".

Como prenda militar al usuario que lo porta en la oscuridad lo hace invisible aunque fácilmente detectable al olor.

Solo se adquiere con todas sus propiedades en establecimientos especializados del ramo.

Me recuerdo saliendo del almacén con mis calcetines de lana y mis sandalias, mi camisa que picaba como un demonio, una camiseta y unos calzoncillos marcados con mi número en rojo que daban la apariencia de estar en una cárcel.

Por encima de todo como la guinda de un pastel, el trapillo.

Hace poco, me invitaron a la boda de la hija de un antiguo pínfano. Al preguntar cómo debía ir vestido, pues había varios actos, me dijeron: A la iglesia con corbata, pero al vino que hay antes de trapillo.

Estaba totalmente claro. Siempre surgen cosas como estas e incluso otras más o menos solemnes como la de acudir a la reunión y comida que se celebra en el CHOE. todos los años, quisiera tener mi trapillo y volverlo a vestir aun a costa de algunas lágrimas propias y ajenas.

El trapillo, todo un símbolo.

Isabel la Católica dijo que no se cambiaría de camisa hasta la toma de Granada. Los Templarios dijeron otro tanto hasta no recuperar los Santos Lugares. Los Pínfanos no se quitaban el trapillo hasta ingresar en la A.G.M. aunque sinceramente creo que, a diferencia de Isabel o los Templarios que tendrían otras prendas, el Pínfano adolece de otras propiedades que no sean del Estado.

Cuando en Zaragoza nos examinábamos, nos sacudían un traje azul con camisa blanca, corbata negra y en las solapas de la chaqueta llevábamos dos óvalos con el escudo del Ejército. En otro tiempo se llevó gorra de plato blanca.

Al preguntar el porqué de aquello se me dijo que era para distinguirlos de los demás y que los «protos» nos tuvieran más consideración e incluso podía llegar el caso de echarnos una mano.

¡Que falta de asesores de imagen!

Dónde va a parar el efecto que puede producir en mitad de un aula de exámenes un individuo que, rodeado

de señores con traje, viste con calcetines de lana, una sandalias gastadísimas, que saca de su bolsillo ino un paquete de cigarrillos! sino varias pavas, que devora su bocadillo y pide dos más, todo esto dentro del cuadro inmejorable de su trapillo sudado, raído y descolorado.

Qué proto no se hubiese conmovido al ver a ese ser desconsolado y desvalido huérfano. De ver esa imagen y pasarle el resultado de los exámenes solo había un paso.

¡Pero no! Limpios, peinados y con traje azul.

Volviendo de la AGM de un examen y ataviado con el vestuario azul descrito, me encontré con un amigo de la infancia que después de unos saludos afectuosos me dijo qué hacía yo. Me puse en su lugar y me vi de aquella guisa y, para evitarme explicaciones, le dije: Trabajo en correos y reparto telegramas.

Ni una sombra de duda atravesó su frente, mi uniforme era la fiel estampa de lo que acababa de decir.

¡Ah, qué otra historia podría haber contado de ir con mi trapillo! Licenciado de la guerra de Vietnam, superviviente de Auschwitz y Dachau, agente secreto disfrazado de pobre, tranviario en paro, desactivador de minas, explosivos y cohetería en general, mamporrero en huelga de hambre...

El que no ha vestido un trapillo no sabe lo que es sumergirse en el laberinto de la impronta magnitud y del ser como ente pensante (ruego no me preguntéis que significa esta frase).

Como frase histórica me remito a la famosa que pronunció César al entrar en el Senado y ver a Bruto sin la corona de laurel en la cabeza: ¿Tú también de

trapillo... hijo mío? De lo cual se deduce que él tampoco llevaba la corona.

Esta frase le debió de cabrear pues acordaros de lo que pasó después.

Bueno, pues heme aquí revestido con el trapillo. Había vestido la prenda que ya jamás abandonaría mi existencia. Decían de los templarios, que cuando les ponían la cruz sobre la capa, dejaban de ser lo que eran y sufrían una transformación. El trapillo ofrecía a su portor el éxtasis, no de ser otra persona, era la de ser muchas más pero bajo el mismo título. PINFANO.

«Viejo trapillo mi mejor compañero...»

Una verdad como una catedral de grande.

«... pronto presiento que te voy a dejar...»

Ni de coña. Vestirás trapillo toda tu vida, pensarás en él más que a menudo, hablarás de él, te sentirás seguro pensando que lo llevaste, sentirás un especial afecto a los que te digan que lo llevaron y muchas veces sentirás, con lágrimas en los ojos, que pese a todo, los años que lo llevaste son quizá los momentos de tu vida que te han hecho ser como eres actualmente.

CAPITULO IV

INSPECTORES

Antes de que Higinio se incorporase al colegio "su viuda" recibió en su casa una carta con muchos panfletillos y uno de ellos rezaba así, transcribo:

«Normas a las que han de ajustarse los alumnos que en régimen de internado (preparación militar) y de residencia internado (carreras civiles) quieran disfrutar

de los beneficios en el colegio de Carabanchel Alto...».

En su apartado II punto F dice:

«Comportamiento con los inspectores (todos los alumnos): Todo alumno ha de ver en el inspector no solo a la persona que vigila su comportamiento, sino que, por su experiencia y edad, trata de guiarle y ayudarle en todo instante, de aquí que ha de merecerles el inspector el mayor respeto y consideración y que de no cumplirlo, se verá sometido a la sanción correspondiente».

A la vista de esta lectura Higinio supuso que al entrar al colegio vería por los pasillos a unos seres, mayores eso sí, pero con un aspecto angelical que en todo momento con una voz acariciadora, suave y tremendamente paternal le dirían «qué te pasa hijo...».

Tal parecía así que para proteger a aquellos seres, idílicos, que merecían, según reza el apartado II punto F, el mayor respeto y consideración, se castigaba al infractor con ser sometido a la sanción correspondiente.

Si antes de pinfanear alguien me hubiese dado la lista de sanciones puede que fuese algo así:

No podrá ausentarse del colegio durante la semana, excepto la tarde del domingo.

Será suspendido de duchas de agua caliente hasta el sábado.

Como correctivo se levantará a las 7 de la mañana y estará sin probar bocado al menos hora y media durante un tiempo.

Se le restringirán las cuartillas a tres diarias (si estuviere en la sección primera o segunda se aumentan a

cuatro) y en ellas se le obligará a hacer todos los deberes.

Solo podrá cambiarse una vez a la semana. Si la sanción es en invierno se le obligará a llevar sandalias.

Será racionado en la comida, condenado a no saciarse nunca y tener cierto gusanillo siempre en el estómago.

La lista podría ser larguísima, pero si sólo hubiese estos puntos, la impresión de las sanciones hubiese sido más que terrible.

Total que Higinio que siempre esperó que el primer inspector le acariciase el oído con el nombrado “qué pasa hijo”, muy por el contrario sonó la trompeta del juicio final con aquél.

—¡A visto al señor director!

El Calvo, San Antonio, Domanguez, el motorista y algún que otro mote aludiendo al oficio de su madre (por otra parte sin confirmar) aludían a un personaje tremendamente curioso.

De él se contaba que había sido guardia civil motorizado (en moto) de la escolta de Franco, y que le fue entregada como premio la jefatura de inspectores de este colegio. Que había sido legionario, era otra versión, y que incluso el padre Cuevas sabía su historia pero que jamás soltó prenda. Que...

Lo que si era cierto es que era gallego y que ejercía. Era famosa su frase:

—Senores, voy a tener que hablar con el señor director y os va a poner una sación.

Anda que no pasé tiempo aguzando el ingenio y el oído hasta que descubrí que lo que quería decir era sanción.

Era tremenda la facilidad que tenía para cambiar apellidos y nombre. Furelos Mogo durante su permanencia en este centro no consiguió un Furelos como Dios manda pese a ser gallego dicho apellido, hubo de conformarse con un "¡Senor Forelos!".

El bueno de Higinio Zarzoya Tardón ¡piedra! se tiró 6 meses detrás del Calvo diciéndole que no soy señor Zarzioya, soy Zarzoya, y Domanguez en un gesto de ingenio y de reflejos empezó a llamarle señor Hilginio para desespero de la pobre víctima.

En el colmo del paroxismo y para orillar a tamaño personaje diremos de él que cuando se presentaba decía soy el señor "Domanguez" con lo cual queda reforzada la idea de que o es que oía mal o tenía un defecto en la boca aunque para mí el defectillo lo escondía un poco más arriba, detrás de la frente.

Durante una Semana Santa y para ayudar a otros inspectores apareció por el colegio un ser tremendamente español. Pequeño, moreno y con mala leche. Como su aparición fue en fechas tan señaladas y venía a ayudar, el mote casi fue una consecuencia "el Cirineo".

Hoy en día, si quiero llamar la atención a alguien para que se ponga alerta me sale la frase "¡ikeo, keo, que viene el Cirineo!", con el correspondiente mosqueo de la persona aludida que, mirándome con ojos inquisitivos, cejas interrogantes y boca torcida, dice ineludiblemente: ¿Qué... ?

Estando en la cuarta sección en pleno mes de febrero con un ambientillo de humo, sudor, calorcillo humano y olor a hogar, asomó las narices el Cirineo y en una demostración de pulcritud nos abrió las ventanas. Alguien murmuró «¡Vaya!, ahora se nos va el tigre...».

El Cirineo en un alarde de conocimiento del argot replicó: «Ya sé que me llamáis el Tigre y no piensoirme de este colegio». Y con paso firme, hinchado el pecho, salió de la sección.

La verdad es que no sé la primera vez que lo vi ni dónde pero figura, no muy alta, poco cuello con la cabeza metida entre los hombros, incipiente tripilla, con las manos cogidas debajo de la misma siempre con chaqueta y corbata, con más miedo al Director que nosotros mismos. con más miedo a nosotros que el Sr. Director, con sus acciones de buena persona, y por supuesto su voz. Una voz chillona, aguda y bastante desagradable que hacían que su mote le fuera como anillo al dedo "El Mariachi". Su voz era lo mismito que el grito que dan los mejicanos cuando cantan rancheras.

En cierta ocasión al ir por el pasillo tropecé con él y por hacer una payasada hice como que rebotaba e incluso me tiré al suelo dando una voltereta y quedándome quieto como desmayado. Como siempre iba con Balmori con el cual, no es que haya convivido día a día, es que creo que pensamos con el mismo cerebro (lo cual no es hacernos ningún favor al decirlo), como decía Balmori montó el número de que me había desmayado, de que me había matado, etc, etc.

Por un momento pensé que la ambulancia había entrado por el pasillo y venía a buscarme con la sirena puesta, pero no, era la voz del mariachi que pedía ayuda a gritos pensando que me había hecho daño de verdad.

Punto y aparte merece el Sr. Herrero.

Culto, impecable, afable, diciéndote siempre las cosas razonablemente y sin chillar, siempre de parte del

huérfano frente a los demás inspectores y llamándote la atención a espaldas de aquellos si no tenías razón. Quizás la imagen que más se me ha quedado en la retina es la de él mirándome a través de los cristales de la puerta de la sección y haciéndome gestos avisando que el Coronel estaba en el pasillo.

Parece ser que tuvo un cargo de responsabilidad en un buque mercante, y de esta vivencia le venían los conocimientos de geografía que a nosotros nos dejaba con la boca abierta.

En resumen que si alguien daba la talla y se ceñía a lo que decía el reglamento del colegio de lo que tenía que ser un inspector, ese era el Sr. Herrero.

En fin sirvan estas líneas de recuerdo a aquellos personajes que nos llamaban al toque de diana, no nos dejaban fumar en los váteres, nos daban las hojas y las cuartillas para hacer los ejercicios, vigilaban nuestras comidas y nuestros estudios, abrían puertas y cerraban la cocina y velaban por que se cumplieran los horarios.

La verdad es que si no fuera por ellos de que íbamos a hablar ahora... de todas formas "gracias por todo".

CAPITULO V

LA DUCHA

El telediario daba las noticias de las importantes movilizaciones de trabajadores en los astilleros de fuera de nuestro país. La sociedad se inquietaba de la tirantez entre Occidente y el telón de acero, el Banco Internacional miraba con preocupación el estado económico del mundo... y en el colegio de huérfanos a

Higinio lo que era su máxima preocupación, su mundo, su tragedia, era simplemente que su trocito de jabón Lagarto se acababa. Hoy, a la hora de la ducha en aquel sábado de fin de mes, se imponía el ahorro.

Era lo que le faltaba. Llevaba casi 15 días de un humor de perros y en el centro de su frente, entre las dos cejas, una V permanente le daba una expresión de mal café impresionante.

Se pegaba unas pensadas terribles, se separó de los amigos en los recreos y en los estudios por más de tres veces el Lobo dijo que lo iba a mandar al Cotolengo y el Katanga dijo: «Evidentemente usted no me estudia y esto es un pitote que evidentemente tiene que solucionar». (La frase, como es natural, la remarcó con unos golpes de la uña del dedo gordo de la mano derecha contra la pizarra. Tenía la uña ligeramente deformada y nunca supe si se la había deformado por los golpes que de continuo daba con ella o por el contrario esperaba que con ellos se le corrigiera). Verdaderamente la cosa era evidente, pero lo cierto es que Higinio rumiaba algo.

Había momentos que estaba mucho peor, que era a la vuelta del váter y a la hora de levantarse. Para colmo allí estaba con su toalla al cinto preparado para bajar a las duchas y con su trocito de Lagarto. Debía de haberse pasado en higiene aquel mes, pues de manera normal la mitad de tajo de Lagarto que le daban a principios de mes valía para 30 días.

Hace menos de tres meses, Higinio ya casado y con tres hijos, dio una vuelta turística por Europa y al llegar a Múnich y ver las dos cúpulas de estilo bizantino de su catedral se quedó de piedra mirándolas boquiabierto. Lo que le llamó la atención no fue el estilo

de la construcción ni sus perfiles, ni sus formas. Fue su color. Eran de ese color entre verde y carne de membrillo que le hizo preguntar al guía: ¿Están hechas de jabón Lagarto... ?

El pobre estudiante de la escuela de turismo en prácticas, que sólo conocía el Heno de Pravia como jabón histórico, le miró con ojos inexpresivos al tiempo que observaba como la mujer de su interlocutor le hundía el codo en su costado y los hijos de ambos le miraban con ira, asombro y bochorno.

Higinio inició un «Es que me acuerdo de...», pero hizo un mutis. Que le importaba a los demás. Que si verdaderamente fuesen de jabón Lagarto la cantidad de pínfanos que se podrían duchar. Verdaderamente qué sabrían ellos de lo que estaba pensando. Se alejaron del lugar pero Higinio de vez en cuando se volvía, miraba, sonreía, y decía para sí... «son de jabón de Lagarto».

Volvamos años atrás con Higinio, su trocito de Lagarto y su cabreo.

Del dormitorio a las duchas había un trozo y hacia frío. La piel del pínfano estaba ya tan en íntima comunión con su trapillo que le había traspasado parte de sus propiedades, por lo que el frío era mera anécdota. Higinio esperó su turno y ¡hala! al desmugre.

Primero un primer contacto con aquella cascada de agua caliente que hacía recordar la sensación de una de las muchas comodidades de la casa familiar, de la cual adolecía el colegio.

Higinio se dejó llevar, el agua le caía por la cabeza y le resbalaba por todo su cuerpo. Aquello era relajante, era maravilloso, era lascivo, era... ¡Dios mío! Cuando Higinio se dio cuenta quiso chillar, quiso salir de la

ducha en pelotas y gritarle a todo el mundo que los viera:

—¡Ves, no soy impotente!

Llevaba dos semanas que no había notado nada, ni el más leve cosquilleo había surgido de su entrepierna. Se levantaba con la terrible sensación de ser un anciano. ¿Dónde estaban aquellas erecciones maravillosas de sus pocos años?

Lo había intentado todo delante del aquel Play-boy manoseado y ajado que corría por el oscuro mundo del mercado negro choetano.

Se acabaron los malos modos, las cejas arqueadas y su mal humor. Aquella erección maravillosa lo volvía al mundo de los vivos y que ¡vivos!

Volvió al dormitorio con un bulto más que sospechoso debajo de la toalla que hizo volver la cabeza a la Irene, que estaba limpiando las escaleras.

Con qué alegría hizo su quiniela.

Calzoncillos: 2

Camisetas: 1

Calcetines: 2

Pañuelos: 2

El examen de la tarde podía esperar a un Higinio, despierto, inteligente y ágil mentalmente. Y mañana domingo cuando tocan marcha ¡que temblara Madrid! No habría metro ni autobús, ni fila de cine que la moza de turno no sufriera a Higinio, el más rápido en poner rabos a falta de otro consuelo sexual.

Cuando hoy en día Higinio le pregunta a su mujer qué hay para comer y le anuncia rabo de buey no puede aguantar una carcajada, y cuando le interrogan siempre contesta... cosas mías...

CAPITULO VI

PAPEL PARA EL PECHO

Higinio ya por la mañana sintió frío en el vientre y aquello no representaba nada nuevo.

Hoy le tocaba salir en física y en geometría y como también los problemas a entregar eran de aúpa, había puesto la toalla atada al pie de cama que era la contraseña para aquel ser tremendamente extraño, que era el sereno. Armado de su tranca recorría entre las 5 y las 6 de la mañana los dormitorios y cuando veía la señal te agitaba o te pinchaba con el garrote y cuando abrías los ojos te dirigía un sonido gutural, inexpresivo que todos suponíamos que sería un buenos días o vaya usted a saber. Lo cierto es que él diría lo mismo del primer sonido que salía de nuestra garganta dormida.

Higinio la verdad es que se encontraba mal, Fue al baño por primera vez y sintió como iba ligerillo. Cuando estaba metiéndose en la cabeza el polipasto, volvió a visitar al señor Roca y allá por las 7 de la mañana al toque de diana fue a por la tercera.

Una de las tragedias más terribles rondaba ya en los alrededores de Higinio.

De las faltas innumerables de las que el colegio era modelo era la falta de papel higiénico en los váteres, con lo que el pínfano tenía que hacer acopio de dicho material. Como depósito portátil y muy a mano se utilizaba la parte interior descosida de la pieza que formaba la parte superior que cubría los hombros de la chaquetilla del trapillo, por la parte de atrás terminaba en una costura y la parte delantera era a su vez la solapa de los bolsillos. De tal manera que si

descosía por la parte interior la solapa del bolsillo podías introducir lo que fuere entre las dos telas de tal forma que todo aquel que fuese desprendido de hombros podía llegar a lucir una espalda digna de un jugador de fútbol americano.

Durante los fines de semana, en la corta salida del domingo, no había váter de bar, papel de seda o de textura más o menos suave, que no pasase a engrosar el almacén del pínfano y como la denominación de papel higiénico resultaba más bien cursi pasó a llamarse «papel para el pecho».

Bien, pues ahí hemos dejado al pobre Higinio en la terrible tragedia que se le avecinaba. A él no le preocupaba la colitis, extrañarle ya le extrañaba pues ir al váter es para echar algo y la máquina más perfecta de funcionamiento con el mínimo de consumo es un pínfano, eso si, lo poco que le echas lo aprovecha en un 100% por eso estaba muy mosqueado con lo que quisiera su cuerpo evacuar pero...

Lo terrible, lo horrendo, lo fatal es que con esta historia había disminuido enormemente su reserva de «papel para el pecho». Hoy venía el médico y desde luego esperaba que el remedio fuese rápido y eficaz. Había que ver al pobre Higinio cuando salía del botiquín con el remedio universal: dos bucofaríngeos.

Era maravilloso, llegabas con un dolor de cabeza, se echaba las gomas a las orejas te auscultaba y ¡hala! dos bucofaríngeos.

Te habías dado un bofetón de aúpa en el frontón y llegabas con una muñeca inflamada, sin problemas, auscultación y dos bucofaríngeos.

¿Qué esperaba Higinio que le iba a recetar, arroz co-

cido y carne de membrillo? Nada, nada, todos lo mismo para que no hubiese favoritismos.

La verdad es que siempre creí que el médico nos confundía con los Niños Cantores de Viena, solo le preocupaban nuestros pulmones y nuestra garganta.

Cuando al pobre Higinio en su enésimo viaje al país de la taza y la cadena, sólo le quedaba como medio confeti para limpiarse, la sagrada providencia hizo que el mariachi, bendito donde los haya, estuviese leyendo el ABC. Higinio, pálido, con paso lento y vacilante (la verdad es que no se va muy rápido cuando tienes que andar apretando el culo) y poniendo en su voz toda la dulzura de que era capaz, le dijo al inspector:

—Si ha leído ya ese periódico, ¿podría dármelo?

El interrogado, con cara sorprendida de que un pínfano se interesase por un mundo exterior a las tapias del colegio, preguntó a su vez:

—Y usted señor Zarzoya, ¿para qué quiere el ABC?

Higinio como la cosa más normal respondió:

—Lo necesito para el pecho.

Hacía no más de dos días que por la televisión habían echado un reportaje de una anterior vuelta del Tour en la que los ciclistas, al terminar de coronar un puerto, para parar el aire se metían papeles dentro de su camiseta.

Al oír aquellas palabras el mariachi y recordar el reportaje, a la vista de lo que veía enfrente de él casi con lágrimas en los ojos le pasó el periódico.

Higinio no tardó ni un segundo en desaparecer en el váter y durante aquella semana su culo fue el más informado de todo el colegio por pasar por él todas las noticias de interés nacional e internacional.

Lo curioso fue que a partir del día de la fecha el mariachi cada vez que veía a Higinio le preguntaba si tenía frío y le hacía abrocharse hasta el último botón de la camisa diciéndole con una voz aflautada:

—Venga, venga señor Higinio que luego se le mete el frío en el cuerpo y se le pone muy mala cara.

Hace poco me enteré de que el Mariachi todavía vive con sus ochenta y largos años y que goza de una memoria envidiable. Me gustaría preguntarle si ya sabe lo que es «el papel para el pecho».

Para Navidades ahora con mis hijos nos regalamos lo típico en esas fechas envuelto en unos papeles de seda suaves, blancos inmaculados y que huelen maravillosamente. En mi casa aseguro que no falta el papel higiénico; pero cuánto hay de fetichismo, de morbo o simplemente de nostalgia, cuando tomo las envolturas de los regalos y...

CAPITULO VII

HOY TENEMOS ARROZ CON LECHE

La Irene depositó la bandeja del pollo con tomate en medio de la mesa de los cuatro comensales. Como siempre Higinio echó un vistazo e hizo la misma reflexión. Debía ser avestruz pues los trozos que se veían eran cuello y culo aunque, la verdad, flotaban varias piezas que podían ser apreciadas. Lo cierto es que el pollo podía ser apetecible pero el tomate lo mataba. Tenía un punto ácido que a veces recordaba el olor a la tinta de escribir.

El ritual se repetía: cuatro manos sacando dedos y por riguroso orden, empezando por la derecha, se iban

escogiendo sin ningún pudor ni recato los mejores trozos para sí mismo. Era tal el vicio y la manía de "echar dedos" que se usaba hasta para elegir los montones de galletas que, en número de cinco, algunas veces nos daban de postre para cenar.

Higinio recordaba que le habían contado que ahí en la mesa que hay al lado del ventanuco por donde sale la comida, se sentaba su padre pínfano y que con los otros tres componentes de la mesa habían batido el récord de comer pelotas.

Contaban que el récord individual estaba en 30 y el de la mesa en 100. Pues bien, aquellos tragaldabas decidieron en complicidad con el resto del colegio en superar la prueba. De primer plato hubo sopa de fideos, el resto del colegio les decía que no comiesen para hacer más hueco, pero siguiendo la máxima pínfana "antes reventar que tirar" se comieron su ración.

Salieron la pelotas, 5 por cabeza; las suyas desaparecieron por encanto y empezaron a acudir a su mesa las bandejas con las renunciadas de los demás compañeros para hacer caer el récord.

¡Y cayó! Toma si cayó.

El récord individual quedó en 33 y el de la mesa pasó de 100 a 124. Los resultados públicos fueron:

<i>Balmori</i>	33
<i>Faro</i>	33
<i>Pindao (Pichurri)</i>	30
<i>Guillén</i>	28

Como muestra de chulería salieron del comedor comiéndose el bocadillo de la merienda. A partir de aquel día se les llamó los insaciables.

Todo esto recordaba Higinio mientras devoraba sus piezas de pollo cuando ¡sorpresa! de postre tenían arroz con leche. Este plato ya era costumbre comerlo hacia abajo. Era tal la consistencia que vuelto el plato se le clavaba la cucharilla de abajo a arriba y se sacaba hacia afuera. No sé el poder alimenticio de aquel cemento, pero nos llenaba el estómago y le daba una sensación de saciedad que duraba días.

Estaba en aquella faena cuando la primera pelotita de arroz con leche se pegó en el techo. A esa siguió otra y a esa otra. En el colmo, apareció una bolita pegada que le colgaba un muñequito de papel.

Todos los días un inspector comía con nosotros para vigilarnos y ese día estaba el Calvo. Cuando vio semejante tropelía pidió culpables y como siempre nadie se presentó voluntario. Entre los elegidos Higinio, al paredón, o sea al despacho del "senor diretor". Gritos, palabrotas, promesas de expulsión etc, etc.... todo normal.

Todavía hoy se pregunta Higinio por qué no pasó nada, qué estrella divina les sacó del apuro. Algunos opinan que "Papá Villalba" tuvo algo que ver, o sea que la estrella divina tenía cuatro puntas.

A partir de aquel día hubo para comer lo de siempre: más avestruz, tiburones (sardinas así de pequeñas), filetes tímidos (los muy puñeteros se escondían debajo de una patata frita), tomatitos y lechuga en cantidades masivas, pelotas... hubo de todo, pero el arroz con leche desapareció del menú.

Hoy Higinio recuerda aquellos días y muy especialmente cuando ve coliflor con patatas que recuerda a su amigo "el Hipo" (llamado así porque cuando le daba era capaz de estar tres horas dando unos hipos

terribles que recordaban al grito del mambo de la Orquesta de Pérez Prado), el cual se metía un gran plato entre pecho y espalda, de los cuales estaba bien dotado, la ración de al menos seis y por la noche se ponía malísimo y daba unos iayes! lastimeros tocándose una tripa enorme, hinchada y tirándose unos pedos que no dejaba dormir a nadie.

El otro día con sus cuarenta y siete años Higinio comió en casa de su hermano y a la hora de los postres su cuñada anunció:

—¡Hoy tenemos arroz con leche!

Higinio se quedó mirando al plato, fijamente; y al rato ya no lo veía, estaba lejos, muy lejos, estaba a muchos años y veía rostros y oía voces y sus ojos se llenaron de lágrimas.

P. D. Esta historia que cuento en boca de Higinio podía haber sido escrita con nombres y apellidos reales, pero si una historia ha tenido más protagonistas que esta, creo que descontando el episodio histórico de los 100.000 hijos de San Luis, ninguna.

Debido a mi mala memoria he interrogado a más de 30 pínfanos y todos sin excepción tiraron pelotillas al techo y estuvieron en el despacho del "senor diretor".

Ante la posibilidad de dejar a sus verdaderos héroes sin nombrar y poner alguno de clavo, cometo la argucia de ponerla en boca de este Higinio que es un poco yo y un poco todos.

CAPITULO VIII

LOS VIRUS

Hay motes que caen por su propio peso y a lo largo de mi vida he oído algunos francamente buenos. Recuerdo de mis tiempos académicos de cadete aquel Teniente Coronel bajito y con cara muy arrugada, muy arrugada que le llamábamos el Berberecho; o aquel otro Comandante muy alto, pero de espaldas estrechísimas y de culo enormemente gordo, conocido como el Calisay.

Luego a la hora de poner los motes está la oportunidad.

Después de una semana a aquel Capitán no había manera de ponerle mote.

Llegó el sábado con su revista de taquillas y de policía; terminada y formada la compañía en el pasillo dijo:

—No me gusta nada la tónica de la Compañía.

De 100 gargantas al unísono sonó como una sola voz.

—¡EL SWEPES!

Bien, pues anterior a estos casos, en el CHOE el personal estaba inquieto. Se rumoreaba que en el colegio se iban a instalar los que estudiaban carreras civiles.

Los «uni» como se les empezó a llamar, eran aquellos pínfanos privilegiados que estudiaban en la universidad y tenían la gran suerte de.... no de comer en los establecimientos donde estudiaban, no a eso no. Todo el mundo sabe que el individuo que se alimenta de patatas toda su vida no echa en falta la langosta, puesto que no la conoce.

Tampoco tenían el privilegio de salir todos los días.

No a eso tampoco. ¿Qué iba a hacer un pínfano con su libertad?, seguro que se pondría a recoger "pavas" por las calles como un loco o recogería de las papeleras toneladas y toneladas de "papel para el pecho».

Y que decir si todos los días tuviese que vestirse de paisano abandonando su cascarón, su intimidad, su tigre, su identidad. En una palabra, isu trapillo!

No, verdaderamente esos puntos no eran ventajas, lo auténtico, lo real, lo envidiado, el sueño, el privilegio de los privilegios, el súmmum... iera ver tías todos los días!, y como toda consideración al respecto me parece obvia o evidente, dejémoslo para otro momento.

Hemos dejado al resto del pinfanato pensando en lo que se les venía de nuevo al colegio cuando sonó la voz "del Calvo" que avisaba: "Todos a la sala de juegos, les va a hablar el señor diretor". Era tan bruto que estoy seguro de que hablar lo decía sin H.

En tres filas nos.... más o menos formaron y el Zupo nos largó la perorata que, como siempre en el mejor estilo castrense, fue precisa, concreta y escueta. (cuánto hubiese dado porque posteriormente algunos Generales, sin ir más lejos Iniesta, hubiesen hecho buenos en sus discursos estos tres conceptos y sobre todo el último).

—A partir de la semana que viene se van a instalar en este colegio los alumnos de carreras civiles, espero que el virus que lleva consigo la vida universitaria no os haga mella.

La suerte estaba echada, es algo así como decir: el mote estaba puesto... ¡LOS VIRUS!

El primer día que vi a uno me esperaba que sería un ser cabezón, con gafas, hombros estrechos, muy cursi

y que me iba a tratar con desprecio y ¡anda la osa! era una fotocopia mía, más limpio eso sí, pero la verdad es que me sorprendió. Tan en la cabeza se me había metido aquello de los virus que yo mismo casi me defraudé.

Hace poco uno de mis hijos se puso enfermo y el médico sentenció que había sido un virus. No pude menos de sonreír y le comenté: "si en vez de un "virus" le ataca uno de preparación militar podía haber sido mucho más grave".

El médico me miró con cara de aspirino (en este caso me refiero al marido de la aspirina) y encogió los hombros.

Lo que no podemos olvidar nunca es que el virus, pese a todo, es un pínfano y como tal merece respeto y a él dirijo estas líneas.

*Tú que naciste de una viuda
por lo que eres un pobre pinfanillo
no albergue tu alma ni una duda
de que somos hermanos de trapillo.
Lo normal es estudiar para cadete
y dejarse llevar por nuestros idus
¡pero no! tu libro de petete
decía que tenías que ser virus.
Recuerdo que la amistad es una joya
que el tiempo estropear no supo
y nos unen, la quiniela y "la poya"
el trapillo, el Calvo y hasta el Zupo.*

Por supuesto que se han dado casos de deserción que después de pasar por preparación militar terminaron de virus aunque esto no es una deserción pura, podríamos llamarla un cambio de chaqueta necesario.

CAPITULO IX

EL HÉROE

Los atacantes eran mayores en número y la cosa estaba muy fea. Aquella posición defendida por aquel puñado de regulares parecía destinada a ser aniquilada o rendida.

El jefe de aquel reducto estaba herido de un balazo en la rodilla izquierda, llevaban todo un día combatiendo pero por la cabeza de aquel capitán ni siquiera había pasado la idea de rendirse. Sus órdenes eran de aguantar a toda costa y aguantarían.

Al tercer día la rodilla tenía un aspecto muy feo; alguno de los regulares había dicho que, amparándose en la noche podían sacar a su Capitán y llevarlo a retaguardia. Al insinuárselo, aquel hombre pequeño se volvió un gigante y sacando su pistola avisó, que si se intentaba, se llevaba puesto al primero que lo tocara.

El Capitán aguantaba con un tosco vendaje y arrastrando su pierna recorría la posición, daba órdenes de tiro, repasaba la reserva de munición y granadas y daba ánimos a los heridos. Él dando ánimos, él que cuando nadie lo veía se cogía la rodilla y casi gritaba de dolor.

Cuánto daría por echarse a la boca un pitillo de picadura, de esos que con el cuarterón de la ración de combate, ese de un paquete verde, se hacen unos liados cargados y duros que como por arte de magia desaparecen en pocas chupadas en su boca.

Aguanta y calla y sólo se olvida de su dolor cuando el enemigo ataca y la adrenalina se sale a borbotones. Le han ordenado que aguante y aguantará.

Sus regulares le respetan y le admiran en una mezcla de amistad y orgullo de estar a las órdenes de un hombre que es capaz de aplicar la disciplina militar, y lo estaba demostrando, como de preocuparse por los problemas tanto castrenses como particulares de cada uno de sus soldados.

Había pasado una semana y cuando ya sólo quedaba prácticamente la munición de las recámaras, el comer era un recuerdo en el tiempo, las gangrenas el factor común de las heridas y lo único que alentaba a aquellos hombres era la postura inquebrantable de su Capitán, llegó su liberación. Su hazaña fue de boca en boca, el mando estudió el caso de aquel hombre, que cuando todo se puso en contra él supo cumplir como el mejor. Y no solo él sino hacer que aquel puñado de soldados fuesen rocas clavadas en el suelo.

Como todas las mañanas, sentado en la mesa donde los inspectores comían, con su inseparable pitillo pegado a la boca y con una leve sonrisa, el páter del Colegio de Huérfanos de Carabanchel Alto veía como se jugaban a los dedos su ración de galletas, pues él sólo se tomaba su café con leche. Era la única comida que hacía en el comedor, el resto del día la capilla y su cuarto eran su puesto.

El cuarto del páter era el muro de las lamentaciones, el reducto de las confesiones, el lugar donde consolarse y encontrar una voz amiga que te reconfortase.

—¿Qué pasa maño?—, era muchas veces el preámbulo de una conversación larga, tranquila, mitad confesión mitad cuchicheo, mitad sermón mitad penitencia, que te hacía salir de aquel cuarto con bríos y ganas de seguir adelante.

Hoy guardo en mi casa un retrato de mi padre pintado por él. Soy quizás el único que tenga un cuadro suyo y lo guardo como el tesoro que te ha donado alguien especial.

Escondido, muy escondido en un armario de madera oscura, había entre sotana y un clériman, un uniforme casi desteñido de Teniente Coronel de Regulares que en su pecho ostentaba la medalla militar individual. Estuvo a punto de ser laureada.

Para mí, que de todo esto me enteré, no por sus labios, sino por casualidad y cuando ya estaba fuera del colegio, la laureada se me queda pequeña para premiar a aquel ser maravilloso, humilde, volcado a su tardía vocación, de una paciencia rayana en santidad que, por lo menos a mí, me hace sentirme bien el haberlo conocido y tener el orgullo de, en alguna ocasión, haber sido motivo de su atención.

Páter Luis Cuevas, allí donde estés no te olvido, estás en mi corazón.

CAPITULO X

EL 716

¡Madre mía! La cantidad de veces que el pobre 716 habrá escuchado en más de mil versiones...

—Este año tiene que ser el último. Me tienes que echar una mano, yo te juro que si ingreso...

Lo que son las casualidades, tengo un pariente que es el 692 que ahora trabaja en Iberia (o sea que no ingresó) y me contó la historia.

Debió ser por los aledaños del 60, año arriba o abajo. Visto desde la perspectiva de nuestros años actuales

podíamos decir la clásica frase de "cuando se hacían guardias con arcos y flechas" (lo de las flechas que cada uno lo tome como quiera).

En el CHOE el Coronel vestía de uniforme de los de las botas de montar, cuello cerrado y un buen puñado de medallas en el pecho.

Los inspectores eran ayudados por otros pínfanos que llevaban un galón en el pecho que se me antojan a los capos de los campos de concentración judíos.

Las órdenes dentro del colegio se regían por toques de trompeta, se hacía instrucción con mosquetones de madera y al que se portaba mal nada de dejarlo sin postre, al calabozo de cabeza.

En este ambiente idílico surgió la tragedia. Un pínfano cuyo nombre no he sido capaz de memorizar dio el keo. Si su madre no se sana de una dolencia interna habrá un pínfano por partida doble.

El problema no está en la operación, sino en un medicamento o un tratamiento que vale 3.000 pesetas que hay que pedirlo al extranjero y que la asistencia farmacéutica militar no acoge, con lo cual todo el gasto ha de asumirlo la viuda.

La trompeta del Juicio Final ha sonado. Los pínfanos están en pie de guerra.

Todos los asuntos se posponen, acaba de quedar relegado a segundo término todo lo que no sea cómo encontrar dinero.

Se llamó al CHA (Colegio de Huérfanos de la Armada), al CHAPA (Colegio de Huérfanos de la Policía Armada) y a todos los C.H. del listín de Madrid.

Se organizan rifas, cuestaciones, venta de chatarra y

crisetales, consecuencia de esto desaparecieron 20 literas viejas del almacén con el consiguiente escándalo.

A la vuelta de un mes, delegados de los distintos colegios se reunieron.

Cuando hablo de delegados es curioso, pero siempre nos representamos en la mente al delegado como un tío serio, responsable, en fin resumiendo un "repipi". Pero claro, eso ocurre en la sociedad normal llena de normas estrictas y escritas. Entre pínfanos, es curioso, el delegado es un tío aclamado por la mayoría (la democracia es pínfana) que normalmente es un punto que está metido en todos los follones, jaleos, bullas, motines y mítines de los más variopintos objetivos.

Suele ser un buen deportista, un especialista en planchar problemas y chuletear exámenes que al final de su vida pínfana tiene solo dos salidas: o la A.G.M o algún puesto importante dentro de la vida pública o comercial, Iberia, Galerías Preciados, Pryca, I.B.M, jefe de galería en Alcalá Meco, etc.

Como decíamos, los delegados se reunieron con la recaudación total de 2.800 pesetas. Increíble, una vez más los pínfanos habían logrado otro milagro.

Por otro lado "la viuda" no se había estado quieta. No sabemos nosotros nada de lo que ha sido capaz cada una de nuestras madres para sacar a su prole adelante. Total, que llamada aquí y allá, suplicando, llorando y rogando, la viuda comunica a su retoño (angelito de 18 añitos, dulce animalillo del colegio de Santa Bárbara, o sea "un bárbaro") que después de un mes de peregrinar por oficinas, asociaciones, y congregaciones de carácter benéfico, ha conseguido reunir las dichas 3.000 pesetas.

Alegría, sorpresa, preocupación, deliberaciones y demás soluciones diversas.

Los delegados están perplejos. Imposible devolver el dinero. La contabilidad nunca ha sido un plato fuerte del pínfano.

Después de algunas soluciones la mar de curiosas quedan dos encima de la mesa.

O hacer una fiesta que ni los más viejos del lugar recordarán o hacer donación a alguien o a algo de aquella fortuna.

¡Increíble! Los pínfanos decidieron el adquirir un Santo Cristo, para la capilla del colegio, que recordara la epopeya de la postulación de los distintos C.H. en un objetivo noble.

Cuando el Cristo tomó posesión en la capilla, alguien apuntó:

—¿Este es pínfano o aspirino?

El ser pínfano es tener el padre en "la Gloria", la solución era obvia. Era un pínfano.

Ahora bien, todo pínfano tiene su número.

Se habló con el director y afortunadamente no era el Zupo pues de serlo me imagino a dónde hubiesen ido la comisión del Cristo y hasta el mismo Cristo. Total que se miró la lista y había quedado en el 715.

Cristo, pínfano número 716.

No tiene ni sección ni dormitorio.

Por prerrogativa divina vivirá en la capilla.

A partir del día de la fecha está condenado a soportar todas las lloradas de sus compañeros de pinfanitis y a elevar a la superioridad todas la peticiones que se le hagan.

Como recompensa recibirá las cadeteras de los compañeros que ingresen.

Tres notas para el final:

—En la época que ocurrió esta historia una barra de pan costaba 5 pts., un litro de leche 10 pts., y un kilo de carne 20 pts. Una viuda de Comandante con tres hijos cobraba 1.123 pts. al mes.

Pese a su enchufe, el 716 no ingresó.

El pínfano 616, pasó a llamarse San José.

En fin, así me lo contaron y así lo cuento y si no fue así, mereció serlo.

CAPITULO XI

LA INMACULADA

Tengo en mis manos un programa amarillento en forma de tríptico, adornado en su interior con una "estampa" de la Purísima Concepción de Murillo y relata lo que era el día más grande en la vida del Colegio.

Programa de fiestas que el Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército de Carabanchel Alto dedica a su excelsa patrona María Inmaculada.

8 de Diciembre de 1966.

De esta forma rezaba en su portada. En el interior paso a relatar, ya comentado, lo que era y para mí sigue siéndolo, pese a las influencias de El Corte Inglés, el Día de la Madre, que para un pínfano como es natural y lógico pasa a titularse el Día de la Viuda.

DIA 7

Final de las competiciones deportivas. Balonmano,

baloncesto, frontón y atletismo.

Si una persona ajena al colegio echase un vistazo a este programa pensaría que un mes antes los distintos equipos habrían hecho los octavos de final y después unos cuartos etc., etc.

¡Qué risa! Como podría hacerse eso si sólo teníamos un equipo. Se formaba, se entrenaba y después retábamos a los de Carabanchel Bajo, víctimas propiciatorias y cómplices indirectos de nuestros triunfos.

¿Cómo podrían ganarnos si al marcar el campo de balonmano, con un palo sobre la tierra, claro, lo de la cal y el césped era para gente civilizada, cómo — repito— podrían sólo intentar un «tet a tet» si su área siempre era menor que la nuestra? Lo curioso es que si protestaban se medían unas siete veces y siempre daba que eran iguales.

¿Cómo podían ellos saber las imperfecciones de los tableros de baloncesto que si tirabas normalmente no entraba el balón ni con vaselina?

Había que saber que el tablero pintado de rojo tenía el aro más duro que el pintado de azul y que este último si tirabas a la derecha del aro había un nudo en la madera del tablero que hacía que el balón bajase como una flecha.

Y qué hablar del frontón. ¿Cómo competir con un zurdo que a ojos vistas tenía la parte derecha del cuerpo como "Rambo" y era su parte floja al lado de su izquierda? ¿Cómo ganarle a un hombre que era el rey en que la pelota diese entre la pared y una canalera y cayese rebotando de una a otra posándose suavemente en el suelo del frontón? Hubiese sido imposible repetir la hazaña de hacer que la pelota rebote 12 veces en 12 tantos, no en el suelo sino en la ventana de la

izquierda o en las columnas de la pared derecha.

Para finalizar decir que cuando todo esto lo tenías controlado y corrías como un poseso a estos puntos, aquel malvado zurdo podía soltar un zambombazo que ponía la pelota a 30 metros del frontón, con lo cual la moral y por supuesto la fortaleza sufrían un poquito.

En fin, ¿cómo un pobre pínfano del Bajo iba a ser rival del 1009, un tal Felipe García Gómez, el zurdo con más "Gómez" que he conocido?

Finales de atletismo.

¿Quién es capaz de conocer en un simple reconocimiento del terreno, dónde está el maldito hoyo que siempre que corres hace que te dé un tirón la pierna? ¿Cómo apreciar que en la mitad del pasillo de salto de longitud hay un montículo que te hace perder el paso? ¿Cómo saber que al soporte izquierdo de la barra de salto de altura le puedes pegar una patada, que el listón ni se inmuta? ¿Cómo saber que el peso que lanzan los del Bajo y los del Alto no son iguales por que hay uno que está hueco?

En fin, como se podrá deducir de estas pequeñas tropezadas, los del Bajo subían a pasar la tarde, comerse un bocadillo y ver a sus hermanos mayores cómo se divertían con sus hermanos pequeños.

¡Ah! Una aclaración, aunque también era su patrona "las finales deportivas" nunca se celebraron en sus instalaciones.

Está claro.

Sigo con el programa.

A las 18.00 horas: Final de la competición de los juegos de ping-pong y ajedrez.

Sería porque nunca me fijé, sería porque coincidían

con el atletismo, la verdad es que no sé si se celebró nunca una competición de estos dos últimos juegos.

Estoy convencido de que cuando estas líneas caigan en manos de mis compañeros, seguro que me recordarán amigablemente (que Dios nos coja confesados) más de mil anécdotas que ahora mi mala memoria me niega. La visión de un pínfano pensante ante un tablero de ajedrez casa poco con la visión que tengo de nosotros mismos, pero...

¡Que suenen las fanfarrias, timbales y chirimías, todos en pie, el Himno Nacional!

HA LLEGADO EL DÍA 8

Para empezar hoy nos vestiremos de personas. Dejaremos en la taquilla nuestro trapillo y nuestras sandalias y hasta nos pondremos calzoncillos limpios.

Somos así. Pasamos de la armadura y de las abarcas al algodón, al tisú y al cuero repujado. Es una forma muy elegante de decir pantalón vaquero y mocasines.

DIA 8

A las 8.00 horas	Desayuno
De 10:30 a 11:00	Misa de comunión
De 11:00 a 13:00	Entrega de premios
De 13:00 a 14:00	Sesión de cine
De 13:00 a 14:00	Concierto del quinteto del colegio
A las 14:00	Comida bajo la presidencia del señor Coronel Director, con asistencia del profesorado y empleados del colegio

¡Dios mío! ¡Cómo empezaba el día! Anunciando el desayuno, que en un apartado decía: minuta (siempre he pensado que esta palabra es muy pínfana pues debe llamarse así por el tiempo que a un choetano le dura

la comida más copiosa del mundo en el plato).

Chocolate, vaso de leche, churros, mermelada y suizo.

Tan separados estábamos del mundanal ruido que hubo alguno que preguntó qué era el suizo. Las respuestas eran variopintas.

Desde que al ser mejor la leche la suiza por no repetir en el programa otro vaso de leche, con poner suizo se sobrentendía. Hasta hubo uno que dijo que durante el desayuno vendría Guillermo Tell a contarnos alguna batallita.

La verdad es que allí ponía "churros" y al menos nos comeríamos 2.

A las 10.30 horas misa de comunión. ¿Qué pasa, que el resto de las misas no son de comunión...?

Después llegaba la entrega de premios donde a los ganadores de cualquier prueba de los días anteriores se les entregaba un sobre con dinerete.

En la capilla se cerraban mediante puertas o fuelles, el Altar Mayor y la capillita del 716, quedando un magnífico salón de actos que era el marco ideal para cualquier celebración. En ese marco excepcional se iban nombrando a los héroes que de uno en uno salían a recibir su óbolo.

Siempre dije que esa entrega de premios se podía celebrar antes de los juegos. ¿Quién iba a quitarle el premio de frontón a Felipe?, ¿y el correr en lo que fuera a Balmori?, ¿y si era a saltar a Juan Enrique García Sánchez (número 1148? Así y todo el protocolo era el protocolo.

Yo me llevé un sobre que decía (el cual todavía guardo): Al mejor deportista: 50,- Pts.

Lo que se traduce en que participé en todo y no gané

nada.

Después de esto venía el cine que si he de ser sincero y como estaba en lo del quinteto que estaba a continuación, o sea más nervioso que un flan y dando y dando los últimos guitarrazos, no recuerdo la película que nos sacudían pero conociendo el percal apuesto por «La fiel Infantería», «Bienvenido Mister Marsall» o «Locura de amor» que todo podía ser.

A continuación lo del quinteto.

La verdad es que se traducía en una serie de actuaciones de todo tipo que tenían como núcleo central o plato fuerte al quinteto músico-vocal de la Promoción XXVI.

(Teníamos a un cantante con cierto aire de Elvis en sus movimientos, con su mandíbula ligeramente torcida y con su maravilloso carácter que llevaría un libro así de gordo hablar de él. Sólo diré que mi cariño por su persona me obliga a obviar todo lo que no sea anécdota por no ser yo en absoluto objetivo).

En plena actuación del conjunto Chiqui se contorsionaba al ritmo de la música y su cara reflejaba ese éxtasis que los músicos sienten dentro.

El Zupo, en un alarde de displicencia (estábamos en el día de La Inmaculada), observó:

—Chiqui tiene que ir al botiquín, por la cara que pone y por lo que se retuerce debe tener úlcera o algo del estómago.

En fin la verdad es que el Teco-teco, Medina, Javier Cánovas, Chiqui y yo, con unos medios más que discretos, conseguidos según supimos más tarde con el pecunio del Padre Cuevas, hacíamos aquellos ruidos que decían música, que cantábamos en italiano (macarrónico) que era lo que se llevaba y que nos quitó

alguna hora de estudio obligatorio, lo cual se puede clasificar de milagro.

Y por fin LA COMIDA. Lo anterior y lo siguiente eran meras anécdotas, pajillas en el viento, pelusillas.

COMIDA

Entremeses	Queso, jamón, salchichón, aceitunas y vino
1 ^{er} plato	Consomé de pollo
2 ^o plato	Merluza con mayonesa y espárragos
3 ^{er} plato	Pollo asado con champiñón y ensalada
Bebidas	Vino tinto
Postres	Manzanas, plátanos, tarta helada, café, anís o coñac

Este menú era leído, releído, memorizado, cantado y rezado desde los 10 días de antelación que era cuando nos entregaban los programas.

¡Pero lo habéis leído bien!

En los entremeses había hasta eso que llaman jamón. Pequeño, delgado, solitario, con más tocino que otra cosa pero ¡jamón! Y el vino, ¿qué tenéis que decir del vino? La verdad es que no lo querría un pacifista. Lo digo porque más que peleón era un boina verde «ca-breao», pero vino al fin.

Consomé de pollo, nada de avestruz, consomé y con la merluza mayonesa. Nada de mahonesa traída de Mahón, mayonesa fresca del año, hecha en Mayo, de ahí su nombre.

Y luego pollo y más vino y frutas y tarta fría (lo de helada, dadas nuestras instalaciones era difícil) y agua negra que llamaban café y licores. Total un derroche.

¡Ah! Y nada de productos extranjeros, champiñón y coñac, que los «champignones» y el «cognac» son frivolidades y aquí somos muy españoles.

Total que todo esto que a cualquiera hubiese hecho quedarse como una boa, a un pínfano todo esto se le podría dar a comer de nuevo a los 10 minutos de terminar.

Reza el programa que el día 9 a las 8:30 horas misa de difuntos en sufragio de los padres de los alumnos huérfanos, de los jefes, oficiales, profesores y alumnos fallecidos.

No tengo buena memoria pero no sería nada de extrañar que para poner orden en nuestros espíritus después de tanto desenfreno, no nos metieran dos exámenes de 6 horas, uno de trigonometría espacial y otro de teoría de errores, pongo por caso.

Y otra vez a la rutina, Correa Morilla queriendo dar un parte de la Antonia que nunca dio, Molano chillando más que de costumbre, Navas haciendo de... de Navas y todos de vuelta a nuestras manías y ya casi oliendo a Navidad, que lo de oler a un pínfano siempre se nos ha dado muy bien.

CAPITULO XII

EXAMEN

Hace pocos días.

—Hijo, ¿hoy qué tenéis en el instituto?

—Nada importante. Un examen en forma de test. Media hora y a tomar el sol al parque.

Y se fue tan feliz al examen.

Hace algo más que unos pocos años.

—Mañana examen. El libro primero de Análisis matemático, 10 preguntas y 4 problemas.

¡Madre mía!, (traducido a pínfano ila viuda!) 6 horas de sufrimiento, parto, estrujamiento cerebral y fumada de pavas en grado sumo. Y lo que más animaba era nuestra especial forma de test.

—Diga todo lo que sepa de las ecuaciones diofánticas.

Había auténticos artistas de unir la pregunta con el teorema de Pitágoras, con el triángulo de Tartaglia y la caída del imperio romano de Occidente, con lo cual llenaban folios y folios que a los pobrecillos que estábamos a su lado, que nuestros conocimientos y habilidades eran más bien escasillos, nos daban un complejo tremendo.

—¿Que se yo de ecuaciones diofánticas?

Si fuese de ecuaciones dio-fánticas o de ecuaciones pónicas. Para canciones fantásticas las de la tarde del Domingo con Angelines. Qué risa más tonta le entró cuando le dije aquello de:

—Angelines se te ven los pirulines.

Y después... ¡Ah! Después cuando...

Señores, la trampa acaba de caer. Se impone un éxtasis transitorio en el cual el pínfano desaparece del lugar físico en el que está, para que su espíritu haga la traslación más absurda y más extraña por los lugares más fabulosos que seamos capaces de imaginar.

Si observamos su cara de cerca, veremos que no ve, escucharemos que no escucha. Sus pupilas están dilatadas, una cara de pánfilo y de lelo impronta su cara. Está relajado, su respiración es lenta e incluso un poquillo de baba le puede caer de la comisura de sus

labios.

A esta situación, a este viaje astral el pínfano le ha bautizado como "PENSADA".

Es el arma secreta del pínfano. Las cosas pueden ir mal, el que te habla puede ser un ladrillo tremendo, lo que estás viendo puede ser desagradable o traerte sin cuidado, entonces en ese mismo momento se impone "LA PENSADA".

Estoy convencido de que un ser psíquicamente invencible es un espía pínfano.

Me imagino a la CIA o a la KGB intentando sonsacar algo de dicho personaje y él a lo suyo. Físicamente está allí pero su espíritu... si ellos supieran.

—¡Díganos cuáles son los planos de sus aliados!

El pínfano analiza.

—¿Planos de aliados? Yo sí que me he liado con algunos planes... y para plan, el de Angelines la de los pirulines, aquella que conocí cuando estaba en el CHOE. Recuerdo aquella tarde que... ¡Ah! y después cuando...

—¡Háganos un examen analítico de la situación!

El pínfano analiza.

—¿Examen analítico? Qué sabrán estos de exámenes. Para exámenes analíticos y matemáticos los que nos clavaban en el CHOE. Seis horas seis. Recuerdo uno que nos preguntaban por la ecuaciones diofánticas que me metí una PENSADA CON ANGELINES la de los pirulines que... ¡Ah! y después cuando...

Total lo dicho. El espía pínfano terminaría con toda la paciencia, lógica y sabiduría de aquel que intentara sonsacarle lo que fuere.

Esta propiedad que parece en sus principios buena, es también un problema si no se sabe dominar. Sabido

es que nuestro mundo está más lleno de cosas desagradables que buenas, bellas y bonitas (recordar aquello del valle de las lágrimas) con lo que corres el peligro de pasarte la vida en UNA PENSADA sin fin.

Sócrates dijo del hombre que era la medida de todas las cosas en tanto que piensa. Eso está bien para la normalidad de las personas, pero para un pínfano no sé si vale la definición porque a saber qué es en lo que piensa.

De todas maneras a Sócrates le tachan de pensador pero yo creo que jamás se pegó una PENSADA como Dios manda y menos con Angelines la de los pirulines aquella que una tarde yo le dije... ¡Ah! y después cuando...

Higinio, como pínfano veterano de primer año de preparación militar, aprendió.

¡Toma que si aprendió! Aprendió a hablar y pensar como un pínfano, a guardarse y racionarse sus papeles para el pecho y a fumar pavas y a tratar a los inspectores y no tratar al Zupo e ir capeando el temporal.

Lo cierto es que el examen fue un completo fracaso. Dibujos bien hechos sí que había, que un pínfano con un cordón de un zapato hace auténticas maravillas, rectas, circunferencias, ángulos y hasta una copia de la Maja de Goya si hubiese menester (la desnuda, se entiende).

Quién no recuerda aquella anécdota de Úbeda (10 67) en la pizarra con el capitán Lobo García. Este último tenía mil veces dicho que para trazar una circunferencia primero había que marcar el centro con un crucecita así de pequeña. Úbeda, sin hacer dicho protocolo, quiso trazar su circunferencia con el susodicho cordón de zapato.

Al ir a dibujarla el Lobo con aquella voz melodiosa, dulce y acariciadora donde las haya dijo:

—¡¡¡NO!!!

Volvió a intentar el dibujo cruzando los brazos de derecha a izquierda pensando que la cuestión era que saliera de un solo trazo. Lobo espetó de nuevo.

—¡¡¡NO!!!

Volvió el pínfano a retorcerse en su afán de que sus brazos hiciesen la circunferencia feliz.

—¡¡¡NO!!! ¡¡¡NO!!! ¡¡¡NO!!!

Con cara de desespero, con los brazos caídos y con su voz un poco gangosilla, se volvió a Lobo y le dijo:

—Pero bueno... ¿la pinto o no la pinto?

En Londres en el museo de los horrores hay una escena de figuras que representan lo que pasó después.

Como podéis comprobar el autor de estas pobres líneas, este modesto escritor, pínfano al fin, en vez de hablar de un examen que era la cuestión de este capítulo, navega en las nubes, PENSADA dejándose transportar por los aires cual su fuese un ángel. Hablando de ángel, me acuerdo de una tal Angelines la de los pirulines que una tarde... ¡Ah! y después cuando...

CAPITULO XIII

A MODO DE EPILOGO

Como se pretendía en un principio, Higinio se ha transformado. Ya es un pínfano (¡casi ná...!).

A base de levantarse a las 7 de la mañana, vestirse de trapillo, usar sandalias con calcetines de lana, fumar

pavas, aguantar a inspectores, comer arroz con leche, pelotas y tiburones y sobre todo estudiar. Estudiar hasta lo indecible, soñar con problemas, fichas de física, trigonometría espacial, análisis matemático, teoría de errores, geometría, etc., etc.

Higinio ha cambiado, a partir de ahora palabras como keo keo, Zupo, CHOE, pínfano, pava, trapillo, quiniela o viuda tendrán otro significado distinto al de otra persona que no sea de su entorno.

—El virus que estaba con el 716 es un aspirino que utiliza las quinielas para papel para el pecho.

—¡Jo! ¡Que pegada! Su viuda es amiga de Catanga.

—¿Del Evidente o del Zupo?

—¡Keo, Keo! ¡El Cirineo!

Como muestra vale un botón.

Si a su manera de pensar nos referimos, el pínfano Higinio sólo tiene dos fijaciones, ingresar y mujeres.

*“Siento en mi pecho
ostentar los cordones
de la Academia General Militar
cuando con ellos
me presente a mi madre (novia)
cómo voy a fardar”.*

Lo de mi madre o mi novia depende del grado de nostalgia que padezca en ese momento.

Esperará con ansiedad la carta que recibirá la viuda días antes de los exámenes de la AGM, que le dirá de parte del Coronel Director aquello de: Su hijo Higinio tiene o no tiene posibilidades de ingreso, por lo que...

Y aquel telegrama postal de la jefatura de estudios de la AGM que le comunicará qué día ha de presentarse

a los exámenes.

Entre otras cosas le dirán "tiene que presentarse provisto de los efectos que a continuación se expresan":

Paso a citar textualmente:

«Efectos:

—*Pluma estilográfica. Bolígrafo azul o negro.*

—*Regla del cálculo.*

—*Útiles de dibujo. Tablas de logaritmos (Graíño, Shton, Sánchez, Ramos o Gallet).*

—*Diccionario inglés o francés.*

—*Camiseta, pantalón de gimnasia y alpargatas».*

Palabrita del Niño Jesús que ya teníamos zapatillas de deporte.

Total que tenemos a Higinio como un flan colocando la toalla todos los días al pie de su cama, durmiendo apenas, descansando apenas y comiendo apenas, esto último como siempre y como es natural. Está en el CHOE, ¿que se ha creído éste?

Pasará por la clásica crisis de que cada vez se acordará menos de las cosas, de quedarse con la mente en blanco, de que aquello que sabe de sobras no le vendrá a la cabeza, de... en fin qué os voy a contar que no sepáis ya.

Pasará por el almacén donde le sacudirán el uniforme azul con óvalos en las solapas con el emblema del Ejército, corbata negra, zapatos negros y calcetines negros.

Entregará a falta de dos días para el viaje a Zaragoza los libros. Se los mirarán uno por uno a ver si los ha deteriorado, cosa que sí así fuese se los harían pagar y pasará por el almacén a entregar sus prendas que

sufrirán la misma inspección.

Aparecerá por el colegio la lista de los oficiales y jefes que componen los distintos tribunales de la AGM y los más veteranos del colegio irán diciendo aquello de:

—Pues este es una madre, pero este otro...

Es curioso pero es seguro que él tiene en el tribunal a las madres y los demás a los otros.

—El Martín Pérez ¡anda que no es majo ese tío! Tú le dices que eres del CHOE y te echa una mano en lo que sea.

Estos que hablan así hablan por boca de compañeros cadetes ya ingresados y que cuentan cómo les va en la Academia.

Esa es otra. Cuando un antiguo pínfano aparecía vestido de cadete en el colegio producía más revuelo, admiración, respeto y envidia que si un marciano hubiese aterrizado en la Cibeles.

—¡Un cadete! ¡Un cadete!

Se le hacía corro, se le escuchaba, se le ofrecía de fumar (un cigarro, no una pava) y se quedaba uno con una cara de pasmarote que se tardaba en reaccionar.

En el colegio podían aparecer alféreces, tenientes, capitanes o generales con mando en plaza, pero no, lo que organizaba el revuelo era el cadete. Aquellos angulitos maravillosos de la gorra y sobre todo aquellos cordones granate con unos clavos dorados dando destellos por doquier.

Después de aquellas visitas se imponía una pensada general.

Zaragoza. Primera visita y a falta del 716 a la Virgen del Pilar. Con fervor, devoción, súplica, lágrimas y miedos le pedíamos el ingreso.

Higinio no faltó a su cita a los pies de la Pilarica y cómo estaría que ni se enteró de la cagada de paloma que llevaba en el hombro derecho. A continuación a la pensión a darle al estudio. Después le llamaron para ir a Larfán, aquel sastre de la calle Don Jaime que te tomaba medidas para el uniforme en espera de si ingresabas o no. Siempre me pregunté cómo conseguían las listas de los que ingresaban antes de que se publicasen en la mismísima Academia.

Y una mañana ¡hala!, a verle los «congojos» al caballo de Franco y a los tuyos no los busques en su sitio.

Higinio pasó bien el examen médico aunque se atascó con el trabalenguas aquel de:

—Tercer regimiento de Artillería Ligera de Montaña.

Por un momento pensó que lo echaban por tarta.

Pasó las pruebas físicas, ni que decir tiene.

Un tío que es capaz después de comer una fabada, pegarse un partido de béisbol con una pelota de frontón y por bate un palo de espaldera, vestido con el trapillo y en sandalias, le van a asustar las pruebas físicas de la Academia.

—Eso está chupao.

Lo malo empezó al día siguiente. Análisis matemático, teoría. De 8 de la mañana a 2 de la tarde. Bocado, paquete de cigarrillos y ¡hala! a parir.

Para salir al baño, aquellos ordenanzas que te acompañaban y te vigilaban y que tenías que hacerlo todo con la puerta del servicio abierta. Higinio en un momento en el baño pudo echarle una ojeada a sus chuletas pero justo llevaba la pregunta anterior y posterior. Murphy vencía de nuevo.

Al día siguiente sin solución de continuidad Análisis

matemático, problemas.

De 8 de la mañana a 2 de la tarde.

Higinio como es natural a la vuelta de cada examen analizaba, comparaba, y recordaba lo que había puesto con las fichas y apuntes, alegrándosele la cara y arrugándosele el corazón.

Y así día tras día hasta acabar los exámenes. Ahora sólo quedaba esperar la comunicación de la Academia.

Por fin llegó el oficio del Ministerio del Ejército que rezaba:

Su hijo Higinio Zarzoya Tardón ha sido designado para ocupar plaza como alumno interno en el Colegio de Huérfanos Carabanchel Alto, c/ Generalísimo Franco, 21, Madrid, debiéndose atenerse, a los efectos de incorporación, a la instrucción que a continuación se menciona, etc., etc.

Higinio, como es natural en el primer año, no ingresó.

!!!FALTARÍA MAS!!!

SEGISMUNDO “MUNDI”

Autor: Lucas Remírez Eguía

CAPÍTULO I

El hombre del tiempo había acertado la noche anterior cuando, al final del telediario, anunció que al día siguiente, en la Comunidad valenciana luciría el sol, con cielos despejados y las temperaturas en ascenso. Eran las once de la mañana y las sombrillas de alquiler de la playa estaban todas ocupadas, el calor apretaba, no soplaba ni una brisa de aire y el termómetro marcaba 26°. En el lugar de costumbre, primera fila de sombrillas, Segismundo y su familia tenían reservadas dos sombrillas y cuatro hamacas que compartían: su mujer, su suegra, sus dos hijos, chico y chica y él.

Se dice, que el hombre es un animal de costumbres y esta familia no era la excepción de la regla. Desayuno en el hotel sobre las nueve y media, bajada a la playa, que estaba pegada al hotel, y entonces, mientras sus hijos jugaban unos interminables partidos con las paletas con el consiguiente cabreo de más de un bañista, su mujer se embadurnaba de crema y procedía a tostarse vuelta y vuelta, su suegra se colocaba a la sombra en la hamaca tratando de resolver un libro entero de crucigramas, cosa que se le daba muy bien, él Segismundo, se colocaba un gorrillo para

evitar insolaciones, ya que, a través del cabello, empezaba a clareársele el cartón y con una mini-radio de auriculares y las chanclas en la mano, se perdía en un interminable paseo por la orilla de la playa, con el agua dándole en los pies. Después regresaba, se daba un buen baño, se tumbaba en una hamaca a secarse al sol y a continuación se colocaba a la sombra a leer el periódico y escuchar la radio. Luego vendría lo de las cañitas y unas tapas en el chiringuito antes de comer.

La verdad es que lo de leer el periódico y escuchar la radio era una tapadera para poder embeberse en sus pensamientos y recuerdos sin que nadie le molestase. O sea, Segismundo, se entregaba de lleno al mundo de la “pensada”. Ese término y lo que ella representaba, lo había aprendido y puesto en práctica en los colegios por los que había pasado; era frecuente ver a un compañero ensimismado, mirando sin ver y dando la sensación de estar muy lejos. Cuando alguien se dirigía a él, el aludido, contestaba con aquello de: “Déjame, estoy de pensada”. Había una especie de código por el que se trataba de respetar al que estaba en aquella situación.

A Segis, porque así era como le llamaban de pequeño en casa, esa costumbre se le había quedado grabada y la ponía en práctica con mucha frecuencia. En infinidad de ocasiones su mujer tenía que devolverle al presente un tanto cabreada:

—Segis, cariño —le decía— aterriza que llevas más de media hora haciendo como que estás no estando y sin hacer caso a nada de lo que te estoy hablando.

—Perdona, se me había ido la mente a otra parte—, se disculpaba Segis.

Así que, aquella mañana calurosa del mes de agosto, Segis, parapetado detrás del periódico y con los auriculares puestos, se “fue” muy lejos, a sus primeros años de colegio porque, Segis, era pínfano desde que cumplió los nueve años.

Los primeros años de la existencia de Segis fueron de felicidad, dentro de las limitaciones de la época. Su padre, militar, a finales de los 40 fue destinado a una pequeña capital de provincia del norte, de donde era originaria su mujer y en donde estaba ubicado un Regimiento de Artillería. Allí nació Segis. Con ellos vivía una tía soltera, hermana mayor de su madre, enfermera de profesión, que antes de estallar la guerra civil se fue a trabajar a Londres. Una vez finalizada la II Guerra Mundial, decidió regresar a España. Se quedó a vivir con ellos y pronto encontró trabajo como enfermera con un prestigioso analista. La tía Rosa iba, en cuanto a costumbres, quince o veinte años por delante de las que se estilaban en aquella ciudad. Con frecuencia, vestía con pantalones y era corriente verla fumar por la calle. Esos comportamientos rompían moldes y a menudo, eran tema de comentario entre los que la conocían y los que no. Colaboró de lleno en la educación de Segis. De entrada, les planteó a los padres de la criatura la conveniencia de la educación bilingüe para el chaval, cosa que no les pareció mal, aunque en aquellos años no era habitual. A sí que ahí estaba Segis, con ocho años, hablando con la misma facilidad el inglés que el español. En casa, su tía se dirigía a él únicamente en inglés, lo que a veces mosqueaba a su padre que desconocía el idioma, por eso, a la hora de las comidas, sólo se hablaba el idioma de Cervantes.

Un día, la tía Rosa, llegó a la conclusión de que la

ciudad se la quedaba pequeña y decidió volverse a Londres. Segis, tenía un poco más de ocho años y recordaba, sentado en la hamaca mientras su suegra seguía con lo de los crucigramas, que la marcha de su tía fue como el pistoletazo de salida de sus desgracias, amén de la pérdida temporal de un ser querido con el que había desarrollado unos lazos de complicidad, diferentes a los que sentía por su madre, pero igual de entrañables.

Las guerras, en las personas que toman parte en ellas, o en las que las sufren, tienen un doble efecto, el inmediato, de cuyos resultados dan cuenta los partes de guerra y las estadísticas y los secundarios. Éstos son como una especie de bomba con espoleta retardada, cuyos efectos afloran tiempo después. Éste fue el caso del padre de Segis. Tantas noches de frío, a la intemperie con temperaturas por debajo de cero, alimentación deficiente y falta de cuidados, hicieron que cogiera una neumonía que curó mal. Como secuelas le quedaron una tosecilla y algo de fatiga que él achacaba al tabaco. Hasta que la cosa se puso fea. Llevaba un tiempo con catarro, combatiéndolo a base de aspirinas, pero llegó un momento en que, aquello, no dio más de sí, la fiebre le subió una barbaridad y durante dos días estuvo produciendo un montón de flemas que era incapaz de expulsar. A pesar del tratamiento con antibióticos que le aplicó, el médico de cabecera, no pudo evitar que se le inundaran los pulmones y falleciera.

A Segis se lo llevaron a casa de unos familiares y hasta que no enterraron a su padre no volvió con su madre. Ver a su madre le impresionó. Aquella imagen de su madre, abriéndole la puerta vestida de negro, no se le borraría de la cabeza en la vida. Ella era de por sí

de tez blanca, pero el vestido negro acentuaba mucho más su palidez. Aun hoy, pasados los años, cuando Segis se acordaba de su madre la primera imagen que le venía a la memoria era la de aquel día. En cierta ocasión, años después, en una conversación con otro pínfano, éste le dijo que, en aquellos años, el negro de las viudas de los militares daba la sensación de ser más negro que los demás y Segis, rememorando la imagen de su madre, estuvo de acuerdo.

Los acontecimientos para Segis se precipitaron de forma imparable. Su madre se quedó con una magra pensión y los compañeros de su marido le hablaron de los colegios de huérfanos y de la conveniencia de que mandara a Segis a uno de ellos. Ahora, pasado el tiempo, Segis adivinaba el dilema al que tuvo que enfrentarse su madre y la lucha que debió de librar entre el cariño, que le impulsaba a no separarse de él y la posibilidad de ofrecerle un porvenir. Debrió de costarle mucho ,hasta que, un día, sentados los dos frente a frente mientras desayunaban, le habló de que tenía que ir a un colegio interno, de que debía portarse como un hombrecito y de que todo era por su bien. Todo eso se lo dijo con unos ojos irritados, pensaba ahora Segis, producto de una noche de llanto continuo y luchas consigo misma .

CAPÍTULO II

Los preparativos para ir al colegio fueron breves ya que, el representante del Patronato, le explicó a su madre que en el colegio le darían de todo. En los días que pasaron hasta la partida, Segis, recordaba haber

recibido una carta de su tía Rosa, en inglés por supuesto, que todavía conservaba y que fue para él el punto en el que apoyarse para iniciar la nueva etapa de su vida.

Y llegó el día. Su madre le acompañó hasta la estación, Segis llevaba una pequeña maletilla de cartón que apenas pesaba, porque poco llevaba dentro. Fueron los dos a un despacho donde estaba el que, con el tiempo, dedujo que era el Jefe de estación y con el que su madre mantuvo una conversación. Cuando llegó el tren, su madre le abrazó con una fuerza inusitada, el recuerdo de la presión de los labios en su cara, mientras le cubría de besos, le duró a Segis mucho tiempo, tanto que, aun ahora, parecía sentirla. El futuro pinfanillo puso en práctica, aunque a duras penas, uno de los consejos de la carta de su tía Rosa y no lloró. A partir de ese momento comenzó una especie de carrera de relevos en la que Segis era el "testigo" a entregar. El Jefe de estación le cogió de la mano y le llevó hasta uno de los vagones de donde bajó un guardia civil y se hizo cargo de Segis. Éste a su vez, cuando llegaron a la estación de trasbordo, lo entregó a otro Jefe de estación que, cuando llegó el tren que debía tomar Segis, lo puso a cargo de los guardias que venían en él. Éstos, finalmente, lo entregaron a un representante del Colegio que salió a recogerlo en la última estación, la de destino.

Así hizo Segis su primer viaje en tren, custodiado por la Guardia Civil. La verdad es que se portaron muy bien con él; le acomodaron en un departamento y durante todo el viaje hicieron varias visitas para ver que tal iba, y Segis iba de maravilla. Cuando los del departamento se enteraron de que era huérfano se deshicieron en atenciones. Todo el que sacaba algo de

comer le ofrecía e, incluso, le obligaban a que comiera y Segis comió de todo: pan de hogaza con chorizo, jamón, queso, hasta bacalao en una tartera que sacó uno de los viajeros y fruta y agua. A Segis, es como si su subconsciente le previniera que debía acumular energías y llenar el estómago por lo que pudiera pasar. Ahora recordaba el viaje y no podía quitarse de la cabeza la sensación de lo enormemente largo que había sido, la oscuridad de las estaciones por las que pasaban cuando llegó la noche y la cantidad de carbonilla que había acumulado. Le había dado tiempo de comer, dormir, aun con la incomodidad de aquellos vagones, escuchar las conversaciones de los pasajeros, contestar a lo que le preguntaban, y ver el paisaje que, conforme se iban acercando a su destino, se hacía cada vez más verde. El final del viaje era Padrón, un pueblecito de la provincia de La Coruña donde se encontraba ubicado el colegio.

Cuando traspasó las puertas de aquel colegio, el huérfano Segismundo se convirtió en el pínfano Segismundo que parece lo mismo pero no es igual, ya que, en este aspecto, la semántica es importantísima. A Segis el colegio en si le impresionó, piedra, mucha piedra y mucha ventana. Las monjas, con aquellas tocas, le impresionaron más todavía y cuando por fin, después de que le hubieran pelado, duchado, vestido con lo que sería su segunda piel, el trapillo y hubiese empezado a conocer a compañeros nuevos, pudo meterse en la cama de aquel dormitorio corrido y las luces se apagaron, Segis, lloró en silencio desconsoladamente.

De que su vida había dado un cambio drástico se dio cuenta de inmediato. Por cambiar le cambiaron hasta

el nombre. A los coleguillas les hizo gracia lo de Segismundo y aunque él les dijo que le llamaban Segis a ellos les pareció más natural llamarle Mundo y no contentos con eso, ese apelativo lo fueron cambiando por el diminutivo Mundi y con él se quedó. A lo largo de su vida pinfantil ese fue su nombre de referencia y con el devenir del tiempo si alguien le llamaba así, bien por teléfono o por la calle, sabía que era un compa de sus años de pinfanato.

Mundi, cuando salió tres años después de aquel colegio, se hizo la firme promesa de olvidar todo lo que allí había pasado, de autoconvencerse de que aquello había sido un mal sueño. Porque Mundi allí lo pasó muy mal, sobre todo el primer año. Probablemente a esa edad no se está preparado para asumir esa sucesión ininterrumpida de acontecimientos y situaciones y más si no se tiene al lado una madre a la que contar las penas y de la que recibir consejos. Aunque era buen estudiante, era niño y como niño hacía travesuras que no siempre eran entendidas como tales por las monjas, lo que originaba castigos impropios de aplicar a un niño de esa edad, aunque Mundi reconocía que no todas se portaban igual. Le costó hacerse al gusto de las comidas que les ponían, por otra parte no muy abundantes, más bien nada abundantes, le reventaba el tener que restregarse las orejas con agua y jabón todos los días por las mañanas como si tuviera que sacarles brillo, dormía mal pues le daba reparo el soñar en voz alta y que sus compañeros se enterasen de sus secretos, en definitiva no estaba a gusto. En aquellos tres años en el colegio, alcanzó la pubertad, el trato diario y continuo con niños mayores que él y el ascendente que éstos tenían sobre los pequeños hizo que despertara a la vida mucho antes

de lo que lo hubiera hecho de haber permanecido en su casa. Hizo amigos de los que nunca se olvidan, aunque luego los años les separarían. Con ellos compartía penas y alegrías y eran la tabla donde asirse cuando las cosas iban mal. Tuvo que aprender a valerse por sí mismo, pero por las noches, muchas noches, seguía llorando en silencio.

Normalmente, un par de veces al mes recibía carta de su madre que leía y releía hasta casi aprendérselas de memoria, luego las volvía a meter en el sobre y las guardaba como su pequeño tesoro. alguna de las cartas solía coincidir con algún pequeño paquete en el que predominaban las galletas de coco que tanto le gustaban. El día que recibía carta, cuando llegaba la noche, se dormía sintiendo en la cara los últimos besos de su madre en la estación, porque seguía siendo un niño. De su tía también recibía cartas aunque de forma más esporádica. alguna de ellas se las enseñaba a sus amiguetes para que vieran que estaba escrita en un idioma que ellos no entendían; esto le daba cierto prestigio en su círculo de amistades. Por una de las cartas de su madre, se enteró de que pasaría las navidades en el colegio y que no volvería a casa hasta el verano. El mundo se le vino encima aunque le ayudó a superarlo el ver que no era el único y que alguno de sus mejores amigos correrían la misma suerte. No fue la única Navidad que Mundi pasó en el colegio. Al año siguiente sucedió lo mismo y fue al tercer año cuando pudo ir a casa por vacaciones de Navidad. Su madre había cogido a “pensión” a una maestra nacional recién destinada a una escuela de la ciudad y pudo pagar el viaje de Mundi. La habitación que había ocupado la tía Rosa ahora la ocupaba la maestra. Pero desde entonces las fiestas de Navidad le traían a la

memoria la congoja y la tristeza de aquellas dos navidades que pasó en el colegio, a pesar de la voluntad de las monjas por hacérselas agradables y de aquellos militares que vinieron el día de Reyes para entregarles parte de los juguetes que habían pedido en las cartas a SS.MM.

Las navidades van unidas al frío y el frío para Mundi fue una constante en su paso por los colegios, sobre todo en los dos primeros. Era un frío horroroso que le entraba hasta los huesos y que hacía que deseara llegase cuanto antes la hora de irse a la cama para meter la cabeza debajo de las mantas y entrar en calor o, al menos, amortiguar los efectos de ese frío tan espantoso. Hasta tal punto le afectó la sensación de frío que, aun hoy en día, cuando llegaban las primeras bajadas de temperatura, se rascaba las manos en un acto reflejo, recuerdo de los picores que, hace tantos años, le produjeron los sabañones.

Mundi terminó su último curso en Padrón hecho un veteranazo y a punto de cumplir los doce años dijo adiós al colegio. Había superado una etapa, llegó como un niño y se iba como un hombrecito un tanto prematuro. En ese colegio había dejado unos cuantos jirones de su ser infantil, pero, por otra parte, pensaba ahora, mientras trataba de sacar la cajetilla tabaco de la bolsa de playa, su paso por él le había aportado un componente a su incipiente personalidad.

Por delante le quedaba un largo periplo de colegio en colegio pero, cuando tomó el tren de regreso a casa, sólo pensaba en que, a éste, no volvería jamás.

CAPÍTULO III

Mundi sacó el paquete de cigarrillos de la bolsa y extrajo uno. Antes de encenderlo hizo una pausa. Este ritual le había acompañado desde que empezó a fumar en el colegio y todavía hoy lo mantenía. Esa pausa era el tiempo suficiente para que, en otros tiempos, se oyeran unas voces que decían: ¡La pava! ¡La subpava!... Lo mismo sucedía al terminar, nunca agotaba los cigarrillos. Se acordaba de que, cuando había dado unas cuantas caladas y apenas había sobrepasado la mitad del cigarro, las mismas voces le increpaban: ¡Aquí huele a uña! ¡Que te vas a quemar el codo! En sus años de pinfanato jamás pudo fumarse un cigarrillo entero.

Las vacaciones de verano, una vez dejado el colegio, se las había pasado estupendamente. Todo el día en la calle porque, entonces, se podía estar en la calle sin ningún problema. Por las mañanas toda la cuadrilla de amigos del barrio se iban a la huerta de uno de ellos, que tenía una alberca para el riego y allí se bañaban. Algunos días transgredían las normas y se iban a bañar a un río cercano que, en esa época de estío, traía poca agua. La huerta tenía muchos árboles frutales y se ponían moraditos de cerezas, perucos y grosella, sobre todo grosella, de la que había unos buenos arbustos y a Mundi le encantaba. Volvía a casa y después de comer era obligada la siesta. Por las ventanas abiertas, que daban al patio de luces, se oía la radio de algún vecino que, en su programación de “Discos dedicados” unía la música con los deseos de felicidad. ”...Para Antoñita de su novio que mucho la quiere, para que pase un feliz día de cumpleaños”. Acto seguido, y después de un rosario de dedicatorias,

Antonio Molina se desgañitaba para que todos nos enteráramos de que era minero. Pepe Blanco, más tranquilo él, cantaba las excelencias del cocidito madrileño o daba clases de gramática explicando que la palabra Madrid, tenía seis letras. Su madre se hacía la loca cuando, en lugar de dormir, se dedicaba a leer tebeos de Roberto Alcázar y Pedrín, del Guerrero del Antifaz, de Hazañas Bélicas y el TBO y Jaimito. Salían cada semana y entre los compas, con la paga, compraban cada uno de una colección diferente y luego se los cambiaban. A Mundi le encantaba el olor a tinta que desprendían los lotes de tebeos nuevos en la tienda donde los vendían y en la que también vendían y cambiaban novelas. Por la tarde, otra vez a la calle a jugar al marro o a detectives y ladrones o a las chapas, con aquellas interminables vueltas ciclistas en un recorrido pintado con tiza en el asfalto, o al gua. La peonza o el hingue, eran otro entretenimientos. La actividad se detenía para subir a casa por la merienda, normalmente pan con chocolate del de tierra, o dulce de membrillo hecho en casa y luego se reanudaba hasta la hora de cenar. Después de cenar, su madre solía quedarse oyendo en la radio al tal Alberto Oliveras y su “Ustedes son formidables”, mientras cosía algo y él se iba a la cama a seguir leyendo tebeos, aunque, lo cierto es, que caía rendido.

A finales de agosto los padres (en masculino) organizaban una cangrejada en un bar del barrio. Previamente algunos de ellos y acompañados de algún que otro chaval los habían ido a pescar con reteles. Los ponían guisados con tomate en una gran perola en el centro de la mesa y itodos a comer! Mundi que acudía a la merendola junto con sus compañeros, viendo a los

padres de sus amigos tomando un vino, mientras observaban como sus vástagos devoraban lo que se ponía por delante, se daba cuenta que él era diferente.

Como diferente iba a ser lo que le esperaba poco tiempo después.

Pasó el verano, siempre corto y Mundi emprendió viaje rumbo a su nuevo destino: el colegio de la Inmaculada, en Madrid. Esta vez el viaje era más corto y directo. Así que Mundi se encontró entrando por la puerta de su nuevo colegio, donde, si la cosa no se torcía, debería pasar dos años.

Como en el anterior, le asignaron un número, le mandaron a la ducha, le cortaron el pelo, y para no variar le dieron un inseparable trapillo.

Mundi creía que esta vez tenía una ventaja y era que, como ya había estado en otro colegio, se las sabía casi todas no como los que venían por primera vez y para los que todo era novedad. Además contaba con amigos del otro colegio y los nuevos tenían que hacérselos. En parte tenía razón, pero sólo en parte, como pudo comprobar cuando se topó con el primer inspector, que le pegó un broncazo por no darse prisa en ir a la ducha. Que estaba equivocado lo corroboró el hecho de que los dos primeros días desayunó sólo líquido, pues la parte sólida del desayuno, que lo ponían en el centro de la mesa, desapareció en un pis pas y él se quedó sin nada. Otro tanto le sucedió con el postre. Había aprendido dos nuevos términos para él desconocidos: inspector y abordaje.

Lo de los amigos tampoco estaba muy claro ya que algunos de los que había tenido en Padrón no volvieron al colegio.

Entre los dos años que pasó en este colegio y los tres

siguientes en el colegio Santiago de Carabanchel Bajo, Mundi quemó su adolescencia.

En estos cinco años, Mundi incorporó a su argot pin-fanil nuevos vocablos: pava, subpava, queo, pitraco, escaqueo, aspirino, galonista... Hizo nuevos amigos. Desarrolló una habilidad inusitada por el dibujo, incluidas las caricaturas, lo que le ocasionó más de un disgusto por caricaturizar a quien no debía, sobre todo si era un profesor. Comprobó que los profesores eran más duros que las monjas y que a más de uno se le iba la mano. En este aspecto se llevaba la palma una especie de energúmeno de cerca de dos metros que a la sazón era el director del colegio. El uniforme azul marino, primero con pantalón corto y luego con largo, fue su traje oficial para salir a la calle. Se dio de cabezadas contra el latín que le podía y se volvió loco tratando de traducir lo que al tal César le pasaba en las Galias. El hacer deporte le gustaba regular, aunque no por eso dejó de hacerse rasponazos con la tierra del campo de fútbol. La gimnasia no le gustaba nada y a la hora de saltar aparatos se escaqueaba todo lo que podía. Sufrió e hizo novatadas. Empezó a fumar algún cigarrillo que otro. Para un muchacho de provincias, sobre todo a esas edades en que son esponjas dispuestas a asimilar todo lo nuevo, el estar en Madrid suponía el acceder a un mundo desconocido lleno de sorpresas. Las salidas, porque si no estabas castigado podías salir los festivos, se fueron ampliando desde los alrededores del colegio, que eran al principio, hasta el corazón de Madrid. Descubrió el tranvía y más tarde la forma de viajar en él sin pagar. El Metro le causó tal impresión que casi se pasó una tarde entera enlazando unas líneas con otras. La Gran Vía le fascinó con sus inmensos cartelones desde donde le miraban actores,

que con el tiempo serían sus ídolos, anunciando las películas que protagonizaban. A estos cines no podía ir. Eran caros y su débil economía sólo le daba parta ir de vez en cuando a los cines del barrio, próximos al colegio, que como eran de sesión continua había veces que se pasaba la tarde dentro. Descubrió las escaleras mecánicas de Galerías Preciados y los billares que había en un sótano en la Plaza de Callao. Conoció el Retiro con las barcas y la Puerta del Sol y el Rastro. Supo donde cambiarse de paisano pues comprobó que el uniforme era un modo de pregonar su condición y signo de diferencia. Hizo amigas en el barrio. Hubo bares que le servían de punto de reunión cuando salía y antes de volver al colegio.

Durante estos años cuando llegaba la hora de volver al colegio, los domingos por la noche, algo dentro de él se rebelaba ante su falta de libertad y se deprimía pensando que debía pasar otra semana, entre aquellas paredes, sin tener la certeza de que la próxima pudiera salir. Por eso, cuando salía, apuraba al máximo su estancia fuera del colegio y aunque no tuviera un duro andaba y andaba, viendo gente y escaparates y luces...

Recordaba Mundi con amargura aquellas largas tardes de domingo sin poder salir, tristes y nostálgicas, en las que veía todo negro y se preguntaba por qué estaba allí y si no era hora de hablar con su madre y decirle que se quería ir a casa, porque no aguantaba más.

Las monedas tienen dos caras y los estados de ánimo también y Mundi recordaba el día en que, al comenzar 6º Curso, llegó un aspirino nuevo y se hicieron amigos. Pasado algún tiempo se enteró de que tenía una hermana que, como es lógico, tenía amigas y en cierta

ocasión, el aspirino, le dijo si le apetecería ir a merendar a su casa un domingo por la tarde y a jugar a las cartas en compañía de algún amigo. Mundi y dos pínfanos más le dijeron que ya lo pensarían a lo largo de la semana. ¡Hipócritas!

A la hora señalada en punto, estaban los tres pínfanos lustrosos y repeinados como guardiamarinas. El padre estaba en el fútbol, la madre amabilísima, la hermana, que no estaba mal, casualmente esa tarde no salía y poco antes de empezar a merendar llagaron tres amigas de la hermana que pasaban por allí.

Así Mundi se introdujo en el mundo de las merendolas por la cara, que gustosa les ponía la madre del aspirino, las partidas a las cartas, al palé y... ilos guateques!, en casa de una amiga, en casa de otra. Ahí Mundi se hizo el dueño, entre otras cosas, era el único que entendía lo que decía Paul Anka en Diana, o los Beatles en Yesterday, o los Rolling en Satisfaction. Como es lógico amplió su círculo de amistades femeninas.

La maestra que vivía en casa de su madre se fue antes de empezar el curso y volvieron otra vez las estrecheces. Sin embargo un poco antes de llegar las navidades, la tía Rosa, regresó y esta vez para siempre. Mundi recordaba que cuando él fue de vacaciones y la vio, la encontró como si hubiera cumplido un montón de años a la vez y enormemente delgada.

Aquellas navidades las recordaba como las de las interminables veladas, por la noche, en torno al brasero de la mesa camilla, oyendo como su tía contaba historias de sus vivencias en unos lugares para él inalcanzables. Pero lo que le impactó de verdad es el transistor que su tía le regaló por Reyes, traído de

Londres. Con él se convirtió en el reyezuelo del dormitorio cuando volvió al colegio.

Antes de que llegaran las vacaciones de verano, recibió una carta de su madre en la que le decía que su tía Rosa había muerto. Según le decía, sabía que estaba tocada de muerte y había decidido venir a morir con los suyos. Con el tiempo, aquel transistor dejó de funcionar, pero él lo guardó junto con las cartas que había recibido de ella y aún hoy conservaba todo.

En esos cinco años que pasó en esos dos colegios tuvo que tomar las dos primeras decisiones importantes de su vida. La primera, al aprobar la reválida de Cuarto, ¿qué opción tomaba: Letras o Ciencias? Eligió Ciencias.

La segunda fue más seria y marcaría su vida: Una vez acabado Preu ¿qué es lo que quería ser en la vida? Después de darle muchas vueltas decidió que el quería ser...

CAPÍTULO IV

Militar. Sí, decidió ser militar. La verdad es que, con la perspectiva que da el tiempo, pensaba que, muy seguro, muy seguro de su vocación, no estaba. Su abuelo había sido militar, su padre también pero, al final de todo, Mundi pensaba, que si había decidido ser militar era en honor a su madre. Cuando su madre se enteró de su decisión, con la satisfacción reflejada en su rostro le dijo: "Tu padre, estaría orgulloso de ti".

Así que, otra vez la maleta y rumbo al colegio de Santa Bárbara en el barrio de Carabanchel Alto en Madrid. Nuevo número, ¿cuántos llevaba?, trapillo... curado de espanto entró con recelo. Había inspectores,

los profesores eran la mayor parte militares, el régimen seguía siendo cerrado, con salidas los sábados por la tarde y los domingos, el que podía, porque aquí, el castigo, se convertía en arresto y como variantes estaban el calabozo y el corte de pelo al cero.

El director no pegaba, arrojaba objetos, de los que tenía encima de su mesa de despacho, al alumno que era blanco de sus iras. Con frecuencia se expresaba por medio de sonidos guturales difíciles de entender.

Le llamó la atención que había aumentado el número de aspirinos. Con él llegaron algunos compañeros del Bajo pero el número no era muy elevado. La mayor parte de los nuevos era la primera vez que iban a un colegio de huérfanos. También llegaron pínfanos procedentes de colegios de Suboficiales y Mundi comprobó que habían seguido sus mismas vicisitudes y pasado las mismas carencias. El uniforme desapareció y sólo se llevaba cuando iban a examinarse a Zaragoza. El Bar Valderrama sustituyó al Bloque del Bajo y era el cuartel general desde donde se iniciaban y finalizaban las jornadas festivas. Frecuentó dos bailes, uno los Cristinos, el otro, tenía nombre de número pero ya no se acordaba de cual. Se hizo experto en guardar huevos fritos y boquerones, de la cena, de un día para otro y comérselos en bocatas al día siguiente con el desayuno. Coexistió con las mafias de los veteranos, porque en ese colegio los veteranos ejercían de verdad, que vendían los cigarrillos de “fiao”. Se escapó alguna noche que otra por procedimientos de lo más sofisticados. Hizo buenos y nuevos amigos, y sobre todo seguía sintiendo la misma sensación triste y deprimente cuando, los domingos por la noche, volvía al colegio ante la expectativa de otra semana más encerrado y la incertidumbre de si podría salir la

siguiente.

Al principio la cosa de estudios fue regular ya que las materias que componían el primer grupo eran más de letras, por eso le llamaban el grupo de las Literarias. Le impresionó ver que había gente que llevaban cuatro y cinco años y no habían conseguido ingresar. El problema estaba en que el límite eran los 22 años. ¿Y luego qué?

Poco a poco, fue cogiendo el tranquillo a la cosa e incluso un mes sacó el número uno de su sección, lo que le valió el regalo de un par de zapatos de Segarra, que duraron lo que tardó en llegar el primer domingo; él y un par de amiguetes se largaron a venderlos en el Rastro. Para celebrar la venta, se pasaron por el Abuelo, un bar típico cerca de la Puerta del Sol y se apretaron unas raciones de gambas a la plancha que les hicieron llorar de gozo.

Pensando en ello Mundi se dio cuenta que el tiempo pasaba y le quedaba poco para irse a tomar unas cañitas al chiringuito. Debían de estar a más de 30º, su suegra seguía con los crucigramas, los hijos habían desaparecido y su mujer se había metido al agua.

Volviendo a lo suyo, Mundi recordaba que las cosas no iban del todo bien. La gimnasia seguía siendo su bestia negra y, para ingresar, era necesario pasar una serie de pruebas, entre ellas el salto del caballo y ésta se le resistía. Al principio se lo tomó un poco en broma, se escaqueaba, racaneaba, hasta que el profesor le echó el ojo. Entonces la cosa se complicó. Unas veces rehusaba como los caballos cuando iban al salto, otras se quedaba sentado en mitad del aparato, al final conseguía ir un poco más allá y se dejaba la rabadilla en el final, pero saltar, lo que se dice saltar el caballo,

un par de veces en todo el año. Y el tiempo se acabó y llegaron los exámenes y a Mundi le colocaron el consabido uniforme azul marino, con gorra y todo y se fue con el resto de compañeros a Zaragoza, y se hospedó en la hospedería del Pilar, y fueron al día siguiente a la Academia en tranvía y pasó la primera prueba, que era el reconocimiento médico y se cambió para hacer las pruebas de gimnasia, y pasó la prueba de trepa de cuerda y pasó la de salto de altura y pasó la de salto de longitud y sólo le quedaba el salto de caballo y la velocidad, por este orden y se dijo que ahora o nunca y fue nunca, porque, a la hora de saltar, le entraron las dudas y se quedó empotrado contra la parte delantera del aparato. Y ahí se acabaron las aspiraciones militares de Mundi porque, se dijo a sí mismo que en la vida conseguiría pasar esa prueba. No se le olvidaría nunca la cara de su madre cuando llegó a casa y le dijo que había suspendido, pero de su boca sólo salió un “no te preocupes hijo, otro año será”. Dejó pasar unos días y por fin, le dijo a su madre que no quería ser militar y ya que el Patronato la daba otra oportunidad, había decidido estudiar una carrera difícil pero con mucho futuro, Ciencias Económicas y que pronto se sentiría orgulloso de él. La contestación de su madre fue: Haz lo que creas más conveniente para ti, ya sabes que a mí me parece bien lo que hagas.

Durante ese verano, Mundi, como había hecho desde dos años antes, se puso a dar clases particulares a chicos de la vecindad para sacar dinero para sus gastos.

Y otra vez la maleta y otra vez al Alto, pues ese año comenzó con un nuevo sistema en el que, además de los que se preparaban para ingreso en las Academias Militares, admitían alumnos universitarios.

Los amigos del año anterior le llamaban “virus” y él para compensar, cuando por las mañanas se iba a la Universidad, les daba un corte de manga para que se lo repartieran, mientras se quedaban encerrados en el colegio marcando trapillo.

Durante los años de carrera le pasó de todo. Hizo nuevas amistades de ambientes diferentes al suyo. Aprendió a estirar de forma inverosímil el dinero que le daban para comer fuera del colegio. Comió tantos platos de lentejas que, con el hierro que fue acumulando en su cuerpo se hubiera podido construir una locomotora. Se hizo asiduo del teatro Calderón al que entraba como componente de la “clac”, cuyas entradas repartía, a bajo precio, un señor regordete con bigote, en un bar cercano al teatro. Pero sobre todo estudió, estudió como un salvaje, como si le fuera la vida en ello.

En el viaje de regreso a casa, cuando terminó 3º de carrera, conoció a la que desde el primer momento pensó que era la mujer de su vida y así fue. Era más joven que él, acababa de terminar Secretariado de Dirección y era hija de un cardiólogo con renombre en la ciudad.

Mundi terminó la carrera. Cuando traspasó la puerta del colegio por última vez llevaba dos maletas, pero le hubieran sido necesarios diez baúles para llevarse consigo las vivencias habidas en su paso por los colegios. No quiso volver la cabeza, prefirió mirar hacia delante, a su futuro, con la fuerza que le habían dado 15 años de lucha diaria en colegios de huérfanos.

Como hijo de viuda tuvo opción a elegir el lugar donde quería hacer el Servicio Militar y solicitó el Regimiento donde estuvo su padre. Los tres meses de CIR,

se le hicieron largos. Tenía más edad que el resto de sus compañeros, muchos de los cuales era la primera vez que salían de casa. Eso se notaba, tanto a la hora de afrontar el vivir cotidiano, como, por ejemplo, a la hora de comer. Le llamaban tripero porque no dejaba ni las raspas en el plato, mientras, los otros, se alimentaban a base de bocadillos de la cantina.

Terminado el campamento, se incorporó al Regimiento y venía propuesto para hacer el Curso de Cabos. Le dieron el pase de pernocta, con lo que comía y dormía todos los días en su casa. Por las tardes daba clases en una academia y los alumnos no estaban descontentos con él.

Al empezar el Curso de cabos se llevó una gran sorpresa. Conocía al Teniente que daba las clases. ¡Era pínfano! El año que Mundi se preparó para militar, el otro, estaba en la Sección de los que, se suponía, tenían muchas posibilidades de ingresar, como así fue. No había llegado a cruzar con él ni una palabra y no sabía cómo se llamaba pero si recordaba el mote: "El Chucho". Le llamaban así porque, cuando se cabreaba, tenía una muletilla que decía: "A que te achucho un par de h... que te arranco la cabeza". Los pínfanos, agudos como ellos solos para poner motes, tuvieron dudas, no sabían si llamarle "El Guillotinas", por lo de arrancar cabezas o el "El Chucho", y por comodidad se quedaron con éste.

Así que Mundi, ni corto ni perezoso, un día, al finalizar la clase, aprovechando que el Teniente se había quedado corrigiendo unos ejercicios, se acercó a él. El otro que le vio venir le dijo:

—¿Qué pasa, chaval, algún problema?

—No, mi Teniente, —contestó Mundi— es que yo soy

pínfano y le conozco del Alto.

Se le quedó mirando como tratando de hacer memoria

—Perdona pero no caigo...

Y entonces Mundi le explicó la historia.

Estuvieron un rato charlando y todo marchaba bien hasta que el Teniente, mirándole fijamente, le espetó:

—Mira chaval, tu vivirás bien aquí, que de eso me encargo yo, que para eso somos pínfanos; pero como me entere que comentas con tus colegas, como me llamaban en el CHOE, te achucho un mes de calabozo y te quito el pase de pernocta.

Mundi fue una tumba. Al poco lo destinaron a Mayoría, entre números que era lo suyo, no sabía si por mediación del Teniente o por algún amigo de su padre que todavía quedaban.

Un poco antes de terminar la mili, el padre de su novia, le propuso sí, cuando terminara, le gustaría entrar a trabajar en una entidad bancaria, de ámbito regional, en la que tenía buenas influencias. A Mundi le recordó la escena del aspirino invitándole a merendar en su casa y adoptó la misma táctica, le dijo que lo pensaría. Mundi recordaba que no el mismo día, pero al mes de terminar la mili, estaba trabajando en la susodicha entidad. Con el primer sueldo en condiciones le regaló a su madre una caja de bombones, un gran ramo de flores y un marco de plata, que contenía una foto en la que aparecían su padre, su madre y él cuando tenía 7 años.

Mundi se casó con su novia la de toda la vida y pronto tuvieron hijos. Primero la chica, luego el chico y decidieron echar el freno, pues los dos partos habían sido muy malos.

Trataron de convencer a su madre para que se fuera a vivir con ellos y así no estuviera sola. No lo consiguieron, esa clase de viudas estaban hechas de una pasta especial y acostumbradas a afrontar la vida solas, no querían supeditarse a unos hábitos de vida impuestos. Además, por fin, le habían actualizado la pensión y la mujer podía respirar más tranquila. A diario, iba por casa y le echaba una mano a su nuera con los niños y muchos días se quedaba a comer con ellos. Las tardes las reservaba para salir con sus amigas a dar un paseo o a merendar.

Los hijos iban creciendo, al principio, Mundi, cuando se enfadaba, les amenazaba con mandarlos a un colegio de huérfanos. De pequeños surtía algo de efecto pero cuando se fueron haciendo mayores y les quería contar alguna batallita de su época pinfanil la hija le llamaba abuelo Cebolleta y el hijo pasaba de él como de una porquería de perro en mitad de una acera.

Un día su mujer le llamó al despacho, su madre...

CAPÍTULO V

...había quedado el día anterior en que pasaría por casa para ir juntas a hacer unas compras y que luego comería con ellos; al ver que no llegaba, trató de localizarla por teléfono y no obtuvo contestación.

Mundi le dijo que no se preocupara, se habría entretenido con alguien, ya llegaría.

Pero él sí se preocupó. Hacía un tiempo que su suegro la estaba tratando de una dolencia cardíaca, en principio leve, pero que requería atención.

Mundi, dejó el despacho y fue a casa de su madre.

Tenía llave y abrió. La casa estaba en penumbra y en silencio. La llamó y no obtuvo respuesta. Fue al dormitorio, estaba a oscuras y con la persiana bajada. Dio la luz y la vio. Tranquila, como sumida en un profundo sueño, muerta. Sobre su mesilla de noche, el marco con la fotografía que Mundi le regaló con su primer sueldo y un pequeño frasco de cristal, lleno de pétalos de rosa secos. Sencillamente su corazón se había cansado de latir. Pensó Mundi que había muerto como pasó por la vida, sin querer molestar. Había muerto como vivió, sola. Fajada en la lucha diaria con la vida, acostumbrada a salir siempre vencedora, no tuvo opción de plantarle cara a la muerte, ya que le sorprendió dormida y perdió. No había signo de sufrimiento en su rostro, ni mucho menos, todo lo contrario, más bien, era la expresión de paz que debe dar el saber que te vas de este mundo con la misión que asumiste cumplida. Este había sido el caso de su madre y de esa casta especial de viudas que, a base de sacrificios y privaciones, en unos tiempos difíciles, habían asumido el papel de padres y de madres hasta ver a sus hijos salir adelante en la vida. Todo, sin esperar nada a cambio, a lo sumo una frase cariñosa o una muestra de afecto y a veces, ni eso.

Cuando la losa que cubría el panteón familiar, donde también descansaban los restos de su padre y su tía, lo selló, algo intangible se rompió en lo más profundo de su ser, como si fuese el hilo que lo unía a su pasado afectivo, como si se quedara solo entre tanta gente.

—Segis, ¿qué te pasa? Tienes los ojos llorosos.

Su mujer salía del agua y venía hacia él.

—Nada, la gente que no sabe sacudir las toallas y me ha entrado arena en los ojos.

La vida siguió para Mundi, como pasa con todos.

Después de unos cuantos años trabajando en la entidad bancaria, decidió que quería ser su propio jefe. En compañía de un amigo abogado montó una asesoría fiscal. Su mujer, desempolvó sus conocimientos y entró a formar parte del despacho como secretaria. La cosa empezó lenta y con dificultades, pero poco a poco, fueron saliendo a flote y hoy en día, no podían quejarse, todo lo contrario.

Un día, por esas casualidades de la vida, Mundi descubrió en Internet una dirección en la que aparecía la palabra “pínfanos”. Por curiosidad entró en la página y todo su pasado se le vino encima de golpe. Al principio se limitaba a leer mensajes y ver fotografías. De los remitentes de los mismos no conocía a muchos, a otros sí, los menos. Una noche mandó sus datos y fue recibido por un montón de gente con unas muestras de afecto fuera de lo común.

Y comenzó a participar y a intervenir en discusiones y a participar en el chat y a ver fotografías actuales de sus compañeros y ahí es cuando se dio cuenta de que habían pasado muchos años tanto para él, como para los otros. Comprobó cómo los años, la mayoría de las veces, influyen en la memoria y dejan en nebulosa los malos ratos pasados y realzan los buenos y llegó a la conclusión de que debía estar agradecido a los que le habían dado la oportunidad de ser lo que hoy era. Amigos suyos del barrio, con igual o más capacidad intelectual que él, se habían quedado en el camino, la mayor parte por falta de medios económicos para poder estudiar una carrera. Bien es verdad que luego ejercieron profesiones igual de dignas que la suya porque, pensaba Mundi, la dignidad de una profesión, no la da los estudios que son necesarios para obtenerla,

sino la forma en que cada cual la ejerce. Eso no ocurrió en los colegios de huérfanos, todos tuvieron sus oportunidades y cada cual fue libre de elegir su camino. Mundi, estaba agradecido y de ese regustillo amargo que a veces le venía con los recuerdos, culpaba a algunas personas en particular, no a la institución. Su paso por los colegios le había dado una forma de ser especial, basada en unos valores intangibles entre los que el apoyo en y al compañero eran unos de los fundamentales. Eso se notaba en los mensajes que se cruzaban aun después de tantos años, eso entre otras cosas, les unía y les hacía ser un colectivo como ningún otro y al que se sentía orgulloso de pertenecer.

Una noche, Mundi, reunió a su mujer y a sus hijos en torno al ordenador que tenía en el despacho de casa. Accedió a la web de “pínfanos”, aparecieron los colegios por donde había pasado, después accedió al álbum de fotos y empezando por Padrón y terminando por el Alto, fue mostrándoles las fotografías. Desde aquellas instantáneas en blanco y negro, centenares de rostros fueron desfilando ante ellos. Fueron pasando los escenarios donde habían trascurrido muchos años de su vida y sus compañeros y sus profesores...

Era curioso, pero observándolas con detenimiento, sobre todo aquellas en las que aparecían los niños más pequeños, en sus miradas se observaba ese punto de tristeza y de temor del que se encuentra solo ante lo que quiera depararle la vida.

Cuando terminó, con voz entrecortada, Mundi, nada más acertó a decir:

Así me crié, ellos forman parte de mi historia, ellos son mi gente.

EPÍLOGO

El móvil sonó. Mundi volvió de su particular túnel del tiempo. Era su suegro, no llegaría a comer pues estaba teniendo buena pesca. El suegro de Mundi pasaba de playa y prefería irse a pescar con unos amigos que tenían una embarcación.

Su mujer se había cansado de tomar el sol y estaba debajo de la sombrilla leyendo una revista, sus hijos debían seguir en el chiringuito...

—Segis, hijo.

Era su suegra que, con el libro de crucigramas en una mano y el bolígrafo en la otra, le miraba por encima de las gafas.

—Dime, Luisa.

Su suegra se llamaba Luisa

—Segis, tú que sabes tantas palabras raras, dime cual puede ser ésta: "En plural. Aceptación con la que, en algunos lugares, se denomina a los componentes cárnicos de un guiso".

Segis, miró a su suegra y no pudo menos que esbozar una sonrisa.

—Pitracos, Luisa, pitracos.

Nota. Para dar continuidad al relato se han producido saltos en el tiempo que no se corresponden con la realidad cronológica.

Segismundo, Segis o Mundi, que lo mismo da, no existió... bueno, si ha existido ha sido gracias a todos nosotros, pues está hecho con un poco de todos y cada uno de los que componemos esta gran familia.

EL OTRO FÚTBOL

Autor: Miguel Delibes¹

Las distintas generaciones que han pasado por el Colegio Santiago de Valladolid han ido dejando huella indeleble del carácter y personalidad de estos alumnos que con escasez de medios intentaba superar todas las situaciones que la vida les deparaba, baste narrar a continuación la anécdota que refiere el autor y académico de la Lengua Don Miguel Delibes en su libro “El otro fútbol”.

Hace unas semanas publiqué un intrascendente artículo sobre fútbol y puedo asegurar que en treinta años corridos que llevo en oficio de emborronar cuartillas nunca un trabajo mío ha desencadenado un tan abundante número de réplicas y correspondencia como en este caso, lo que quiere decir que, al margen de la liberación que pudo representar para algunos este deporte durante la represión de la dictadura, el fútbol, en cualquier circunstancia política, constituye la pasión dominante para no pocos españoles.

Yo jugué mucho al fútbol de chico y aun de adolescente. En el Colegio de Lourdes, de Valladolid, era una potencia entonces, en los años treinta y con frecuencia,

¹Agradecemos a D. Miguel la autorización de publicación concedida a la AHE mediante nota personal del 28 de abril de 2006

mediamos nuestras fuerzas con otros colegios de segunda enseñanza: los jesuitas, los maristas o los muchachos del Instituto. No es preciso decir que unas veces ganábamos y otras perdíamos, pero en cualquier caso, siempre quedaba vivo un deseo: remachar el triunfo obtenido o tomarnos el desquite de la derrota. Había, no obstante, un colegio en Valladolid que siempre nos vencía: el colegio de Santiago para huérfanos de Arma de Caballería. He dicho que nos vencía cuando será más exacto decir que nos barría, literalmente nos aplastaba por tanteos contundentes que, todavía lo recuerdo, rara vez bajaban de nueve a cero o el catorce a dos. No creo que en aquel campo de tierra apelmazada que los huérfanos tenían en la trasera del edificio escolar de la calle de Muro alcanzáramos nunca un resultado más halagüeño que el de los seis o siete goles de diferencia. Y ¿qué tenían los huérfanos de Caballería que no tuviéramos el resto de los escolares de Valladolid? ¡Ah, los huérfanos! Aquellos mozos practicaban un fútbol precursor, hecho de inteligencia y sobreentendidos, apoyado en una velocidad de diablos, una entereza de atletas y un finísimo toque de balón. Posiblemente todo ello dependiera de su preparador físico o del frecuente ejercicio de este deporte, lo cierto es que aquellos muchachos ejecutaban otro fútbol.

Para mayor escarnio, los huérfanos jugaban en alpargatas sin que sus empeines parecieran resentirse de los secos trallazos que enviaban desde treinta metros contra nuestra portería con aquellos balones recios, coriáceos, que, como dice Vicente Verdú en su estupendo y divertido libro *El fútbol, mitos, ritos y símbolos*, “trascendía el vaho de su vejiga (protegida

por talco) y la biografía del cuero al que se le dispensaban cuidados vitalizadores dejándole secar al sol y embadurnándole con grasa”. Para los huérfanos este pelotón pesadísimo no constituía el menor obstáculo. Sus rapidísimos pies ensayaban el tiro a gol desde cualquier punto y en cualquier circunstancia, sin preparación alguna, y, a menudo, como el lector podrá deducir de los tanteos consignados, lo conseguían. Su movilidad, sus disparos durísimos, con unos pies prácticamente desnudos, me asombraban, hasta el punto de que hoy, a cuarenta años de distancia, todavía los recuerdo con admiración”.

Paralelamente a esta actividad yo fui espectador pasivo del fútbol desde 1929, mucho antes de convertirse este deporte en un espectáculo de masas. Durante seis largos lustros fui asiduo del Real Valladolid, asistí a su empecinado trajín en tercera División, a su paso fulgurante por la Segunda y a sus casi veinte años de Primera, campeón de invierno en una ocasión, empatándole al Madrid en Chamartín, o eliminando al Atlético de la Copa, en otra, con aquél asombroso gol de bolea de Sañudo que dejó estupefacto al desencantado público del Metropolitano. El desaforado profesionalismo —el fútbol fue perdiendo paulatinamente su carácter lúdico y los futbolistas ya no saltaban a la pradera a jugar, sino a ganar dinero—, la táctica del cerrojo, cada día más extremada, y el vocabulario de la grada, soez, irritantemente parcial, me empujaron , años más tarde, a abandonar los estadios y a convertirme en un espectador esporádico de los partidos televisados. Deduzco de todo esto que yo no era un hincha. Tampoco un espectador desapasionado —mis preferencias estaban claras—, pero

íntimamente rechazaba una victoria debida al case-rismo de un árbitro o a la presión asfixiante de la grada.

Mi artículo anterior no ha sido bien interpretado. Hablo en general, pues hay cartas, como la de don Antonio Calderón, juzgador insigne, que manifiestan una absoluta solidaridad con mi postura. No obstante, los comentarios reprobatorios entienden que yo opongo la velocidad a la belleza, el fútbol —arte al fútbol— fuerza, cuando creo que, tras una atenta lectura de mi artículo, no puede deducirse esto. Ocurre que, en la actualidad, yo identifico la estética del fútbol precisamente con la velocidad y la fuerza y considero, por otra parte, que únicamente estas cualidades son eficaces para contrarrestar las murallas defensivas al uso.

En mi trabajo anterior había dos cosas claras: Primera, el espectáculo se ha terminado si nos obstinamos en seguir aferrados a las antiguas tretas para dobligar a una defensa, y segunda, la debilidad del fútbol español resulta hoy incontestable frente al de los países del norte de Europa. Me parece ocioso discutir estos dos puntos, pero podemos subrayar algunos extremos que los aclaran. La táctica del marcaje trajo como consecuencia el agarrotamiento de un deporte hasta entonces preferentemente creador. El futbolista, antaño, saltaba al césped con la esperanza de desarbolar por juego al adversario. Hoy salta con la intención de inmovilizarlo. Desde este enfoque resulta palmario que el que intente el ataque, al abrirse, lleva las de perder. La defensa escalonada, si se practica bien, es difícilmente vulnerable y el gol, si llega, suele presentarse inopinadamente de un contragolpe a favor del que se defiende. Esto explica ese hecho, aparentemente paradójico, del que se lamentan muchas

aficiones, de que sus equipos favoritos juegan mejor fuera que dentro de casa. Fuera, salen a sujetar, a impedir mancillar su meta, dentro, a eludir la sujeción y conseguir un gol El que sale a construir está perdido. De ahí que hoy impere la destrucción. Dos no juegan si uno no quiere. Y, con la destrucción, adviene la difícil vulnerabilidad de las puertas y, consecuentemente, si en verdad es el gol la salsa del fútbol, el tedio y el aburrimiento. El fútbol actual se sirve en seco, sin salsa ni aderezos, de ahí su insulsez.

En lo concerniente a la baja del fútbol latino, y especialmente del español, frente al noreuropeo, creo que está a la vista. Que el mediterráneo es flojo e inestable, no sabe tirar a puerta, no pasar al espacio vacío, me parece obvio por evidente. Pretender desbordar las defensas actuales con las artes de antaño, mediante fintas, regates y pelotas bombeadas, se me antoja una quimera. Esto ya no es factible. Frente a esta táctica rutinaria e inoperante, los noreuropeos han puesto en servicio otra, basada en la velocidad y la fuerza, en la energía y el sentido de la anticipación, esto es, la táctica que los huérfanos de Caballería de Valladolid ya utilizaban, con los resultados sorprendentes, en mis años mozos. El septentrional conserva la vertical mientras puede, tira a puerta desde lejos y sobre la marcha y, sobre todo, tiene la intuición del espacio vacío para dejar la pelota muerta a la que un compañero de cara al gol, puede llegar antes que su rival. Éste es todo un secreto. Y no se aduzca en descargo del fútbol español, que los ases nórdicos fracasan al insertarlos hoy en nuestros cuadros porque tropiezan con un adversario más duro. Yo entiendo que el bajo rendimiento de estos divos importados obedece a otras razones: por ejemplo, la

pérdida del ritmo de su antiguo equipo y la ausencia de respuesta a sus intuiciones. La velocidad del nuevo equipo no es la misma que la del de procedencia y el compañero no ve las pelotas que le deja en tierra de nadie o las considera pelotas perdidas. El caso Cruyff en España me parece el más esclarecedor. Cruyff jugaba demasiado para jugar bien, quiero decir para jugar bien aquí, para ser entendido en nuestro país. Se encontraba desasistido, empleaba unos métodos que no eran correspondidos y, lógicamente, se aburrió. Di Stéfano y Kubala vinieron en otros tiempos y encajaron. En la actualidad, el extranjero trasplantado se queda solo y, en términos generales, el bueno se hace malo y el malo se hace peor. Mediterráneos y septentrionales no pueden ser mezclados impunemente. Son dos conceptos del fútbol que normalmente se rechazan. Entre unos y otros no hay entendimiento, no hay correspondencia, no existe asociación.

Es algo así como si hubiéramos pretendido encajar un huérfano de Caballería en las filas del equipo de mi colegio allá por los años treinta.

RECUERDOS DE PADRÓN

Autor: Tomás Gamero García

CAPITULO I

EL VIAJE

—¡Qué no quiero que vengáis!— casi gritaba.

—Pero si es para acompañarte y que no vayas solo— replicaba mi madre.

—¡Que te digo que no, que voy a ser el único al que le acompañe su madre!— volvía a insistir.

No sirvió de nada la pataleta, ni los gritos ni el enfado. Estaba decidido. Lo habían decidido ellas dos —mi madre y mi tía—, así que no había nada que hacer ni que decir. Pensaba que ya tenía edad para ir yo sólo, además estaba acostumbrado a viajar y no entendía el porqué del “acompañarme”. A la estación, me parecía bien... pero a Padrón...

Nos quedaremos una semana y así conoceremos aquello que nos han dicho que es muy bonito—. Ya hemos alquilado una habitación muy cerquita del colegio, para así poder ir a verte—

—Lo que faltaba— pensé. —Encima estarán allí todo el día...— No lo consentiría, como mucho alguna visita y cortita.

La estación de Atocha me pareció grandísima. Fría, como falta de vida. Y eso que había un montón de

gente. Cada cual a su aire. Me imaginaba dónde irían, seguro que pocas a encerrarse durante muchos meses en un colegio y separarse de su familia... Ya me entraban las “cosquillas” en el estómago...

Con la mirada busqué a un grupo de chicos entre los cuales debería de conocer a alguno. Nada. Poco a poco iba perdiendo las esperanzas de encontrar a alguien conocido, más “cosquilleo”. Me resigné.

Al acercarnos a nuestro tren, oí: —¡Juan, Juan!—. Me volví. ¡Allí estaban!: Javier, Rafa y Antonio, compañeros de Las Mercedes.

—Pero, ¿qué hacéis aquí?— pregunté extrañado.

—¡Que te ibas a librar de nosotros!— dijo sonriendo Antonio.

Y nos fundimos los tres en un abrazo sincero y espontáneo, del cual hoy me acuerdo y se me pone un no sé qué en el estómago. Ya no estaba solo. Ahora sí que me sobran mi madre y mi tía. Con ellos ya estaba seguro, podría afrontar la entrada en el colegio y lo que me viniera después. Me horrorizaba no conocer a nadie. Me daba miedo, pero eso ya no pasaría.

Se fueron a su vagón y mi madre, mi tía y yo a uno de tercera. De madera, durísimo. La calefacción no iba muy bien y hacía frío. Fue nuestro primer comentario:

—¡Uf!, qué frío hace aquí!, ¿no tienen Vds. frío?— Y ya está mi madre contando sus batallitas, y a mí de protagonista. ¡Qué pesadas son algunas veces!

El viaje fue muy largo, se me hizo interminable, duró toda la noche. El compartimento estaba a tope, así que la sensación de frío se disipó por la de “calor humano”. Toda la “ilusión” de mi madre era que les explicara “a estos señores” cómo nos trataban las monjas. Yo no tenía ninguna ganas de hablar, respondí lo justo para

que me dejaran en paz. Le pregunté varias veces si me dejaba ir al vagón de mis compañeros, pero me contestó que no, que para eso no había hecho ella el viaje . Así que me acurruqué y dormí. Dormí mucho , pero me desperté cansadísimo. Fue un sueño mezclado con las conversaciones de las personas que estaban con nosotros. No pararon en toda la noche. Cada vez estaba más rabioso, pues lo que quería era irme de allí... con mis amigos... para empezar a contarles cosas del verano.

Ya de mañana, hicimos trasbordo en Redondela. Teníamos que cambiar de tren para coger la otra línea. ¡qué bien! ¡Aprovecharía y ahora sí que me iría con ellos! Por si fuera poco, mi madre me obligó a tomarme un vaso de leche en la cantina de la estación —porque estás creciendo y necesitas alimento—. Hubiese echado a correr desapareciendo entre la gente... ¡cuando entendería mi madre que ya no era un “crío”!, ¡y los demás mirándome!, ¡a saber lo que estarían diciendo de mí!, ¡menuda chunga tendrían! Ya bajaríamos del tren y les diría unas cuantas cosas.

Una vez aposentados en el nuevo vagón me dediqué a admirar el paisaje espléndidamente verde que se divisaba a través de la ventanilla. El verde de la montaña y el azul del mar se entremezclaban formando un tono que te aportaba tranquilidad, sosiego... Lo iba a necesitar, pues, de momento estaba rabioso, nervioso y cansado. No me salía nada bien. Tenía el ánimo por los suelos. Continué admirando el paisaje.

A lo lejos algunas barcas estaban faenando... ¡qué distinto al paisaje castellano! La niebla ponía una especie de desencanto a los pueblos que íbamos pasando. No me gustaba la niebla. ¡Iluso de mí!

Tendría que convivir con ella durante dos cursos por lo menos.

Llegamos a Padrón. Hacía frío, niebla y humedad. Enseguida las órdenes.

—¡Que se acabaron las vacaciones! ¡Que estamos de nuevo en el colegio!

Todos con nuestras maletas y ya, de entrada, en fila. Me despedí de mi madre y de mi tía y me incorporé al grupo. Oí decir algo de venir a verme pero ya no presté atención. Grité:

—Hasta “por lo menos” pasado mañana no vengáis a verme.

Andandín, andandín, con nuestras maletas en la mano, enfilamos el camino del colegio. A medida que avanzábamos, la enorme mole de piedra se me asemejaba a una prisión. Era completamente distinto a las Mercedes, grandes ventanales de color verde, y sobre todo la piedra, esa piedra áspera y gris a la que, de momento, no me acostumbraba.

El colegio estaba a las afueras del pueblo. Teníamos que atravesar todo el paseo, El Espolón, cruzar un puente sobre el río Sar y coger otra carretera, poco transitada y que daba directamente a las huertas. Pasamos por una ermita grande y hecha con la misma piedra. Empezó a llover, una lluvia fina pero que te calaba hasta los huesos. Al lado de la carretera las casas —pazos— con su parra a la entrada y un portalón grande. Cada una con su huerta —muchas mazorcas— y, un poco más lejos, el prado dónde pastaban vacas gordas y hermosas. Todo verde, muy verde y fresquito, te apetecía tirarte y rodar, rodar, como si fueses una peonza... no pensaba que lo podría hacer muy pronto. Una voz me sacó de mis pensamientos:

—¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos!, ijo!, ¡qué edificio más grande! ¡Qué feo!

Volvimos a ponernos en fila, las maletas a un lado, empieza el recuento.

—¡Me quedan nueve meses de estar aquí!

Otra vez el cosquilleo.

CAPÍTULO 2

ENTRADA

Al entrar nos esperaban más monjas. Ya nos asignaron grupos con cada una de ellas. Por apellidos me tocó con Javier; a Rafa y Antonio les tocó juntos.

Dentro del edificio hacía frío, mucho frío. Parecía como si las monjas se disculparan.

—Esperaros un poco que la calefacción ya está encendida...

—¿Hará siempre el mismo frío?— nos preguntábamos.

Siempre en fila, por un pasillo de suelo de madera — hacía ruido— nos llevaron al comedor. Era grande, desangelado. En unas mesas estaban desayunando chicos que nos miraban con cara de extrañados.

—Creo que son los que hacen ingreso— comentó Rafa. El hijo de una amiga de mi madre debe de estar ahí. Luego preguntaré.

Uno de ellos, se levantó a preguntar algo a la monja que nos traía:

—¡Ya estás dando otra vez la lata! Siéntate y pórtate bien.

Enseguida lo hizo. ¿Serían estas monjas más duras

que las de Las Mercedes?

Nos dieron de desayunar. La leche ya no tenía esa nata que me daban ganas de vomitar, estaba limpia y sabía bien. Tenía hambre, así que devoré el trozo de pan y mantequilla e incluso repetimos... creo que fue la primera y última vez. A partir de ese momento te las tenías que ingeniar para comerte por lo menos lo que te correspondía.

—Si alguien trae algún paquete de comida que ponga el nombre y lo deje aquí— dijo una monja señalando un armario. Luego se convertiría en “el armario de los paquetes de casa”.

Después nos subieron al dormitorio, uno y grandísimo, con camas bajas y mesillas a los lados, las taquillas estaban pegadas a la pared. Como no nos dijeron nada nos pusimos los cuatro juntos hasta que nos colocaron en orden y con un número que nos serviría para los dos cursos. No estaba al lado de ninguno de ellos. A la derecha me tocó Ramón y a la izquierda Juan Antonio.

Empezamos a charlar. Ramón era de Oviedo ¡qué cerquita! Juan Antonio de Lugo ¡más cerquita todavía! Me entró esa especie de tristeza que no sabes como controlar pero que te pesa. Pensé: ¡saldrán todas las vacaciones! Y yo me tendré que quedar aquí durante todo el curso. Les envidié, sin ninguna razón, luego fueron dos de mis mejores amigos. Ramón era la ayuda y la bondad personificada. Alto, coloradote, bruto a más no poder, pero con un corazón... y unos puños que me sacaron más de una vez de los problemas en que me metía. Juan Antonio iba más a la suya. Pequeñajo, nervioso, pero con una inteligencia fuera de lo común... y dibujaba ¡cómo dibujaba! Algún trabajo me solucionó delante de Sor Luisa, ya que mi

fuerte no ha sido precisamente tener buena mano.

La mañana pasó entre corte de pelo, ducha y trapillo. En el comedor sí que nos dejaron poner juntos, en eso las monjas no eran muy estrictas.

Por la tarde nos enseñaron las clases. Había dos: una de 1º y otra de 2º. A la segunda ni nos asomamos — eran iguales— y menos quedarnos a solas con los “mayores”, que ya habían anunciado alguna novatada.

¡Y vaya si nos la jugaron! A medianoche nos hicieron levantar en pijama y salir hasta las duchas a paso ligero. No fue muy aparatoso, pero recuerdo que hacía un frío terrible. También me llamó la atención que había chicos mucho más mayores que nosotros o a mí me lo parecía. Luego me enteré de que eran los repetidores, que gozaban de un status especial, ellos mandaban y nosotros —los pardillos— obedecíamos.

Al día siguiente, peladitos, lavaditos y de trapillo bajamos a misa obligatoria. Venía el párroco del pueblo y hasta nos echaba sermón y todo. Casi no nos enterábamos de lo dormidos que estábamos.

Después desayuno y clases. Recreo, con un pequeño bocadillo. Tan pequeño que en dos bocaos desaparecía. Otra clase más.

Comida, un pequeño recreo y más clases. Merienda y estudio. Antes de cenar rezábamos el rosario en la capilla (cada día nos tocaba a uno). Había veces que la monja que nos cuidaba se iba, lo que aprovechábamos para saltarnos unas cuantas avemarías, aunque se daba cuenta y nos hacía repetir todo el misterio.

Los recreos no eran muy entretenidos si no te gustaba jugar al fútbol. El patio no era muy grande y lo acaparaban los futboleros. Era muy irregular. Si tenías la mala suerte de caerte, la herida era segura.

icómo raspaba aquella tierra! Tenía una zona de uralita para cuando llovía que se aprovechaba para jugar a las canicas y a las “chapas”. Un portalón grande de salida a la carretera y una puerta pequeña que daba a la huerta. Había otra zona acotada con un foso para saltar salto de altura... con arena que posteriormente se mezclaba con toda clase de comida que tirábamos por las ventanas del comedor que daban a este sitio. Si no querías salir al patio, entre las escaleras y la puerta había mesas de ping-pong.

Nos cuidaba un tal Leandro, gallego hasta la médula. Casi no le entendíamos cuando hablaba... ¡y no paraba! Estaba haciendo la mili y le tenían de cuidador y encargado de hacer los recados a las monjas. Nos contaba historias espeluznantes de su pueblo, sobre todo de brujería, que nosotros escuchábamos boquiabiertos e incrédulos. Luego se reía y no sabías si te estaba tomando el pelo. Era muy buena persona. Lo que no soportábamos es que se cortara las uñas con una navaja, nos rechinaban los dientes y, por supuesto, no le dejábamos que nos cortara las nuestras. Era tan crío como nosotros. Yo le recuerdo con mucho cariño. Además fue el primero que nos enseñó a beber Ribeiro y a fumar Peninsulares, pero solo ocurrió una vez en las fiestas del pueblo. Iba un poco “entona” y nos cogió a un grupito, nos metió en un bar y nos invitó a beber ¡No le dijimos que no! Después sacó unos cigarrillos y nos dijo:

—Venga, chavales, fumad que está muy bueno.

El mareo que agarramos fue de campeonato. Al día siguiente en el patio le buscamos para que nos diese algún cigarrillo. Se puso muy serio y nos dijo:

—Las monjas me dijeron que os cuidara como si

fueseis mis hermano pequeños, y yo nunca enseñaría a fumar a un hermano —Y se quedó tan pancho.

—Pero isi ayer nos invitaste a beber y a fumar!— le recordamos.

Como si nada. La callada por respuesta.

No volvimos a hablar más del tema.

Cuando acabó el curso desapareció, pero al curso siguiente nos vino a ver un día que llovía muchísimo. Seguía siendo el mismo cuentista de siempre. Nos dijo que se iba a casar y que venía a pedir algo a las monjas. Nos imaginamos que dinero.

No aparentaba tener mucho, la verdad.

CAPÍTULO 3

LAS CLASES

Estaban en el primer piso. En el pasillo de la puerta de entrada y la capilla, al fondo.

Eran iguales. La una frente a la otra. No muy grandes, pero muy luminosas y soleadas cuando hacía sol. Una pizarra grande y mapas colgados en las paredes. Daban a la parte trasera de una pirotécnica, a la cual estaba terminantemente prohibido entrar y menos hablar con la gente que allí trabajaba.

A Antonio, el que nos metía en todos los “fregaos”, se le ocurrió la brillante idea de que saltásemos la valla que separaba la fábrica del colegio y cogiésemos algunos cohetes. Ramón se negaba en rotundo, como siempre, argumentando sus “rollos pasteleros” que casi no entendíamos. Rafa, Javier y Juan Antonio la hubiesen saltado ya. A mí me daba igual, estaba pasando por una mala racha por culpa de mi madre y mi

tía que me venían a ver todos los días a la hora de la merienda y me sacaban a dar un paseo por la carretera. Me traían unos bocadillos fabulosos lo cual encendía la envidia de mis amigos y con razón. ¡Solo faltaba que me dijese que era un “mimado enchufado”!, pero así no tenía la culpa de nada!

Mi madre y mi tía habían alquilado una habitación en un pazo cercano imenos mal que solo sería una semana!, pero fue la semana más amarga de esos días. La de chungas que tuve que aguantar, todo era broma, pero a mí me dolía de verdad. Los dueños del pazo eran unas personas amabilísimas, me daban de comer todo lo que quería. Recuerdo un pulpo relleno que aún hoy se me remueven las salivares de lo bueno que estaba. Y la leche de la vaca recién ordeñada. Así que ¡tenían razón en burlarse, yo fuera comiendo a cuerpo de rey y ellos en el colegio sin poder salir a la calle! Alguna vez les llevé “algo”, sobre todo para que no se metieran más conmigo.

—¡No seáis miedicas!— ¡Pero si no va a pasar nada!— Intentaba convencernos Antonio.

—¿Y si nos pillan?— A mí era el que menos me convenía que me castigarán.

Por fin saltamos la valla. Avanzamos sin ningún percance pero, de repente, nos salió un perrazo que nos obligó a dar marcha atrás y volver por dónde habíamos saltado, mientras alguien nos gritaba. No hicimos ni caso.

Al día siguiente en el desayuno la madre superiora intentó indagar quién había sido (alguien de la fábrica se chivaría). El sermón fue que era muy peligroso, que si el material era inflamable. Y tanto. Allí nadie dijo

nada y no se volvió a hablar más del tema, aunque nosotros nos cuidamos mucho de volver a repetir la experiencia. Lo que sí que hacíamos era llamar al perro a través de la valla y ise pegaba unos coscorrones en el muro! Creo que no veía bien, o era un poco tonto.

No sé en qué curso fue, pero sí recuerdo una explosión de la fábrica. Hubo algún muerto de por medio, lo que obligó a su cierre, aunque creo que luego la volvieron a abrir. De momento cesó el temor que las monjas tenían por si pasaba algo.

Cuando nos sacaban a pasear por la carretera, aún entrábamos al recinto por si había algún cohete por ahí. Alguna vez encontramos y Antonio, con su atrevimiento, nos juntaba para “tirarlo”. No nos pasó nunca nada, ignorancia de gente menuda. Cuando explotaban arriba, ya respirábamos tranquilos. El ruido no era inusual, nadie se extrañaba, pues la gente estaba acostumbrada a tirar cohetes para deshacer la niebla o las nubes y era normal oír, de vez en cuando, el estruendo de los cohetes.

En las clases no nos aburríamos. Recuerdo la letra clara y redonda de Sor Luisa poniendo la fecha en la pizarra. Explicándonos Geografía, Historia, Francés. Creo que, menos gimnasia, nos daba todo. Tenía especial cuidado en que hiciésemos bien la caligrafía.

—La buena letra es muy importante. Os corregirán los exámenes profesores que no os conocen de nada y querrán entender lo que habéis escrito. Si queréis que os aprueben...

Estábamos constantemente con ella. Nos quería y la respetábamos. Lo que no pasaba con otras que se dedicaban a otros menesteres y nos regañaban a la menor fechoría. La monja de la lavandería era la que

más, allí se estaba muy calentito, pero ella se empeñaba en echarnos. ¡Si no molestábamos!

Lo que peor se me daba era el dibujo, así que me las arreglaba para pactar con mi grupo, a cambio de esto, te hago lo otro. Me ayudaron mucho. La nuestra fue una amistad verdadera y leal, como de hermanos. También tuvimos nuestras discusiones. Rafa y Javier eran muy distintos, discutían por nada, pero creo que ya lo hacían de puro aburrimiento. Uno era portero y otro delantero y icogían unos mosqueos cuando jugábamos algún partido! Estuvieron por lo menos un mes sin hablarse por no sé qué historias, luego nos las ingeniamos para que hicieran las paces y para celebrarlo nos bebimos una botella de vino de las que había en la andana, o el desván, al que subíamos muy a menudo.

No recuerdo ningún castigo en especial, excepto una vez que Sor Luisa se enfadó mucho con nosotros porque al irse un momento de clase, habíamos empezado a tirarnos tizas. La regañina fue de las de época, y el castigo sería copiar algo muchas veces. Una de las que se enfadó conmigo fue porque iba bajando las escaleras por la barandilla, y al llegar abajo... ella que pasa. Le di un empujón que casi se cae, lo malo es que detrás venían dos más y éstos sí que dieron con el culo en el santo suelo. Pero no sé por qué sólo me regañó a mí, lo cual me pareció una injusticia (?). Al hacérselo saber, el enfado fue en aumento. Me empezó a sermonear, lo que aprovecharon mis amigos para escabullirse y dejarme sólo ante el peligro.

—¡Si, calladito estoy mejor!— La próxima vez no diré nada y ya estaría merendando como los demás.

CAPÍTULO 4

CLASE DE GIMNASIA

Las que sí que eran divertidas eran las clases de gimnasia, sí, sí, divertidas.

De buena mañana, con un frío y una humedad que te calaba los huesos. Pantalón corto y camiseta de manga corta.

Unas cuantas vueltas al patio para entrar en calor. ¡Casi te mueres de la humedad que hace! pero no puedes quedarte atrás.

En todas las clases no hacíamos lo mismo pero era igual. La sensación se repetía siempre. El tembleque aparecía en todas las actividades, era incontrolable hasta pasado un rato que medio entrabas en calor y no podías parar, pues era peor.

Después, una tabla para desentumecer. Un poco mejor, pero que no te equivocaras en alguna orden porque la repetíamos hasta que quedara perfecta, sin un solo fallo.

Unos días potro, otros plinto, otros colchonetas. Si no podías ni mover las piernas, cómo ibas a saltar esos aparatos que me parecían grandísimos, los coscorrones eran terribles. Aunque había compañeros que se les daba muy bien los que teníamos las patas largas nos las veíamos y deseábamos para saltar.

En el espacio de las mesas de ping-pong había unas cuerdas enormes (a mí me lo parecían) que teníamos que subir y bajar a pulso. Te resbalabas, lo volvías a intentar, volvías a resbalarte... si conseguías subir, como no tuvieses cuidado, en la bajada te dejabas la piel de las manos y todo por causa de la maldita

humedad

Si todo esto se hubiese podido hacer a nuestro aire la cosa hubiese resultado hasta divertida, pero no, allí estaba nuestro profesor —militar— que mandaba al primero que veía a por:

—Tráeme unas varitas de junco de la huerta... largas pero de las finas...

Mientras dábamos vueltas al patio se dedicaba a “pearlas”, hasta que le quedaban lo más finas posibles... sin prisas... ¡y nos echaba unas miradas!

—Ahora, a saltar.

Nos poníamos en fila. Empujones. Nadie quería ser el primero.

Como te lo pensaras dos veces te arreaba un varazo en las corvas que te hacía correr y saltar, y subir y bajar, todo con la mayor naturalidad del mundo. Sin enfadarse, como de broma y a ti se sentaba como rayos y centellas.

No recuerdo que suspendiera a nadie. Cuando íbamos al instituto a examinarnos libres, nos ayudaba en todo lo que podía.

También hacíamos competiciones de saltos de altura en el foso. El estilo —ahora antiguo— era “de tijera”. No sé cómo se las arreglaba pero allí todos saltábamos y ¡de qué manera! A mí no me desagradaba este ejercicio, hasta que te obligaba a saltar unas alturas que me parecían el infinito.

Al final, el partido de fútbol que nos compensaba un poco todo el “calvario” que habíamos sufrido antes. No recuerdo cuántas veces a la semana venía, pero cuando algún día no lo hacía el jolgorio general era enorme, ya que nos pasábamos toda la clase jugando.

Dónde también nos divertíamos mucho era en la hora diaria “de estudio”. No andábamos muy agobiados de trabajo, así que nos dedicábamos a lo que se estilara en aquella época: tirarnos bolas de papel con la funda del boli, pasarnos notas hasta que cogían a alguien y se la cargaba, cazar moscas, cortarles las alas y hacer peleas.... toda suerte de “travesuras” que no gustaban a todos, pero que venían bien para matar el tiempo antes del rosario.

En el patio, con los balones de reglamento nos arreábamos unos balonazos terribles ¡pobre de quién cogiesen por delante!, ¡y como escocía!

Independientemente de las del patio, nos las habíamos ingeniado para “fabricar” pelotas pequeñas. Con todo tipo de materiales, los estrujábamos hasta que se formaba una masa redonda (o casi), durísima y recubierta de esparadrapo («esparatrapo» en nuestro lenguaje). Nos pegábamos unos pelotazos que hacían verdaderos ronchones en la zona dónde te cazaran. Luego, no se sabe por qué, desaparecieron de la circulación y aparecieron otros artículos de broma.

El caso era no parar.

Otros juegos más tranquilo eran las chapas. Poníamos pegatinas de deportistas y hacíamos equipos. En la arena de debajo de la uralita dibujábamos el circuito. No te podías salir. Te comían la chapa o la perdías al final de la carrera.

Las canicas era otro de los juegos preferidos. Había quién, como trofeo, enseñaba una bolsa llena y de todos los colores y tamaños, según fuesen más pequeñas o más grandes, o de cristal o de colores, tenían distinto valor.

La radio era otro de los entretenimientos, quien podía. Algunos tenían transistores pequeñitos que los alquilaban. De tanto usarlos, los había incluso con las pilas pegadas colgando pero aquello se oía y nos parecía una maravilla. Por las noches, te lo ponías debajo de la almohada y te servía de acompañamiento en esas horas previas al sueño en las que te entraba el cosquilleo, y te acordabas de tus seres queridos.

Con los huesos de los melocotones hacíamos “güitos”. Los rascábamos contra una piedra hasta que hacíamos un agujero y aquello pitaba que parecía un tren, más de un castigo nos pusieron por pitar dónde no debíamos.

Cuando llovía la cosa era más aburrida, jugábamos al ping-pong, a juegos de mesa o simplemente charlábamos. También veíamos la TV mucho más tiempo.

CAPÍTULO 5

EXCURSIONES Y SALIDAS

Me he criado en un pueblo de Castilla. Los años que estuve en Las Mercedes esperaba con ansiedad el día de volver al pueblo. No me gustaba la ciudad, me sentía agobiado, aunque llegué a desenvolverme muy bien en ella.

Al llegar a Padrón fue como descubrir otra forma de paisaje, todo verde, ese verde que te hace daño a los ojos del intenso fulgor que desprende, el volver a la tranquilidad del pueblo, sin prisas, todo cerca, sin peligros. Con la gente, que al verte no te ponía mala cara como ocurría en Madrid, te trataban incluso con amabilidad. Rapaciño, ¿cómo se está en el colegio?,

¿te tratan bien las monjitas? Aunque también se enfadaban.

Un día, en el recreo, a alguien se le ocurrió la “brillante idea” de tirar una piedra a través de la valla, no era muy grande, lo justo para romper el cristal a un coche que, casualmente pasaba por allí, ya que la carretera no era muy transitada. No vimos enfadado al señor. Después nos dijeron que, en un primer momento, se había enfadado muchísimo, pero que al ver que era un colegio de religiosas y que nosotros éramos huérfanos, se le pasó el enfado y no quiso que se le pagara el cristal. A nosotros, la superiora, nos dejó sin pelota una semana. No creo que volviésemos a tirar más piedras.

Además tenía “la tranquilidad” de que me iba a pasar allí todo el curso. Tranquilidad, tranquilidad... rabia y de la gorda, pero mi madre no se podía permitir esos gastos y no se podía hacer nada. En Navidades no iría a casa, ni en Pascua. Así que me dedicaba a pasármelo en grande, llevarme bien con los demás, salir cuando podía y hacer las trastadas sin que me acusara nadie. Lo peor era cuando te entraba “la morriña”, y nunca mejor dicho, morriña de tu casa, tu familia, los amigos del pueblo que acababan por olvidarse de ti. En esos momentos ¿a quién acudías? A medida que íbamos creciendo el vacío se hacía más grande. De pequeño aún te conformabas con las “explicaciones” de tu madre: —que si es lo mejor para ti, que te harás un hombre de provecho, que si tu padre viviera...—. Al crecer ya no lo entendías tanto: ¿Por qué tengo que estar aquí encerrado?, y entonces, a veces, echabas alguna lágrima isin que te descubriesen!; en esos tiempos no estaba bien visto que los hombres llorasen, tocaba apretar los dientes y aguantar.

Los domingos nos sacaban a pasear por el pueblo y acabábamos jugando en el campo de fútbol. Nos dábamos una vuelta por El Espolón y nos dejaban comprar golosinas. Después a jugar al fútbol... algunos. Otros se dedicaban a coger grillos. Con la técnica de “la pajita” o “los meaos”. Metías la pajita en el agujero u orinabas hasta que salía el grillo. Las grillas no nos servían, pues no cantaban y nosotros los soltábamos por la noche en el dormitorio y se armaba un follón de mucho cuidado, o se los metíamos a alguien en la cama. Había muchas variantes.

Otras veces pasábamos la carretera y nos llevaban a un parque, con árboles, hierba, bancos, era cerrado y estaba completamente prohibido salir.

Antonio, Javier y yo nos las ingeniamos un día para salir. Alguno se hizo un corte en la mano y pedimos permiso para ir a casa del médico a que le curara. Allí era dónde queríamos ir, pues su hija nos llevaba por la calle de la amargura. Creo que era un poco mayor que nosotros, pero ella y su amiga nos ayudaron a sobrellevar la tontuna preadolescente que nos invadía por aquella época. Algunos domingos iban a misa al colegio y hacíamos lo posible para sentarnos cerca de ellas y decirles algunas tonterías.

Estábamos separados del pueblo por un puente sobre el río Sar. Un poco más arriba había una ermita dónde decían que había varado el cuerpo muerto de Santiago Apóstol. Todas estas historias me parecían muy interesantes.

Paseábamos por la carretera hasta el prado. Cuando llegábamos nos abalanzábamos sobre la hierba verde y fresca, subíamos a lo más alto y nos dejábamos caer

dando volteretas... una gozada. También tuvimos algún encuentro desagradable con alguna vaca que no tenía muchas ganas de jugar con niños.

Recuerdo excursiones muy agradables. Nos llevaban en unos autobuses del Ejército. Cantábamos eso de: “para ser conductor de primera...”. Otra era:

*No he visto tía más guarra , que la patrona mía
Que pone por judías, bolitas de alcanfor
Y de segundo plato, mosquitos trompeteros
Que bailan en el plato, al son del cucharón.
Los filetes son de goma, las patatas son de alambre
Y el tío que los coma es que está muerto de hambre
El vino de la mesa es pura tinta china
Señoras y señores ¡ay que tía más gorrina...!*

La monjas se reían, pero no les gustaba mucho el “vocabulario” que empleábamos, de todas formas no nos decían nada.

Estuvimos en Santiago de Compostela. Me dejó atónito el botafumeiro, no se nos ocurrió más que hacer una foto al isepulcro del Apóstol! Idea de Juan Antonio, foto que me regaló y que aún conservo dedicada.

La Toja fue otro de los lugares visitados, me llamó la atención el puente pequeñísimo pero lleno de gente. Estaban en ferias o algo así. Nos llevaron a icomer marisco! Y después nos dejaron corretear por la playa.

Aunque no se puede considerar “ir de excursión”, otros de los destinos era Pontevedra. Allí nos examinábamos libres en el Instituto. Recuerdo perfectamente una de las preguntas del examen de Francés: como se decía “Primavera”. Me la supe.

Nos llevaban a comer de bocadillo a un parque que

había cerca. Había una mona que se dedicaba a devolver todo lo que se le tiraba... si no era comida. No se nos ocurrió más que darle piedras y claro el estruendo fue de los que hacen época. Fue la gente a chivarse a las monjas, pues se armó un jaleo considerable.

Nos castigaron al fondo del autobús para el viaje de vuelta, lo que aprovechamos para dormir, pues estábamos cansadísimos, no hay mal que por bien no venga dice el refrán. Cuando llegamos al colegio estuvimos en el pasillo y nos acostamos una hora más tarde que los demás. Nos dio igual pues ya habíamos dormido antes.

¡Pero parecía que teníamos el destino fijado! Al día siguiente, en el desayuno, dieron chocolate. Nos castigaron sin tomar ¡y eso sí que fue duro!

¡Nos estuvimos acordando de la mona unos cuantos días!

CAPÍTULO 6

OTRAS SALIDAS

A Antonio y a mí, algunas veces nos mandaban a la estación a recoger algún paquete o a echar alguna carta en el vagón-correo. Nos alegrábamos cantidad.

—¡Viva la libertad!

Enfilábamos la carretera del pueblo. Despacito, como saboreando lo que nos vendría después. Ya en ese recorrido “arramblábamos” con algunas cosas de las huertas... ¡estaban tan a mano y eran tan ricas!, ¡y teníamos tanta hambre!

Después tirábamos unas cuantas piedras al río, por

ver si dábamos a algún pato. Lo hacíamos con disimulo, pues estaba prohibido, pero iera tan divertido! Que conste que las piedras eran pequeñas, no se nos hubiera pasado por la imaginación matar a ningún pobre pato.

Así llegábamos al Espolón. Si teníamos dinero nos comprábamos golosinas... y tabaco. Antonio fumaba. A mi me empezaba a llamar la atención y algún cigarrillo compartíamos.

Buscábamos a nuestras amigas, normalmente estaban por allí, pues vivían cerca. Nos dábamos una vueltecita. Ellas iban más asustadas que nosotros, por si alguien las veía. Así que nos pasábamos el tiempo juntándonos y separándonos según se acercara gente o no. Eran muy simpáticas y muy alegres, incluso nos invitaban a algún helado, pues sabían que nosotros de dinero... poco.

Al llegar la estación y ver el tren ganas nos daban de subirnos... ni intentarlo. A punto estuvimos de intentarlo una vez. No por el hecho de escaparnos ¿adónde iríamos?, sino por la sensación de hacer algo prohibido.

No sé si fue en Las Mercedes o aquí en Padrón. Se escapó un compañero. Estuvo dos días fuera. Cuando volvió lo recibimos como un héroe, aunque a él le cayó un castigo de campeonato. Nos contó lo que hizo y como se las ingenió para “sobrevivir”. Le escuchábamos con la boca abierta. Y confieso que me daba envidia, me hubiese gustado estar en su lugar o escaparme con él.

Antonio y yo lo más que hacíamos era entrar a la cantina y pedir un ivaso de agua!, o a veces un refresco, eso nos hacía parecer más “hombres”.

Ya he comentado que Antonio fumaba algo... yo lo que él me dejaba. Aprovechábamos para comprar “suministro” y esconderlo bien para que no nos lo vieran. A Ramón no le gustaba nada que fumásemos, ya en aquella época lo tenía clarísimo, hoy en día hubiese sido el precursor de la “Liga Antitabaco”.

¡Nos cogieron el tabaco! ¿Quién se chivaría?

De cuando en cuando hacían revisiones de taquillas, mesitas y pupitres de clase. Ese día no hubo aviso previo. Normalmente nos enterábamos antes y ya dejábamos “todo preparado” para que la “inspección” no encontrara cosas desagradables.

Esa mañana fue todo de sopetón.

—¡Cada uno a su taquilla!— Nos miramos asombrados.

La madre fue directamente a la de Antonio y descubrió “el pastel”: un paquete de tabaco.

—Parece mentira, Antonio— Ya no volverás a salir a hacer más recados.

Fue un buen palo para nosotros. El no volvió a salir, pero yo tampoco.

Estuvo una temporada “mosqueado” conmigo. Creía que el “chivato” había sido yo. Por más que intentaba explicárselo no me creía. Para su sorpresa, le regalé un paquete que a mí no me habían confiscado, y eso le devolvió el ánimo.

—Bueno, da igual— Saldremos por la huerta.

Esa era “otra salida” clandestina. Por la huerta se accedía a la fábrica de fuegos artificiales y de ahí a la carretera, luego ya el camino era libre. Siempre alerta por si te veía alguien.

Tanto fiarnos de la gente del pueblo y luego nos enteramos que quién dio el “chivatazo” fue quien nos vendió el tabaco, ilos muy gorrinos! Por supuesto que no volvimos a comprar nada allí. Un domingo salimos con la intención de “armar camorra”. Nos acercamos y le dijimos de todo. Antonio acabó:

—Y ahora vas y se lo dices a la monjas.

Otra salida, ésta a nivel individual, fue cuando me pusieron gafas. Me debía acercar mucho al libro. Sor Luisa se dio cuenta y una mañana me fui con la Madre Superiora a Santiago. Estuvimos comprando y luego en el hospital, donde me graduaron la vista. Después a la óptica. Yo no decía nada.

La montura que ella eligió me pareció bien, me daba igual. Era de pasta, negra y me quedaba grandísima. Yo no quería ponerme gafas, pues ya sabía lo que me esperaba a la vuelta, la chufla sería mayúscula.

Fuimos a comer a un colegio de las mismas monjas y por la tarde a recoger las gafas ya montadas. ¡Y qué prisa se dieron!, ilo que mandaban estas monjas! Estaba rabioso.

Me las probé.

—Le quedan bien— dijo la madre.

Al mirarme al espejo me entraron unas ganas terribles de llorar. Aparte de lo horroroso que me veía, pensaba en los compañeros. No me libraría de nadie. Además ninguno llevaba gafas que yo recuerde.

Estaba preparado para la “inmolación”. La chufla fue de órdago. Me llamaron “gafotas”, “cuatro ojos”... en fin, toda la serie de “lindezas” de los “sufridores con gafas”. Pero no sólo fue en el colegio.

Por Navidad, a las monjas se les ocurrió que, como

regalo de Reyes, nos hiciésemos una foto y la mandásemos dedicada a casa.

Después de muchos años, mi madre me ha contado que se pegó un “atracón” a llorar cuando la vio de puro disgusto.

—Pero ¡isi este no es mi hijo!, ¡cómo me lo han dejado!

Me comentaron las vecinas que decía mientras “echaba la lágrima”.

CAPÍTULO 7

TRASTADAS

Los días de lluvia —muy numerosos—, eran aburridísimos. No podíamos salir al patio. Nos dejaban en el estudio para que cada uno hiciese lo que quisiera o estábamos en la planta baja, en un espacio antes de la puerta donde teníamos mesas de ping-pong.

Antes de que nos invadiese el tedio y nos pusiésemos a decir tonterías o a pelearnos, nos las ingeniábamos para desaparecer por las escaleras y subirnos al dormitorio aunque no era ése nuestro destino. Estábamos intrigados en ver qué había en el desván, o la andana o el granero, cada uno le daba un nombre.

Las escaleras eran estrechas y empinadas, daba lo mismo, subíamos de uno en uno. La puerta de acceso estaba rota, lo que facilitaba la entrada. Era muy grande, todo lo grande que era el edificio, se podía incluso correr. Empezamos la “investigación”.

Había ropa tendida, sábanas, toallas, lo que nos dio una oportunidad magnífica para empezar a jugar entre ellas. Unas bicicletas viejas fue otra de las cosas que más nos llamó la atención ¿montarían antes en

bicicleta? Nos extrañó.

Antiguos escenarios de obras de teatro, el cielo del belén, camas rotas, mazorcas puestas a secar, pizarras antiguas, una imagen de la Virgen rota también, bancos de la capilla, taquillas. Todo un sin fin de “trastos viejos” como su nombre indica.

Pero lo que más nos llamó la atención fueron unas cajas de “botellas de vino”, blanco, tinto. Sin abrir, extrañísimo. Ahora nos creíamos las historias que circulaban por ahí de que las monjas comían muy bien, incluso con vino. Una de estas botella nos la bebimos para celebrar “las paces” entre Rafa y Javier que se habían peleado por algo relacionado con el fútbol.

Jugando, jugando, no nos dimos cuenta que andaba por el suelo un cable de la antena de la TV., con tal mala suerte que nos enrollamos con él y se partió. Nos pegamos un buen susto. Enseguida pusimos “pies en polvorosa” y salimos de allí de estampida.

Al no poder salir al patio, la TV estaba prácticamente encendida todas las tardes menos aquella, que no se pudo ver. ¿Por qué?, que si se iba el canal, que si hacía muy mal tiempo y no cogía la onda... ya, ya. Nosotros sabíamos el motivo.

No supimos cómo, pero al día siguiente ya se veía perfectamente y nadie dijo nada del cable roto, misterios de la técnica.

Otra trastada, esta general, tenía lugar en el comedor. Las ventanas daban al “foso”, agujero recubierto de arena que servía para saltos en clase de gimnasia. Como no nos gustase la comida y al menor descuido de la monja que nos cuidaba los proyectiles salían por la ventana a unas velocidades de vértigo, menos los que “desviaban la trayectoria” yendo a parar a la

mismísima pared. Estos los recogíamos, pero los que caían al foso allí se quedaban para “asco” de quien al dar con sus pies en la arena, no se encontrase con algunos “restos orgánicos” de no se sabe que alimento.

Y la huerta, allí que nos metíamos en cuanto podíamos. Por el mero hecho de estar allí. Jamás arrancamos ni comimos nada de ella. Un día nos topamos con Leandro que, lejos de regañarnos, le dio una inmensa alegría al poder tener a alguien con quien darle a la “sin hueso”, operación que le encantaba.

También había gallinas, nuestras preferidas como “blanco” de las piedras que les tirábamos, pequeñas, eso sí, no queríamos convertirnos en “asesinos en potencia” a tan corta edad, además imaginábamos que también formaban parte de nuestra alimentación y eso suponía un gran respeto.

Y cerdos, también los limpiaba Leandro. A las cochiqueras sí que nos dejaba entrar. El utilizaba unas botas altas de goma, pero nosotros entrábamos con nuestras botas de vestir, ¡como salían de porquería!, más de una pelea tuvimos en el dormitorio por culpa del olor que “decían” tenían nuestras botas y con razón.

Las noches de tormenta también las pasábamos canutas, el dormitorio tan grande, tantas ventanas que cerraban mal, no se nos escapaba ningún relámpago y menos los truenos que retumbaban en el monte cercano. Algunos graciosos se dedicaban a ponerse las sábanas por encima y empezar a asustar sobre todo a los más pequeños.

Nos juntábamos en los aseos hasta que pasaba “lo gordo” y nos dedicábamos a fumar, no recuerdo que nos pillaran nunca, aunque los lavabos estaban muy

cerca de la comunidad. Siempre había alguno de guardia para avisar. “Dar el queo” que se decía.

Sí que nos pillaron una noche que teníamos hambre y bajamos al comedor para intentar encontrar algo de comer.

En el comedor había un armario destinado a “los paquetes”, que algunas familias podían enviar con comida principalmente: leche condensada, galletas, cola cao y también algún chorizo y longaniza... con el nombre del “dueño” bien visible.

Por las mañanas y a la hora de la merienda se formaban dos filas, una de los “de paquete” y otras de los de “sin paquete”. Quien fuese afortunado de estar en la primera se acercaba al armario, cogía lo suyo y se lo distribuía como mejor quería, mientras los de la segunda fila mirábamos con ojos de envidia, esperando encontrarnos alguna vez en la fila de los “privilegiados”. También había gente que “compartía”. Algunos no los dejaban en el armario, los subían al dormitorio y por las noches nos dábamos unos atracones “de miedo” y no por las tormentas. Ni que decir tiene que el que recibiese el próximo le tocaba hacer lo mismo, si no quería que se le llamara “tacaño” y otras cosas peores.

Bajamos al comedor pero juro que no tocamos el armario. Nos fuimos directamente a la cocina y nos comimos —engullimos— unos chuscos de pan y algo de leche que había sobrado de la cena, nada más.

Si no hubiésemos sido tan atrevidos y nos hubiésemos vuelto a la cama, pero no, alguien comentó de dar una vueltecita hasta las clases. La ida fue sin problemas, pero a la vuelta, justo cuando pasamos ante la puerta de la capilla, ésta se abre y vemos salir a una

monja que nos imaginamos estaría haciendo sus oraciones.

El susto fue morrocotudo, las explicaciones sin ningún fundamento. Nos mandó a la cama inmediatamente.

Al día siguiente, sermón al canto. Después, con más calma, Sor Luisa nos explicó que las monjas estaban muy preocupadas pues estaban faltando cosas del armario de los paquetes. Juramos y perjuramos que nosotros no habíamos sido, que solo comimos unos trozos de pan y un poco de leche. No sé si nos creyó.

Menos mal que, al cabo de unas semanas, descubrieron al “verdadero culpable” de tal fechoría, actuaba por su cuenta, parece ser que lo cogieron “in fraganti”. Se había fabricado un artilugio que abría el candado del armario. No recuerdo quien era, alguno de los mayores que tenían más experiencia de la vida.

Y nosotros ¡de buena nos libramos!

CAPÍTULO 8

PERSONAJES CON ANÉCDOTA

Dejando a un lado a Leandro, personaje que a mí me parece influyó algo en el tiempo pasado en Padrón, hay otros que, aunque no están directamente relacionados conmigo, si surgió algo que me llamó la atención y que se comentaba entre los demás compañeros.

La Señora. Yo no la llegué a ver nunca, sí que la oí. Y sí que oía comentarios de que estaba ciega, que la había abandonado su familia, aunque tenía mucho dinero. No la tenía muy localizada, me han contado

que iba a misa con nosotros. Era un personaje enigmático, más producto de la imaginación que de la realidad, era real, sí, pero quiero decir que se contaban muchas “invenciones” a su costa. Chillaba mucho. Un buen día nos dijeron que había muerto.

La Pobre. Pequeñita, menuda, enjuta. Todos los días en el recreo de antes de comer la veía pasar con una fiambarrera. Iba vestida de una manera muy sencilla, pero sin llegar al calificativo de “pobre”, aunque yo la viese así. Al poco rato salía con una bolsa y dentro la fiambarrera (imagino que con comida) y una barra de pan que sobresalía de la bolsa.

Una mañana, como siempre, entró por la puerta y casualmente nos encontrábamos haciendo algo por allí. Al verla y saludarla ella fue la que empezó la conversación. Después de preguntas y preguntas nos atrevimos a pedir que nos contara algo de ella. Nos dijo que era marquesa pero que se había arruinado a causa de su marido que era muy aficionado al juego. Ahora vivía en una casita que le había dejado el alcalde y las monjas le daban la comida. Cuidaba a una señora anciana y con eso tenía para vestir. No sé si nos lo creímos, puede. Pasó por allí una monja y le dijo — muy enfadada— que dejara de contarnos historias, que éramos muy pequeños. Cada vez que la veía pasar me entraban unas ganas de preguntarle cosas. De estas personas que rezuman bondad por todos sus poros o a mí me lo parecía. Todo lo encontraba bien, ni una mala palabra, siempre sonriendo. En el pueblo, alguna vez nos la cruzábamos y nos saludaba muy amablemente. A mí me entraba “esa cosa” al verla con su tartera en la mano.

El Párroco. No me acuerdo de su nombre. Para mí era una persona mayor, encorvado, de hablar pausado.

nos echaba unos sermones de padre y muy señor mío, nunca mejor dicho. Cuando confesaba yo no le entendía nada de lo que me decía. Su penitencia preferida era cinco avemarías, lo tengo tan grabado porque a todos nos ponía lo mismo.

Venía todos los días a decir misa, nosotros a medio dormir, ya que era lo primero que hacíamos recién levantados, con un hambre. Si comulgabas, por lo menos tomabas “algo” antes de desayunar.

Un buen día nos dijeron que había muerto. Escogieron a un grupito para que fuésemos al entierro. Yo me imaginaba que sería eso, ir al entierro, pero no, nos subieron a su casa, él estaba de cuerpo presente en el comedor y allí que nos metieron. Yo no había visto un muerto en mi corta vida así que ¡el susto que me di fue morrocotudo. Estuve varias noches sin dormir. Con la imagen del cura en mi mente. No me la quitaba de encima. Lo que más recuerdo es que tenía una nariz grandísima, eso... una narizota.

Los Militares. De vez en cuando nos visitaban un grupo de militares. Charlaban con nosotros, nos preguntaban qué queríamos ser de mayores, en fin hacían un poco de labor social. Lo recuerdo como un acontecimiento importante. Tenía que estar todo ordenado, nos teníamos que portar muy bien, contestar educadamente, en fin las monjas ya nos daban las indicaciones oportunas para que se llevaran una “buena impresión”. Los recuerdo el día de la Inmaculada, día de mucha fiesta en el estamento militar, nos daban comida especial y algunos regalos.

Como más y mejor los recuerdo es como encargados de traernos los Reyes por Navidades. Algunos se iban

de vacaciones a casa. Los que nos quedábamos procurábamos pasarlo lo mejor posible.

En la sala de visitas hacíamos un belén muy grande. Ayudábamos todos. Las comidas eran un poco mejores y en el ambiente se reflejaba algo menos de rigidez que en los días “lectivos”.

El sentimiento “de pena” que te inundaba no te lo quitaba ni el mayor juguete del mundo, y eso que todavía “sólo” llevabas tres meses fuera de tu familia. Pero en esos días ya se sabe. Los recuerdos son como muy fríos, de todo, de temperatura y de sentimientos. La perspectiva en el tiempo ha aliviado algo esos momentos, pero lo pasabas realmente mal. Te alegrabas algo si recibías algún paquete, pero en casa no podían ni eso.

Los militares venían a pasar el día con nosotros y a entregarnos los regalos. Me acordaba del Mecano que me dejaron en Las Mercedes. Aquí la cosa fue más “modesta”, balón y libros. Creo que todos eran de color amarillo y los libros de aventuras y de vidas de santos. El de “san Ignacio de Loyola” lo conservo todavía, con sus tapas de cartón y las hojas gruesas y de grandes letras góticas.

EL AÑO DEL MONO

(Yuan siu) 猿岁

Autor: Miguel Ángel San José Sacristán

Fue el Año del mono, bueno, quizá fuera el final del ciclo de la mona. Aquel año terminó una época. Siempre se ha hablado de un gran cataclismo, origen del famoso hiato cultural, hace doce mil años aproximadamente, con resultados determinantes para la historia de la humanidad.

Para el CHOE, en Valladolid, el gran hiato fue aquel año, porque de modo violento, tajante, y de malas formas, se acabó un periodo clásico de la pinfandad, y también disminuyeron las monas y otros hábitos, que ahora se consideran malsanos.

En Madrid habíamos estado en otras cosas: Los Cristinos, la Agrupación Tradicionalista, la movida de Forja, los “ya está bien con tanto Paco”, y las visitas de mi tío con las cartas de Don Juan, escritas en tinta VERDE (**Viva El Rey De España**).

En Pucela la sinfonía era diferente. Estudiar, estudiar..., se estudiaba, si había tiempo. El ligue era diferente a lo de Madrid, allá por el Paseo del General Ricardos. Otro estilo. Las chicas menos accesibles al principio.

Teníamos tanto que hacer que no había tiempo para ir a clase, porque con la preparación del guateque, el

ir a la Fuente del Sol, remar en el río, echar la partida a los dados en el SEU o, si se terciaba, mover el esqueleto en la Hípica cuando llegaba la primavera, se iba casi todo el tiempo disponible, que muchas veces se estiraba con el porrón en el Socia, el Cebreros del callejón de Boteros de la Fuente Dorada o el Onsurbe, y de tanto estirar se llegaba tarde a la cena, y había que saltar la tapia por el lado del Belén de la calle Ferrocarriil, o la verja, según gustos.

Era un vivir plácido, bien asentado. Los más veteranos recordaban años y años así. Nunca pasaba nada, bueno..., casi nunca, porque hubo un intento de implantar una cierta revolución por parte del Viejo, del Coronel, con motivo de un quítame allá esas pajas, bueno, por lo que se dice una minucia. Vamos, por una nadería: liquidaron una sombrerería, y apareció un pínfano con un sombrero de paja, de aquellos llamados canotier, al estilo Maurice Chevalier. Y la cosa gustó.

—Oye..., ¿a cuánto?

—A cinco duros traigo todos los que quieras— a él le habían costado a tres; claro.

Se desató la fiebre del trueque, con lo que se devaluó el viejo trapillo, que hasta entonces se cotizaba en diez duros, bajando a ocho. Bueno, con todo el comercio colegial ocurrió lo mismo: las camisas grises, a cuatro duros, las blancas a cinco, los zapatos negros a seis duros, los de piel vuelta a tres. Una inflación repentina y una fiebre atroz por comprar el jipijapa. El error por parte del Dire, que antes de Coronel había sido pínfano en el propio Colegio, fue inmiscuirse en aquel asunto, dando órdenes muy directas al conserje, al abuelo de la Velasco (o sea, Conchi), para que nadie

entrara o saliera por la puerta del Santiago con el jipi. El abuelo cumplió la orden, dentro de sus posibilidades, porque los sobrereros no entraban ni salían por las puertas, sino por las ventanas, mientras el Viejo, viejo pínfano, el Dire, contemplaba su derrota desde el precioso chalet que era su morada.

Aquel episodio, que se resolvió con el triunfo de pínfanos y aspirinos, no fue positivo a la larga.

El primer mosqueo me vino por una pregunta un poco tonta de mi primo, al regresar yo a Madrid para disfrutar de las vacaciones de Semana Santa.

—¿No es Cencho, tu amigo, ése que aparecía el otro día en las páginas de huecograbado del ABC, paseando por la calle de Santiago de Valladolid? Pues tenía un pie de foto muy gracioso —me dijo—, comentando el saludo de los estudiantes vallisoletanos, quitándose el sombrero al cruzarse en el paseo.

—No, sé..., sí se parecía...

—Se ha hablado algo sobre el Patronato y el Colegio de Santiago en el Ministerio. Hay un cierto runrún.

Después llovió sobre mojado. Alguien asaltó el almacén que se encontraba junto a la imprenta, llevándose desde trapillos y camisas, hasta algún colchón, y de paso, aprovechó el viaje para arramblar con tres o cuatro gallinas del gallinero contigo.

Era un atardecer de primavera con cielos cárdenos y malvas, esa hora en que todos los sonidos de acallan y el tiempo parece acompasarse en una mezcla de nostalgia por lo que se va, y la esperanza expectante de un posible mañana; tiempo misterioso y plácido, preludio de la noche y de un amanecer postrero siempre incierto.

Aquel día habíamos ido paseando a merendar a la

Fuente del Sol con unas chicas. Ellas ponían el chorizo y el salchichón. Nosotros aportábamos el vino y unas pastas duras, pínfanas, compradas en Casa Mata, en los soportales de la Fuente Dorada, a dos cincuenta el cuarto de kilo.

Todavía tenía el buen sabor de aquella excursión. Tito había pedido prestado un jersey que casi le llegaba a las rodillas, yo estrené un niki negro y llevaba prestados unos zapatos de suela enorme, unos tanques; Lillo cambió sus gafas por las de concha de mi hermano que hacían furor aquel año y, De la Vega llevaba en la cabeza un gorro con borla, de colores rojo y verde de la con escarapela de la Universidad Gotinga. Un día memorable, vamos, un día redondo. Para pasar a la historia... Volvimos a las nueve y media cansados, yendo directamente al dormitorio para cambiarnos de trapillo y bajar a cenar.

Cuál sería nuestra sorpresa al encontrar el comedor en silencio. Medio aforo; la gente de pie junto a las mesas.

—Venga, venga, a vuestro sitio— nos dijo El Viejo, que, para nuestra sorpresa, no nos explicábamos qué hacía allí, a aquellas horas, rodeado de los inspectores que nos hacían señas, cariacontecidos, para que nos diéramos prisa.

Empecé a entender algo cuando reconocí la figura de un hombre impecablemente vestido, bajo, fornido: era el General del Patronato, (otro viejo pínfano de los del colegio de Toledo, de los que vendían el burro aguador, sacándole a hombros por encima de la tapia); detrás del general estaba su ayudante y otros dos señores que no conocía.

—A ver..., que cierren las puertas del Colegio..., y

dadme la lista, que voy a pasar lista yo.

—Pero, mi general...— empezó a terciar, el Viejo.

—¡Cállate! ¡Las listas!

En un rato, en la calle, una barahúnda de pínfanos, que habían recibido el chivatazo, al parecer, telepáticamente, pugnaba por saltar la verja del jardín por el lado bueno. Más de dos mascullaban tacos, mientras se desenganchaban el fondillo de los pantalones del extremo de la avería, antes de que Larra, que traía una mona de campeonato, viniera trastabillando, se apoyara en la puerta de hierro de la verja y cediera sin resistencia.

Los que esperaban a trepar, al percibir la jugada, se introdujeron en tropel en el jardín y, tras a volver a entornar la puerta, llevaron en volandas a Larra, y auparon su menudo cuerpo, agradecidos, hacia la ventana lateral del primer piso cuyas barras se desplazaban sin problema, para ayudarle a introducirse a toda prisa; entrando ellos a continuación. (Larra, días más tarde contaría, que aquellas meigas de las que hablaban las monjas del Colegio de Padrón, le habían levantado por los aires la noche de autos, y le habían metido en el CHOE en un periquete).

El General, que iba y venía a grandes zancadas a lo largo del comedor lanzando improperios, de repente se para delante de mí, mirando la fuente del primer plato que se iba a servir.

—¿Qué hay de primer plato?

—Arroz con calamares, mi general.

—¿Y dónde están los calamares? ¡No me extraña que los chicos no vengán a cenar!

Por la puerta del comedor aparecía en ese momento

el Páter, tan tranquilo. Estaba claro que ya le habían soplado el asunto.

—¡Y hasta el Páter llega tarde! ¡Ya tenía que haber bendecido la mesa!

—Mi general, vengo de la enfermería..., de atender a los colegiales que están de baja.

—¡Viendo la comida que se sirve, no me extrañaría que estuviera medio colegio de baja!, itú mismo — señalándome con un dedo imperativo e imponente— vete a buscar a los que estén de baja sin fiebre!

Al salir, el inspector que está en la puerta, me susurra para que avise a los que están en el garito. Tras pasarme como una exhalación por la enfermería, subo a la última planta y aporreo la puerta del garito. Me abren la puerta y me meten de un tirón. Allí, como la única vez que había entrado anteriormente, las mesas, los tapetes verdes con sus cartas repartidas, el humo que se podía cortar con un sable, y todos los ojos de los timberos clavados en mí. Echando los bofes por la carrera, les pongo en antecedentes. En un pestañear había desaparecido todo indicio de juego, y estoy por jurar que hasta se habían tragado el humo.

Al llegar a la puerta del comedor una retahíla de pínfanos con la más variopinta indumentaria esperaban para entrar. El primero Larra, que nadie podía sujetar en su afán de llamar a la puerta; en la fila había unos cuantos de medicina que intentaban despejar la azotea a otros dos a fuerza hisopazos de amoniaco bajo la nariz.

Cuando se abrió la puerta entré el primero. Vi al General, piernas abiertas, brazos en jarras subido en una de aquellas mesas enormes de mármol blanco del comedor, me di cuenta de acababa de pasar lista. Sin

una palabra, su dedo *imperator*, me señaló mi sitio.

—¡Que vayan entrando ordenadamente los que han llegado tarde! ¿Quién es éste?

—Larrazoriechea, mi general— apuntó el administrador, un poco azorado.

—¿De dónde vienes?

—Del gimnasio, mi general.

—¡Pero si me llega el olor a vino hasta aquí!

—Es linimento Sloan, mi general— afirmó tan serio Larra, con lengua estropajosa, haciendo pinitos.

—¡Pues a paso ligero por el patio, hasta que se te pase el olor a linimento! A ver..., tú ¿por qué cojeas?, — Elosúa, cojeaba de mimo, como si lo hubiera hecho toda su vida— ¡Levántate la pernera!

El tío lucía un magnífico y genuino moratón, que un momento antes no tenía, porque yo mismo le había visto bajar la escalera saltando de escalones de cuatro en cuatro.

—Hemos tenido un partido esta tarde, mi general.

—No sé contra habréis jugado, pero viendo la cantidad de cabezas y brazos vendados, debían ser los hunos.

—Era una liguilla interna, mi general— aseguró Elosúa, con cara angelical.

—¡Bueno, no tengo tiempo de quitar las vendas a todos! Mañana que me haga un informe el capitán médico. ¡Que se sienten los heridos y sigan pasando los sanos!

Lo de Elosúa tuvo éxito, y alguien me contó, que aquella noche se llegó a cobrar a dos duros por mamporro o puñetazo experto, que asegurara cardenal o

chichón, haciendo el menor daño posible. Los de medicina, que eran los que más entendían de aquello, fueron los que se pusieron las botas arreado estopa o imitando magulladuras; de todos modos, los mamporros que ellos dieron fueron altruistamente y con gran profesionalidad; a diferencia de otros.

Tras los heridos pasaron aquella colección abigarrada de pínfanos con los más inimaginables atuendos, desde Patuche y Pepelito en pijama (aquel día se habían levantado para desayunar y vuelto a la cama, como los últimos doce días, en el postrer e inacabado campeonato de encamamiento, que ya estaba batiendo el récord), luego, detrás de los empijamados, Fifo Guti, no sé a cuento de qué, aparecía vestido de monaguillo, Juanete de futbolista..., y otros más, con vestimentas y extrañísimas explicaciones para el general, que botaba encima de la mesa, diciendo tacos, hecho un basilisco, mientras el páter miraba al techo, que le interponía entre él y el cielo, como implorando el divino perdón.

Recuerdo con tristeza, que tras las vacaciones siguientes algunos pínfanos no aparecieron por el Colegio. A partir de entonces, el CHOE, perdió mucho de su encanto: dejamos de ver al curso siguiente al Viejo, al Páter y a compañeros, pitilleros incluidos, algunos de aquellos que llevaban años y años sin aprobar en la facultad no más que la gimnasia, y eso porque con llevar las zapatillas de correr a Las Pistas, y enseñarlas cuando pasaban lista, ya se tenía el aprobado. Bien es cierto que había más de uno que hasta la gimnasia la aprobaban “por poderes”.

Fue del Año del Mono. Fin de aquel status quo, periodo fantástico, cumbre de una era irrepetible, que se llama juventud, vivida en una pifanidad que marcó nuestras vidas.

L.A PÍNFA NA

Autor: Lucas Remírez Eguía

A vosotras

196...

Me llamo África, tengo 15 años, soy pínfana, bueno, lo he sido hasta hace muy poco, aunque, mirándolo bien, supongo que una vez que se pasa por un colegio de huérfanos se es pínfano para toda la vida. He pasado 8 años en el colegio de M^a Cristina de Aranjuez hasta que, al principio de este curso, mi madre me sacó del colegio.

Nací en Ceuta. Mi padre, militar, estuvo destinado siempre por aquellas tierras y cuando se casó con mi madre, siguió con la costumbre. Ella era de Toledo y según me ha dicho, al principio el vivir en aquellas tierras de Marruecos le daba un poco de reparo, pero enseguida se fue acostumbrando y terminó siendo una auténtica experta en regateo en el zoco.

En un accidente, durante unas maniobras, murió mi padre. Así pues, mi madre se quedó viuda con dos hijos, mi hermano de 3 años y yo de 6 y nos fuimos a vivir a Toledo.

La cosa económicamente estaba mal y no tuvo más remedio que tomar dos decisiones: una, enviarme a mí, que era la mayor, al colegio de Aranjuez y segunda,

empezar de nuevo a coser, como cuando era soltera.

De la existencia del colegio de Aranjuez se enteró por el habilitado que le llevaba la cosa de los haberes, así que fue a ver al representante del Patronato en Toledo que le dio toda clase de detalles. Le dijo que como mi padre había muerto en acto de servicio, si mi hermano, cuando fuera mayor, quería ser militar, tenía Beneficio de Ingreso para acceder a cualquiera de las Academias. ¿Y yo? De mí no le dijeron nada, sólo que en Aranjuez había un colegio donde podía estudiar sin pagar un duro.

A medida que me he hecho mayor, he ido hablando con mi madre y siempre hemos tratado de evitar la conversación sobre qué sintió cuando tuvo que tomar la decisión de mandarme al colegio. Conociéndola, sé que lo pasaría muy mal y debió tener una lucha intensísima entre el cariño y lo que, consideró, era lo mejor para mí.

Debe ser muy duro para una mujer, romper su familia enviando a los hijos fuera de casa durante un montón de tiempo. Por eso, en cuanto ha podido me ha sacado, pero me he pasado 8 años en el colegio y no se me olvidará nunca lo vivido en él.

¿Por qué escribo esto? Pues lo escribo porque la semana pasada estuve en un guateque en casa de mis tíos y conocí a cuatro pínfanos compañeros de mi primo. Nunca había tratado a ninguno y la verdad es que no tenía muchas referencias de ellos, pero la cosa es que, en las horas que estuvimos juntos, me pareció como si lo hubiéramos estado siempre. Me sentí como una más de su grupo y así me aceptaron. Uno de ellos, con el que más tiempo estuve, con ese lenguaje tan

pintoresco que ellos usan, me contó mil y una peripecias de su paso por los colegios y por eso he pensado que yo tengo mucho que contar también y nada mejor que escribirlo pues, aunque ya es tarde para hacer un diario, si recuerdo muchas cosas que no quiero que se me olviden.

Mi primer berrinche fue el día que mi madre me llevó para dejarme en el colegio. Hicimos el viaje los tres. Llegamos a aquél inmenso edificio y cuando se abrió la pequeña puerta del colosal portón, recuerdo que me agarré a sus faldas ya que aquella monja que nos abrió con aquellos hábitos y aquella toca que le encuadraba la cara, me dio miedo, bueno a mí y a mi hermano. Habíamos entrado en la que, durante unos cuantos años, iba a ser mi casa, sin yo darme cuenta de ello. Mi madre estuvo hablando con ella y con otra que apareció por allí y que me llenó de carantoñas.

Llegó el momento de las despedidas. Mi madre me dijo que le diera un beso a mi hermano, que iba a estar tiempo sin verle y que yo me quedaba a jugar con muchas niñas que había allí. Todavía siento en mis labios el roce de la cara tersa de mi hermano y el de la cara húmeda de mi madre, pues no había podido reprimir unas lágrimas. Con mi muñeca de trapo Fefa debajo del brazo y de la mano de la monja, traspasé aquel vestíbulo y antes de llegar a la puerta acristalada, me hizo volver la cabeza el llanto de mi hermano que quería que fuera con ellos. Eso es lo último que vi: a mi madre consolando a mi hermano, a la monja portera con la mano puesta en su cabeza llena de rizos rubios y a él llorando de forma desconsolada y diciendo “tata ven”, porque mi hermano me llamaba tata ya que África se le hacía difícil; luego le dio por llamarme “Kica” y con ese nombre me quedé en la

familia. Eso es lo que vi antes de que, una vez cerrada la puerta, me echara a llorar con una congoja que era incapaz de controlar y que me hacía agarrar a mi muñeca como única tabla de salvación, mientras la monja me llevaba a encontrarme con mis nuevas amigas, según dijo.

A lo largo de mis años de internado he llorado muchas veces y por diferentes motivos, pero aquella llorera, aquel berrinche, ha quedado grabado en mi mente y no se me olvidará mientras viva.

Los primeros días fueron muy duros para mí pues no conseguía habituarme a no estar con mi familia. Las monjas hacían todo lo posible porque me sintiera bien y ayudó un poco el hecho de encontrarme con niñas de mi edad.

Me situaron en la que, luego supe, se llamaba la 5ª Sección. Era donde estábamos todas las pequeñas y un día, al poco de llegar, vino una niña de las mayores que dijo que era mi “hermana mayor”. Se ocupaba de mí, me hacía la cama, me enseñó a ponerme el baby y el uniforme, a lavarme, sobre todo las orejas, y yo fui aprendiendo a aguantarme con los cuellos de plástico y a andar con los zapatos nuevos a pesar de que me comían los calcetines.

Mi “hermana” me peinaba con una coleta, otras veces me hacía trenza y cuando me estiraba el pelo me hacía ver las estrellas. Coleta llevé durante unos cuantos años hasta que decidí que me cortaran el pelo ya que, las veces que nos podíamos lavar la cabeza eran escasas, una, a lo sumo dos al mes y como yo lo tenía muy largo, me picaba horrores. Al salir del colegio volví a dejármelo crecer y ahora llevo otra vez trenza.

El dormitorio donde dormíamos las pequeñas era coqueto y se llamaba Santa Lucía. Nuestras camas eran pequeñas y parecían las de los cuentos y unas cuantas chicas de las mayores dormían con nosotras. Mientras dormí en ese dormitorio pude tener a mi muñeca Fefa encima de la cama y cuando tenía miedo o frío, las dos nos tapábamos con las mantas, incluida la cabeza y así nos quedábamos dormidas.

No todas tenían la misma suerte, mi vecina de cama, Eli, no tenía muñeca. Era la segunda de cuatro hermanos; su madre vivía en Sevilla con los dos pequeños de uno y cuatro años, el mayor estaba en Chamartín. Alguna noche la oía llorar tapada con las sábanas, lo mismo que ella a mí y eso debió ser lo que nos unió y desde los primeros días fue mi mejor amiga junto con Fefa. Cuando me hice más mayor pasé a dormir a otro dormitorio y fue diferente; había cuatro filas de camas, dos pegadas a las paredes y otras dos en el centro, unidas entre sí por los cabeceros, pero de forma que donde una tenía el cabeza, la otra tenía los pies, dicen que era para que no hablásemos. En los extremos del dormitorio, una especie de camarilla con unas cortinas de tela, que es donde dormían las monjas que estaban a cargo nuestro. Aquel dormitorio, tan grande y tan oscuro, me daba miedo al principio y no podía taparme porque tenía que dormir con los brazos a la vista.

La comida fue otro problema. Yo era muy “tiquis miquis” a la hora de comer y los primeros días apenas probaba bocado. Cuando me tuve que quedar yo sola sin poder salir a jugar hasta que no me comiese lo que me correspondía, empecé a descubrir que aquello era otro sistema diferente al que se usaba en mi casa.

El pescado no podía ni verlo y había veces que cuando me lo comía me daban arcadas, sobre todo con la caballa. Los garbanzos tampoco me gustaban nada y las patatas guisadas, las machacaba y me las comía como si fueran el puré que me hacía mi madre. Sí me gustaban mucho las galletas que nos daban de postre por las noches. La mermelada del desayuno, con pintas de cagalerilla, me la comía pasando la lengua por encima del pan y empleaba éste para hacerlo sopas con el café. Conforme pasó el tiempo me fui acostumbrando y llegué a ser una ferviente devoradora de la sobrasada de las meriendas. Y cosas de la vida, el chocolate de tierra fue para mí un manjar, tanto es así, que, aun ahora, le digo a mi madre que me compre.

II

La Primera Comunión representó para mí un gran acontecimiento. Cuando cumplíamos los siete años comenzábamos a prepararnos y cuanto menos tiempo quedaba más nerviosa estaba. Los vestidos iban pasando de unas a otras, año tras año. Como yo soy alta y estaba muy delgada, el vestido que me quedaba bien de cuerpo, me estaba corto de falda, así que tuvieron que sacar todo el dobladillo para que no fuera enseñando las pantorrillas. Cuando me hicieron la última prueba, me gustó mucho verme vestida como de novia. Y llegó el día, vinieron: mi madre, mi hermano y mis tíos y primos de Madrid. No a todas les venía la familia, más bien les venía a las menos. Cuando mi madre, antes de la ceremonia, estaba colocándome bien el lazo del vestido que se me había soltado, me dijo que quién era una niña que, con su

misal en la mano, junto a uno de los bancos del patio, estaba venga mirarnos. Era Eli, que no perdía detalle de lo que hacíamos, sola y preciosa con su vestido, porque Eli era muy guapa; su madre no había podido venir a acompañarla en ese día tan señalado. Mi madre le dijo que viniera, estuvo hablando un rato con ella y antes de que nos fuéramos para empezar la ceremonia le puso al cuello su cadena de oro, con una medalla del Sagrado Corazón, para que se le viera por encima del vestido y la tuviera durante la ceremonia. Creo que eso hizo a Eli feliz y más feliz todavía, le hizo el venir con nosotros para hacerse fotos y comer. Desde entonces, el domingo que mi madre venía a verme, Eli salía con nosotros. Lo mismo que yo tuve una “hermana mayor”, pienso que, para Eli, mi madre era su otra madre.

Yo leía muy bien y tenía mucha facilidad para aprenderme poesías de memoria, eso hizo que de pequeña, con 8 años y luego, de más mayor, en más de una ocasión. fuera la encargada de leer, unas veces y algunas recitar, una especie de bienvenida que les hacíamos a las visitas importantes.

La que más me impresionó fue cuando vino la Madre Superiora General, “La Buena Madre”. El colegio, los días previos, estuvo totalmente revolucionado con los preparativos. Las monjas querían que todo saliera bien y la Superiora viera los resultados de su labor docente. Yo debería tener unos diez u once años y me estuve preparando casi dos folios que me escribieron para que los leyera.

Al fin llegó el día, el colegio relucía como la patena y no digamos los suelos de madera que brillaban y olían a cera una barbaridad. Estábamos todas en el patio,

formadas por orden de cursos con las pequeñas delante, con nuestros uniformes grises, nuestras blusas blancas con pintas rojas y nuestra pajarita, antes nuestros uniformes fueron negros. En el centro del patio estábamos una mayor y yo que éramos las que teníamos que leerle la bienvenida, con nuestras bandas, nuestras medallas y nuestro mejor aspecto.

Cuando entró y se dirigió hacia nosotras, acompañada por el consiguiente séquito, a mí me empezaron a temblar las piernas y noté que la boca se me secaba; hasta la vista se me empezó a nublar y en un trís que no me hice pis de miedo. Cuando llegó a unos dos metros, la monja con la que habíamos preparado la lectura, me hizo una seña para que empezara. Por más que hacía esfuerzos no había manera de que articulara palabra. La Superiora debió hacerse cargo de la situación porque me dijo algo así como: "No te preocupes hija, tranquila, verás que bien te sale".

Eso fue como si me hubieran dado cuerda, fue terminar ella y yo empezar a leer a una velocidad que ni respiraba. Cuando todo terminó y la tensión desapareció creo que, de lo relajada que me quedé, me hice pis de verdad.

La verdad es que fue la primera vez que lo pasé tan mal ya que, en otras ocasiones, no me había pasado nada de eso, por ejemplo, cuando nos visitaban los cristinos, pero es que estos eran muy majos y además, nos traían regalos: patines, bicis... Incluso ni cuando venía "papá Villalba", que también me tocó leer en más de una ocasión, me había pasado nada igual, pero esta vez, me impresionó mucho ver de cerca a la Superiora General.

Las navidades eran unas fechas esperadas pues significaban vacaciones, vuelta a casa y sobre todo, la llegada de los Reyes. Pero no todas las niñas podían disfrutarlas en sus casas y las pasaban en el colegio. Yo por suerte no pasé ninguna, pero mi amiga Eli sí. Cuando llegaba el día de comienzo de vacaciones y yo me iba, me daba mucha pena dejar allí a Eli y durante el tiempo que estaba con mi familia, me acordaba de ella y de cómo se lo estaría pasando. Luego, cuando volvía, me contaba lo que había hecho y según ella no se lo pasaban mal.

Colaboraban en hacer el belén que tenía hasta musgo de verdad y un río interminable de papel de plata. Jugaban mucho y para Reyes llegaban las sorpresas, hasta, en alguna ocasión, fueron los americanos de la Base de Torrejón y les trajeron regalos. A Eli, una muñeca y una caja de lápices de colores Alpino, caja que compartimos y que, por cierto, nos duró bien poco...

El tiempo pasa lento y rápido a la vez cuando estás interna. De los calcetines cortos pasé a las medias con el uniforme, de comerme los calcetines a hacerme tomates en las medias, esto último me causó más de un problema con el apartado Porte exterior. Pasé del dormitorio de la 5ª Sección, al de la 4ª, el del Niño Jesús, con las camas metálicas de color rosa y el escudo del colegio en la cabecera y de éste al de la 3ª. Lo mismo ocurrió con el comedor. Aquellas puertas que separaban unos de otros y que sólo permanecían abiertas en días señalados, las fui traspasando poco a poco y el primer día que me sentaba en la mesa de a cuatro, en el nuevo comedor, no podía por menos de acordarme de lo pasado mientras estaba en los anteriores. Eso sí, ansiaba poder estar en el último, en

el de las mayores, pues eso sería señal de que faltaba poco para dejar el colegio.

Las mayores... conforme fui creciendo fui haciendo cosas diferentes que de pequeña no hacía y eso era, además de nuevas experiencias que ayudaban a que el tiempo pasara más deprisa, una forma de unirnos más a Eli y a mí. Parecíamos hermanas gemelas pues íbamos juntas a todas partes, incluso a postular cuando llegaba el día del Domund. Un año nos tocó en Aranjuez; no sé cómo nos las ingeniábamos, pero siempre nos tocaba la hucha del chinito con lo que a mí me gustaba la del negrito. Di que, a la hora de pedir, sonaba mejor “para los chinitos” que “para los negritos”.

El año pasado, nos tocó ir a postular a Madrid el Día de la Banderita. La postulación la hacíamos bajo la dependencia de la mesa del Ministerio del Ejército. Allí nos llevaban en autobús, todas hechas un guante, vestidas con nuestras mejores uniformes. La mesa estaba instalada en la puerta del Ministerio en Cibeles, pero una vez que nos repartían la huchas, esta vez metálicas con una faja blanca con la cruz roja y la consabida cestita de mimbre con las banderitas, que tenían como mástil un alfiler, nos dispersábamos en parejas por La Gran Vía y calles adyacentes. Como es de suponer Eli y yo íbamos juntas y como de costumbre, echamos unas monedas de nuestros pingües caudales, para que hiciera ruido la hucha al agitarla. Al principio íbamos por la calle asaltando a todo el que pasaba y la suerte era dispar. Había transcurrido la mitad de la mañana y a Eli se le ocurrió que podíamos probar a subir por las casas. No recuerdo muy bien que calle era, pero estaba cerca de una confitería que se llamaba “La Violeta”. En los dos primeros portales

no tuvimos mucha suerte, alguna peseta conseguimos después de subir y bajar escaleras como tontas, y la hucha iba sonando más, aunque no gran cosa. En el cuarto portal no tuvimos suerte en los dos primeros pisos; cuando llegamos al tercero, nos cruzamos por la escalera con dos señores que salían de una misma casa. Decidimos llamar a esa puerta y nos salió una mujer muy emperifollada y repintada. Nos preguntó qué queríamos y cuando nos vio con la hucha, se nos quedó mirando de arriba abajo y nos dijo que de donde éramos, se lo dijimos y ella nos preguntó si eso era el hospicio de militares. Como tampoco era cuestión de darle explicaciones, le dijimos que sí y entonces nos miró con cara como de pena. Nos dijo algo así como que ella había tenido un novio militar, que la quería mucho y que murió en la guerra. Entre tanto, llegó otro señor preguntando si estaba “La cordobesa”, la otra le dijo que sí pero que estaba ocupada, que pasase y se sentara un poco en la salita. A nosotras nos cogió la cesta con las banderitas y nos dijo que esperásemos un momento. Allí nos quedamos las dos en la escalera con la puerta entreabierta y oyendo muchas voces de mujer con las que hablaba la señora pintada. Al poco salió con la cesta y en ella un puñado de billetes y un montón de monedas.

Le dimos las gracias, ella nos dio un beso a cada una y salimos escaleras abajo, no digo que corriendo, más bien volando. Cuando llegamos a la mesa y una de las señoronas encopetadas que estaban allí abrió la hucha, nos felicitó pues creo que fuimos las que, hasta ese momento, más dinero habíamos recaudado. ¿Hicimos bien?, ¿no debimos hacerlo? Me acordé de una frase que nos decía una de las monjas en el cole: Dios escribe recto con renglones torcidos.

La comida que nos dieron en el Ministerio a todas las que habíamos participado en la cuestación, a la que asistieron un montón de señoras y militares, fue estupenda. Voy a copiar el menú, ya que me guardé la cartulina que teníamos cada uno de los comensales, en la que figuraba lo que íbamos a comer:

—Crema Parmantier con costrones.

—Merluza a la vasca.

—Pollo asado al Jerez con guisantes, judías salteadas, champiñones y patatas fritas a la española.

—De postre, piña con guindas al kirs y fruta.

A Eli, a mí y al resto de mis compañeras, nos supo a gloria.

A las dos nos encantaba el cine, y nos lo pasábamos muy bien los fines de semana cuando ponían película, aunque, eso sí, con censura sobre la censura. Durante un tiempo llegué a pensar que cuando un hombre y una mujer se daban un beso de amor, la cosa consistía en ir acercándose las caras hasta llegar a una distancia de unos veinte centímetros pues, ahí, justo en ese momento, la monja de turno cortaba la proyección y la peli seguía en una escena completamente diferente. ¡Menuda habilidad tenían para dejarnos a dos velas!

Los fines de semana tenían un encanto especial, sobre todo los que el domingo venía mi madre. Al principio, mientras fue pequeño, venía con mi hermano, pero cuando llegó a la edad de poder ir al colegio de la Inmaculada, ella venía sola. Yo trataba de esforzarme para que las notas y la conducta fueran buenas y poder salir el domingo. En más de una ocasión me tocó tener que escribir una carta a mi madre diciéndole que no viniera porque estaba castigada y la verdad es que lo sentía más por ella que por mí,

aunque yo lo sentía un montón, pero sé que ella sufría de no poder verme el domingo que podía. Por eso, cuando venía a verme, apurábamos al máximo el tiempo del que disponíamos. Se nos amontonaban las cosas que contarnos. Las mías, giraban siempre en torno a mi vida colegial, eso sí, conforme fui haciéndome mayor, algo me iba a indicando que no debía contarle nada de lo malo que me pasase. Ella me contaba sobre cómo le iba a mi hermano en el colegio, me traía recuerdos de mi pandilla de amigos, mientras paseábamos por los jardines del Príncipe, eso sí, con Eli, cuando venía con nosotras, como testigo participe de nuestras confidencias.

Luego venía lo peor, la despedida. Llegué a odiar aquel portalón de madera, que cuando se cerraba la puerta pequeña por la que se entraba, me separaba durante un tiempo de mi madre. Ella se hacía la fuerte, pero estoy segura que cuando iba de regreso a casa, más de una lágrima derramaría, seguro. Hasta que volvía a venir nos quedaban las cartas como medio de comunicación

Las cartas... menudo lío, también censuradas, las que mandabas y las que recibías. Una a la semana y tenías que elegir a quién se la escribías, porque una y nada más. La entregabas abierta y las recibías igual. Con el tiempo se iba estableciendo un lenguaje camuflado, como en las películas de espías, sobre todo cuando me escribía con mi pandilla de amigos. En cierta ocasión, Bea una compañera mía mayor, recibió una carta de unos amigos y la monja de turno había puesto: "Esas amistades no le convienen Srta. Martínez, procure no volver a contactar con esos chicos y en breve se lo comunicaremos a su madre". Debieron poner alguna nota a su madre, pero les contestó que las familias de

los chicos eran amigas tuyas y que podía seguir carteándose con ellos. Conociéndolas, seguro que eso les debió saber a cuerno quemado.

III

Aunque peor me sentaba a mí cada vez que me pinchaba y mira que lo hacía veces y es que también hacíamos labores y yo, en la clase de costura, me lo pasaba bien porque me gustaba, a lo mejor era por todo lo que veía coser a mi madre, pero me llenaba de pinchazos, sobre todo con los respuntes. Me gustaba el punto de cruz y el cordoncillo. En el sobrehilado me torcía todo lo que quería, no había manera de que consiguiera seguir la línea recta.

No se puede decir que yo haya sido una chica que haya tenido muchos problemas en el colegio, de estudios no he ido mal hasta la fecha, me gustan más la Literatura y el Latín que las Matemáticas, por eso, al aprobar la Reválida de cuarto, que por cierto nos íbamos a examinar a un Instituto de Madrid, elegí Letras .

De conducta ha habido de todo, sé lo que es estar encerrada en el cuarto de las banderas, estar castigada sin ir al cine, atravesarme yo sola, a oscuras, aquellos interminables pasillos, camino del dormitorio, porque me habían despachado del comedor, con el consiguiente pánico por la sensación que tenía de que, algo o alguien, venía detrás mía. He tenido que entregar bonos por mirar hacia atrás durante la misa o llegar tarde a la fila, incluso, por llevar tomates en los calcetines y no digamos por Urbanidad, cuando se me escapó en el comedor un eructo que ni de labrador.

Pero también he tenido suerte. El año pasado hice una apuesta con mis amigas, a que por la noche iba hasta donde dormía una de las monjas y abría la cortina. La verdad es que después de hacerla me arrepentí por el lío en que me iba a meter. Apenas cené esa noche, pensando en lo que venía después. Cuando nos metimos todas en la cama y la luz se apagó, dejé que transcurriera un rato aunque sabía que mis amigas estaban despiertas esperando acontecimientos. El dormitorio estaba en silencio absoluto sólo roto por alguna tos y el ruido de algún somier al darse la vuelta su inquilina. Me levanté descalza y fui avanzando, por el pasillo que formaban las camas, hacia donde se encontraba la cama de la monja.

A través de alguna rendija de las ventanas entraba algo de luz procedente de la tenue iluminación de la calle. Conforme iba aproximándome, era más la sensación de que las cortinas se movían, lo que quería decir que la monja estaba despierta. Poco a poco me iba arrepintiendo de haber hecho la apuesta pero no me podía volver atrás. Las cortinas, detrás de las cuales estaba la cama de la monja, las tenía al alcance de la mano. Aun en la oscuridad, sentía en mi nuca la mirada de mis amigas y lo que sentía de verdad era un pavor que subía desde la punta de los pies hasta el pelo. Estaba sudando y me temblaba la mano. Toqué la cortina con los dedos y me pareció como si quemara. Sin casi respirar, fui corriéndola despacio y asomando la gaita por la rendija. ¡La cama estaba vacía! No era cosa de que las demás lo descubrieran, así que muy chula, metí la cabeza por las cortinas, luego la saqué, las corrí otra vez y volviéndome hacia el dormitorio, donde suponía me estarían observando mis amigas, levanté los brazos en alto en señal de victoria, pero

escasos segundos porque, a continuación, me pegué una carrera y me metí en mi cama con un tembleque, producto de los nervios, que hasta los dientes me castañeteaban. Al día siguiente, fui la heroína para mis amigas, pero me juré que no volvería nunca más a meterme en aventuras de esa categoría.

Como no tengo mucho tiempo, trataré de abreviar. Contaré que al final del curso pasado, mis tíos, que gozan de muy buena posición social en Madrid, le encontraron un trabajo a mi madre de primera oficiala, con muy buen sueldo, en un taller de costura de un conocido modisto madrileño. Nos trasladamos a vivir a Madrid y la vida cambió para mi hermano y para mí. Él sigue en el colegio, pero ahora es completamente diferente, ya que todos los domingos puede ir a casa. A mí me dieron una beca y voy a un colegio también de monjas y la verdad es que, quitando que voy a comer y dormir todos los días a casa, lo que es la vida interior en el colegio no se diferencia de la que llevaba en M^a Cristina.

Ahora que estoy fuera no puedo por menos de recordar los años pasados en ese colegio, en él fui niña, adolescente y me hice mujer. Pasé de los calcetines a las medias hasta la rodilla. De comer con ayuda, a saber manejar los cubiertos. Aprendí a distinguir entre “Sor” y “Madre”. Fui pasando sucesivamente de un dormitorio a otro, lo mismo ocurrió con los comedores, y con los patios de recreo. No tuve nunca patines, pero aprendí a patinar. Vi representaciones teatrales en el salón de actos y en alguna ocasión actué en ellas. Películas, tanto de risa como de miedo o patrióticas, las vi unas veces sentada en los bancos y otras por detrás de la pantalla, cuando estaba castigada y la monja que nos cuidaba se dormía. Hice

mil y una formaciones en el patio vestida con mis mejores galas. Viví el cambio de uniforme. Me aprendí canciones de todo tipo: religiosas, militarse, festivas. Aprendí motes, y a escribir en clave. Los jardines del Príncipe y de la Isla no tienen secretos para mí. Hice excursiones a Ontígola y el Secano. Ejercí empleos de lo más variopintos. Pasé de no saber hacerme la cama a repartir los “líos”.

Adquirí habilidad en sacarle brillo a la tarima del suelo con una bayeta en cada pie. Recé. Hice ejercicios espirituales. Me aprendí de memoria la letanía y los misterios del rosario. Me acostumbré a hacer tablas de gimnasia con pololos. Me quedé colgada de las espalderas como un auténtico chorizo. Salté algún aparato que otro, no muchos. Alguna vez conseguí que al levantarme el día de San Valentín, me encontrase que la zapatilla que había tirado al aire la víspera, una vez se apagaron las luces del dormitorio, había caído con la suela para abajo. También es verdad, que la mayoría de las veces, el papel con el nombre del chico que me gustaba, había sido el que se fue por el váter.

Traspasé en uno y otro sentido cientos de veces el portalón que me separaba del mundo exterior y de los míos. Llevé bandas de diferentes colores y anchuras, medallas y condecoraciones; incluso he conseguido donaciones para el Día de la Banderita en una casa de citas.

Me aprendí de memoria lo que ponía la placa que había en el vestíbulo de la entrada, antes de traspasar la puerta de cristales: ”SU MAJESTAD EL REY ALFONSO XII Y EN SU NOMBRE SU AUGUSTA MADRE...”. Lloré, lloré mucho y reí también mucho. Sufrí algunas veces viendo como alguna compañera, paseaba su sábana señalando su “pecado”: el haberse

orinado por la noche. He aprendido a valerme por mí misma, a compartir penas y penurias con mis compañeras, a no hacer a mi madre partícipe de mis pesares, para evitarle disgustos. He hecho amigas de las de verdad, de las que no olvidaré nunca, al menos eso es lo que creo.

Cuando me despedí de mi amiga Eli, lloramos las dos, dijimos que volveríamos a vernos pero sé que eso será cada vez más difícil. Algún domingo iremos mi madre y yo a verla, pero llegará un momento en que eso no será así y nos iremos distanciando, aunque siempre me quedará aquí dentro su recuerdo.

Poco a poco seguro que las caras de mis compañeras se me irán desdibujando, lo mismo que los recuerdos, por eso estoy escribiendo esto; aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos.

Entonces volveré a encontrarme con ellas, con las que sufrieron y se divirtieron conmigo. Y todas volveremos a ser un poco niñas, como ahora. Y unas a otras nos ayudaremos a recordar lo vivido en estos años. A algunas no conoceré y me tendrán que decir: "Oye, ¿no te acuerdas de mí?". Es probable que, cuando pregunte por alguien, me digan: "Pues ya tiene nietos" o "La perdí de vista y no he vuelto a tener noticias de ella" o "Me carteo con ella, vive en el extranjero" o, por desgracia, "Murió hace un par de años". Y a mí, me dé la sensación de que las estoy viendo como ahora, con sus babis de rayas blancas y rojas.

Por eso escribo esto, y por eso, en mi habitación, tengo la foto de Eli, de Primera Comunión y a mi muñeca Fefa, compañeras inseparables y testigos directos de mi paso por M^a Cristina.

EL DUENDECILLO Y LA PÍNFANA

Autora: M^a Carmen Jaime Santamaría

Me llamo Lamín y soy un duendecillo.

Nací en Aranjuez, en un junco a la orilla del Tajo. Frestón, nuestro Duende Mayor, decide el momento en que debemos hacerlo y nos encomienda una misión que cumplir.

Después de celebrar con una gran fiesta mi nacimiento, nos sentamos debajo del junco y me habló cariñosamente.

—Lamín, escucha con atención. En la calle Capitán, hay un caserón enorme, con una gran puerta de madera, flanqueada por dos lanzas que soportan un techo de cristales. Es el Colegio de M^a Cristina, se le conoce por La Casona y en él estudian y se educan niñas de todas partes de España. Son todas huérfanas, sus padres eran militares del Ejército, y se llaman entre sí Pínfanas. Ninguno de nosotros ha traspasado nunca esa puerta, así que te voy a encargar a ti de hacerlo. Irás allí mañana y por la noche nos contarás lo que hayas visto y oído.

Me sentí muy halagado y aquella noche todos durmieron menos yo. Esperaba impaciente que amaneciera.

Con el primer rayo de sol, me dirigí a La Casona y entré.

Me encontré en un salón muy grande presidido por una pintura de una mujer de gran porte y distinción. Más tarde me enteré de que pertenecía a una Reina, fundadora de aquel lugar.

Una señora muy guapa vestida de negro, morena y con unos grandes ojos verdes que me parecieron algo tristes, conversaba con la Madre Superiora. A su lado sentada entre las dos, una niña de pocos años escuchaba lo que decían. Sus ojos eran verdes también, e igualmente me parecieron tristes. Al poco rato se levantaron y yo me escondí en el bolsillo de la chaqueta de la niña.

Atravesamos una puerta de cristales y apareció un patio grande, con arbolitos y bancos de piedra. Un numeroso grupo de niñas vestidas, con uniforme negro, cuello blanco, cinturón rojo, zapatos y calcetines negros y un lacito también rojo debajo del cuello, jugaban.

Fuimos de un lado a otro. Vimos todo el caserón, sus patios, su jardín, los comedores, la capilla, la biblioteca, los laboratorios, las aulas, las salas de juegos, largos pasillos que comunicaban patios entre sí, el salón de actos y los dormitorios.

Bajamos de nuevo al patio, pero esta vez por una escalera de madera limpia y encerada, con grandes vidrieras y plantas.

Apareció una niña más mayor con una larga trenza y una cinta roja con una medalla que le caía sobre el pecho. Le dijeron que sería su hermana mayor y que cuidaría de ella.

Los minutos siguientes fueron muy tristes. La señora guapa y la niña se abrazaron, y en los ojos verdes de las dos aparecieron unas gotas de rocío, parecidas a las

que vi en el junco de mi nacimiento, que resbalaron por sus mejillas.

Se dieron un último abrazo y la señora guapa desapareció tras la gran puerta del caserón.

La niña se llevó las manos a sus ojos que se llenaron completamente de gotas de rocío, así que su hermana mayor la consoló cariñosamente y se la llevó de la mano.

La vistieron igual que a las otras niñas y al acostarse la oí gemir y llamar a su mamá muy bajito. Sentí de nuevo las gotas de rocío por su cara.

—Oye... —le susurré— oye...

Levantó la cabeza un poco asustada y me dijo:

—¿Quién eres tú?

—Soy un duende

—Los duendes no existen

—Ya ves que sí

—¿Y de dónde vienes?

—Eso es muy largo de explicar, pero quiero ser tu amigo, ¿quieres tú?

—Sí, ¿cómo te llamas?

—Lamín, yo me tengo que ir ahora, pero mañana vuelvo y me cuentas que tal te ha ido.

—Bueno, hasta mañana.

Salí por la puerta de madera tan pronto como pude, llegué al río y todos escucharon con atención lo que les conté.

Al terminar Frestón se me acercó y me dijo con voz cariñosa:

—Lamín, lo que has visto en los ojos de la señora guapa y de su hija, no son gotas de rocío. Los humanos

cuando sufren, de sus ojos caen lágrimas y a eso se le llama llorar. También pueden hacerlo de alegría. Nosotros no poseemos ese don, es sólo de ellos, solo en alguna ocasión especial algún duende lo ha hecho. Ahora a dormir que mañana has de volver, y recuerda que tu amiga debe guardar el secreto de tu existencia y tú no debes saber su nombre.

En cuanto amaneció volví a La Casona tan rápido como pude.

Busqué a mi Pínfana y me metí en su bolsillo.

—Ya estoy aquí. Pínfana no debes decir a nadie que existo, es un secreto, si lo haces no podré volver.

—Bueno... te lo prometo.

Así, durante todo el tiempo que duró el curso, yo asistía puntualmente a mi cita en La Casona.

La vi hacer amigas en poco tiempo. Observé lo mucho que aprendía en sus clases, en los recreos aprendió a andar sobre patines y a montar en bicicleta. La vi enfadarse cuando tenía que dar unos cartoncitos que me dijo que se llamaban Bonos y que las Madres se los pedían cuando se portaban mal. Cuando los conservaba, le ponían los sábados una medalla en el cuello que me mostraba orgullosa.

Fui en su bolsillo cuando iban de paseo a los jardines de La Isla y del Príncipe Allí jugaban todas juntas y yo terminaba cansadísimo de tanto traqueteo, pero la quería cada día más y los amaneceres eran cada vez más deseados por mí.

Ya sabía peinarse y lavarse sola; Pronto no necesitó de su hermana mayor.

Le gustaba mucho leer y en los días de lluvia jugaban al parchís y al Palé y me enseñó cómo se hacía.

Llegó el buen tiempo y, con el calor, los días se alargaban y las noches eran más cortas.

Una mañana, al llegar a La Casona, había mucho ajeteo.

Mi pínfana me contó que se iba a pasar las vacaciones a su casa. Por la noche, y muy triste, le pregunté a Frestón y me lo confirmó.

—Se van a pasar el verano. Vuelven a sus casas, van a ver a su mamá después de nueve meses de curso.

Cuando volví al día siguiente todo eran risas en las Pínfanas, ya no llevaban el uniforme y preparaban sus maletas con alegría.

—No estés tan triste Lamín —me dijo mi amiga— volveré el curso que viene, mi mamá ya ha llegado así que nos tenemos que despedir, pero me acordaré mucho de ti, y quiero darte un beso.

Se escondió tras una columna, me depositó en su mano y me dio el beso más dulce que he recibido. La señora guapa la cogió en sus brazos y besándola sin parar lloraron las dos; esta vez de alegría.

Volví al río y les conté a todos que se había ido y que estaría mucho tiempo sin verla. Frestón habló con seriedad, pero con cariño,

—No la verás más Lamín .Es decir sí la verás pero no podrás hablar con ella, y olvidará que has existido en su vida, son nuestras reglas.

Sentí algo por dentro que no me dejaba respirar... De repente sentí algo que resbalaba por mis mejillas. Estaba llorando.

Todos vinieron. Primero me miraron, y luego tocaron mis lágrimas. Después empezaron a hablar entre ellos con gran algarabía. Yo cada vez lloraba más y en

mi corazón sentía una tristeza infinita.

—Querido Lamín —dijo Frestón— has conseguido llorar, eso quiere decir que tus sentimientos hacia tu amiga son sinceros. Podrás todos los años escoger una pínfana a quien cuidar durante su primer curso, en las mismas condiciones que este.

Me sentí algo más reconfortado.

Pasó el verano y ni un solo día dejé de pensar en ella. Cuando las hojas de los árboles empezaron a ponerse amarillas y los días fueron más cortos, me acercaba a La Casona diariamente para ver si llegaba. Por fin, una mañana aparecieron. Mi corazón latía apresuradamente. Con ellas venía otra niña con dos largas trenzas.

Pensé que sería su hermana y la escogí para hacerme cargo de ella.

Así lo hice siguiendo el mismo ritual que el año anterior. La quise como a su hermana y la cuidé cuanto pude. También lloré cuando se fueron de vacaciones, y sentí latir mi corazón cuando volvieron. Al cabo de cinco años el día que regresaban les acompañaba otra niña muy pequeña. Era su otra hermana y compartí con ella su primer curso.

A lo largo de los años tuve siempre una Pínfana a mi cuidado. Todas eran diferentes, a todas las quise y estuve con ellas sus momentos de alegría y tristeza. A mi primera pínfana la ví convertirse en una jovencita responsable y llena de inquietudes, cultivar la amistad con sus compañeras, y terminar sus estudios en el colegio. El día que se fue para siempre, mis compañeros me consolaron toda la noche. No la volvería a ver más, su recuerdo es lo único que me quedaría, y lloré mucho, tanto, que Frestón tuvo que ordenarme que dejara de hacerlo bajo amenaza de no volver a La

Casona.

Todas me olvidaron cómo se me dijo al principio.

Nunca supe sus nombres, para mí fueron siempre mis Pínfanas, unas niñas que me quisieron durante un año, a las que yo quise siempre, y que me enseñaron a llorar.

MI ESTRENO COMO PÍNFANO

Autor: Miguel Alfonso Barrera Fernández

Año 1949

Residía en una pequeña aldea cerca de O Grove. Península en el N.O. de la provincia de Pontevedra. Se llamaba Ocón y era donde mi madre (viuda de oficial caído en el frente de Teruel, Belchite) tenía como destino su pequeña escuela unitaria de chicas, hijas de pescadores y labradores, donde ejercía como Maestra Nacional que era como se llamaba en esta época a los Profesores/as.

Somos dos hermanos. Yo soy el mayor y por entonces tenía 13 años o iba a cumplirlos. No sabía que existían los internados de carácter militar, no había oído nunca nada y creo que éramos los dos únicos huérfanos de esta clase, por aquellos contornos.

Transcurría nuestra vida con normalidad, con gran carencia de alimentos, el pan blanco nunca lo vi, había de maíz y lo que te correspondía con dos vales de la cartilla de racionamiento. Abundaba el pescado (el Grove es un puerto de mar y muy pesquero), pero el barato, lo demás, junto con el marisco salía para Madrid en aquellos camiones “pescaderos” que se jugaban la vida al atravesar los puertos de montaña que había en la antigua general para llegar a la capital de España. Por lo demás en casa nos surtíamos de los

productos hortícolas y de los regalos que le hacían a mi madre sus alumnas cuando en sus casas hacían la matanza anual.

Estábamos asistiendo a la Escuela de Orientación Marítima Pesquera, de El Grove. Todos los días nos trasladábamos desde la aldea al centro del pueblo a pie, bien abrigados contra la lluvia (muy corriente en aquella zona climática) con nuestros zuecos de madera y sobre todo paraguas. Nuestro Maestro era Don Pepe “o coxo” que sustituía al titular que ejercía en otro pueblo en el Pósito de pescadores.

En el aula, situada debajo del Ayuntamiento, estaban el juzgado, el calabozo, que lo veíamos desde la clase y el consultorio médico.

En el alumnado había 3 grupos. El 1º que eran de Primaria, eran los iniciados en todo, los de 2º de preparatoria y nosotros los de 3º que nos denominaban “los estudiantes” porque ya habíamos hecho el ingreso en el Instituto de Pontevedra y por libre continuábamos el Bachillerato por el mismo plan de estudios.

Mi hermano se preparaba para el Ingreso en junio y yo había aprobado 2º y estaba esperando ingresar en un colegio de Vigo que a través del Ayuntamiento o de la Iglesia, cuando no había mucha demanda de plazas de pago, entonces adjudicaban gratis a los que lo habían solicitado con la condición de ayudar en el colegio en la limpieza, cocina, etc.(No me acuerdo de más, porque no llegué a ir).

Tenía mi pandilla de compañeros del Cole, también mis vecinos, hijos sobre todo de pescadores, porque me gustaba mucho el subir a las embarcaciones ya fueran pequeñas, dornas, gamelas, racús, traineras o las célebres “parejas” que faenaban en Leixoes o también

en el “Gran Sol” a la pesca de la merluza y el bonito, barcos que estaban un cierto tiempo en la mar y que recuerdo como los padres de mis amigos nos relataban lo que habían pasado por aquellas latitudes; esto es lo que llaman pesca de altura pero lo corriente es la pesca de bajura en la Ria de Arosa que es donde está situado mi domicilio. Generalmente se dedicaban a la pesca de menor tamaño y también al “xeito o copo” de la sardina, los primeros por el día y los segundo durante la noche que es cuando brilla el pescado y se lanzan las redes. Hay que tener en cuenta que las embarcaciones eran de vela y pocas de gasolina. El gasoil apenas existía para esta clase de barcos, los grandes empezaban a fabricarlos (los motores) mientras que los demás eran a remo y a vela.

Desde luego, cuando no asistía a la Escuela, mi lugar preferido era el muelle de pescadores (y lo sigue siendo) que iba con mis amigos a esperar a sus padres, ayudábamos a seleccionar la pesca para que luego sus mujeres las pusieran en las “patelas” (cestas grandes que llevan en la cabeza) y fueran a La Lonja o al mercado. Es cuando nos dábamos cuenta de si había sido buena o mala la captura de las mismas.

Por lo demás, transcurría todo de una manera normal; asistía como monaguillo a la Parroquia y llegué a tener cierta amistad con un cura (no el Párroco), D. Juan y le ayudaba a llevar la Cruz en los entierros como los demás compañeros, igual en las novenas que nos vestían de colorado en las mismas.

Otra de las actividades era la pasión de jugar al fútbol. Lo ejercíamos en el campo de la isla de La Toja, después del puente que la une con el pueblo. Nuestros contrincantes eran los “mariñeiros” y dado que su

simpatía hacía nosotros no era muy buena, terminábamos casi siempre de mala manera.

Por mi afición al fútbol me enteré de que iba a ser Pínfano. En los recreos, delante de la Escuela, había y existe, la Plaza Mayor. Era el lugar preferido para jugar a la pelota hasta que llegaban los municipales que tenían las oficinas justamente delante. Bajaban, nos cogían la pelota y nos echaban la bronca, ¿por qué? Pues el hijo del jefe de los Guardias estaba también siempre con todos y por eso no nos multaban. Pero un día nos volvieron a tomar nota y la carta llegó a casa, con lo que tuve que bajar al Ayuntamiento.

Cuando estábamos esperando ser recibidos por el jefe (también los otros familiares de mis compañeros), pasó el Sr. Secretario del Ayuntamiento y le dijo a mi madre que pasara a su despacho. Pensando que era por lo del fútbol, nuestra sorpresa fue mayúscula cuando nos dijo que el Patronato de Huérfanos nos comunicaba mi ingreso en el Colegio Santiago de Valladolid. Adjuntaba los pasaportes (hojas de embarque), tanto de ida como de vuelta de mi madre y la fecha de presentación en el Centro. La primera reacción de mi madre fue echarse a llorar. Yo no me di cuenta del alcance de la situación en ese momento, sólo que el “Secre” le hizo a mi madre un montón de consideraciones sobre el valor de los estudios y el porvenir que me esperaba aquí. Volvimos para casa como si nos hubiera caído una gran desgracia.

Sin apenas hablar del asunto se empezó a preparar la marcha. Lo primero que hicimos fue ir al médico. D. Luis Casais, amigo nuestro se alegró mucho de esta situación, su esposa era también maestra y sus hijos eran compañeros de “cole” y de juegos. También porque mi madre le había cedido la escuela, es decir,

lo que se llama una permuta y nos estaban muy agradecidos. Me reconoció y extendió el certificado que solicitaban.

Fuimos luego a comprar también lo que pedían, unos zapatos y ropa interior. Pasamos por el cuartel de la Guardia Civil para que sellaran las notificaciones y regresamos para nuestra casa. Allí estaban todos mis amigos que se enteraron por mi hermano al asistir a la escuela como todos los días hacía. Fue bastante emocionante la despedida y todavía la tengo en la memoria y en el recuerdo.

Al otro día con mi maletilla de cartón desde la aldea a la administración de donde salía el coche de La Unión para Pontevedra. También allí me esperaban mis amigos e incluso algunas amigas de la pandilla. Creo que fue el peor momento que pasé entonces. Hasta aquí no le había dado importancia a esta situación, pero si fue duro. Allí estaba el Capitán de Artillería de la Batería de Costa de San Vicente próxima al Grove, gran amigo de mi padre, juntos hicieron la Guerra Civil, y me dio un abrazo a la vez que me puso en el bolsillo de la chaqueta unos billetes de 1 o 2 ptas.

Arrancó el coche. Mi madre le dio al revisor uno de los papeles. Me acuerdo de que no lo cogió porque no iba a perder el tiempo en ir a cobrar unas pesetas, en el Gobierno Militar. Así que pagamos nuestros billetes y se llegó a Pontevedra. En la estación nos dijeron que en el tren nos darían los billetes al presentar los pasaportes (es decir las hojas de embarque). Tuvimos que ir a Redondela y allí tomamos el correo que iba a Madrid viniendo de Vigo. Nos instalamos en el vagón de 3ª con asientos de madera donde el revisor nos indicó.

El viaje fue largo y lleno de vicisitudes. Este tren tenía que dejar preferencia a todos los demás excepto a los mercancías. Cambio de máquinas al pasar los puertos que existen en el antiguo trazado, las esperas que duraban a veces horas con paradas interminables y sobre todo la diversidad de las gentes que viajaban. Me acuerdo de que en Astorga bajamos para tomar un tazón de café con leche con sus famosos “mantecados”. Cuando estábamos esperando en la cantina, aparecieron dos Guardias Civiles con un preso. Este estaba lleno de cadenas por todo el cuerpo, la cara no era muy agradable y los comentarios de las gentes, tampoco. Volvimos de nuevo a nuestros asientos aguantando el frío, luego el calor, la carbonilla que se metía por la nariz, las colas para ir al retrete, etc, etc. Salimos de Pontevedra a las 3 de la tarde y después de viajar toda la tarde, noche, llegamos a Valladolid a las 7 de la mañana.

Preguntamos donde estaba situada la calle Muro nº 9, nos lo indicaron y estaba cerca de la estación, paralela a la calle Gamazo próxima al Campo Grande, célebre por las famosas correrías de los pínfanos los días de salida.

Anduvimos unos 10 minutos y enseguida encontramos el Colegio. La puerta grande de hierro, que actualmente es lo único que se conserva, después del timbrazo nos abrió el portero (Tasio) con una bata de la misma tela (trapillo) que el uniforme de diario nuestro, después de las consabidas preguntas nos hizo pasar a una sala que estaba situada en la parte izquierda de la entrada.

Nos dijo que esperaríamos que ya nos llamarían. Aunque estaba amaneciendo dicha sala estaba a oscuras y en unos bancos corridos estaban unas señoras

enlutadas con sus hijos. Me acuerdo de la madre de Domingo Gil Galindo y la de Antonio Amat Márquez, de Puente Genil y Granada respectivamente; hubo como es natural conversaciones y saludos pertinentes y de vez en cuando el portero llamaba a algunas de las madres que con su hijo salía de dicha estancia. Me viene a la memoria el “mal cuerpo” que tenía y que a lo largo de mi vida y en ciertas ocasiones me ha seguido ocurriendo. Cuando nos tocó a nosotros, subimos unas grandes escaleras y con el olor a cocina nos introdujeron en un despacho donde nos recibió el Director Tte. Coronel Fdez. Gómora.

Vinieron a continuación las preguntas sobre nuestra situación, de donde veníamos, sobre mi padre, etc. Dijo que yo ya me quedaba allí y a mi madre que antes de su marcha podría verme por la tarde, llamó por el timbre y apareció un Inspector (D. Félix) el cual nos acompañó a una de las aulas donde había bastantes compañeros en plan de estudio, la verdad que la entrevista con el Director fue bastante “seca”, no hubo ningún conato de cariño o simpatía.

La entrada en el aula de 3º fue de novedad; me hicieron las clásicas preguntas a la vez que les mandaba callar un señor que estaba en una mesa en la parte de atrás de dicho aposento. Sonó una campana y fuimos al patio después de pasar unos soportales. Los “novatos” de una manera natural nos reunimos juntos, vestidos de calle o paisano, porque los demás vestían el clásico trapillo antes mencionado.

Volvió a sonar la campana, tuvimos que formar para pasar al comedor, siempre dirigidos por un Inspector. Cuando terminó el cura de rezar la bendición nos indicaron la mesa que era de 10 alumnos. Servían a 5 y en otro extremo lo hacían para otros 5. En tu lugar

había un pan (chusco) y una de las señoras (por cierto nada agraciadas físicamente) dejaba la fuente con la comida para que el alumno encargado sirviera a los que les correspondía. Cuando se terminó, al patio. Otra ronda de preguntas para oír de nuevo la campana y subida al estudio. Cada hora había clases y así comenzó mi vida de internado.

Por la tarde, hacia las 6 me llamaron para ir a la portería. Me esperaba mi madre y aproveché para decirle que no me quería quedar allí. Después de hablar un buen rato, ella que era muy amiga de los refranes dijo; Mira Migueliño: "claro que siempre crecen espinas entre las rosas, pero tienes que vivir el momento y la situación te obliga a quedarte. Verás como cuando vengas en vacaciones de Navidad, piensas de otra manera". La acompañé hasta la puerta grande que daba a la calle y a través de las rejas vi cómo se iba para la estación de Pucela. Su figura cada vez más oscura se iba haciendo más pequeña hasta desaparecer de mi vista, me esperaba una vida nueva que yo nunca había imaginado.

¡Ya era Pínfano!

RECUERDOS Y REENCUENTRO

Autor: Antonio Benítez Ballesta

A todas las personas que gozaron o sufrieron los internados y a los familiares que compartieron la separación de sus seres queridos.

Llueve y el viento sopla con fuerza en la calle, su voz se hace oír y el ánimo se encoge, es una de esas numerosas tardes de los fines de semana del frío y húmedo invierno del norte, sin mucho que hacer ni en que pensar, decido sentarme delante de la pantalla del ordenador, no hay una razón lógica para hacerlo ni necesidad de abundar en el trabajo atrasado, es pura rutina y aburrimiento.

Con una actitud un tanto perezosa, me encuentro sentado delante de la pantalla confiado en que alguna idea entretenida me ofrecerá el escaparate informático que se ha hecho habitual en nuestro entorno y como no podía ser menos en nuestros hogares

Comienzo a navegar, curioso término este, y como los buenos chiquiteros del norte que van de un bar a otro sin prisa pero sin pausa, paso de una página a otra hasta que me detengo en una que me llama especialmente la atención, se presenta bajo el título genérico de asociaciones de antiguos alumnos, ofreciendo amplia y diversa información al respecto.

Cuanto menos, se adivina una página cargada de una

gran dosis de recuerdos y nostalgias y que duda cabe que después de tantos años de idas y venidas por escuelas, colegios, institutos y universidades, todos somos poseedores del nostálgico título de “antiguos/as alumnos/as” donde con mayor o menor intensidad presentamos un amplio bagaje.

En esta situación y con cierto grado de curiosidad me dispongo a intentar localizar algo sobre los antiguos alumnos donde supuestamente, como otras muchas personas, pudiera estar ubicado, el caso es pasar el rato; en este sentido, como antiguo alumno de varios centros escolares presento algunas vivencias que de forma ocasional comento en diferentes momentos de mi vida social a modo de anécdotas y que a pesar de los años que han pasado las recuerdo con cierta facilidad, casi siempre son las mismas pero a pesar del paso de los años las sigo recordando.

Enfrascado en este trance, aparece una página con la que me llevo una sorpresa mayúscula la “Asociación de Antiguos Alumnos de los Colegios de Huérfanos de Oficiales del Ejército.

¡Joder yo fui alumno de estos centros o colegios!

¡Que grata sorpresa!

Comencé a curiosear la página, aparecieron fotos en cuyo pie se encontraba el nombre de algunos de mis excompañeros, e incluso yo estaba en una de ellas, también aparecieron las imágenes de los colegios, Padrón, Chamartín, Carabanchel Bajo, noticias sobre actos institucionales que la asociación había realizado etc.

Continué curioseando y allí estaba el nombre, la dirección, el teléfono de muchos de mis todavía recordados amigos y compañeros de libros y pupitre, hoy

solamente recordados pero que durante muchos años su imagen ha permanecido abandonada en el baúl de los recuerdos, unos y otros con los que conviví especialmente en los primeros cuatro años de la vida en Padrón y sobre los cuales hoy me asalta la enorme curiosidad de conocer su presente porque una parte de su pasado no solo lo conocía, sino que también la habíamos vivido y compartido de manera intensa, sufrida y dura pero especialmente solidaria y esperanzadora.

En aquel preciso instante, comenzaron a pasar por mi mente, nombres, motes, números, anécdotas historias, lugares y recuerdos de las situaciones vividas, situaciones de estudio, de recogimiento religioso, de deporte, de pillerías y chiquilladas, de castigos y fugas que vividas en aquella época han dejado en mí y posiblemente en infinidad de personas como yo, en unos casos recuerdos evidentes que bajo ningún concepto pueden desaparecer y en otros secuelas entre las que destacan aquellas que especialmente nos han ayudado en la construcción mental y social de lo que hoy realmente somos.

¡Me resisto a olvidar!

Batalla posiblemente perdida por pura ley de vida, de tal manera es seguro que con el paso del tiempo olvide y como resultado recuerde las anécdotas las de siempre las tradicionales, esas que has contado cien veces y que cada vez que la repites parece como si fuera la primera que lo haces y es cierto puesto que posiblemente sea la primera vez que se la narras a una persona o grupo distinto de personas, por lo tanto no cambia la anécdota cambia el interlocutor a quién se la cuentas.

¡Recuerdos, recuerdos y más recuerdos!

En esta situación nada ni nadie, puede evitar que me lance a tumba abierta sobre el proyecto del corto relato que inicio, incluso ni yo mismo puedo parar ese descenso vertiginoso hacia el abismo de mis recuerdos, todo intento por evitarlo resulta inútil por lo que al final parece evidente que si quiero calmar mi sobredosis de nostalgia y mis ansias de recuerdos, obligatoriamente debo ponerme manos a la obra, el objetivo es simple, intentar llegar al lugar donde pueda encontrar la tranquilizadora situación que bajo el estado de fuerte resaca del recuerdo calme mis inquietudes en alguna medida.

Dicho y hecho, manos al relato estoy convencido que este ejercicio me trasladará en el vehículo de mi memoria e imaginación desde los días actuales y tardes frías del invierno del norte a los numerosos y ya pasados días nublados, jubilosos unos y desdichados otros, de mi infancia en la Galicia abierta o profunda.

Las razones por las que alguien llega a un internado son diversas siendo el interno o interna al que le toca vivir en directo las circunstancias del mismo, pero es de justicia no olvidar que un gran colectivo de personas que bajo el título de familiares mas cercanos, también han tenido que soportar de forma indirecta en un principio la distancia o alejamiento del ser querido y posteriormente disfrutar o lamentarse de las consecuencias que generaron los internados, a ellos también va dirigido este sencillo relato.

En nuestra generación la de los años 40, era casi una norma o al menos se estilaba mucho los internados, como centros “educativos” de élite dado que disfrutaban de una afamada leyenda blanca de recogimiento,

disciplina, educación, de hombres y mujeres de provecho, por el contrario la otra leyenda la de color negro de secuestro, castigo, hambre y soledad también se estilaba con la diferencia que la segunda prevalecía sobre la primera, como no podía ser menos en los años de internado también disfruté en calidad de interno de varios de ellos, si así es como lo has leído “disfrutar” del CHOE, iniciales que en aquellos tiempos de infancia y juventud eran el sinónimo de los Colegios de Huérfanos de Oficiales del Ejército, en ellos y dentro de ellos pasé diez años desde 1957 hasta 1967 siendo todos entrañables y recordados pero especialmente los cuatro primeros que transcurrieron en Padrón.

Interno e internado dos palabras duras en apariencia que nos acompañaran durante el relato y que según el diccionario de la lengua española se puede definir la primera como “Alumno que come y duerme en el colegio” y la segunda como “Conjunto de alumnos y lugar donde habitan”.

¡Qué sencillas y escuetas definiciones!

¡Qué complejas y extensas experiencias de vida!

Al ejercitar el recuerdo, fue como entrar en una habitación y abrir la ventana que durante mucho tiempo ha permanecido cerrada manteniendo a esta en absoluta oscuridad, de tal manera que al abrirla y asomarte a la misma tienes la oportunidad de volver al pasado, eso sí un pasado ya muy lejano que desde aquella ventana hoy puedes contemplar como curioso y asombrado espectador, las incidencias de una parte de mi vida y a una muy temprana edad.

Etapas de mi vida pero especialmente de mi infancia donde se dieron y vivieron todo tipo de circunstancias

sociales, personales, afectivas, emocionales etc. Que compartí con un centenar y medio de hermanos o gemelos unidos por el cordón umbilical de la orfandad, bueno centenar y medio más dos porque en todo momento Dios y el Diablo estaban presentes en el discurrir de la vida en el colegio, todos pelados de igual forma casi al cero, con las orejas tiesas, uniformados con aquella ropa rígida y sufrida de color gris que en términos coloquiales le apodamos “el trapillo”, con el número asignado a cada interno fijamente marcado sobre las ropas y todas nuestras pertenencias el cual prevalecía absolutamente sobre el nombre de pila, los apellidos e incluso sobre el apodo o mote de cada uno de los internos.

La historia comienza poco tiempo después de que nuestro padre nos dejara, pasado pero no olvidado el trágico momento allí nos encontramos, en la sala de espera de una estación de autobuses de un aeropuerto, en el andén de cualquier estación, nosotros/as tristes, inquietos y resignados próximos y aferrados a esa pequeña maleta de color marrón donde la madre con cariño ha colocado de forma ordenada nuestras escasas pertenencias, quietos en silencio a nuestro lado la llorosa madre que entre sollozo y sollozo no para de darnos ánimos:

No te preocupes hijo/a es por tu bien, tú padre en vida se preocupó para que el día de mañana no te faltara nada y para que a su vez seas una persona de provecho, es un colegio muy bueno, tendrás muchos amigos/as, te lo vas a pasar muy bien, por Navidad volverás a casa, etc. etc. etc.

Todo sucedió muy rápido ahora ya estamos frente al imponente edificio del colegio delante de su puerta principal, nos recibe la monja ataviada con su hábito

azul y su corneta blanca, sonrisa y primeras palabras de afecto y ánimo, subimos las brillantes escaleras del hall de entrada y pisamos por primera vez la cuidada madera del suelo que cubre la totalidad del pasillo principal y sobre el cual suenan fuertes que no decididas nuestras primeras pisadas o pasos en el colegio.

Se oyen voces al fondo, al girar a la derecha nos encontramos con un grupo de alumnos, los más madrugadores los primeros en llegar al colegio vestido ya con el trapillo y en animada conversación bueno más que animada alborotada conversación.

Comienzan las preguntas de rigor, los primeros escauceos de amistad parece que la tristeza tiene prisa por dejarnos, luego la rutina el dejar la ropa de casa y el solemne acto de asignarte el número en aquella ropería regida por la señorita, mujer de pelo albino, escasa vista y voz cascada de genio insoportable y vestida siempre de riguroso luto, patriota incansable y ferviente enamorada del himno de Zaragoza el cual algún especializado alumno en el arte de la armónica tuvo que repetir una y otra vez para ganarse las gracia o el premio de un caramelo. Según se contaba, hermana de un alto cargo militar que en el ánimo de no soportarla más también la metió interna.

—¡Para tí el nueve!— gritó la Señorita entregándote a su vez el lote de ropa del colegio.

El nueve antes Antonio, todavía algo triste entrega la ropa de casa, ropa que allá por el mes de junio que será cuando finalice el curso se la devolverán para de nuevo volver a vestirse de calle pero con un fuerte olor a alcanfor y algo más estrechas.

El recuerdo se centra principalmente en este caso en

los compañeros, andaluces, castellanos, gallegos, catalanes, vascos, valencianos etc. Una verdadera pero reducida torre de babel, se estilaban los matones, los chupabotes, el deportista, el listo, el menos listo el pillo y el travieso, los recuerdo a todos antes de entrar en clase alineados en el reducido patio del internado sobre un suelo cubierto por una capa de tierra marrón en unos lados y de cemento en otros, colocados en apretadas filas por orden de altura los bajos delante los altos detrás, el brazo extendido y apoyado sobre el hombro del compañero que teníamos delante, eso sí las manos fuera de los bolsillos.

También recuerdo a “Os rapaces do convento” cogidos de la mano en apretada filas de dos, caminando en animadas y disputadas conversaciones por el borde de la carretera que unía Padrón con la Coruña, no había arcenes ni quita miedos o quita vidas, también es verdad que tampoco muchos coches, de esta forma y bajo una pertinaz lluvia se continuaba el largo paseo expuestos a que algún que otro coche que pasara cerca salpicara de agua a la larga fila de internos, bajo el regocijo de estos y el oportuno enfado de la monja de turno lamentándose esta, que si se repite el hecho cosa por otra parte muy probable las estrenadas gabardinas iban a terminar sucias a rabiarse, en cualquier caso tanto riesgo y largo paseo merecía la pena dado que el motivo del mismo en esa lluviosa tarde era llegar hasta Iria Flavia la cuna de Camilo José Cela, una vez llegados a esta escondida aldea gallega lograr un mayor grado de santidad al rezar el santo rosario en su venerada y vetusta iglesia.

Donde además se daba una propina de santidad sobre aquella amarillenta lápida ubicada en el exterior de la iglesia cuyo epitafio amenazador nos exigía una

corta y rápida oración “Detente caminante reza una oración por mí quizás el día de mañana Tú te encuentres aquí”.

Recuerdo a todos “de paseo” visitando los domingos y días de fiesta, diferentes lugares de elevado interés “turístico” el campo la torre donde por el camino se giraba visita, a aquél al enfermo que guardaba cama y que solo podía beber mediante una pajita postrado en su humilde cama y bajo la atenta y compasiva mirada de los internos a los que pesar de su estado todavía tenía ganas de sonreír.

La campa de Santiaguíño do monte en cuya reducida explanada se encontraba un monumento de Santiago al que posiblemente los niños, huérfanos, internos y pínfanos hemos abrazado más que al titular de Santiago de Compostela y con el que nos hicimos generación tras generación la tradicional foto de grupo.

También recuerdo las procesiones vestidos con la ropa de gala marinera azul oscuro o más tarde con camisa blanca, corbata a cuadros con el nudo estándar, jersey verde sobre cuyo pecho lucíamos orgullosos la antes insignia y ahora pin de los cruzados de Cristo Rey, distribuidos en dos largas filas al lado del santo o santa de turno, cantando sin parar y dirigiendo miradas de complicidad a esas niñas del pueblo que con velo sobre sus jóvenes cabezas rezaban y cantaban al unísono con el resto de los devotos asistentes a la procesión, conocidas por la picuda, la morena entre otras y que año tras año eran las supuestas “novias” de los más mayores del colegio.

No olvido la foto del curso, sentados enfrente de una

mesa de estudio, con su santo y los libros sobre la misma que ubicada en un rincón del pasillo del comedor servía de escenario para la tradicional foto de todos los internos.

Los recuerdo en clase, todos callados “pizarrín en mano” y centrados en aquellas reducidas pizarras negras, intentando solucionar el ejercicio o quebrado de quebrado correspondiente, bajo un silencio absoluto en ocasiones casi aterrador, roto de vez en cuando por un grito de la monja o el lamento de un interno castigado, silencio que se rompía en pedazos cuando sonaba la campana con el toque del “angelus” indicando el final de la clase.

Como resultado del esfuerzo realizado las notas y el comportamiento, aparecían el fajín para el primero de la clase y las medallas de orden, aplicación y buena conducta que los agraciados lucían sobre su pecho durante un mes.

Los exámenes en el Instituto de Pontevedra, los monos y loros del parque, las comidas a las orillas del río Lérez preparando la estrategia del examen de religión o gimnasia, repitiendo hasta la saciedad los libros del antiguo testamento, mientras degustábamos los exquisitos bocadillos de tortilla o salchichón.

Recuerdo a todos correteando en el patio durante los recreos, o jugando los disputados partidos de fútbol, las peleas de siempre, jugando a las bolas de las que tenían un valor incalculable las de cristal, las clases de gimnasia en el patio a primera hora de la mañana, las fechas de navidad los villancicos, el belén, los ejercicios espirituales, la novena de la Virgen milagrosa y las medallas de aluminio ovaladas que la

mayoría colgábamos del cuello, la visita de los militares con sus generosos regalos, el coro, las excursiones a la playa, la caza y captura de grillos etc.

No olvido el comedor y las comidas los desayunos adornados con unas galletas que provenían del paquete que nos enviaban desde casa, recuerdo las peripecias para evitar comer aquello que no nos gustaba o las simulaciones para evitar ser insuflados por la dosis de aceite de ricino.

La hora del sueño transcurrían en aquel enorme dormitorio utilizado también para las competiciones de canto de los grillos, las novatadas y la proyección de las películas del gordo y el flaco vista una y mil veces bajo la siempre real amenaza de que saltara la imagen y el follón estaba garantizado.

Momentos que ubicados en aquellos ya lejanos años y circunstancias, en la mayoría de las ocasiones para nosotros los internos, los huérfanos, los pínfanos o los “rapaces do convento” como se nos conocía en el entorno del centro escolar colegio o internado, no tenían nada de anécdota si no todo lo contrario y aún así, no siendo casos o cuestiones de vida o muerte para nosotros los internos en general no dejaban de ser de relevada y vital importancia.

Recuerdos, recuerdos...

Importante era el grupito de monjas la comunidad, nuestras educadoras y benefactoras hermanas de la Caridad de la Orden de San Vicente de Paúl hoy merecedoras propietarias del premio Príncipe de Asturias de la Concordia. Sor Luisa, la del coro y capilla, Sor Concepción, Sor Rosario la enfermera, Sor María, Sor Pilar, Sor María Isabel “la coco” del colegio y por supuesto la Madre Superiora, una verdadera autoridad

dentro del internado, algo así como un pequeño Papa, pero en versión femenina, alrededor de esta se aglutinaba el resto de las Hermanas, todas y cada una de ellas con sus funciones y trabajos muy definidos.

Vestidas con su indumentaria tradicional, tocadas con una especie de gorro que recibe el nombre de corneta formada de tela blanca, rígidamente almidonada extendida como las alas de una paloma blanca y rematada por una especie de tela que les envuelve la cara a modo de antiguo remedio contra el dolor de muelas, esta tela adicional les aprieta la cara y por muy delgadas que sean la presión ejercida sobre el rostro les origina una faz regordeta y congestionada, vestidas con el hábito azul de la orden y de cuya cintura colgaba el rosario rematado por una cruz de madera y el correspondiente silbato para indicar que se acabó el recreo.

De tal guisa y atuendo se paseaban con un aire ceremonioso por el reducido patio o permanecían cual estatua de sal, entre esa pléyade de inquietos y movidos chavales, antes llamados “rabos de lagartija” revoltosos, inquietos, coñazos hoy “niños hiperactivos” y necesitados como no podía ser menos de algún que otro tipo de tratamientos psicológico, antes se calmaban con castigos más o menos duros y hoy con jarabes, terapias, técnicas educativas dirigidas a los padres.

Las auxiliares ¿Quién no recuerda a Maruxa la topa? o a María “Parecéis lagartos saliendo do huracon” o a la cantante Rosalía que desde la ventana que daba al patio nos cantaba aquello de: ¡Canastos! ¿Qué me responde Vd.?, mientras aplastaba sus generosos pechos contra el borde de la ventana.

Todo son recuerdos, todo es nostalgia y pasado, pero afortunadamente también hay presente y a todos/as hoy nos asalta la curiosidad y la duda por conocer ¿Qué fue de ellos y ellas? ¿Cómo les habrá tratado la vida? ¿Dónde estarán? ¿Qué imagen tendrán?, etc.

También surge la incertidumbre, si me pongo en contacto con ellos o ellas me recibirán o los recibiré con el mismo entusiasmo que nos llevó a ser amigos/as y compañeros/as, incluso dudo si se acordarán de mí y yo de ellos o ellas, esta mantenida y permanente duda puede o no continuar en la medida que aproveches la oportunidad que nos ha brindado la Asociación al ofrecernos la puerta del reencuentro.

¡Ahí está!

Que se mantenga abierta o cerrada la oportunidad del reencuentro depende de nosotros.

Es bueno que el recuerdo del pasado nos ayude a retomar y continuar con la amistad en el presente, en esta sociedad donde cada vez se hacen más difíciles valores tan entrañables como la amistad, el compañerismo, la solidaridad y muy especialmente el recuerdo si a través de este se nos abre la posibilidad del casi inesperado reencuentro.

¡Merece la pena intentarlo!

He finalizado algunas gestiones y un poco cansado camino por una de las calles de la ciudad, ha sido un día caluroso y cargado de espeso trabajo, antes de volver a casa decido tomar un refrigerio para lo que me dirijo a un bar cercano en busca del merecido descanso.

Entro en el local, el bar está casi vacío pero dispone de un agradable aire acondicionado, razón por la cual decido sentarme en una mesa próxima a un gran

ventanal desde donde se puede ver el transcurrir de la gente que tan acalorados como yo caminan con paso ligero buscando la reconfortante sombra.

Próximo a la mesa me desprendo del maletín de trabajo que deposito en el asiento vacío que tengo en frente y me dirijo a la barra para solicitar la bebida que alivie mi sed y calme mi cansancio, con el vaso en la mano vuelvo al sitio y me siento sin pensar en nada importante, miro hacia la calle y en ese momento observo el paso de un grupo de niños que en fila de a dos y muy vigilados desde atrás por la profesora cruzan un paso peatones, no paran de correr, hablar y de llamarse unos a otros en voz alta en alguna medida el paso de esta chavalería alegra la calle.

Al verles algo pasó por mi mente, algún recuerdo, la nostalgia del pasado o pudo ser por que la escena se me hacía muy familiar, sin ningún motivo aparente y casi de forma instintiva saqué la cartera donde tenía anotado desde hace algún tiempo el teléfono de un compañero y amigo de colegio que hace la friolera de cuarenta años que no sé nada de él.

De forma decidida recojo el móvil depositado sobre la mesa y marco ávido de noticias el citado teléfono,

¿Qué pasará? ¿Me recordará? ¿Será frío y descorazonador el reencuentro?

¿Serán los mismos sentimientos de amistad, algo oxidados?

A pesar de las dudas, marco el número y...

Un tono, dos tonos, tres tonos... alguien contesta al otro lado.

—¿Dígame?...

No sabía como empezar ni qué decir, me entraron

hasta ganas de colgar pero....

Al final me decido y pregunto: ¿Esta Ramón?

Y desde el otro lado del teléfono me contestan.

—Sí, soy yo Ramón.

—Insisto para obtener evidencias— ¿Ramón, el ciento cuatro?

—Sí, sí, Ramón el ciento cuatro de Padrón, contesta con un tono de cierta curiosidad.

—Pero tú ¿quién eres?— me pregunta un tanto sorprendido y añade no reconozco tú voz

—Soy Antonio, el nueve de Padrón.

—¡Joder que sorpresa Antonio!, a continuación cita mis dos apellidos y yo le respondo con los dos suyos.

—¿Qué es de tú vida, pínfano?

—Bien, muy bien le respondo.

—Y ¿cómo te ha tratado a ti?, le pregunto, bien gracias a Dios me responde, continuamos la conversación entre citas, risas y recuerdos y quedamos emplazados para vernos, lo que en un principio parecía casi imposible, lo que desde aquella ventana a modo de recuerdo estaba contemplando se cierra provisionalmente y por el contrario se abre la puerta del presente la del reencuentro presencial.

¡Mereció la pena!

Desde hoy en nuestro fuero interno algo ha cambiado, aunque de forma frágil hemos recuperado parte de nuestro pasado o lo que es lo mismo una parte de nosotros que se ha mantenido dormida durante muchos años y una simple llamada ha sido suficiente.

A todos/as gracias por la generosidad de hacer posible el reencuentro especialmente a la Asociación y

particularmente a los pínfanos/as que creyendo en la recuperación del pasado y en la realidad del presente y futuro todavía por disfrutar nos habéis ofrecido la importante posibilidad del siempre soñado reencuentro.

¡Gracias!

EL MAR

Autor: Lucas Remírez Eguía

CAPÍTULO I

La primavera estaba a punto de terminar y los días, además de irse haciendo más largos, comenzaban a ser calurosos. Era sábado y tenía toda la mañana para él solo. Su mujer y su hija, se iban de compras y el hijo tenía partido de baloncesto. No jugaba mal el chaval, claro que, pensaba Mundi, con los medios que tenían ahora, así cualquiera. Polideportivos cubiertos, balones de caucho, botas con mil sistemas de amortiguación del salto, tableros de fibra, aros que permitían machacar sin dejarte las muñecas porque cedían, masajistas, fisioterapeutas... Le hubiera gustado verle jugar en las condiciones que jugaban los divinos que conoció en su paso por los colegios. Campos de tierra, donde era casi imposible que el balón botara de forma controlada, tableros de madera que, poco a poco, se iban cuarteando, aros inclinados o temblones de puro hierro y sin redes la mayoría de las veces, duchas con agua fría, balones que, al principio, eran de cuero aunque luego ya llegaron los otros... En fin, que cada vez les daba más mérito a sus compañeros de aquellos años, que se pegaban las grandes sudadas, embutidos en sus trapillos, si querían aprovechar la hora del recreo para jugar unas canastas .

Decidió ir a darse un paseo por las afueras. Lo bueno de la ciudad en la que vivía es que, salieras por donde salieras, los munícipes lo habían organizado de tal manera que siempre encontrabas unas zonas verdes entre árboles y césped ;habían echado el resto, sobre todo, en la parte que más le gustaba a Mundi, la zona próxima al gran río. Las riberas habían sido rehabilitadas y un manto de verde césped, cortado por caminos perfectamente acondicionados, permitía darse unos largos paseos disfrutando del contacto con la naturaleza.

A Mundi, le gustaba más la ribera que quedaba al otro lado de la ciudad, porque, la ciudad, se apoyaba, por el norte, sobre el río, pero era remisa a traspasarlo y sólo, algunas instalaciones deportivas, unas bodegas de renombre, un grupo pequeño de casas, el cementerio y un polígono industrial, estaban al otro lado. Bien es verdad que, a escasamente un kilómetro del río, llegaban los límites de otras dos provincias. Pero esa no era la razón, daba igual, algo hacía que sus convecinos hubieran vivido durante muchos años de espaldas al río y sólo en verano, cuando antes se podía bañar en él o cuando había alguna crecida, se acordaban de que existía.

En el buen tiempo, se animaban un poco más ya que, con el estiaje, se formaba una pequeña playa de canto rodado, que el ayuntamiento completaba con arena .Un embarcadero donde alquilaban barcas de dos remos, un par de merenderos y una gran chopera con mesas y bancos para poder comer, completaban la oferta. Pero, sobre todo, los habitantes de su ciudad, recordaban la existencia del río cuando tenían que atravesarlo para enterrar a un ser querido. A lo mejor, esa era la razón por la que, hasta hacía poco, el otro

lado del río fuera un lugar que estaba allí y nada más.

Después, vino el desarrollo, el río comenzó a contaminarse y pocos eran los que se bañaban en él; el acondicionamiento de las riberas y sobre todo, la construcción de una gran instalación deportiva con piscinas de invierno y de verano, es lo que hizo que la gente se fuera animando a pasar el río. La verdad es que no sería por falta de medios, ya que cuatro puentes y una pasarela peatonal ponían en contacto las dos orillas.

—Buenos días D. Segismundo, ¿lo de siempre?

—Sí, Antón, buenos días. Menudo tiempo tan estu-
pendo que hace.

Antón, el quiosquero, llevaba vendiéndole los periódicos desde que montó su chiringuito. Sabía que los sábados y los domingos, Mundi, se llevaba dos periódicos, uno local y otro de ámbito nacional. El resto de los días de la semana, con el local era suficiente. Su mujer se encargaba de las revistas del corazón.

—Y que lo diga.— respondió el quiosquero, mientras le alcanzaba los periódicos de entre los que tenía apartados para la clientela fija —A este paso, en verano, nos achicharraremos.

Mundi pagó y antes de que Antón empezara a hacerse conjeturas sobre cómo quedaría el Madrid ese sábado, hizo mutis por el foro, aprovechando que llegaba otro cliente.

Caminó despacio y poco a poco, se fue alejando del bullicio de una ciudad en sábado por la mañana. Por unas callejuelas del casco histórico, fue llegando a la zona donde se encontraba unos de los puentes. Pasó junto al antiguo Hospital Provincial y al llegar a sus

traseras no pudo menos de acordarse cuando, de pequeño, en verano, con la cuadrilla del barrio, se acercaban a esa zona para, a través de una verja que circundaba el hospital, tratar de ver algo en el “cuarto de las patatas”. Ese “cuarto” que llamaban ellos, era una sala pequeña de autopsias, en semisótano, destartalada y vieja, donde el forense de turno cumplía con su obligación. Como la sala carecía de ventilación adecuada, había veces, sobre todo en verano, que el galeno abría la puerta para que entrara el aire y al estar tan cerca de la verja, ellos, los mirones, podían adivinar algo de lo que allí se hacía, aunque ver, lo que se dice ver, poco veían.

El puente no estaba muy transitado. Le llamaban el de “piedra” porque estaba hecho de ese material y era de siete ojos. Data de mil ochocientos y pico. A ambos lados disponía de unas estrechas aceras para peatones y por el centro, discurría la calzada de dos direcciones para vehículos. Era el más antiguo de todos, posteriormente se hizo otro, el de “hierro”, todo de estructura metálica, de cuatro ojos. Así estuvo la ciudad, con esos dos puentes, durante muchísimos años, hasta que la modernidad trajo dos puentes más de hormigón, de un sólo ojo y la pasarela peatonal.

Algunas personas en chándal, lo atravesaban caminando con paso rápido haciendo un ejercicio que, reconocía Mundi, era conveniente, pero, él, no tenía fuerza de voluntad para ponerse a la tarea. El río bajaba con bastante caudal ya que se estaban produciendo los deshielos. El tráfico de vehículos por el puente no era muy grande, “domingueros”, pensaba Mundi, que se van a pasar el día fuera. Dos mujeres, “una madre y una hija”, se imaginó, le adelantaron. La

madre llevaba un ramo de flores. “Al cementerio, seguro, van al cementerio”, dijo para sus adentros.

A la mitad del puente se detuvo y se apoyó en la barandilla. Aguas abajo, el río circunscribía a un islote lleno de vegetación, donde el Ayuntamiento había instalado unos altos postes, en cuyo final, había unos incipientes nidos para que las cigüeñas se animaran a anidar, descargando, de esa forma, a los tejados y campanarios de las iglesias cercanas, del peso de los imponentes nidos que éstas fabrican. La cosa no había ido mal, ya que varias familias de zancudas, anidaban en ellos.

Al final del puente, todavía se conservaba la caseta que antaño había sido el fielato, hoy, trasformada en lugar de contacto e información a los peregrinos que hacían el Camino, porque, la ciudad, era un punto importante del Camino de Santiago. La rebasó, giró a la derecha y se encontró con unas escalinatas por las que bajó al paseo de la ribera. Caminó despacio, mientras escuchaba el crotono de las cigüeñas. Pasó junto a uno de los bancos y decidió sentarse en él. Estaría a unos diez metros del río, a la sombra de unos chopos.

La panorámica no era mala, ni mucho menos. Al fondo, la parte antigua de la ciudad se reflejaba en el río. Tres torres de iglesias, se perfilaban por encima de los tejados, cada cual de un estilo diferente. A la derecha, el puente que acababa de atravesar y limitaba la panorámica por ese lado, hacía un duplicado inverso sobre el espejo de las aguas, dando la sensación de que sus ojos eran grandes círculos. Se oía perfectamente el sonido del agua cuando rompía contra los pilares del puente.

Mundi se encontró a gusto. Abrió el periódico. ¿Por qué empezaba siempre los periódicos por la contraportada? Un sonido rítmico le llamó la atención y levantó la vista. Por el centro del río y a contracorriente, una canoa con dos remeros remontaba el río. El ruido lo producían los remos al penetrar en el agua de forma sincronizada. ¡Plasch!, iplasch!, iplasch!...

¡Plasch!, iplasch!, iplasch!...

—¡Agárrate, Beni!

—¡Joer! ¿qué te crees que estoy haciendo?— dijo su amigo con un hilo de voz, para que los otros no le tacharan de cobarde.

Ese verano habían decidido que irían los dos al castillo de Santa Cruz.

CAPÍTULO II

El viaje había sido largo, muy largo, pero como iban todos juntos desde Madrid no se lo pasaron mal. Cantaron mil y una canciones. Cuando llegaban a las estaciones donde el tren paraba, dando la sensación de que se iban a quedar allí para siempre, se asomaban a las ventanillas y eran el foco de atención de los que se encontraban en los andenes, sobre todo, del personal femenino de su edad. Los inspectores que viajaban con ellos se encargaban de mantener el orden, aunque a duras penas. A muchos de ellos, la mayoría, una idea les iba ocupando sus pensamientos: pronto verían el mar por primera vez. Esto les creaba un hormigueo que les recorría el cuerpo, más intenso, conforme menos tiempo quedaba para llegar.

Al final llegaron y cuando lo hicieron, ya era de noche. Unos camiones ¿o fueron autobuses? de Capitania les llevaron hasta Santa Cruz. La noche estaba oscura y una especie de neblina no les permitía ver más allá de unos metros del muelle y lo que se veía era una masa de agua grisácea, que se movía de forma amenazadora ya que, la marea, estaba alta y las olas batían fuerte.

Mundi y Beni se quedaron quietos tratando de asimilar un entorno desconocido para ellos: el castillo perfilándose al frente, rodeado por el agua, el ir y venir de las olas con su sonido monocorde y sobre todo, el olor a salitre. Al fondo, a un costado, como referencia, las luces de La Coruña.

—Que poco somos Beni— dijo Mundi.

—Y que lo digas— contestó el otro.

—No sé si me atreveré a meterme ahí.

—Yo tampoco, esto no es la piscina del colegio.

Alguien les interrumpió:

—¡A la barca!— dijo.

La barca estaba allí, grande, de ocho remos, con capacidad para 15 o 20, esperándoles para pasarlos al castillo y la frase provenía del barquero, un tipo agradable y corpulento, que dominaba el timón de una manera que a Mundi le maravilló.

La barca era el medio de comunicación entre el castillo y la orilla cuando subía la marea.

A Mundi le dio al principio cierto reparo ya que era la primera vez que se subía a una barca y además en el mar. Ocho de los mayores, veteranos en esas lides, se hicieron cargo de los remos. El barquero organizaba el embarque. Al irse cargando la barca, el mar daba la

sensación de que se quería meter dentro y Mundi no pudo menos que agarrarse fuerte a la tabla que hacia de banco. Beni, era otra cosa, su miedo tenía como expresión la palidez de su cara y los nudillos de las manos blancos de tanto agarrarse. No decía nada, con la mirada fija en el castillo, daba la sensación como si quisiera, con la fuerza de la mente, acercarlo lo suficiente, como para que el viaje fuera lo más corto posible.

Aquello empezó a moverse y la quilla de la barca rompía la masa de agua con un chapoteo que golpeaba el casco y de paso, les lanzaba algunas gotas de espuma con sabor a sal.

Plasch, plasch..., el barquero, al timón, daba instrucciones. Los remos entraban en el agua con un ritmo pausado, pero regular. Parecía como si la parte sumergida del remo se doblara dentro del agua. Beni, seguía mirando fijamente al castillo y le daba la sensación de que aquello no avanzaba nada. Mundi, se conformaba con mirar el agua viendo que llegaba hasta un palmo o palmo y medio de la parte superior del casco. Conforme iban llegando al castillo, el sonido del mar se iba haciendo más fuerte a causa del romper de las olas contra las rocas del islote. Eran escasos trescientos metros, pero les dio la sensación de que era toda una travesía.

Por fin llegaron y a través de las escaleras del pequeño muelle subieron a tierra firme. A Mundi de esa noche se le quedaron grabadas unas cuantas cosas: El ruido de las olas, hasta entonces para él desconocido, la humedad de las sábanas cuando se metió en la cama, ya que al haber estado cerrado durante todo el año, falta de ventilación, el propio edificio, había absorbido toda la del ambiente y sobre todo, la sensación de

impotencia ante la presencia de la fuerza de la naturaleza, que le hizo estarse toda la noche en una casi continua vigilia, incapaz de descabezar un sueño, tratando de adivinar el momento en que las olas daban el golpe a las rocas. Sólo allá, en los albores del nuevo día, se quedó transpuesto y cuando se despertó sintió que algo le faltaba y echaba de menos. El ruido amenazador de las olas había desaparecido y a través de las ventanas enrejadas, pudo ver un mar verdoso y tranquilo pero, sobre todo, un mar inmenso.

Los acontecimientos se sucedían de forma precipitada. No les dio tiempo a recuperarse de la impresión del viaje y al día siguiente, ya estaban metidos en otra aventura que les hacía tragar con dificultad la poca saliva que generaban: el baño.

En realidad la razón de ser de esas colonias de verano, que se organizaban en el castillo, era eso precisamente, que la pinfanada pudiera pasar un verano feliz, disfrutando de cosas que, de otra manera, les serían inalcanzables, entre otras, conocer el mar, para muchos, la mayoría, totalmente desconocido. Por eso, la vida, durante el tiempo que estaban allí, giraba en torno al baño. Hiciera nublado o sol, el baño no se perdonaba y eso que imira que estaba fría el agua!

La cosa estaba bien organizada, los mayores se ponían en círculo en el agua y los que no sabían nadar “se lanzaban” al líquido elemento y entre el sentido de supervivencia, un poco de ayuda y unos cuantos lavados de estómago con los tragos de agua salada, terminaban saliendo a flote; luego era cuestión de imitar el estilo de los perros al nadar y después, el perfeccionar el mismo, era cosa de trabajo personal.

La cosa vista así parecía un poco complicada pero

asumible, no así para Beni. Durante los dos o tres primeros días practicó el escaqueo, arte aprendido a lo largo de sus muchos años de pinfanato a pesar de su edad. Mundi se lo explicó, le dijo que él tranquilo, que en el mar, según decía su antiguo compañero Jorge, que de eso sabía mucho, se flotaba muy bien por lo de la sal y que a malas, a malas, siempre estaban los mayores para echarle una mano.

Beni escuchaba con atención lo que le decía Mundi, incluso asentía con la cabeza, pero, al día siguiente, con su traje de baño puesto, seguía escaqueándose. Hasta que le pillaron, en la zona de los cañaverales, un par de veteranos y ahí se terminó su escapatoria.

Lo llevaron donde estaba el círculo hecho y a pesar de que él estaba recitando de memoria la historia que se había preparado, de un dolor de tripas imaginario, no le dieron tiempo a terminarla y alguien le dijo: ¡al agua!

CAPÍTULO III

Ni por favor ni nada, sencillamente le empujó desde las escalinatas del muelle. A Beni no le dio tiempo ni de taparse la nariz, cayó como un fardo con los ojos cerrados y al entrar al agua una sensación de frío horroroso le invadió todo el cuerpo. Sin hacer nada, salió a la superficie y cuando, en una fracción de segundo, empezaba a pensar que aquello era jauja y que Jorge tenía razón en lo del flotar, se hundió. Empezó a patalear, no veía nada, el agua le picaba en los ojos y el poco aire que llevaba en los pulmones, se le terminaba, braceó con fuerza y consiguió volver salir a la superficie, pero como le faltaba aire, abrió la

boca y ahí es donde pegó su primer trago de agua marina, que le hizo toser y de paso, volver a sumergirse. Unas manos tiraron de él para arriba, un arriba relativo, pues apenas cubría un par de metros, pero a él le pareció que había estado en una sima interminable. La secuencia había durado unos segundos pero tuvo la sensación de que había sido mucho, mucho tiempo. Cuando en la orilla recuperó el aliento y recompuso la figura, junto a él estaba su amigo Mundi que había presenciado la escena.

—Ya has pasado lo peor. Verás como, poco apoco, vas dominando la cosa. Trata de empezar desde la orilla apoyándote las manos en el fondo y verás como el cuerpo flota, cuando las manos ya no lleguen al fondo, haz con los brazos como hacen los perros cuando nadan y sin darte cuenta irás manteniéndote a flote.

Así es como había aprendido a nadar Mundi, pero en río.

Beni, mientras se sonaba la nariz con los dedos tratando de sacarse la sal que creía tener dentro, le dijo:

—Cuando yo estaba en el agua, ¿has notado que el mar bajaba de nivel? Te lo digo, porque creo que me he bebido medio océano.

Beni progresaba con lentitud y cuando vio que se mantenía a flote, fue cogiendo más confianza, lo que supuso que alguna vez bajara la guardia, cosa que traía consigo el correspondiente trago de agua. Decidió que lo suyo era la braza y así él y Mundi, empezaron a dominar la técnica, hasta el punto de que, los días que subía la marea, llegaban perfectamente desde el Castillo hasta la playa nadando.

Plasch, plasch...,

Mundi miró al río y vio que los remeros volvían a pasar, esta vez en dirección contraria, lo que suponía menos esfuerzo por ir a favor de corriente.

Tres mozalbetes, provistos de una pequeña caña de pescar y un cubo, pasaron delante suyo y unos cuantos metros más allí, se acercaron a la orilla. El del cubo sacó cebo, ¿lombrices?, que colocó en el anzuelo, el de la caña lanzó el sedal con el anzuelo al agua y los tres se sentaron tranquilamente esperando que algo picase.

—¡Mete la mano!— dijo Mundi.

—¡Una leche!—le contestó Beni— Lo mismo te crees que quiero quedarme sin brazo.

Otro de los entretenimientos del tiempo que pasaban en el castillo era la pesca, pulpos, navajas, percebes, almejas, peces, de todo había en las inmediaciones del castillo, sobre todo, cuando bajaba la marea. Ellos estaban tratando de coger un pulpo que estaba en una oquedad de las rocas. Le habían visto al barquero que metía el brazo en los agujeros rocosos y cuando el pulpo se enganchaba al brazo tiraba de él. Claro que eso lo hacía el barquero que tenía el brazo como un poste de telégrafos, pero lo de ellos era otra cosa. Decidieron fabricarse un artilugio a guisa de garfio. Uno, metía primero un palo y cuando el pulpo enroscaba el palo, el otro, con el garfio, enganchaba al pulpo y así lo sacaban.

La pesca era otra historia. En una de las zonas del islote del castillo había un cañaveral, cuando quedaban pocos días para terminar las vacaciones, los aficionados a la pesca cortaban unas cuantas cañas que se quedaban allí durante todo el año hasta el siguiente verano. Ellos o los que fueran en su lugar, siempre tenían una cañas secas dispuestas para ser

empleadas.

El cebo se conseguía en el pueblo y más en concreto, en la fábrica de conservas que, por un par de pesetas, les daban sardinas de deshecho con las que cebaban la zona donde pescaban.

Entre una cosa y otra conseguían, más de una tarde, pegarse una buena merendola, de lo más variada, contando con la complicidad de los que llevaban la cocina a cambio de participar en el festín.

Así transcurrían los días, disfrutando como locos con un montón de experiencias nuevas y para ellos impensables. Por las tardes salían al pueblo y de paso, aprovechaban entre otras cosas para arramplar una cuantas manzanas de los huertos cercanos, sobre todo, de uno que había en la carretera que iba hacia Meirás. Esto hacía que en más de una ocasión tuvieran que salir corriendo con algún perro detrás.

La relación con los vecinos del pueblo no era mala, todo lo contrario, pero quieras o no alguna vez surgía un chispazo que la rompía. Una de las veces fueron ellos, precisamente ellos, el detonante.

Una tarde, recordaba Mundi, como Beni y él estaban merodeando por la entrada del baile del pueblo, un salón que en invierno se usaba como cine; un grupo de chicos del pueblo se dirigían hacia el local acompañados por dos o tres chicas. Una de ellas, al pasar junto a la pareja le lanzó una mirada a Beni que éste interpretó como un: Eres el chico de mi vida.

Así que Beni, ni corto ni perezoso, se fue hacia el grupo y sin más preámbulos, dirigiéndose a ella, le dijo: “Hola, me llamo Beni, ¿vienes conmigo a dar una vuelta?”. Uno de los del grupo, el que parecía el líder, le miró de arriba abajo y le espetó: “Y a ti, ¿quién te ha

dado vela en este entierro?”.

Beni seguía mirando a la chica y sin mirarle al otro le dijo: ”Tu padre, que las está vendiendo en aquella esquina”.

La contestación les debió hacer mucha gracia a las niñas del grupo porque rompieron a reír, lo que enfureció al aludido que, con voz ronca, le dijo a Beni ”te voy a apretar una que...”, ahí no estaba muy seguro Mundi, si lo que el otro le dijo a Beni fue ”Te van a sonar los mocos a calderilla” o ”Vas a batir palmas con las orejas”. Fuera lo que fuese, Mundi decidió que era el momento de intervenir. En situaciones como éstas, era Nico quien se encargaba de sacarle las castañas del fuego a Beni, pero Nico no estaba y Mundi entendió que debía asumir tal responsabilidad. Así que, con aspecto resolutivo, se fue hacia el líder y le dijo: ”¿A ti que te pasa, chaval?”.

El otro miró a Mundi como valorando la nueva amenaza y al parecer, la comparación le salió favorable, así que le contestó: ”Me pasa, que en vez de apretarle el quantazo a él, te lo voy a dar a ti, chulito de mierda”.

Mundi parecía como si estuviera esperando esa contestación porque, al momento, le dijo ”¿Con qué mano, chaval?”. Arrastrando las palabras en plan chulo, pero chulo, chulo.

Esperaba que el otro le contestara con esta o esta otra, para, ipso facto, contestarle con la misma chulería: ”¿Y si te la ato?”.

Pero, el otro, no estaba por dar pistas y lanzó la primera que cogió a Mundi totalmente desprevenido. No recordaba muy bien si le había venido por la derecha o era la derecha del otro, lo importante es, que el oído empezó a zumbarle con un pitido sordo. La siguiente,

la segunda, le llegó en décimas de segundo y empezó el pitido en el otro oído.

Los pínfanos, en situaciones críticas, se ayudan hasta las últimas consecuencias, y ésta era una de ellas, así que cuando Mundi y Beni, se lanzaron a por los otros, no lo hicieron solos, ya que tres o cuatro colegas que pasaban por allí, se metieron en la trifulca como un sólo hombre. La cosa hubiera terminado en batalla campal de no ser por un par de hombres del pueblo y un inspector, que lograron separarlos. Y ahí es cuando se produjo el momento de gloria para Mundi porque, cuando le sujetaba uno de los hombres, dirigiéndose al que le había calentado las orejas le dijo: ¡De buena te has librado, chaval, de buena te has librado!”.

Cuando todo hubo pasado, Beni le dijo a Mundi: "Gracias".

Esa palabra, en boca de su amigo, le compensó el trance vivido.

CAPÍTULO IV

Un día, al atardecer, estaban sentados los dos en la playa, hombro con hombro, comiéndose a medias una manzana mientras miraban al horizonte, donde, un pedazo de sol anaranjado, se resistía a desaparecer. Los bañistas, ya se habían ido. Allí estaba el mar que tanto influjo ejercía sobre ellos, tranquilo, con unas suaves olas que llegaban hasta la orilla para retirarse después; al poco, otras las relevaban. Era el mar de los mil colores: blanco, de la espuma al romper las olas en la orilla, azul y verde turquesa, de la proximidad, azulón, del reflejo de los bancos de algas, azul marino,

de la lejanía, gris oscuro, de las tempestades, anaranjado de los crepúsculos... El mar de los descubridores, de la emigración, el mar de su amigo Jorge cuando veraneaba en Canarias y Mundi sin conocer otro, decidió que ése era su mar .

Un inmenso carguero acababa de salir del puerto de la Coruña y se adentraba en ese mar interminable. Estaban los dos juntos, pero cada cual con sus pensamientos, ensimismados ante el panorama que tenían delante . De pronto Beni rompió el silencio.

—Aquí le llaman “la mar”— susurró.

—Si, es un nombre muy bonito, me gusta más que el mar, lo envuelve en una especie de misterio— le contestó Mundi mientras le pasaba la manzana.

—Si estuviera aquí Nico—dijo—diría algo así como: ”Menudo sorbo” .

—Si,—contestó Mundi— tenía muy buenos dichos.

—No me lo quito de la cabeza, me ayudó mucho. Era un tío fenomenal, noble como él solo, aunque tenía apariencia de bestiajo. Para mí fue mi hermano mayor, ¿qué será de él?— preguntó Beni.

—No lo sé, pero aquí hubiera sido feliz.

—A Jorge, esto no le hubiera impresionado, estaba acostumbrado al mar cuando iba los veranos a Canarias con sus abuelos, aunque también se lo hubiera pasado en grande.

—Sí, además, se bañaba en este mismo mar. Para estas fechas ya habría tratado de ligarse a todas las chicas del pueblo— dijo Mundi como con envidia.

Volvieron a guardar silencio. Beni tenía la vista fija en el barco que se veía a lo lejos. De pronto sin mirar a Mundi, con la mirada en el infinito, le dijo:

—Tengo catorce años, llevo nueve de colegio en colegio embutido en este trapillo, no tengo a nadie, sólo a vosotros, es como si me hubiera criado en unas inmensas jaulas, y todavía lo que me queda. Necesito libertad, poder ir donde quiera sin que nadie me lo prohíba. Te digo una cosa, Mundi, en el momento que pueda disponer de mi vida, me iré lejos, muy lejos, como ese barco, a alguno de esos sitios que estudiamos en Geografía y que nos parecen el fin del mundo, libre de ataduras.

Cuando giró un poco la cara, tenía los ojos empañados. Mundi le echó la mano por el hombro y lo apretó fuerte contra él.

Los días pasaban rápido en el castillo y los disfrutaban al máximo, apurando cada instante. Una mañana Beni tuvo una idea.

—Esta tarde después de comer nos escapamos y nos vamos por ahí.—dijo con voz de confidente.

—Tú estás loco, chaval—le contestó Mundi—la marea está alta y no se puede salir, si no es con la barca.

—En Madrid, oí a unos del Alto que, cuando ellos eran como nosotros y venían al castillo, se escapaban nadando— replicó Beni con el mismo tono de confidente.

—¿Y qué hacían con la ropa, listo?

Beni parecía que estuviera esperando la pregunta, miró a su amigo y con una media sonrisa le dijo...

Allí estaban los dos en la rampa, eran las tres de la tarde, acababan de comer y se disponían a iniciar su aventura. En pelotitas, lo que se dice en pelota picada, la ropa incluidas las zapatillas, hecha un fardo en la cabeza sujeto con el cinturón que, a guisa de barbuquejo, pasaba por debajo del mentón. Despacio,

se metieron al agua y a su trantran, con el estilo de braza más depurado, iniciaron el trayecto. La cabeza erguida, aunque no podían evitar que algo de agua les salpicase la vestimenta.

La gente es libre de disponer de su vida y ocio y es con lo que no habían contado los aventureros. Esa playa, normalmente, era poco frecuentada pero ese día, justo ese día, en su lugar de arribada, unas rocas en uno de los costados, había gente que prefería esas horas para estar en la playa, entre otros, un pequeño grupo de chicas de algún pueblo cercano.

Cuando los vieron que llegaban, empezaron a dar voces y más aún, cuando empezaron a salir pertrechados de esa guisa. Esa escena, Mundi la recordó, años más tarde, cuando vio salir del agua a Úrsula Andrews en la primera película del Agente 007. Claro que, aquí, la cosa cambiaba, eran dos y encima como vinieron al mundo. La tal Úrsula, aunque poco, algo llevaba encima.

Los dos nadadores se miraron uno al otro con las dos manos tapándose sus partes pudendas y el fardo en la cabeza. Sin decirse nada, dieron media vuelta y lo mismo que habían venido, se fueron. La pega fue que, al llegar a su lugar de destino, les estaba esperando al pie de la escalinata uno de los inspectores, a modo de comité de recepción, lo que les supuso una semana sin baño y sin salir del castillo. Ahí, es donde se hicieron aficionados a la pesca.

Los jóvenes pescadores, dieron por terminada su jornada, recogieron sus bártulos y volvieron a pasar por delante de Mundi. Uno de ellos le miro e hizo un gesto como diciendo: "Hoy se dio mal".

Él echó una ojeada a su reloj y vio que se le había pasado el tiempo volando, se levantó y caminó por el paseo de la ribera con idea volver a pasar el río, esta vez, por la pasarela peatonal.

El tiempo transcurría muy deprisa en el castillo porque se lo pasaban de maravilla y les quedaban pocos días para que terminaran su estancia en esa tierra maravillosa de: acantilados, praderas, meigas, santa compañía, orujos, queimadas, percebeiros, pulpeiros, mariscadoras, pescadores, emigrantes, morriñas, caciques, alvariños, ribeiros, lacón, empanadas, hórreos, muiñeiras, gaiteros, cruceiros, marisco, callos, Apóstol, peregrinos, Rosalías, Emilias, Castelaos, Valles, Camilos, rapas, naufragios, lutos, carretas... Una tierra que en el verano, en ese lugar, en Santa Cruz de Lians, acogía a un montón de huérfanos que, durante esos días de convivencia, eran felices viviendo experiencias diferentes a las habituales, gozando de un entorno que quedaría grabado para siempre en sus mentes y que recordarían con cariño, durante el resto de su existencia.

¡Esta tarde nos llevan a La Coruña!

Todos los años pasaba, en la Hípica Militar se celebraba un concurso de categoría nacional. Allí llevaban a los pínfanos a pasar la tarde. Eso sí, vestidos de uniforme con gorra de plato con el forro blanco, incluida.

Iban en grupos y desde las inmediaciones del complejo se veía el mar como telón de fondo. Un inmenso trasatlántico, que acababa de zarpar, enfilaba la salida de la dársena en dirección al horizonte, lanzando un gran penacho de humo por sus chimeneas. Se distin-

guía a bastantes pasajeros en las cubiertas, que, todavía, hacían signos de despedida con las manos. Entonces Beni, que iba en un grupo delante de Mundi, volvió la cabeza hacia él y apuntando al barco con una mano y con una mirada limpia y resuelta, le gritó: ¡En uno como ése, Mundi, en uno como ése!

Y Mundi supo que su amigo lo haría.

Mundi, atravesó la pasarela peatonal camino de casa.

También había encontrado una pasarela nueva cuando, muchos años después, fue con su familia a Santa Cruz, para que conocieran el lugar donde había sido feliz aquel verano. Lo que era entonces un pequeño pueblo de pescadores, se había convertido en una zona residencial, con bloques de adosados y urbanizaciones rodeadas de jardines. El encanto de la barca de remos para acceder al castillo había desaparecido ya que la pasarela lo unía a tierra firme, con lo que la subida de la marea era una anécdota. El castillo ya no era propiedad del Patronato y se había convertido en un centro de muestra de fauna y flora de la zona. Servía también de lugar de exposiciones y de aulas de cultura para niños del pueblo y alrededores.

Mundi y su familia atravesaron la pasarela precedidos de un grupo de turistas. Cuando subió por las escaleras de acceso al interior y llegó a la zona ajardinada, comprendida entre el edificio central y las murallas, le pareció que una inmensa sicofonía lo llenaba todo. Ciento y una voces, de 40 años atrás, le hicieron revivir aquellos momentos. ¿Quién viene al pueblo?, ¡En la barca caben dos más!, ¿Alguien ha cogido mi caña?, ¡Mira lo que he pescado!, ¡Cambio tres pavas por una manzana!...

Entraron en el edificio, una guapa recepcionista les

dio un programa sobre la exposición de un fotógrafo, que versaba sobre paisajes gallegos y que ocupaba la planta baja. Todo había cambiado y en nada se parecía a lo que él vivió. Restaurado, el castillo estaba muy bonito pero no era lo que fue. El piso superior no pudieron verlo ya que, las aulas y el salón de actos, en que se habían convertido los dormitorios, estaban ocupados por unos niños cuyos cánticos se oían desde abajo.

Dieron una vuelta por la zona ajardinada y desde la muralla, vio Mundi el lugar donde acostumbraban a pescar y no pudo menos que revivir desde dónde se metieron y a dónde llegaron, en su escapada nudista.

Terminada la visita, retomaron la pasarela y desde ella Mundi hizo las últimas fotografías. Cuando reanudó la marcha, su subconsciente le gastó una mala pasada y creyó oír la voz amiga e inconfundible de Beni que, desde la parte almenada de la muralla, le gritaba: "¡Eh, Mundi, espérame, que voy contigo!

Volvió la cabeza, pero allí no estaba Beni con su sempiterno trapillo, no había nadie, sólo el castillo, su mar y sus recuerdos.

A los de tierra adentro

Agosto del 2005

EL 77

Autor: Francisco Antonio Álvarez López

*Segundo Premio Relatos II Día del Píñano.
Castillo de Santa Cruz 7 de Mayo de 2005*

Fue a mediados del siglo pasado, exactamente en 1956, cuando mi madre me llevó desde mi pueblo, Villoria de Órbigo —León— al colegio de Padrón.

Tenía entonces 6 años y por ser tan pequeño de edad y más aún de tamaño, enseguida me pusieron el apodo cariñoso de Cuchifritín. Más tarde me quedé solo con Cuchi, el 77, porque al igual que en mi pueblo, en Padrón todos teníamos un apodo, pero además un número que muchos recordamos todavía.

Gabriel Martínez Lavilla, el 18, seis años mayor que yo, fue quien primero se ocupó de mí.

Aquel día en que mi madre me dejaba en el colegio llorando sobre un banco de madera que había al lado de la capilla, Gabi se acercó para consolarme. Previamente se había informado de parte de mi vida preguntándole a mi madre y muy resuelto me dijo: “Deja de llorar, Toñín, que soy tu hermano Manolo y estoy aquí junto a ti”. Con una impresionante cara de asombro le miro de reojo y pienso: “pues no te parece en nada”; pero como en caso de necesidad te agarras a un clavo ardiendo, yo me agarré a Gabriel, quien desde entonces y hasta hoy es como mi hermano mayor.

El año en que Gabi dejó Padrón le encomendó mi

custodia a Manolito Delgado Almellones, el 58, el más fuerte de mi clase. Creo que Manolito se encontraba orgulloso con su “cargo” pues de vez en cuando decía: “ojo con tocar a Cuchi, que me ha dicho Gabriel que lo cuide”.

Y así fue como transcurrieron mis años en Padrón, con la tranquilidad de pensar que nadie se metería conmigo a pesar del miedo que siempre tuve a Juan Moruno, el 121. Pero en honor a la verdad debo decir que nunca me molestó.

A los doce años, según me recordaba Antonio Povedano, el 73, rompí la rótula saltando el potro en clase de gimnasia. Aquello hizo que tuviera que pasar todo el verano en el colegio con las monjas, porque tenía que ir al hospital militar de Santiago cada poco.

Fue un verano inolvidable en todos los sentidos porque yo era el único alumno y por tanto el centro de atención de los mayores. Alicia me cogía de vez en cuando y acurrucándome en su regazo yo me encontraba en la gloria sintiendo sus pechos y sus besos en mi cara. Las monjas me mimaban todas y Sor Carmen me regaló un precioso peón con su cordelilla que aún conservo todavía. Mi madre fue a visitarme y me llevó la escopeta de balines con la cual me entretenía por la huerta del colegio. También Gabi fue con su novia Merche, su actual esposa. En definitiva un verano extraordinario.

No todo fue vida y dulzura en Padrón, ciertamente, pero afortunadamente lo bueno superó a lo malo y en muy poco tiempo aquellas primeras lágrimas se convirtieron en risas; risas que en una ocasión, por cierto, me costaron pasar la noche encerrado en un calabozo de la estación de tren de Valladolid de lo cual tengo

por testigo a Isidro Abajo Alonso, el hermano de Andrés.

Cuando en el CHOE nos castigaban en el aula sin salir al recreo, mis compañeros decían: “venga Cuchi, sal a contarnos historias”. Y yo subía a la tarima fabulando mis aventuras que todos creían pura invención sin sospechar que casi todo era cierto, como la noche encerrado en Valladolid, simplemente por reírme. Por cierto que hoy revelaré el secreto de mi risa permanente.

Tendría yo diez años más o menos cuando vi la película de Marcelino pan y vino y la escena que más me impresionó fue cuando el Cristo desde la cruz le habla al niño en la iglesia.

Las monjas, Hijas de la Caridad, aparte de una corneta blanca en la cabeza, tenían un enorme crucifijo de madera anudado en un cordón a la cintura. Cuando las saludábamos por la calle teníamos que besarle el crucifijo.

La primera vez que yo lo besé, recuerdo que estaba algo triste, y al acercarme a besarlo sentí como aquel pequeño Cristo, desclavando su mano de la cruz, me acarició la cara y me dijo suavemente: “ánimo Cuchi, alegría ese rostro”.

Nunca supe exactamente si fue cierto o lo soñé pero a partir de entonces he procurado siempre ir alegre por la vida tratando de animar a todo quien quiera oírme con esta y otras historias.

RELATO NAVIDEÑO

Autor: Tomás Gamero García

CAPITULO PRIMERO

¡Menuda alegría! Este año no iba a pasar TODAS las Navidades en el Colegio, sólo Nochebuena y Navidad. Después me iría a casa a pasar el resto de las vacaciones.

Nos levantábamos más tarde. Jugábamos mucho. Adornamos las paredes con figuras hechas en cartulina negra y clavadas con alfileres. Hicimos un belén (ayudamos "un poco" a Sor Josefa). Tenía agua, luz, música, se hacía de noche. Después me enteré de que entre los distintos colegios que tenía la Congregación en Madrid, había como una especie de concurso, no recuerdo cómo quedamos.

Nos llevaron a ver una película al cine Gran Vía y a ver otros belenes por parroquias, colegios. Nos daban dulces de navidad: turrón, mazapán.

—Yo me quiero ir a mi casa— le decía a Andrés. Por primera vez confieso que estuvimos a punto de "escaparnos". Nos faltó el último empujón, si en vez de seguir la fila hubiésemos tirado para otro lado...

Cada día estaba más triste y más enfadado con mi madre. No entendía por qué después sí que podía ir a casa y en Nochebuena y Navidad no.

—Solo tengo dinero para unos días. Sacaré también

a tu hermana y lo pasaremos todos juntos.

Me entró la "morriña". Me dediqué a dibujar, bueno, a pintarrapear. Alguien se dejó unas pinturas en su pupitre y Andrés y yo dimos buena cuenta de ellas. Cada día que pasaba estaba más rabioso. Iba por el pasillo corriendo con la cabeza baja, con tan mala suerte que me "encontré" con Sor Cecilia., ile di un golpe en el estómago! Me disculpé, pero aun así me castigó. Mi "rencor hacia el mundo" iba en aumento.

Nochebuena. Cena un poco mejor de lo normal. Lo mejor los dulces. Misa del Gallo en los Teatinos y ia dormir!, iqué aburrimiento!

—No tengo sueño— le dije a Andrés.

Nos pasamos buena parte de la noche leyendo tebeos, las monjas ni aparecieron.

Día de Navidad. Me levanto con una cosa aquí. Ha caído un nevazo de miedo, lo cual me produce más desazón y más frío, icon lo que me gusta la nieve!; definitivamente no iban a ser mis mejores Navidades.

A media mañana me llama mi madre, que vienen a por mí el 30.

—¿Y por qué tan tarde?— le pregunto.

—Haz el favor de no ponerme de mal genio. Te he dicho que no puedo antes.

—A sus órdenes— pienso yo, con una rabia terrible. Es injusto, pero en mi inocencia pensaba que no tenía madre tampoco.

Andrés pagaba mi mal humor. Nos dedicamos a recorrer el colegio: las calderas, el almacén, la lavandería. En la clase del primer piso nos atrevimos a poner el magnetofón, el caso era no estarme quieto.

—¡Y llegó el gran día!, ia casa!

El viaje me pareció estupendo. Estaba tan cansado que me dormí. Aún tuve tiempo de ver los árboles pelados y la aridez manchega. Tenía pena por no ver a Andrés, que no había podido ir a su casa. Ya le dije que le traería cosas.

Manolo, mi amigo del pueblo estaba esperándome en la estación y le dije a mi madre que me quedaba a jugar en la calle, que ya iría a cenar.

CAPITULO SEGUNDO

Hacia un frío de muerte, pero no me importaba. ¡qué distinto al frío del colegio!

—No puede haber dos fríos— le decía a Manolo.

—Déjate de tonterías, ¡mira, un nido! (vacío, en este tiempo los pájaros bastante tienen con aguantar el mal tiempo).

—¿Te acuerdas cuando, en verano, cogimos un ven-cejo y lo llevamos a tu casa?

Aunque era feísimo, con "garras" y ¡unas cagarrutas que echaba!, nos parecía el más bonito del mundo. Además nos daba más pena, pues cuando se cae del nido ya no vuela para arriba.

—¡Haced el favor de sacar esa porquería de aquí!— chillaba mi madre— No quiero (¡cuánto me arrepentí de la contestación!). Hizo el gesto de quitarse la zapatilla... yo, a correr, me escondo en el váter.

—¡Sal de ahí a hora mismo!— Silencio. Lo mismo, pero más fuerte. Aburrido y derrotado voy a desparar el cerrojo y... ¡no puedo abrir!

—¡Ya verás la que te espera cuándo salgas...!

Y bien cierto fue, me dio una tunda de zapatillazos y me castigó en la habitación toda la tarde. Cuando me levantó el castigo el vencejo había desaparecido.

¡Qué recuerdos!, iy lo bien que lo pasábamos!

El suelo estaba lleno de hojas de todos los colores. Igualito que una alfombra.

¡Y qué suaves estaban las hojas! Empezamos a dar volteretas.

—¡Vamos! Tenemos que avisar a los demás—. Atravesamos el "patio cuadrado" y nos entretuvimos jugando con "Tom", un perro vagabundo que era de todos.

Fuimos casa por casa avisando a la pandilla. Nos juntamos en el jardín de las Acacias y empezamos a hablar de nuestras cosas. Ángela, Trini, Loli, Fernando, Pedro, Manolo y yo. Fernando era un poco mayor que nosotros. Al rato sacó un cigarrillo y nos ofreció.

—¿De dónde has sacado el dinero?—le preguntamos.

De los aguinaldos. Mirad, aún tengo más. Nos acercamos al "carrillo" y compramos pastillas de leche de burra, paloduz, tramosos, regaliz, caramelos de menta... ¡un festín! Por esa época el fumar no me interesaba... todavía.

La noche de Nochebuena había la costumbre de coger todo tipo de cacharros de cocina, ollas, perolas, almirez, botella de anís y pasar casa por casa cantando villancicos y pidiendo el aguinaldo. Aquel año no lo había podido hacer, pero Fernando se había acordado de la pandilla ¡como debe ser!

En la comida sí que lo notaba. Mi madre me sobrealimentaba —como ella decía— a base de ponches (ite ibas de contento a la calle!, y isin frío!), de yema de

huevo y jerezquina (alcohol puro). Los plátanos también eran su debilidad, y el jamón serrano. Así que pasaba pocos días pero, eso sí, a cuerpo de rey. ¡Y yo que creía que mi madre no me quería!

Otro de los capítulos era la ropa. Muda nueva. Pantalones, camisa, jersey y zapatos... —¡y dice que no tiene dinero!—pensaba yo.

Vivíamos "realquilados". Habitación con derecho a cocina. Dimos con una familia excelente, Jesús, Encarna, sus hijas Loli y Adela, ¡buena gente! Me querían como a un hijo. Mi madre, para ayudarse cogía costura para coser en casa. La cosa se fue agrandando y varias viudas se juntaban en el piso de una de ellas y hasta las tantas.

—Por eso, cuando te sacó, es para que no te falte de nada, pocos días pero ya verás como vuelves más gordo al colegio. ¡Madres...!

CAPITULO TERCERO

Y así iban pasando los días. La Nochevieja no tuvo nada de especial. Cenamos sopa bien calentita y pollo. Jesús me dio un duro para que me lo gastara en lo que quisiera, ¡un duro!, ¡la de golosinas que podría comprarme!

Medíamos lo bien que lo habíamos pasado según a la hora que nos hubiésemos acostado.

—Yo a las dos, ¡iqué pronto!

—Yo, a las tres. Estuve bailando con mi prima— nos contaba Fernando.

Y nos daba una envidia terrible. Su prima no era muy guapa de cara, pero ¡tenía una delantera! Nos traía

locos. Vendía melones por los pueblos. Montaban una especie de carpa y se pasaban un mes o más vendiendo. En verano tocaba nuestro pueblo y no salíamos de debajo del tenderete. Su madre hacía una especie de cuadrado en el melón y nos lo daba a probar.

—¡Está rico!, ¡eh!— Decidles a vuestras madres que vengan a comprarme.

El día uno de enero vino mi hermana. Estaba también interna. Como le caía mejor que yo a mi tía Francisca se la llevaba muchas vacaciones con ella. No era mi tía. Era la mujer de mi tío, que es distinto. Me daba de comer sardinas fritas del día anterior. Lo compensaba con polvorones, ¡qué atracón me di un día! Tenía una perrita pequinuesa a la que daba de comer mejor que a mí, hasta se acostaban juntas. Le daba besos, le ponía cintas en la cabeza. A mí me extrañaba que quisiera más a la perra que a las personas, pero...

No entiendo como mi hermana se quería ir con ella, Bueno, luego lo entendí, cuando me enteré de que había un chico que le gustaba, era el hijo de una amiga de mi tía. Incluso salió con él y todo, ¡gente mayor!

Me pasaba el día jugando en la calle. No sentía el frío, de lo a gusto que estaba. La Explanada de Palacio me parecía inmensa y preciosa. Ese sentimiento de libertad que sentías al correr detrás de una pelota, al subirte a un árbol, al revolcarte en las hojas húmedas te llenaba de felicidad. Si, era feliz. Con lo que tenía me sobraba. No tenía derecho a quejarme. Aunque cuando me acordaba que me quedaban cuatro días para volver al colegio me entraban esos retortijones de corazón a los que tanto temía, pues acababan en pena. Pena de dejar todas estas cosas que me gustaban tanto

y tenerme que encerrar hasta quién sabe cuándo en el colegio.

Acompañaba mi madre a la compra. La tienda del señor Rogelio estaba a la vuelta de casa.

—Bueno ya vendrá el chico a por aceite— Lo apunta en la cuenta.

No entendía eso de apuntarlo en la cuenta, luego lo supe. Se iban apuntando los gastos diarios y luego mi madre lo pagaba poco a poco. La señora Ana, su mujer, me daba caramelos de vez en cuando. Luego me enteré de que se les había muerto un chico de mi edad. Les recuerdo con mucho cariño. De esas personas bondadosas que te quedarías un buen rato con ellas haciéndolas compañía. Pero mi gran ilusión era jugar y pasármelo lo mejor posible.

Las calles estaban muy adornadas. La principal te hacía daño a la vista, de tanta luz roja y verde. Aquel día nevó. Nos faltó tiempo para hacer el muñeco de nieve y tirarnos nuestras buenas bolas. Hacía un frío terrible.

—Vamos a tomar algo —me dice Fernando— una horchata.

—¿Una horchata?, ¿con el frío que hace?

—Mira, por allí van Pili y María. Vamos a fardar, que nos vean sentados tomando algo.

—¿Y por qué no nos podemos tomar un chocolate con churros?

—No seas tonto. Se liga más con la horchata.

Y nos la sirvieron. Aún recuerdo el helor que me subió por la nariz y me llegó a la cabeza, casi me mareo.

Lo peor fue que las chicas llevaban prisa y ni se sentaron.

—La última vez que te hago caso—le dije a Fernando.

Nos parábamos con mucha gente: Me asombraba la cantidad de personas que conocía mi madre. Me dio mucha alegría. Casi todas eran clientas a las que cosía.

—Si no fuera por ellas, no estarías tú aquí. Con la pensión de tu padre no tengo ni para comer. No entendía nada. Cuando crecí ya me llegaron “las entendederas”.

Y así llegaron los Reyes.

CAPITULO CUARTO

Los Reyes. Ya sabía que eran los padres. La que no sabía que lo sabía era mi madre. Se empeñó en que me acostara prontito y dejara comida y agua para ellos y los camellos... ¡qué no soy un niño! Pero lo hice.

Conforme iban pasando los días se me iba poniendo peor genio. Ya no aguantaba las bromas de la pandilla. Una tarde, jugando al “burro”, me pareció que se tiraban demasiado fuerte y armé una pelea de campeonato. Solución, todos a casa enfadados. Me entró la tristeza. Así que fui a buscarles casa por casa haciendo las paces.

—Si os tuvieseis que ir como yo, ya veríais lo que es bueno. Igual hasta el verano no aparezco por aquí. Manolín lo arregló con un apretón de manos y juntos volvimos a nuestros juegos.

—¿Por qué no entramos a Palacio?— nos dijo una mañana Fernando que, como era el mayor, actuaba de “jefe” y nosotros a lo que él dijera.

—Estupendo —contestamos todos— Aprovecharemos que el guarda ha ido a almorzar y nos colamos.

Lo habíamos hecho muchísimas veces. Era cuestión de dar un empujón a una puerta que estaba rota y entrar. Así de sencillo. Una vez dentro teníamos que andar con mucho cuidado, pues había perros guardianes, aunque aquel día no habíamos visto ninguno.

¡Qué salas más grandes! ¡Qué cuadros! Nos tumbábamos en las alfombras. El polvo acumulado nos hacía estornudar. Hasta nos atrevíamos a acostarnos en las enormes “camas reales”. ¡Qué bien me lo pasaba! Sin que se dieran cuenta me iba despidiendo de todo, “hasta el verano” me decía mentalmente. Disfrutaba sí, pero ahí dentro esa cosa que se pone cuando al día siguiente te ibas encerrado por meses.

De pequeño quería ser misionero. Sería por las enseñanzas que estaba recibiendo, por un sentimiento compasivo. Las monjitas me inculcaron un Amor a la Virgen que aún conservo hoy en día y bien orgulloso que estoy de ello. Mi Virgen preferida es La Inmaculada, que estaba en la Capilla del Colegio. Daba la casualidad de que en la capilla real estaba el mismo cuadro, allí que me escapaba sin decir nada a nadie y le contaba lo triste que estaba por tener que volver al colegio.

—¿Dónde te habías metido?—me preguntaban.

—Por ahí. Es que me he perdido.

Otro de los lugares de diversión era “la ría”. El río natural había sido canalizado y habían hecho como una especie de altos y bajos que eran una delicia para nosotros. Entrañaba un cierto peligro, pues las piedras eran muy resbaladizas, pero nos daba igual. Cogíamos ranas, angulas, algún pez... nos hicimos unas cañas rudimentarias y nos tirábamos horas y horas sentados o tumbados contando todo tipo de

historias. Al lado del río había casas abandonadas, los ventorros que se llamaban, y allí que íbamos, encendíamos fuego y nos comíamos parte de lo pescado. ¡qué rico que estaba! Alguna vez se nos ocurrió llevar a casa algunas sobras y mi madre me echó con “cajas destempladas”.

—Llévate esa porquería de aquí—me gritaba.—Cómo algún día te caigas al río ya veremos quién te saca.

—Mis amigos—pensaba yo. Y salía a todo correr a echarle el pescado a cualquier gato del vecindario, que los había, y en abundancia

¡Los Reyes! Me acosté tempranito. Más que por obedecer, por lo cansado que estaba del día tan intenso que había tenido.

Esa noche me acosté con mi hermana. Confieso que tenía un poco de “canguelo”. Aunque tenía claro que era mi madre... no sé... aún estaba en la duda.

—¡Ni se te ocurra levantarte!—me dijo mi hermana al ver que iba hacia la puerta.

Pero yo me asomé... no vi nada. Todo estaba igual que antes de acostarme.

Me dormí de aburrimiento, pero una de las veces que me dí la vuelta, mi hermana no estaba.

—¡Las pillé!— Pensé. Efectivamente, allí estaban las dos colocando las cosas...

Entonces sí que me entró miedo de que me descubrieran., me fui corriendo a la cama y me arropé hasta la cabeza.

A la mañana siguiente me levanté pronto. Directo al comedor. Me agacho a ver mis regalos y....

—No ha podido ser más—me comentó mi madre.

No supe qué decir. Tampoco puedo expresar lo que

sentí. ¡era tan poco!

—Se ha esforzado mucho por comprarme lo mejor—
pensé.

Era un tranvía de hojalata y un carro de madera con caballo y lleno de caramelos. En esos momentos no supe valorar el esfuerzo de mi madre. Me pudo el pensar que los demás tendrían cosas mejores que yo. Tenían un padre que trabajaba y no les faltaba de nada. Yo, una madre que no le llegaba el dinero a fin de mes. Estaba hecho un lío. Confieso que esos dos juguetes forman parte de uno de los recuerdos más maravillosos que tengo. Más que el Mecano que me dejaron un año en el Colegio y que creía que era el más fenomenal de los juguetes.

A media mañana nos juntamos la pandilla en la calle.

—¡Una bici! A Manolín le habían traído una bici—.
Con ella fue con la que aprendí a montar en el verano.
Me la dejaba previo “pago” de unas cuántas golosinas.

Todos fueron enseñando sus regalos. Las chicas casi todas muñecas. A Fernando ropa y ¡una radio
pequeñita!

—¿Quién te la ha traído?—le pregunté.

—Pues los Reyes.

—Venga, déjate de bobadas.

—Mi padre, que trabaja en Francia.

Y allí me quedé yo con unas ganas de oír la radio y de montar en bicicleta.

Mis regalos les gustaron mucho, no sé si de “chunga”
o de verdad. El caso es que estaba orgulloso con lo
que me habían “echado” ese año los Reyes.

Y llegó el día de la partida.

Me fui sólo. Estaba acostumbrado. Pero no por eso dejé de sentir rabia. Mi madre podía sacar un billete, no había para más.

Me recomendó al revisor quién me cogió la maleta que pesaba más que yo.

El viaje de vuelta fue terrible. Ya no me interesaban ni las personas (no paraban de preguntarme cosas), ni el paisaje, ni los dulces que me ofrecían. Pensaba en la ciudad como un gran monstruo que me iba a comer. Llegar a la estación. Coger el metro. Hacer trasbordo.

Se me hacía todo tremendamente pesado. Encontré a la ciudad vacía, desoladora, amenazante, pero había que llegar a la puerta del colegio y entrar.

—¡Hola, Andresillo!—me saludó afectuosamente Sor Rosario. Y me dio dos besos en las mejillas que me supieron a gloria—¿Te lo has pasado bien?

Creo que algo contesté. Me educaban para ello. Solo recuerdo rabia y sufrimiento, mucha angustia y mucha pena.

Aquella noche lloré amargamente, sin hacer ruido, no vaya a ser que alguien me oiga y se rían de mí.

CARABANCHELES

RELATO DE UN PÍNFANO

Autor: Tomás Gamero García

PRÓLOGO

He contado mis recuerdos de Las Mercedes y de Padrón. En estos colegios estuve desde los cinco a los doce años. Entré en la Inmaculada sin tener los trece, hasta los dieciséis que dejé el Bajo.

He querido juntar los años de la Inmaculada y el Bajo, pues forman parte de mi adolescencia. También los hechos son más personales, pues, aunque convivíamos durante toda la semana, sábados y domingos ya íbamos por libre, unos con sus familias y otros en grupos o pandillas que se formaron con gente de gustos afines.

Los relatos son ciertos. Hay algunas lagunas, se mezclan recuerdos, unos me ocurrieron a mí personalmente, otros los viví en directo, otros me los han contado... pero todo es real. Los nombres, por supuesto, son inventados, aunque algunos de los lectores, los reconocerán inmediatamente, pues en esas edades todo se queda como muy marcado.

Tuve episodios agradables, otros menos y algunos muy desagradables. Contaré las cosas como me vengan a la cabeza, más que venganzas o malos rollos,

me interesan sentimientos, aunque a veces se mezclen con impotencia y rabia, por lo que considerabas injusto.

Poco a poco el sentido de grupo se va perdiendo. Van apareciendo los primeros “enemigos”, que no tienen nada en común contigo y que incluso te hacen la “puñeta”. Los insultos . Las primera peleas a muerte.

Había un buen número de “solitarios”, que no “cuadraban” con nadie. Solía ser a principio de curso, luego, la necesidad, les hacía ir a un lado u otro. Otros eran inseparables, como Zipi y Zape, para lo bueno y para lo malo. Los más formaban grupos de varios que tenían las mismas inquietudes y compartían gustos o aficiones. Recuerdo con pena los “desarraigados”. Los que se les habían colgado algún sambenito y eran motivo de burla, la mayoría de las veces por cuestiones físicas.

¡Lo crueles que podemos ser a esas edades!

Mirando atrás sin ira, recuerdo momentos muy buenos, pero en general, los sentimientos son tristes. Algún amigo íntimo llegué a tener... en verdad tuve muy buenos amigos que me ayudaron a vencer inseguridades y timideces que en mi llegaron a tener mucha importancia... aunque en realidad no la tenían. Mis mejores ratos de “conversación intentando arreglar esta cabeza”, los tuve con un sacerdote, D. Miguel, y con un amigo, Roberto, al que las circunstancias y la vida acabó por separarnos.

La envidia fue otra de las cosas que más me llamaron la atención. Envidia ¿de qué? Todos éramos iguales, hubiese sido mejor que las fuerzas que gastábamos en llevarnos mal las hubiésemos empleado en ayudarnos, pero eso lo piensas ahora.

Definitivamente la adolescencia es muy complicada, y más si no tienes a alguien a tu lado para superarla. Y ahí estamos nosotros, huérfanos de padre y algunos de madre y metidos internos en un colegio donde tienes que aprender a ventilártelas por ti mismo y a la vez sacar los estudios que el día de mañana te servirán para ser algo en la vida.

CAPITULO I

ENTRADA INMACULADA

Esta vez sí que me salí con la mía. A estas alturas de la vida (12 años), no me iba a acompañar nadie a mi nuevo colegio. Lo tenía decidido. Tenía decidido molestar a mi madre lo justo, por mí no iba a tener problemas.

Había sido un verano movidito. Con todo mi 2º de bachiller aprobado, me esperaba un verano de no hacer nada, todo el día en la calle, cogiendo nidos, bañándome en la cacera (especie de acequia de agua fresquísimas), para mitigar los calores del verano castellano), pescar anguilas, pero no.

Mi madre, para ganar algo de dinero, se había puesto a coser. Cosía en casa, pero después de comer y con un calorazo impresionante, se juntaba con otras señoras que también cosían, en casa de una de ellas que vivía al otro lado del pueblo y allí que me tienes acompañándola y sudando.

No me gustaba echarme la siesta, prefería tumbarme debajo de un árbol a la sombra y echar algún sueñecito. Había veces que mi madre incluso nos pegaba para

que nos “echásemos la siesta”, Me descolgaba por el balcón y allá que me iba dónde hubiese quedado con los amigos. Pero este verano tenía que acompañarla...

Al final llegamos a un medio acuerdo y algunos días me quedaba. Era libre pero sentía como que la vida me la tenía que solucionar yo solito, en esa edad es un sentimiento muy extraño, en condiciones normales tienes a tu familia que te ayuda y arropa en todas las decisiones, no es que mi madre no se ocupara de mí, pero tenía la necesidad de trabajar y en alguna ocasiones en que la necesité, no la tuve o eso me parecía a mí.

Total, que aquí me tienes en Atocha, después de un viaje triste, intentado llegar a mi nuevo colegio.

No me fue muy complicado, enseguida encontré el autobús y al poco tiempo ya estaba camino del edificio.

En ese corto espacio de tiempo, todo se me vino abajo, ya no estaba tan seguro ni me sentía tan fuerte, el hormigueo volvió a aparecer, de buena gana hubiera dicho a cualquier persona que pasara por allí que me hubiera acompañado, estaba solo, me sentía solo.

Respiré y empecé a andar. El edificio, alto y delgado, me dio más sensación de tristeza. Tenía balcones con sus barandillas. Crucé la puerta. Nadie

—¡Juan, Juan!— oí que alguien me llamaba.

Me asomé a la habitación de dónde había salido la voz.

—¡Juan Antonio!

—¿Qué haces aquí?

—Pues lo mismo que tú idiota, he venido solo.

—¿A ti te han acompañado?

—Ya veo que no.

Nos sentamos. Para mí fue la mayor alegría que en esos momentos pude tener. Empezamos a contarnos cosas. A Ramón le habían sacado ya del colegio, su madre lo necesitaba para el campo. Javier y Rafa se habían ido a hacer 3^o a otro colegio que también estaba en Madrid; Antonio fue el que peor lo tuvo, su madre murió y él estaba trabajando con su hermano mayor.

—Entonces, ¿estamos tú y yo de los de Padrón?

Así era. Después coincidimos con otros compañeros, los que faltaban se habían ido a Carabanchel Bajo que también se podía hacer 3^o y 4^o.

Nos pesaron, nos midieron y nos dieron la ropa con nuestro número correspondiente. También nos asignaron un dormitorio, en el segundo piso, no muy grande, con camas individuales y taquilla para dejar las cosas. ¡Todo esto ya lo habíamos vivido!

Faltaba el pelo. No tardaron mucho en cortárnoslo. Fue al día siguiente, después del desayuno. Estábamos en mesas de cuatro. Las cosas las ponían en medio. Si no estabas atento, ni te habías sentado y ya habían desaparecido. Con el tiempo llegamos a un “consenso” y nos repartíamos todo de la mejor manera posible. Galletas, mermelada, mantequilla, nos hacíamos unos “mezclaillos” que nos sabían a gloria.

El primer pan de la mañana no estaba muy blando, sería del día anterior, así que los tazones de “sopa de pan”, era el manjar exquisito para pasarla “sin que sintieses ese vacío en el estómago” antes de la hora del recreo que nos daban un “bocadillito” de fiambre. Tan pequeño era que nos duraba “dos bocaos”, quién tenía la suerte de repartirlos se quedaba con “las sobras”... así que nos peleábamos por ir a por la cesta cuando

llegaba la hora.

—¡De buena os habéis librado!— me comentó mi compañero de cama. Se llamaba Gabriel y era de Toledo.

—¿Por qué?

Y me contó que a algunos nuevos les habían hecho desnudarse y hacer flexiones. Cuando entraron ayer por la tarde, el director ya no estaba y unos mayores se han disfrazado y les han gastado la “novatada”. Precisamente en un rincón del dormitorio se había formado un corrillo que escuchaba con mucha atención lo que un compañero contaba.

—Los nuevos debemos de unirnos y tener cuidado con las bromas. Nos tienen preparadas algunas. Lo de la entrada no ha sido más que la primera.

—Yo ya me he quedado con la cara de uno de ellos y os juro que me la va a pagar.

Decididamente había que andarse con cuidado. Era normal que los “viejos” gastasen novatadas a los nuevos, pero en lo de desnudarse se habían pasado. Lógica era la rabia que tenían los compañeros.

El primer día fue muy relajado. Nos llevaron a las clases y estuvimos casi todo el día en el patio. Juan Antonio y yo enseguida nos juntamos con Gabriel y empezamos a charlar de nuestras cosas.

Se había quedado huérfano ese verano, así que lo de los internados le venía de nuevo ¡Qué envidia!, nos decía, pues nosotros ya teníamos la experiencia de Padrón y se nos hacía todo más llevadero.

Yo le rebatía que era al contrario, que nosotros al tener “experiencia” sabíamos que lo íbamos a pasar muy mal y por eso sufríamos de antemano. A él ya le

vendrían las cosas rodadas. Era muy tranquilo, pero a la vez reaccionaba con energía y mal genio cuando era necesario. Tenía la extraña costumbre de estarse tocando siempre la oreja, así que la tenía roja como un tomate, cuando alguien se burló de él, le arreó un derechazo que se le acabaron las ganas de volver a hacerlo.

Luego me enteré de que iba a un gimnasio y practicaba boxeo. Jugaba de portero y era muy bueno. Pero lo que más nos acercó fue que le gustaba la música. Me enseñó, con gran alegría para mí, un transitor.

—¡Guárdalo muy bien!, me han dicho que los quitan y luego los retocan para que no se reconozcan—. Me lo dejaba algunas veces, sobre todo los fines de semana que se iba con unos tíos suyos. ¡Y nos envidiaba a nosotros! ¡Envidia le tenía yo a él por poder salir y dormir fuera!

—Un día os presentaré a mi prima. También le gusta mucho la música. Me ha dicho que cuando queramos podemos ir a su casa a escuchar discos. ¡Tiene un montón! Como es hija única le compran todo lo que quiere.

Cenamos y nos acostamos. No me podía dormir. Nos habían avisado que a partir de mañana ya empezábamos la “vida normal”.

—¿Qué me esperaría este curso? La sensación de tristeza me invadía. La soledad de siempre.

¡Menos mal que tenía a Juan Antonio y Gabriel para empezar otra nueva “aventura”!

CAPITULO II

UN DÍA EN LA VIDA

Nos levantaban a las siete y media, el inspector pasaba por los dormitorios avisando; nos dábamos media vuelta y ni caso, después, como a las ocho teníamos que estar preparados, las prisas nos hacían que muchas de las cosas estuviesen mal hechas, entre ellas la cama. Las taquillas tenían que quedar en orden y a las ocho quien quería ir a misa, iba, y quien no, media hora de estudio.

El desayuno a base de “pan mojado”, sopas de leche en polvo que te sabían de maravilla, aunque te acordases de la de tu casa.

A las nueve la primera clase. Recuerdo con alegría a algunos profesores, otros me hicieron alguna pasada y otros pasaron totalmente inadvertidos, como un profesor de dibujo que le tomamos la medida y al final se tuvo que ir, aburrido, porque no podía con nosotros. Desde que entraba el cachondeo era total, él no sabía imponerse y así nos iba. Casi no dábamos clases, era dibujo lineal. A mí se da muy mal y nos hacíamos las láminas unos a otros la. El cambio fue a peor. Vino otro que era totalmente lo contrario, allí no se movía nadie. Era durísimo, quería los dibujos a la perfección. ¡La de veces que me hizo repetir los míos! Total por un agujerito de nada. Como utilizábamos tinta, hice un borrón, al intentar borrarlo el agujero fue mayúsculo. El dibujo fue de las asignaturas que me costó muchísimo aprobar.

Religión, Latín, Matemáticas, Ciencias Naturales, Francés, Gimnasia y F.E.N. (Formación del Espíritu Nacional).

Religión se me daba bien. Más que la asignatura en sí era quien la daba. Don Miguel, una de las personas que más me ayudó en esta época y de quien guarda un grato sentimiento de cariño.

Era vasco. Su equipo era el Bilbao. Los domingos por la tarde televisaban un partido de liga. Cuando tocaba el Bilbao no se oía ni una mosca, ya se encargaba él de hacernos callar. Si su equipo marcaba un gol se ponía como un verdadero aficionado, dando gritos y parabienes a todo el mundo, ahora que no hiciesen algo en contra, que por aquella boca salía de todo, con mucha educación.

Para mí fue una persona muy entrañable, siempre con una palabra de ánimo. Si te veía sólo o con mala cara, enseguida te sacaba el por qué. Podías hablar con él de todos los temas con libertad. Cuando lo necesitabas siempre tenía un ratito para atenderte. Aparte de la Religión era el encargado “espiritual” de todos nosotros. A veces me pedía que ayudara en misa. Yo atravesaba una época en que lo de la Religión no lo tenía claro. Había dejado de ir a misa y no era uno de “sus preferidos”. Poco a poco me fue abriendo los ojos a realidades que estaban ahí pero que no las veía. Sobre todo las injusticias. No es justo que yo sea huérfano, no es justo que esté aquí encerrado y no pueda ver a mi madre, no es justo que... Son las épocas en que todo es tu “enemigo”. Allí estuvo para asesarme. Yo seguía sin ir a misa (siempre me lo respetó), lo que hice alguna vez fue de monaguillo., por eso de comer lo que sobraba de las sagradas formas y idel vino!

Nos invitaba a galletas, esas galletas rellenas de nata que a mí me sabían a gloria!

Latín nos lo daba el Director. Jamás tuve ningún problema con él. Era buen alumno y no había más problemas. El Latín me gustaba, lo que no me gustaba era estudiar. Lo que él quería era que sacara la máxima nota. Cuando hacía exámenes para subir nota casi me obligaba a presentarme.

—Vd. puede hacer más de lo que hace.

Después me quedaba con la misma nota, pues yo no tenía ganas de estudiar más. En las clases era muy exigente, te hacía muchas preguntas, traducíamos textos complicadísimos, o a mí me lo parecían.

Un día que me echaron del estudio, me pilló. Me dijo que no esperaba eso de mí, que era un buen alumno, sentí vergüenza. Me bajó dos puntos en conducta y me dejó sin salida. Por supuesto, no me volvieron a echar más, por la cuenta que me tenía.

Mi mesa daba al lado de la ventana, casi al final de la clase. Tenía de compañero a Gabriel iél sí que estudiaba! Cuando estaba sobre el libro tocándose la oreja no podías molestarle. Estaba concentrado y no quería saber nada de nadie. A la larga fuimos respetando su manera de ser. Al estar al final de la clase nos permitía tener un poco más de libertad, además la puerta estaba enfrente y veíamos si venía el profesor. A la hora de sacar las chuletas también, pero no nos pillaron nunca. Desde la ventana se veía la calle, no había mucho que ver, los chalecitos y el bar de enfrente. También había un señor mayor que se ponía con su carrito de chucherías y nos vendía a través de la verja del patio. Era agradable. A mí me “fio” más de una vez, también le aguantaba sus “batallitas”. Era

cojo, mutilado de guerra, por eso le permitían que estuviese allí ganándose unas pesetillas, eso decían.

Las Ciencias Naturales nos las daba un profesor totalmente calvo. Le cantábamos:

*“Qué es aquello que se ve, en el fondo del pasillo,
es la calva de Don... que le está sacando brillo”.*

Teníamos una libreta. Él fue el que me enseñó a hacer cuadros sinópticos. El libro lo utilizábamos de consulta. Con recortes de periódicos hacíamos unos resúmenes que nos quedaban muy bien. No recuerdo exámenes, la nota era la de la libreta, tenía que estar “inmaculadamente” hecha. Cuando mi tío me sacaba de fin de semana, toda mi obsesión era que me trajese del cuartel (era militar) revistas especializadas. Me las conseguía y recortaba lo más interesante. Si me sobraba alguna, la vendía al mejor postor. ¡Había que buscarse la vida!

El profesor de Francés era, al mismo tiempo director del coro. Arreaba unos capones de no te menees. Era muy serio y tenía mal genio si no salían las cosas como el quería. Vivía en el colegio, pues además llevaba la administración. Si te apuntabas al coro ya tenías algo ganado, pero como te tomara ojeriza. Yo venía de dar un curso de francés y no se hizo muy cuesta arriba. Recuerdo una lección “Le co co ri co du coq”. Con tantas ces al final acababas riéndote. No conseguíamos acabar la lectura y se enfadaba.

De las otras asignaturas casi no me acuerdo. La Gimnasia me traía por la calle de la amargura, era bastante “patoso” debido a mis piernas largas y a la “desconexión” que tienes en esas edades. La aprobaba por los pelos. Me las arreglaba para hacer trabajos teóricos. En una clase se propuso hacer combates de boxeo. Se

hicieron las parejas y a mi me tocó ¡Gabriel! Hablé antes con él para pactar algo. Me dijo que no me haría mucho daño. Empezó el combate, yo ni idea. Me arreó un derechazo que vi las estrellas. Ganó. Así fue ganando a todos los contrincantes y quedó campeón, lo que le supuso tener el trimestre ya aprobado.

Por las tardes nos daban una pequeña merienda, estudio y la cena. Recuerdo las cebollas hervidas, enteras, no las he podido volver a comer. Las patatas con “lunares” negros que, para hacerlas más tragaderas, las chafabas y las engullías con buenos trozos de pan.

A la cama, pronto, que mañana había que madrugar y “pasar” otro día.

CAPITULO III

FINES DE SEMANA

Con autorización, podías “hacer puente”. Salías el sábado por la mañana, dormías fuera y regresabas el domingo por la tarde. Lo tenía que decir antes, pues así descontaban las comidas y cenas. No es que fuesen mejores, era una medida “ahorrativa”.

A veces me sacaba algún miembro de mi familia. Recuerdo con mucho cariño a mi tía Antonia, que me ponía unas comidas pantagruélicas y después me “echaba” unos bocadillos de chorizo y jamón que, aún hoy, recuerdo su olor fabuloso y lo bien que me sabían. También me daba algún dinerillo.

Mi tío José también me sacaba a veces. A quién más temía era a su mujer. Me daba muy mal de comer. Por el contrario, mi tío, antes de entrar al colegio, en el bar

de enfrente, me compraba unos bocadillo de anchoas para chuparse los dedos. A escondidas, me daba algo para mis gasto. No tenían hijos, creo que me tenía algo de cariño... sin estar su mujer al lado.

Mi padrino también me sacaba de puente. Vivían en Moratalaz, un barrio que a mí me parecía una maravilla. El piso no era muy grande y me ponían una cama-mueble en el comedor. Tenía dos hijos mayores que yo. Algunos domingos me invitaban a ir al fútbol a ver al Atleti de Madrid. Ahí creo que empezó a interesarme el fútbol, estadísticamente pues jugaba muy mal. Seguía los domingos con mucho interés el “Carrusel deportivo” y con Juan Antonio hacíamos quinielas todas las semanas.

Diariamente había un mayor que salía a comprar las cosas que necesitásemos... Hicimos con él una peña semanal. Alguna quiniela de doce nos tocó, poca cosa. Suficiente para comernos otros maravillosos bocadillos de anchoas del bar de enfrente, digo “otros” porque con uno no teníamos bastante.

Si teníamos dinero íbamos a la Gran Vía a pasear, — solo podíamos hacer eso— y ver carteleras de cines, nos perdíamos entre tanta cantidad de gente. Sobre todo nos parábamos en las tiendas de discos. Nos enrollaba mucho la música, y más después de conocer a Enrique, un gaditano que se sabía todas las canciones de los Beach Boys, un grupo norteamericano, desconocido para mí, pero al que luego me aficioné.

Era muy buena gente. Estábamos muy unidos. Salíamos juntos por el barrio, incluso nos ligamos a unas chavalitas y paseábamos con ellas. Recuerdo el cine Ciudad Lineal, al que íbamos en un extraordinario, pues no teníamos un duro.

En el barrio había un bar que tenía una máquina de discos y mesas de billar. Por poco dinero nos pasábamos media tarde. Allí era dónde dejábamos el uniforme y nos cambiábamos de ropa de casa, teniendo buen cuidado que no nos viese ningún inspector que anduviera por la calle en ese momento. Una vez cogíamos el autobús y salíamos fuera del barrio, respirábamos tranquilos. La impresión era que la gente nos rechazaba por el mero hecho de llevar el uniforme. Algunas personas no nos trataban bien, con desprecio, en esas edades te rebelas contra todo y contra todos y no lo entiendes, así que nos vestíamos “de casa” y tan felices.

Recuerdo una tarde que fuimos a ver una película de los Beatles. Había un montón de gente, sobre todo chicas. Allí nos tienes al grupo de pínfanos con nuestro uniforme y todas mirándonos con cara extraña, me creía morir. Al entrar me tocó al lado de una chica muy simpática, lo cual bajó un poco la vergüenza, pero también la rabia que sentías. Incluso ligamos, al llegar al colegio decidimos que siempre nos cambiaríamos e iríamos con ropa “de casa”.

Los fines de semana que no teníamos dinero, salíamos por la mañana a dar una vuelta, generalmente íbamos al pinar de Chamartín, jugábamos un partido de fútbol y nos tumbábamos en la hierba a descansar y charlar de nuestras cosas. Luego volvíamos a comer y, por la tarde nos dedicábamos a oír los partidos de fútbol. Antes de que empezara el de la TV, nos dábamos una vuelta por el barrio, oíamos algún disco en los billares y nos comprábamos unas milhojas que a mí me sabían a gloria. Cuando me mandaban algo de dinero, me guardaba el correspondiente para tan suculento manjar y no lo tocaba para nada,

pensando en el banquete que me esperaba el domingo por la tarde.

Solíamos vagabundear por el barrio. Era una zona de chalets, con sus correspondientes jardines y sus perros. La cantidad de carreras que nos hemos tenido que dar después de que algún gracioso tocara al timbre y salieran los perros como fieras ladrando. Además a nosotros nos reconocían enseguida por el uniforme, y alguna queja tuvo el director de vecinos que no entendían estas chiquilladas. Nos lo pasábamos en grande.

Si no dormías fuera, los sábados por la noche aprovechábamos y nos reuníamos en los lavabos. Cada uno traía lo que podía, si alguien había recibido paquete de casa, entonces la fiesta era completa. Comprábamos pan, vino y cerveza y montábamos unos banquetes de órdago, ni que decir tiene que nos turnábamos en la vigilancia, pocas veces tuvimos que dar "el queo", pues los sábados no eran muy exigentes en cuanto a disciplina. Recuerdo que en uno de esos banquetes nos despistamos y apareció un inspector, ¡horror! No pasó nada, incluso se tomó un vaso de vino, había inspectores que se portaban bien con nosotros, otros no tanto. Incluso te ayudaban a solucionar algún problemilla personal que te surgía. Bueno, pues los sábados por la noche eran una fiesta. Acabábamos escuchando música en algún transistor, recuerdo que hacían un programa que repasaba los éxitos de la semana. También nos enganchó uno que hacían de miedo, con sus efectos especiales y todo. Con todas estas emociones tardábamos en dormirnos aunque no nos importaba mucho, pues al día siguiente nos levantábamos un poco más tarde. Y el fumeque.

A esa edad empecé a fumar, celtas cortos y en un extraordinario bisontes. Nos pasábamos "la pava" y apurábamos hasta el final, lo que hizo que los dedos se nos pusieran amarillos de tanta nicotina, casi lo hacías por aburrimiento, pero el empezar tan pronto me ha acarreado algún disgusto médico, aunque no me arrepiento.

Cuando se acababa el domingo te invadía una especie de melancolía difícil de explicar, sobre todo en esos inviernos tan crudos que me tocó pasar. Se te ponía ahí, en el pecho y no te dejaba ni respirar, ese vacío angustiioso que te daba ganas de llorar. ¡Cuidado!, que no te vea nadie.

¡Otra semana más encerrado y volviendo a hacer lo mismo! ¡Y encima estudiar, con lo poco que me apetece! ¡En la próxima carta que escriba a casa le digo a mi madre que ya no puedo aguantar más y que me saque aunque sea a trabajar! Iluso de mí, ¡no me quedaban años todavía! Y te entraba esa desazón profunda que no te dejaba ni dormir.

—¡Arriba!, ¡Vamos a levantarse! ...— la voz del inspector pasando por el dormitorio, ¡pero si me acabo de dormir!

Esta era la cruda realidad.

SANTIAGUIÑO

Autor: Francisco Antonio Álvarez López

Hace poco más de un año que Antonio Povedano me comunicó el fallecimiento de nuestro compañero de Padrón Joaquín Flores González, el cual había manifestado poco antes de morir, su deseo de que esparcieran sus cenizas en Santiaguíño, el monte de Padrón donde se dice que el Apóstol Santiago predicó a los cristianos de entonces y donde nosotros, de niños, pasamos los mejores momentos de nuestra infancia.

Enseguida le dije a Povedano que me avisara cuando llegara el día para acompañarlos, porque me hacía una gran ilusión recordar aquellos momentos pasados hace ya medio siglo, cosa que se dice pronto. Por otra parte, Joaquín y su hermano Vicente, naturales de Sevilla, hicieron la comunión conmigo en mayo del 57, y siempre mantuvimos una amistad sincera.

Santiaguíño estaba en realidad justo enfrente del colegio, pero para llegar allí normalmente suponía un buen paseo pues teníamos que dar un enorme rodeo, llegando al barrio de Estramundi, subiendo al final infinidad de escaleras que nunca llegué a contar. Otras veces, el trayecto era más corto, cuando estaban los dueños del pazo que separaba el colegio del monte y nos permitían cruzarlo. Entonces, en unos minutos estábamos en la explanada donde predicó el Apóstol.

Casi siempre era un domingo o festivo por la tarde

cuando subíamos a Santiaguíño, pero en alguna ocasión era una sorpresa de lo más inesperada y agradable porque era un día de diario y aquello suponía librarnos por una jornada del trabajo cotidiano, claro está.

Aquel viernes al mediodía, estábamos en fila a la puerta del comedor con el barullo acostumbrado, cuando llegó Sor Luisa aparentemente excitada, dando voces. “Fuera de aquí”, “No hay comida”, “A la calle todo el mundo“.

Silencio total. Increíble. Nos dejaba sin comer y nos echaba a la calle. Llamó a unos cuantos de los mayores para que cogieran unos sacos de comida que ya estaban preparados y riéndose abiertamente con aquella gracia que tenía, como buena malagueña, nos dijo: andando hacia Santiaguíño, que vamos a comer al monte.

En aquellos tiempos no empleábamos el verbo alucinar, pero creo que un equivalente al mismo es lo que sentimos todos al ver lo que sucedía.

Un día en aquel monte de pinos y eucaliptos, cubierto totalmente con un manto amarillo vivo, del color de las mimosas, era lo mejor que nos podía pasar. Allí se disparaba nuestra imaginación para divertirnos de mil maneras. Unos cazando grillos con las dos técnicas habituales: bien metiendo una pajita o meando directamente por el agujero para que saliera el grillo medio ahogado. Otros se dedicaban a coger lagartos o lagartijas, ciervos volantes, mariposas, etc. Los más combativos organizábamos dos bandos y adentrándonos en el monte construíamos las cabañas correspondientes, arcos y lanzas con las ramas de mimosas para luchar contra el enemigo.

Enrique Sánchez, “el raspa”, también hizo la comunión con nosotros. En cierta ocasión, ya di cuenta del ingenio que tenía. Algunos años más tarde, en el CHOE de Carabanchel Bajo, íbamos por el patio paseando, entonces alguien se le acercó y le pidió un cigarrillo. Sacó un paquete de celtas cortos del bolsillo y arrugándolo entre la mano lo arrojó al suelo diciendo: vaya hombre, no me queda ninguno. Cuando el otro se alejó unos pasos, Enrique se dio la vuelta, cogió el paquete del suelo y me dice: en realidad me queda uno, pero si se lo doy a este, ¿que me fumo yo esta noche?

Me viene esto a la memoria, porque precisamente el día de nuestra comunión, 24 de mayo de 1957, habían ido nuestras madres a visitarnos. Aquella tarde, para celebrarlo, ¡cómo no!, subimos a Santiaguíño y se encontraban mi madre y la del “raspa”, que por cierto era de Melilla, hablando de sus cosas, pero yo, como el que no quiere la cosa, merodeaba por allí al lado para oír lo que decían. Parece ser que mi madre le comentaba que se estaba haciendo una casa nueva en nuestro pueblo de Villoria (León), pero por el momento no me lo quería decir. Acercándome hacia ellas, le pregunté: ¿Que estás haciendo qué? Una farda, una farda. Que se está haciendo una farda (una falda, quería decir), respondió la madre de Enrique, con el mismo desparpajo que él tirara años después aquel paquete de celtas.

Al paso de mucho tiempo de todas aquellas cosas, cuando mis hijas me sorprendían hablando de mis asuntos y querían saber el motivo de la conversación, invariablemente les contestaba: una farda, una farda.

Naturalmente que no podían comprender el significado de aquella palabra, hasta que un buen día les conté toda la historia y el origen de “la farda”. Ahora son ellas las que riéndose sin rubor, cuando alguien se entromete en su conversación y les preguntan de que hablan, les contestan a la par: una farda, que estamos haciendo una farda.

Aquel año en que mi madre estuvo en Santiaguino, quedó maravillada del monte cubierto por el color amarillo de las mimosas en flor. Siempre me decía que le llevara alguna cuando fuera en el verano para plantarla en el pequeño jardín que tenía a la entrada de su casa. Nunca le hice caso porque para mí resultaba ser una planta vulgar que veía por todas partes.

Ahora, después de los años, me arrepiento enormemente de no haber cumplido aquel sencillo deseo que tan poco me habría costado y tanta ilusión le hacía.

Es algo que tengo pendiente, y cuando pienso en mi madre, cosa que hago con frecuencia, recuerdo aquella bonita tarde en Santiaguino y su deseo no cumplido de plantar mimosas en su jardín.

En cualquier momento me escaparé en solitario a Padrón, subiré al monte y al lado de aquel muro de piedra, donde ella se sentó, cogeré unas cuantas ramas para llevarle y plantar en la misma tierra donde ahora ella reposa, así cuando florezcan con aquel color chillón y perfume inconfundible, pueda sonreír feliz, donde quiera que se encuentre.

13 de febrero de 2007

LOS MATA CABRAS

Autores: Antonio Hernández Navarro, Francisco Sánchez Navarro, Teófilo Jiménez Muñoz y Artemi García Robayna

Es ésta una breve aventura acaecida por el mes de febrero de 1949, que protagoniza un grupo de siete muchachos, malos estudiantes pero buenos compañeros, alumnos internos del Colegio de La Inmaculada, para Huérfanos de Oficiales del Ejército, en Madrid, cariñosamente llamado por todos “El Palomar”. Tres de ellos, Antonio Hernández Navarro, Pacuco Sánchez Navarro y Teófilo Jiménez Muñoz, sesenta y dos años después ayudan a recordar lo que ahora ven como una insensatez propia de la edad.

Bodega, Cardona (de los que sólo recuerdan sus apellidos), Ángel Sánchez Navarro y Antonio Hernández Navarro, “los mayores”, con una media de edad de 15/16 años, y Francisco Sánchez Navarro (Pacuco, hermano de Ángel), Fernando Solans Rodríguez y Teófilo Jiménez Muñoz, “los pequeños”, de 12/13, son los que en la tarde de aquel domingo de invierno abandonan el centro. Se escapan.

Lo hacen al regreso de la salida de ese día festivo, siguiendo un plan que venían fraguando desde unos ocho días antes, a iniciativa de Hernández Navarro, el cual había logrado contagiar al resto la idea de abandonar los estudios, que tan mal se les daba, e iniciar otra vida en la que no faltasen aventuras. Como

lugar al que dirigirse propuso, y se aceptó, las orillas del río Júcar, entre Alcira y Cullera: una zona en la región valenciana de la que el profesor de Geografía había hablado en clase con tanto entusiasmo, y describió de tal forma, que Antonio quedó embelesado y decidido a conocerla.

La nota curiosa la aporta Teófilo, que, amigo de todos, sin embargo no está al tanto de lo que se venía preparando, y cuando aquella tarde, también de vuelta de paseo, uno de los compinchados le dice “nos vamos a escapar, ¿te vienes con nosotros?”, no lo piensa mucho y pasa a ser el número siete y el menor en edad de los fugados.

Los preparativos se limitan a unos bocadillos hechos el día antes, que guardan en el dormitorio. Llega el momento y Pacuco se presta a subir a por tan escasas provisiones, las cuales envuelve en su capa del uniforme, a manera de talego, pero surge el primer contratiempo. Cuando se dispone a bajar, ve a dos inspectores hablando en un descansillo, conversación que se prolonga y prolonga en exceso, lo cual trasmite desde la ventana del tercero a los que le esperan en el patio. Éstos, aprovechando que se estaba remodelando la fachada y los obreros usan una polea de la que cuelga una cubeta de goma, para la subida de materiales, le sugieren que se ponga de pie sobre la misma y ellos, desde abajo y con la cuerda, le descenderán.

Empieza el descenso y cuando va a la altura del segundo un “gracioso” da “el queo” (por entonces, voz de alerta entre maleantes para advertir de la proximidad de alguien que podría perturbar la fechoría en ejecución, y que, aunque ahora cueste creerlo, se usaba en el Colegio). A la voz de “iqueo, queo, el inspector!”,

Pacuco, en la seguridad de que los de abajo soltando la cuerda desaparecerían, como así fue, se dejó caer desde tal altura resultando con las manos “quemadas” por el roce con la soga .

Superado el trance sin más consecuencias, se inicia la escapada de los siete, vestidos con el uniforme del Centro, según volvieron del paseo, incluida la capa pero sin la gorra, y lo primero que hacen es alquilar en un establecimiento próximo las seis últimas bicicletas que quedaban; una menos de las necesarias, de modo que uno de ellos tuvo que viajar en el cuadro mientras otro pedaleaba. Un gran inconveniente para los dos, fácil de entender, y para el grupo que hubo de marchar más lentamente. Así y todo, cruzan Madrid, llegando a eso de las diez de la noche a la carretera de Andalucía donde, tras esconder las “bicis”, empiezan el camino a pie.

Los siete marchan por el arcén de la carretera, por la que apenas circulan vehículos, ocurriéndosele, no recuerdan a quién, que podrían parar alguno que les llevase, y para ello nada mejor que usar la pistola. Sí, la pistola que Solans trae consigo, propiedad de su abuelo, general del Ejército, y que debió coger aquella misma tarde en el domicilio familiar. Tres o cuatro veces intentan disparar a las ruedas de otros tantos coches sin que el arma, por suerte, respondiera. El desconocimiento de todos de tener que “montarla” (tirar con fuerza de la corredera hacia atrás), una vez introducido el cargador, tal vez evitó una o más desgracias, con sus consecuencias, impensables para ellos en aquellos momentos.

Continúan la marcha, y el cansancio y el sueño les aconsejan buscar un sitio donde resguardarse y pasar la noche, para lo cual se van separando de la carretera,

completamente desorientados, y a la vez acercándose a unas vías de tren que por allí pasan; y esa es su suerte, porque se encuentran con una caseta de RENFE abandonada, en mal estado pero suficiente para que, tumbados en el suelo, procurándose el “calor mutuo” y con el abrigo de las capas, intenten descansar. Era la media noche.

Se despiertan al amanecer, con mucho frío y hambre, así que devoran lo poco que llevan de comer y reemprenden el camino. Ángel Sánchez, intrigado, pronto averigua lo de “montar” el arma, se efectúan algunos disparos de prueba a unos matorrales y la pistola se guarda hasta otra ocasión, que afortunadamente no llega a presentarse. Pero lo que preocupa a todos es qué comer ese y los siguientes días, y en eso estaban cuando ven una cabra atada a una cuerda, sin nadie a la vista por los alrededores; Antonio Hernández se presta a “sacrificarla”, y lo hace golpeándola fuerte y repetidamente en la cabeza con un tornillo de rosca, muy grande, de los que se usan para la fijación de los raíles del tren.

No habiéndose tenido la precaución de llevar una navaja o cuchillo con que despiezarla ocultan el animal muerto, y prosiguen la caminata sin haber resuelto lo del sustento. Más adelante, de un sembrado que bordean cogen unas coles, pero acaban por tirarlas ante la necesidad de prepararlas y no ser capaces de comerlas crudas. Ya es el mediodía y siguen andando, cada vez con más hambre.

Están “entre Pinto y Valdemoro”, de verdad, y de pronto la sorpresa: como saliendo de varios escondrijos en el suelo surgen tres o cuatro guardias civiles que les rodean al grito de ¡Alto, la Guardia Civil! Los fuga-

dos hacen un amago de dispersión y sin oponer resistencia se van entregando uno a uno. Todos no, porque Antonio Hernández sale corriendo con todas sus ganas y no por miedo, recuerda ahora, sino en un gesto de resistencia o rebeldía ante la adversidad y la frustración de la aventura soñada.

Fue una operación bien preparada por la Guardia Civil, sin el riesgo de confrontación alguna, dado quienes eran los buscados y por la procedencia de la orden de encontrarles, a través del Patronato de Huérfanos. Intervino además una pareja a caballo, en un primer momento oculta, puesto que un “guardia montado” salió después en busca de Antonio, ya algo lejos del lugar; cuando le alcanzó le dijo, exagerando, que casi agota al caballo.

Desde allí fueron llevados a la Casa cuartel de Pinto, en cuyo exterior, junto a la puerta, se encontraba el dueño de la cabra, al que le debió resultar fácil averiguar, si es que no lo vio a distancia, quiénes la mataron, tratándose de un grupo de siete muchachos e igualmente vestidos. El caso es que el pastor se había adelantado a dar cuenta a la Guardia Civil y allí estaba. Su reacción al verles fue de una enorme violencia, obligando a los guardias a contenerle en sus repetidos intentos de agresión con el garrote, que no dejaba de blandir, junto con los justificados y airados reproches, porque la cabra que habían matado le proporcionaba la leche para una hija suya enferma.

No faltó tampoco, en medio de los gritos de queja del pastor, cierta ironía o guasa en una de las réplicas, precisamente del “matarife”, quién ahora reconoce que se atrevió a ello por la seguridad que los guardias le procuraban, así como lamenta que su inmadurez juvenil le impidiera disculparse ante aquel hombre

sencillo. Y serenados un tanto los ánimos, parece ser, al prometérselo desde “el Patronato” una pronta reparación por lo sucedido, el asunto se resuelve por la vía amistosa (seguramente, en consideración a quienes eran, o a qué centro pertenecían). A lo largo de la tarde reciben, por parte de los guardias, un trato excelente, si bien superado por sus mujeres quienes, enteradas de lo sucedido y del hambre que traían, les prepararon una magnífica paella. Un gesto que al recordarlo de nuevo agradecen.

La segunda noche de escapados la pasan todos en un mismo cuarto de la Casa cuartel de Pinto, durmiendo en el suelo, cuyo frío vuelven a combatir con el mutuo “calor humano” y las capas por abrigo. Lo hacen resignados a ser devueltos al Colegio al día siguiente, y se preguntan cómo y qué pasará luego.

El que se lleva la gran sorpresa es Antonio Hernández Navarro, que es conducido por un guardia civil, esposado y al margen de los otros seis. Como un delincuente, y por si fuera poco, por un medio tan impropio y humillante como el “auto-stop”. El agente, tras varios intentos, consigue sitio en un camión con destino Madrid, cuyo chófer accede a llevarles hasta el propio Colegio, y allí, en el momento de entregarlo al Director, el agente le quita las esposas.

Tan duro trato debió serlo por su destacado papel sobre los demás, a manera de líder, mostrado en la idea de fugarse, la toma de decisiones, la autoría de la muerte de la cabra y la huida que emprende ante la Guardia Civil cuando les interceptan. De ser así, se deduce que aquella tarde hubo indagaciones sobre la actuación de cada uno de los siete; pero, tantos años después, no vale la pena hurgar en ello.

Los otros seis son devueltos en una furgoneta del Ejército, siendo llevados Teófilo Jiménez y Fernando Solans directamente al colegio de la Institución Divino Maestro, entidad que regenta los colegios del “Patronato” en Madrid, La Inmaculada y Santiago, y cuyo director inspecciona o visita una o dos veces al año. Allí están unos tres meses como auténticos presos: encerrados en una habitación con unos colchones sobre una mesa de reunión, sin actividad alguna, sin cortarse el pelo y teniendo que avisar cada vez que necesitan ir al cuarto de baño; en estos casos venía una empleada a abrirlas, la misma que a diario les hace la limpieza y sirve la comida.

Eso sí, pueden hablar con Antonio Hernández, que corre igual suerte en la habitación contigua, en la que ingresa un día después, tras pasar la noche de llegada en La Inmaculada. La única diferencia, no se sabe por qué, es que come con los demás alumnos del centro. Un ventanillo en lo alto en la pared medianera permite la conversación desde ambos lados, y hasta verse si se suben a la mesa. Pasado el período de unos tres meses de reclusión, el trío vuelve a La Inmaculada y allí se separan.

Antonio Hernández es baja en el Colegio y pasaporte para Las Palmas de Gran Canaria, donde se aplica en el estudio y en septiembre, por libre, aprueba el cuarto curso. La medida disciplinaria que se le aplica, sin embargo, no le impedirá un par de años después ser admitido en el Colegio de Santa Bárbara, de Carabanchel Alto, y seguir en él un curso preparatorio, en su único intento de acceder a la carrera militar. Solans, cuya familia, con recursos suficientes, reside en Madrid, al parecer causa baja a petición propia; de él se sabe que ha fallecido.

Y en cuanto a Teófilo, nada más reincorporarse a La Inmaculada es pelado al cero. En todas las clases, desde el comienzo, se le pone de cara a la pared, y en los recreos está permanentemente observado por el inspector de turno. Si éste le perdía de vista hacía sonar el silbato, paralizando todos los juegos hasta que era localizado. Un trato muy severo, que el afectado aún no entiende, máxime cuando es el último en unirse a la fuga, el de menor edad y en nada se significó sobre los demás durante la escapada. Tal vez fuera el precio a pagar por permitírsele su continuidad en los Colegios, en los que en los años siguientes gozaría de un extraordinario afecto por parte de todos los compañeros.

De los otros cuatros “viajeros” devueltos en el microbús militar a La Inmaculada, Cardona y Bodega, con familia o residentes en Madrid, causan baja de inmediato en el Centro, y otro tanto pasa con Ángel Sánchez Navarro (también fallecido), al que se le pasaporta para Las Palmas de Gran Canaria, su lugar de residencia. Su hermano Pacuco, en cambio, siguió en el Colegio e, incluso y contrariamente al trato recibido por Teófilo, no sufre medida sancionadora alguna.

Por las bicicletas abandonadas, y puede que por la parte alícuota del coste de la cabra, las madres recibirían más tarde del Patronato un cargo, que se supone hacen efectivo, aunque también la hubo que se negó a pagar, alegando su modestísima e insuficiente paga de viuda y que, en todo caso, de la custodia y la responsabilidad contraída su hijo durante el tiempo de estancia en el Colegio responde la dirección de este.

Hoy día, Antonio, Pacuco y Teófilo, septuagenarios y residentes en Las Palmas de Gran Canaria, sonríen y

les divierte el recordar todo aquello; no tienen remordimiento por lo que sólo fue un pecado de juventud, y llevan, como han llevado siempre, con gran sentido del humor que se les conozca por “Los Matababras”. Pero se preguntan:

¿Por qué “Matababras”, en plural, si sólo se mató una?

VISITA A ARANJUEZ

Autor: Juan Andrés Álvarez Pérez
(Curso 1955-56)

1ª PARTE

1ª VISITA DEL GENERAL VILLALBA (Papá Ricardo)

Por la mañana y durante el desayuno, no recuerdo si se filtró o nos lo dijeron directamente. El caso fue que nos enteramos de la visita para ese día, del General Jefe del Patronato de Huérfanos del Ejército, a nuestro CHOE de LA INMACULADA.

En el recreo de la mañana, ya estábamos impacientes los nuevos, y otros no tan nuevos (como yo), que nunca habíamos visto al General, y se preguntaba a los más veteranos. Algunos de estos pasaban del tema y se dedicaron a jugar con las pelotas y demás. Otros más solícitos y complacientes, nos explicaban formando a su alrededor corros espontáneamente.

—No es mucho más alto que yo —decía un pequeño de 3º—, eso sí, el tío es de complexión muy fuerte.

Según hablaba, cerraba los puños y subía un tanto los brazos arqueándolos, en ademán que imitaba a un gorila cuando se dispone a golpearse el pecho y ejercer su autoridad.

No hay que tenerle miedo porque nos quiere mucho.

Cuando se deshacía un corro por falta de información, nos agregábamos al de al lado, y la tónica general era unánime. El General Villalba era muy querido por los Pínfanos, y se había ganado el sobrenombre cariñoso de “Papá Ricardo”.

Cuando nos visitaba, quería que todo funcionase como cualquier otro día.

Al parecer ya estaba en el colegio. El coche oficial en la puerta con su conductor uniformado, así lo confirmaba.

En estos momentos se encontraría con D. Antonio, el Director, más conocido entre nosotros por “El Sasa”, y seguramente viéndonos desde una de las ventanas.

Pronto sonó el silbato, y el silencio no tardó en notarse. Las filas tampoco tardaron mucho en formarse. Como siempre, las cuatro frente a las escaleras. Una por curso.

Éramos conscientes que nuestro comportamiento, ese día más que nunca, debía ser ejemplar.

Al subir las escaleras, dirigí la vista hacia el escape de “La Petruska”. Con la novedosa visita, se me fue el Santo al Cielo. Ella sabría perdonar.

Llevábamos poco tiempo en el aula, cuando se abrió la puerta, y al ver aparecer al General, el inspector dijo: ¡En pie! Todos obedecemos con celeridad.

El séquito del General se había quedado en la puerta, y este, después de dar los buenos días, dijo al inspector:

—Déjeme solo con los muchachos y cierre la puerta.

El inspector, así lo hizo.

No sé si los demás pensarían lo mismo; pero a mí, desde el primer momento, me inspiró plena confianza.

Se había subido a la tarima, y poniéndose detrás de

la mesa, colocó su gorra y su bastón de mando encima de ella, sentándose a continuación en la silla.

No recuerdo exactamente las siguientes palabras que nos dirigió el General; pero usando una voz cariñosa, en esencia fue así:

—Como sé que vuestras madres no pueden visitaros todo lo que ellas quisieran, lo hago yo de vez en cuando, para que sepáis que no estáis solos; sin embargo, debéis comunicaros con ellas, con vuestros hermanos y hermanas, mayores o pequeños, en casa o en otros colegios, y que esté la familia unida. Así que escribid a la familia, pues las viudas se me quejan de que no lo hacéis.

Además de ser mi obligación, me gusta hablar con vosotros y saber de primera mano si tenéis algún problema que os pueda solucionar. Como veis, no me acompaña nadie, para que me habléis con toda libertad.

—Bien, ¿Quién tiene algo que decirme?

Sabedor de la situación en mi casa, me puse de pie rápidamente diciendo:

—Yo, mi General.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Álvarez Pérez, mi General.

El General que ya había sacado papel, y cambiando el capuchón de la pluma, de delante para atrás, escribió mi nombre, diciéndome después:

—Dime Juan.

—Empezó el curso y el Patronato no ha llamado a mi hermana a ningún colegio. Mi madre dice que con la paga que le queda, no le llega para comer las dos y pagarle un colegio. Tanto es así, que hizo la primera

comuni3n vestida de negro, en lugar de blanco.

—¿C3mo se llama tu hermana y donde viven?

Le dije los datos que me pedía y me contest3:

—Los colegios los tenemos completos; pero veremos lo que podemos hacer.

No tard3 dos semanas, y mi hermana ingresaba en el colegio de María Cristina, en Aranjuez.

2ª VISITA DEL GENERAL VILLALBA

Unos meses despu3s, tuvimos otra visita del General.

Preguntado quien tenía algo que decir, me levant3. Dije mi nombre y apellidos, le agradecí el r3pido ingreso de mi hermana y al mismo tiempo le presentaba la siguiente queja:

—A mi hermana Emilia, que como usted sabe est3 en el Colegio de María Cristina, le he escrito varias veces y me extraña mucho no recibir contestaci3n de ella. Lo he hablado con algunos compaÑeros y todos coinciden que las monjas no les dan las cartas, porque no creen que sean de los hermanos, sino de los novios. Y como usted nos anima a que estemos en contacto...

—¡Estas... siempre tienen que hacer lo que ellas quieran! No te preocupes que se van a enterar, y tu hermana te escribir3 por la cuenta que les tiene.

—¿Algo m3s?

—SÍ.

Se conoce que el hombre no esperaba mi afirmaci3n, y al oírlo, puso las dos manos sobre la mesa, echando el cuerpo hacia delante, como para oírme mejor y con m3s atenci3n. Creería era otra queja de las monjas y

parecía un felino a punto de saltar sobre su presa.

—Me dice mi madre, que estando Aranjuez tan cerca de Madrid, es una pena que los hermanos no podamos vernos alguna vez.

—¿Quieres ir a verla? ¿Tienes dinero para el viaje?

—Sí, señor.

—Puedes ir este domingo, si te viene bien. Hablaré con la Superiora, para que no te pongan pegas; pero coge un tren de cercanías, no vaya a ser que aparezcas por allá abajo, por tu tierra.

Se refería a Andalucía, pues lo que antes escribí con eses, debió sonarle algo así: “Zi, zeñó”.

EL DOMINGO

Aquel domingo por la mañana, me levanté muy temprano. No recuerdo quien me despertó; pero sí, que me indicaba con el dedo en la boca no hiciese ruido, para no despertar a los compañeros.

Me dirigí a la taquilla a recoger mis bártulos de aseo, después fui a los servicios y encendí la luz. Como aun no me había despertado, me pregunté por qué tenía la maquinilla de afeitar dentro de la toalla enrollada. Era la manera de recordar que tenía que afeitarme. Hacía un año que acostumbraba rasurarme regularmente en días alternos; sin embargo no parecía tener mucha falta, ya que me afeité el día anterior.

Todo tenía su explicación. Debía ir bien afeitado, para visitar ese día especial, a mi hermana en Aranjuez.

La maquinilla también era especial, pues la heredé de mi padre, junto con una navaja barbera que dejé en casa, por considerarla más peligrosa. Al igual que mi

progenitor, no la usaba con peine y yo solo cambiaba la cuchilla (marca Sevillana), cada dos semanas o más.

Después de afeitarme, me terminé de despertar, no sé si me lavé a embozadas (haciendo un cuenco con ambas manos para recoger el agua del grifo) o duchándome, pues por más que lo pretendo, no recuerdo las duchas; aunque las supongo.

Cuando terminé de vestirme, fui a apagar la luz de los servicios y salí del dormitorio dejando mis compañeros dormidos como si fuesen angelitos.

Al salir a la calle, aún era de noche y hacía fresco.

Mientras me dirigía al autobús y al pasar junto a las rejas del patio, pensé: “Otro día más que me libro de la Santa Misa, el Rosario y el aburrimiento de este colegio en domingo”. Tenía la suerte de salir casi todos los domingos; pero la Misa diaria y sobre todo el vespertino Rosario (también diario), era demasiado.

ATOCHA

Cuando salí del metro en Atocha, ya había amanecido.

El frente de la estación con su gran reloj, me parecía más bonito, que cuando el verano anterior me fui a disfrutar tres meses de vacaciones, sin haberme examinado.

A pesar de que no llevaba maleta, sentía algo que no me dejaba gozar el momento en toda su magnitud. En esta ocasión era falta de peso; aunque precisamente en el estómago, pues solo había bebido un poco de agua al lavarme y ya era hora de ingerir algo caliente.

Bajé la rampa del lateral de la estación que daba al

Ministerio de Fomento, entré en la estación y fui a una de las dos colas más grande que había, porque encima de las ventanillas había sendos letreros donde se podía leer: “CERCANIAS”.

Gracias a que la gente debía llevar el dinero justo y la gran mayoría sería para el mismo tren, pronto llegué a la taquilla expendedora. Cogí mi billete recién comprado y me lo guardé en el bolsillo. Cruzaba la primera puerta que vi, hasta que me paró el portero y me preguntó:

—¿Lleva billete de andén?

—No.

—¿De dónde es ese uniforme?

Le conté la verdad, la buena. Los Pínfanos me entendéis, ya que en más de una ocasión debisteis encontraros en la misma situación y las respuestas eran diversas. Desde Botones del Banco de España hasta de cualquier otro banco, pasando por Correos o Telégrafos y todo era creíble para los ingenuos preguntones.

—¿Dónde vas?

—A Aranjuez, para visitar a mi hermana.

—¡Ah, bueno! Entonces ese mismo billete vale, si lo tienes ahí y me lo enseñas.

Se lo mostré y al hombre que se le notaba las ganas de ayudarme, era como si se le hubiese quitado un peso de encima. El billete de andén, creo que por entonces valía unas 3 pesetas por acompañante.

—Es que, como te vi sin equipaje...

Aproveché para preguntarle dónde podía desayunar algo y me señaló el bar que estaba allí, debajo del reloj.

Otra vez el reloj grande; pero esta vez por dentro, situado en el centro y en todo lo alto. La pared era la misma. ¿Tendrá la misma maquinaria el de dentro que el de fuera, que accionará las manecillas de las dos esferas? En tal caso, debían estar en distintos ejes de dos en dos, para que todas girasen a dextrorsum.

Desde lejos se percibía el olor a café, que aumentaba al traspasar la puerta y mezclados con otros de bebidas blancas: anís, coñac, chinchón, etc. Al mismo tiempo se sentía un calorcito agradable. El ruido de las cafeteras se mezclaba con las voces de la clientela.

Levantando la mano para que un barman me atendiera, le pedí un vaso de leche, grande y caliente.

—¿Quiere algo más el caballero?

Me empezaba a poner importante por el título; pero hice como si estuviera acostumbrado a que me lo llamasen todos los días en el CHOE y le pregunté:

—¿Qué tiene?

La retahíla fue bastante larga.

—Tenemos magdalenas, churros, porras, montaditos de lomo, sándwiches de jamón, de queso, etc. ...y magdalenas.

Cuando una persona de estas, se sabe todo el menú de carrerilla y te lo dice tan rápido, te haces un pequeño lío; pero siempre queda la musiquilla y en ella tintineando, repetidas las magdalenas. Por un momento pensé, que estaba haciendo mucha propaganda de ellas. Desde que eran más viejas que las vecinas de mi madre, o que eran fáciles de servir o vaya usted a saber. Sin dilación pedí:

—Una ración de churros.

Me puso lo pedido y mientras daba buena cuenta de

ello pensé, que me gustaban más, los que llamábamos en Huelva “calentitos”, que tenían un sabor más parecido a las porras. Estos churros, sabían más a patatas fritas y tenían unas ranuras longitudinales. Aun así, no tardé mucho en dar fin a sus calorías.

Me limpié bien las manos con las servilletas de papel, pagué y visité otra vez el servilletero, por lo que pudiera suceder en el tren y durante el día. A falta de trapillo, metí el papel p´ al pecho en el bolsillo trasero del pantalón.

Antes de llegar a la altura del portero, este señalándome hacia la dirección donde estaba el tren, me decía:

—¡Date prisa, que está a punto de salir!

Siempre he pensado que el personal de RENFE nos tenía mucha consideración.

Me quité la gorra y adelanté a una pareja que iba delante de mí corriendo. Esta carrera después del desayuno, me dejó muy agotado. Cuando subí al tren, todo mi cuerpo transpiraba abundantemente. No se veía que alguien se quedase en tierra. Una larga pitada y el tren en marcha.

Piiiiiiiiiiiiiiiiiii.

2ª PARTE - EN EL TREN

Ya acomodado en mi asiento, pensé que mi hermana me estaría esperando con mucha alegría; pero todo lo demás para mí era una gran incógnita. Desde las monjitas con su Superiora al frente, hasta unas cuatrocientas Pinfanas de diversas edades y a cuál más guapa.

Sabía algunas cosas y otras me las imaginaba; más

lo que era seguro que me perdería, no merecía apenarse, ya que ese día por ser domingo, ni siquiera leería u oiría leer, a alguno de mis compañeros fantásticas aventuras.

Alguien había tenido la brillante idea, que todos los días durante la comida, se leyese algunos capítulos de una obra de Julio Verne. Con esto nos librábamos de oír el griterío ensordecedor que salía (sobre todo) de las gargantas de la gente menuda. Las obras leídas que recuerdo son:

- 20 mil leguas de viaje submarino
- Viaje al centro de la Tierra
- De la Tierra a la Luna

Un día, al pasar por delante del cine López de Hoyos, vi anunciada en grandes carteleras que llenaban la fachada y a todo color con submarino incluido, la primera de ellas, 20 mil leguas de viaje submarino. Ni que decir tiene, que no tardé mucho en disfrutarla y en ese mismo local.

El comedor de Chamartín se encontraba, al final del pasillo de la planta baja. A mano derecha según se entraba desde la calle. Nada más pasar la puerta, podíamos ver a la izquierda unos estantes, donde se colocaba la vajilla y las paneras con las servilletas. De frente estaba la puerta de acceso a la cocina. A la derecha, el salón rectangular con tres filas de mesas cuadradas, cada una con cuatro sillas. Al final y en el mismo lateral de la puerta de entrada, se encontraba otra puerta; aunque siempre estaba cerrada. Junto a ella, la última mesa de la primera fila, donde ocupé un lugar, desde que ingresé hasta que dejé el colegio. Creo recordar siempre a Orellana enfrente de mí, de los otros dos, soy el primero en lamentar no acordarme.

LAS SERVILLETAS

Recuerdo perfectamente, que el primer día que comí allí, al coger la servilleta un compañero me dijo “Ahora tienes que inventarte algo con tu servilleta, para que se distinga de las demás, sobre todo, de las de esta mesa”. Me fijé en las de esta mesa y en las más cercanas, efectivamente, alguna tenía un nudo de lo más simple, otras formaban figuras más complicadas y la mayoría estaban desdobladas en aquel instante. El reto no era fácil de superar; no obstante la dificultad de no tener mucho donde escoger, probé a hacer una figura demasiado compleja para mi entendimiento práctico, que en el primer intento, muy poco se podía adivinar la intención del artista.

En los recreos practicaba con mi pañuelo y por fin pude conseguir una bonita tortuga, que dada la lentitud con que estos animales se desplazan, intentaba asombrar a algún que otro de mis compañeros. Para ello, ponía el brazo estirado al frente, con la palma de la mano hacia arriba y encima la tortuga mirándome. Le pedía la acariciase y cuando lo conseguía (con el habitual recelo que podéis imaginar en estos casos), le animaba a que lo hiciera desde la cabeza hasta las patitas traseras, sobrepasándola un poco; pero con mucha lentitud (lo que me dejaba más margen de maniobra), para impulsarla con presteza, lo más fuerte posible con mi dedo corazón. Esto ocurría, en el preciso momento que su mano tapaba mis dedos e impresionaba mucho más, si se acompañaba de un fuerte y rotundo, ¡¡¡jey!!!

Algunos me decían que parecía más una rana que una tortuga, por los saltos tan grande que daba; pero

el caparazón no dejaba la mínima duda que se trataba de un quelónido. Cuando me preguntaban que como se llamaba, les decía que su nombre era Chelónia; pero yo en la intimidad le llamaba Cheli, además de más corto, también era más cariñoso y ella se lo merecía por buena chica.

LLEGADA A ARANJUEZ

Faltaba poco para llegar a Aranjuez y se notaban los campos verdes y las arboledas típicas ribereñas; más no solo junto al río, sino también alejados de él, formando un gran vergel. No era extraño recordar sus fresas y los no menos afamados espárragos. También era de suponer, que sus jugosas hortalizas abastecieran el mercado local de manera absoluta y gran parte del de Madrid.

Al salir de la estación, me encuentro en una población desconocida. No tengo otro remedio, que preguntar por el colegio de María Cristina. Así que pongo manos a la obra.

Parece que a todos y todas a quienes pregunto, le es conocido el colegio; pero se me hace que está muy lejos de la estación para males de mis pobres pies, que no acaban de adaptarse al par de zapatos de “segarra”. Lo contrario es imposible.

Por fin y cuando ya desesperaba de tanto andar me dicen señalando hacia él: Ese es el colegio y la puerta principal esa con... unos hierros sujetando un toldo o algo así, para guarecer del sol y sobre todo de la lluvia, mientras esperan a que abran la puerta.

ESPERA EN LA SALA

Junto a la sala de espera, había una habitación, que según parece, era la sala de las transmisiones, donde una monja sin menoscabo de su hábito, se colocaba el microplastón encima del velo, toga, toca o como narices se llame la prenda de cabeza y con una clavija en cada mano, enchufaba una a un jack y otra a otro. A veces mantenía una de la llaves conmutadoras apretada con la mano izquierda, mientras que con la derecha daba vueltas a la manivela de la magneto con una viveza impresionante.

Creo que esta monja era la que me recibió en la puerta y me hizo pasar a la sala de espera.

Los domingos debía tener trabajo extra, pues las madres que podían, llamaban a sus hijas y aquella monja no paraba de accionar sus manos. A veces decía palabras y frases muy cortas que repetía a menudo: ¡Sí! ¡Diga! ¡Le paso! ¿Con quién? ¡Hablen, hablen! ¡Terminaron, terminaron, corto!

Supongo que el General Villalba tampoco podría con ellas en el momento de las escuchas ilegales; aunque después guardasen o no el secreto profesional de las transmisiones.

La central se me parecía con un piano. En el siguiente año supe que se trataba de la centralita Standard de 150 líneas, sin que por ello tengan que estar cubiertas todas.

En los años cincuenta, la mayoría de los pueblos de España, lo mismo que los Acuartelamientos, Bases Aéreas o de la Armada, tenían este aparato.

En mi casa nunca habíamos tenido teléfono, ni en la casa del pueblo ni en las otras de los distintos destinos

de mi padre; pero mis tíos de Madrid, todos tenían. Mis tíos de la calle Escosura tenían el 24.65.04. Fue el primer número telefónico que me aprendí de memoria y como veis aún lo recuerdo, o sea, que la memoria falla para unas cosas y para otras no.

Yo estaba inquieto por la espera tan larga y andaba de un lado para otro. De vez en cuando, me paraba para espiar a la centralista. En un par de ocasiones me dijo:

—Siéntese por ahí que no tardarán.

Menuda bronca le habrá echado “Papá Ricardo” a la Superiora, para que me castiguen tanto tiempo esperando aquí. Por más que miro por la ventana poniéndome de puntillas no veo alma viviente. Tampoco oigo voces que no sea la de la centralista, que repite las palabras como un loro. Fijándome bien en su cara afilada y su nariz un tanto aguileña, bien pudieran haberle puesto ese mote. ¿Dónde tendrán encerradas a las chicas? Supongo que les estarán leyendo la cartilla, para que no alboroten cuando me sienta a comer con mi hermana y otras dos compañeras. La que me deje su sitio en la mesa, pudiera ser que lo perdiese jugando a los chinos. Al menos, eso sería lo que haríamos los chicos en Chamartín; pero claro, a ellas no les permitirán estos pecaminosos juegos de azar.

Cansado de ir y venir del alto ventanal, a la puerta de la sala, cuando oigo unos pasos que se aproximan y haciéndome el bueno, me siento, levantándome cuando entra mi monja superintendente.

—Venga conmigo para llevarle a comer.

Cruzamos dos patios e incluso me parece que atravesamos un tercero, porque el cuarto donde entramos

estaba al extremo contrario en diagonal, es decir, entramos por el lateral derecho y al llegar al final giramos a la izquierda, haciendo una L, encontrándonos la puerta de frente. El cuarto era bastante amplio.

—Yo creí que comería en el comedor con mi hermana.

—Ella está comiendo con las compañeras. Este cuarto es donde normalmente planchamos; pero esperamos que se sienta aquí cómodo, ya que es un lugar discreto y lo mejor que podemos ofrecerle. Siéntese mientras le voy por la comida.

Me senté en la silla que había junto a la mesa y cuando salió, me quedé pensando donde pondría la gorra. Si encima de aquella enorme mesa o... ¡menudo susto! En un instante apareció en la entrada, portando una bandeja entre sus manos. Era imposible que hubiese ido a algún sitio; aunque hubiese sido volando, cosa poco probable, y en las inmediaciones, yo no había visto ninguna puerta donde poder ir y volver tan rauda. Solo se me ocurrió, que otra persona se la acercara y se la entregara por el camino.

Las niñas estarían en el comedor; pero ¿dónde estaría el comedor que desde allí no se oía ni el vuelo de una mosca?

Al menos la bandeja venía bastante surtida, varias clases de quesos formando cuñas e incluso uno pequeñito redondo que me pareció muy raro, mantequilla y mermeladas de varios colores. Yo esperaba que me dejase solo para poder atacar a gusto; pero ella al verme indeciso empezó a destapar mermeladas, animándome a que empezase sin demora.

Yo suponía que aquella comida, no era lo que le daban a las chicas de aperitivo, ni siquiera en domingo, más bien sería como consecuencia de alguna buena

reprimenda procedente del Primer Jefe de los Pífanos de España; no obstante pregunté, más que nada, por hablar algo:

—¿Todo esto les ponen a las chicas los domingos para comer?

—No, esto es un aperitivo que le ponemos a usted, por gentileza de la Madre Superiora. Toda esta comida es de su propiedad particular.

Siempre había oído, que a las monjas, tenían que dotarla de un ajuar, su familia o alguna amistad; pero que no podía tener otros bienes privados. En este caso, no me importó lo más mínimo que existiera alguna excepción a la norma y no iba a ser yo quien pusiera alguna clase de reparo.

Nunca me podré olvidar de aquel buen hombre, que hizo posible, que ese día, me diera el banquete más copioso de mi vida. A decir verdad, todo era copioso a excepción del pan, que era simplemente abundante. Vamos, que me di una panzada, que ni el mismísimo Sancho (sí, sí, el escudero más famoso del mundo), la hubiere imaginado mejor.

Cuando me trajo el primer plato (supuestamente del menú general de M^a Cristina), me dice la Sor, refiriéndose a los entremeses:

—Se lo puede comer todo ¡eh!, pues, todo eso, es solo para usted; aunque yo no dejaría enfriar el primer plato y luego continuaría.

En cuanto salió, pensé que no sería capaz de comerme ni la mitad, ni aun forzando el estómago hasta reventar.

Desde el principio, comía un trozo de queso de este, otro trozo de ese otro, de manera que cambiase de sabor a cada momento. Algunas veces repetía sabor.

Cuando creí que ya estaba bien de queso, me pasé a las mermeladas. Había probado un par de ellas, cuando al catar la tercera me llevé la sorpresa, era más amarga que la hiel. Ni que decir tiene, que le puse su tapa y la aparté de mí.

El dilema llegó, cuando quise volver a los quesos, porque después de lo dulce, podían hacerme daño. Tenía a primera vista dos opciones: Tomar mermelada amarga como paso intermedio (desechada al instante) o simplemente probar sin más. Esta vez los trozos son más pequeños y el pan el mínimo; no obstante me di por vencido ante tanta abundancia. Quizás influyera un poco, la manera de hacerme ver, que era posible comérmelo todo. Parecía que era una obligación.

En todo el colegio de La Inmaculada, no creo que hubiera un carpanta, capaz de dar fin a tanto consumo.

No recuerdo que comida tenían; pero debía estar buena porque comí bastante a pesar de los entremeses.

La monja solo estaba conmigo lo imprescindible para llevarme un plato u otro. Al final viendo que terminé con el postre, me preguntó.

—¿Se ha quedado usted satisfecho?

—Sí, gracias, Sor.

—Vayamos entonces a la sala de espera y espere allí a que llegue su hermana.

Nada más dejarme solo en la sala, corrí dos o tres agujeros del cinturón.

Llegada de mi hermana, con una sonrisa que casi no le cabe en la cara, los besos de rigor y enseguida ella que está loca por salir de allí, me lo dice y salimos por aquel gran portalón a la calle, en dirección al Jardín

de la Isla.

Por el camino me dice que ya las monjas le habían dado las cartas que yo le envié.

28 de agosto de 2005

AÑORANZAS NAVIDEÑAS

Autor: Lucas Remírez Eguía

*Oh, blanca navidad, nieve
una esperanza y un cantar
recordar tu infancia podrás
al llegar la blanca navidad*

I

Época de muérdago, abetos y ramas de pino convertidas en pequeños árboles caseros llenos de adornos, de belenes y trineos, de Reyes Magos y Papá Noel, de villancicos, de deseos de paz y felicidad, de paga extra, de excesos gastronómicos, de turrones, de reencuentros familiares, de nostalgias, de recuerdos...

MUNDI recordaba que, durante su infancia, había pasado diferentes tipos de navidades, unas, en vida de su padre, otras, en concreto dos, en el colegio y las más con su madre. Las del colegio hacía lo posible por olvidarlas y prefería recordar el resto y sus recuerdos eran de unas navidades en blanco y negro. El blanco lo daba la nieve, porque, entonces, todos los años nevaba por esas fechas y nevaba mucho y a él niño, le llamaban horrores la atención los copos cayendo mansamente y extendiendo una alfombra blanca por las calles de la que luego, si “cuajaba”, se podían hacer

bolas y muñecos con nariz puntiaguda. Cuando nevaba, la gente decía que templaba, pero, antes y después, hacía muchísimo frío.

Del blanco también formaba parte su inocencia, la inocencia de su niñez, la inocencia con la que, a esos años, un niño ve las cosas y sobre todo, si esas cosas iban envueltas en una magia que lo envolvía todo. El negro lo daba la época, el vestir de la gente, la escasez de alumbrado en las calles, que hacía que, en cuanto anochece, se quedaran desiertas, la suciedad de las fachadas de las casas... Pero eran las navidades que iban ligadas a su infancia y las recordaba con ternura y para él, fueron sus navidades, sus navidades de entrañables recuerdos...

Los niños de San Ildefonso iban desgranando con su sonsonete los números agraciados con premio en la Lotería Nacional y con esa musiquilla, se despertaba Mundi el primer día de vacaciones. Dormía con un pijama de franela, con unos calcetines de lana que le había hecho su madre, por lo de los sabañones y con la sábana y dos pesadas mantas encima, el embozo le llegaba justo hasta la nariz. El olor del desayuno venía desde la cocina, y el saber que no tenía que volver al colegio en más de quince días, le hacía arrebujarse otra vez en la cama, lleno de gozo, hasta que su madre le llamaba para que saliera a desayunar.

Se levantaba y se vestía deprisa. ya que la habitación estaba muy fría, abría la contraventana y frotaba los cristales empañados, para mirar la calle a través de ellos. Los tejados de las casas de enfrente estaban blancos, por la noche había nevado.

El desayuno lo hacía en la cocina, bueno, el desayuno,

la comida, la cena y la mayor parte de la vida en invierno. Por la tarde, si durante la mañana había hecho sol y el cuarto de estar se había caldeado, entonces, con el brasero y la mesa camilla, se podía pasar en él la tarde.

La cocina daba al patio de luces y era amplia, una ventana de las de guillotina, daba luz, ventilación cuando hacía falta y acceso a la fresquera, que era una especie de cajón con paredes de malla metálica, donde se dejaban los alimentos para que se refrescaran. En aquellos años no había frigoríficos y en hogares muy avanzados, empezaban a estilarse las neveras que funcionaban a base de trozos de barras de hielo. Había también una puerta, que comunicaba con la despensa, donde se guardaban los productos no perecederos.

Una mesa y cuatro sillas completaban el mobiliario de la cocina, en una de cuyas paredes había un calendario con San Antonio como figura principal. Al principio, las sillas se ocupaban todas, luego, más tarde, con la ausencia de su tía y la muerte de su padre sobraban dos. Mundi se preguntaba por qué no se quitaron las sillas, pero allí seguían y siendo más mocito comprendió que era una de las mil formas que empleaba su madre para tener presentes a sus seres queridos y ausentes.

Pero la protagonista del habitáculo era la cocina económica. De hierro, negra, dos fogones, una puerta frontal que daba acceso al horno, otra, más pequeña, por donde se sacaba la ceniza que originaban el carbón y la leña en la combustión, ¡ah! y un grifo por donde salía el agua caliente de un depósito que tenía la cocina y que se llenaba diariamente de agua para que se fuera calentando. A un costado de la cocina, la fregadera, de una especie de granito, con dos partes: una para fregar y la otra con una rampa ondulada, para frotar la ropa

cuando se lavaba. La salida de humos de la cocina era una chimenea, incrustada en la pared, con el “tiro” que permitía entrar más o menos aire para la combustión.

Al otro costado de la cocina, una superficie de baldosa blanca, debajo de la cual se guardaban la leña y el carbón y que servía a su madre como mostrador, donde preparar los alimentos que luego cocinaba. Así que en ese escenario Mundi desayunaba y comía y cenaba. Un día tocaba café (más bien malta) con leche y una rebanada de pan con nata.

Al hervir la leche, en aquellos tiempos la leche venía del proveedor al consumidor, daba una nata de casi un dedo de espesor que esparcida por la rebanada de pan y con un poco de azúcar le sabía a Mundi a gloria. Las comisuras de los labios se le quedaban llenas de nata y azúcar, su madre le decía: “Límpiate los labios” y él lo solucionaba pasándose la lengua.

Otros días, era pan con aceite y azúcar o galletas María o simplemente leche con pan “migao” del día anterior, sopas, que decía Mundi. Como extraordinario, había veces que su madre compraba un bote de leche condensada y lo ponía al baño María; la leche se convertía en una pasta marrón que extendida por el pan le sabía riquísima. Muchos años después, en un viaje a Argentina, comprobó que lo que allá llamaban el dulce de leche, dulce tradicional, no era ni más ni menos que una variante de lo que él había desayunado entonces.

A Mundi, en esas fechas, le encantaba acompañar a su madre a la compra. Era para él un mundo desconocido y se lo pasaba bomba por eso, la víspera de Nochebuena cuando su madre se empezaba a arreglar, él, hacía lo propio y con sus medias de lana hasta la

rodilla, sus chirucas, sus pantalones cortos, (ya tenía ganas de crecer para que le pusieran bombachos que, en aquella época, era el paso previo a los pantalones largos), su camiseta de felpa de manga larga, su camisa de franela, su jersey de cuello alto y su abrigo, se preparaba para ir con ella. Antes de salir, había veces que su madre le ponía una boina marrón, aunque esa prenda no le gustaba mucho y siempre que podía se la quitaba. Sí admitía, una bufanda que le tapaba hasta justo debajo de los ojos y unos guantes de lana. Así, de esa guisa y de la mano de su madre se iba con ella para “hacer la plaza.”

Para ir al Mercado de Abastos, que así se llamaba, tenían que recorrer unas cuantas calles. En el trayecto, no dejaban de encontrarse con alguna conocida que, a pesar del frío, se paraba para hablar un rato aunque fuera corto y es que, en aquellos años, se conocía todo el mundo en una capital de provincias pequeña como aquella. El tráfico era escaso, hasta tal punto, que todavía no habían instalado semáforos.

La circulación la regulaban, en los principales cruces de calles de la ciudad, los guardias urbanos ataviados con un uniforme azul marino, sobre el que iba un larguísimo capote del mismo color y un correaje blanco del que pendía una porra. En la cabeza un casco blanco y en las manos guantes igualmente blancos. Un silbato estridente y un movimiento continuo de brazos, indicaban a los escasos conductores lo que debían hacer. Ese día, en torno al urbano, descansaban unos paquetes, obsequio de algunos conductores en agradecimiento a su labor. Era el aguinaldo.

El Mercado de Abastos era un edificio grande que estaba en el centro de la ciudad y tenía dos pisos. En el que daba a la calle, estaban las verdulerías con

productos traídos de madrugada directamente del campo. En el piso superior, las pescaderías y las carnicerías, pero lo que de verdad le gustaba a Mundi era, en esas fechas, el exterior del mercado.

Unos hombres vestidos con unos blusones grises, pantalones de pana negros y muchas veces albarcas, custodiaban, en un pequeño cercado, a los pavos en espera de que alguien les comprase alguno. Pavos vivos, lo mismo que los capones y las gallinas que había un poco más allí. Su madre solía comprar capón pues para pavo no llegaba. El problema era que el capón, con las patas atadas, lo metían en una cesta y había que matarlo en casa.

Cuando vivía su padre, era él quien lo hacía, pero luego, tenían que recurrir a una vecina que era una auténtica maestra en el arte del degüello. Mundi colaboraba en el desplume del animal, una vez muerto. Se guardaba alguna pluma de las largas para jugar con sus amigos a los indios. Otra cosa que compraban era el cardo que, a Mundi, le gustaba mucho como lo ponía su madre, con una salsa de almendras riquísima.

El día 24 por la mañana, acompañaba a su madre a otro de los lugares que a Mundi le encantaba: la tienda de ultramarinos...

Cuando se entraba a la tienda, a la derecha, había un montón de sacos, cada cual con un letrero, en los que se encontraban las legumbres. A la izquierda, las verduras y las frutas y al frente, el mostrador con su balanza de pesas y tras del que el tendero, Celestino se llamaba, con guardapolvo azul, atendía a su clientela. En la pared frontal, detrás del tendero, estanterías y cajones donde se veían los chocolates, el laterío, las especias, el azúcar, la sal, la harina y en esa época, los

turrone, los mazapanes, los polvorones, el guirlache...

En un costado, un bidón, con una bomba manual, con la que se extraía el aceite que demandaban las clientas; pero a Mundi lo que le llamaba la atención era la romana. Colgaba pendida de una cadena sujeta al techo y se empleaba para pesar las patatas. La miraba con el ceño fruncido, porque Mundi cuando veía algo nuevo para él o le decían algo que no entendía, fruncía el ceño. Al entrar en la tienda, su madre pedía la vez y esperaban a que le tocara el turno. Mientras, Mundi oteaba las mercancías de la tienda y en voz baja le decía a su madre: "Compra castañas".

Le gustaban las castañas, unas veces las comía asadas en el fogón y otras se las hacía su madre cocidas en un puchero con unos granitos de anís. Allí compraban, además de las castañas, turrón blando y duro, este último, era gordo, casi como un ladrillo, para comerlo hacía falta primero romperlo con un martillo, polvorones, que a Mundi le gustaba apretarlos antes de quitarles el papel para luego metérselos en la boca y casi asfixiarse, hasta que conseguía irlos tragando poco a poco, los mazapanes, que no le gustaban tanto y unas barritas de guirlache, que esas le gustaban un montón.

Una tableta de turrón de yema, que le gustaba a su madre, y unas almendras garrapiñadas completaban la compra. ¡Ah!, y una botella de sidra El Gaitero. Moscatel, vino rancio o vino dulce, que es como también se le llamaba, anís del Mono y coñac Soberano, había siempre en el aparador de casa, por si venía alguna visita.

Lo que en esos años Mundi no acertó a descubrir es que, en la tienda, además de todo lo que había visto,

había un libro alargado en el que, en las hojas, que encabezaban los nombre de algunas de las clientas, se iba anotando los importes de las compras hechas cada día y a finales de mes, éstas, compensaban la totalidad o parte de la deuda, generalmente parte. Y el nombre de la madre de Mundi encabezaba una de esas hojas. Pero Mundi era ajeno a esos problemas y mientras volvían a casa sólo estaba deseando que llegara la noche para poder comer turrón, porque, eso sí, hasta que no llegaba esa noche no se comía nada de lo que se denominaba “dulces de Navidad” y la norma se guardaba a rajatabla.

La relación madre hijo no siempre era de color de rosa sobre todo para Mundi. En esos días, como hacía mucho frío y al no tener que ir al colegio, pasaba muchas horas en casa. Con los amiguitos salía alguna vez o solían reunirse en casa de alguno de ellos. El día era largo y Mundi, como cualquier niño de su edad, tenía ratos en que hacía todo lo posible para incordiar a su madre. Ella, al principio, le avisaba y aguantaba, pero llegaba un momento en que no había otra solución que la que mejor entendía el chaval: ¡La zapatilla!

Cuando su madre se quitaba la zapatilla, el subconsciente de Mundi actuaba como un juez en una carrera de atletismo y le indicaba que el pistoletazo de salida había sonado y Mundi iniciaba una carrera desahogada, por el pasillo, en busca de su habitación, con su madre detrás. Había un problema, el pasillo daba una vuelta en ángulo recto sin peralte y allí llegaba Mundi pasado de revoluciones y sin frenos, con lo que irremisiblemente se daba con la pared de enfrente y en el rebote, justo en ese momento, ni antes ni después, en ese preciso momento, es cuando su madre le colocaba el

zapatillazo en una de las dos nalgas, sin preferencias, en la que le cayera más a mano.

Ahí se terminaba la carrera. Mundi, entonces, adoptaba una postura muy digna y con la mano puesta en el lugar dolorido, el cuerpo erguido y paso decidido, alcanzaba, por fin, su habitación, se encerraba en ella y entonces rompía a llorar. Se bajaba el pantalón y su calzoncillo de bragueta y en el espejo del armario se miraba la manzana maltrecha y conforme la silueta de la suela de la zapatilla se iba dibujando más netamente sobre su piel blanca, más grande era el llanto y la congoja de Mundi. Pero todo pasaba, al cabo de un rato salía de la habitación y con un “¿me perdonas?“, hacía las paces con su madre. Ella siempre le perdonaba y le pedía un beso a cambio. Besos de madre, besos que luego allá, en los colegios, echaría de menos. Besos que trataban de borrar los chorretones que el llanto había dejado en los carrillos de Mundi, besos de amor como sólo ellas saben darlos, besos que quedan en el recuerdo y que con el paso de los años se echan en falta.

II

Su madre, siempre pendiente de todos, de hacerles felices. Cuando vivía su padre, pendiente de los dos, luego, dedicada a él, quedándose siempre la última y siendo la primera en las privaciones. Se las ingeniaba para estirar la paga de forma inverosímil. Recordaba Mundi, de donde había salido el abrigo que llevaba de pequeño. Se deshizo un abrigo viejo de su padre, se le dio la vuelta a la tela y unas hermanas modistas, que vivían en el piso de arriba, se lo hicieron para él, por supuesto más pequeño, y muy bien hecho, pero con un

fallo.

Las modistas, acostumbradas a coser para mujeres, le pusieron la botonadura al revés y ahí estaba Mundi, abrochándose el abrigo a la izquierda. Fue su tía la que dio la voz de alarma: "A este niño le veo algo raro". Vuelta con el abrigo a las modistas para que cambiaran la botonadura, cierre de los antiguos ojales y apertura de otros nuevos, cambio de lugar de los botones y por fin, Mundi hecho un señor.

No le hacía falta abrigo, pero poco menos, durante los ratos que pasaba en el cuarto de estar preparando su belén. Sobre un tablero, con una caja de zapatos organizaba un portal, dentro colocaba las figuritas que eran de barro y pequeñas. De algún tiesto de su madre cogía tierra y la esparcía por el resto del tablero. Un vecino, cuyo padre tenía una huerta, se encargaba de traer musgo para los belenes de todos los amigos.

El río lo hacía a base de papel de plata y no faltaba la lavandera que colocaba en una orilla. En un costado, organizaba unos surcos y allí ponía un labrador cavando. Su madre le solía comprar alguna figurita nueva cada año: un pastor, unas ovejas, una casita. Con un poco de harina espolvoreaba lo que sería la nieve. Pero lo que no faltaba era un camino por el que venían los tres Reyes Magos. Para él, era una cosa mágica que cada día apareciesen más cerca de portal y mientras duró la magia, todas las mañanas, cuando se levantaba, lo primero que hacía era ir a ver lo que les faltaba para llegar, porque, eso, significaba que era lo que a él le quedaba para que le trajeran los juguetes...

El tablero estaba sobre una mesa pequeña y ésta apoyada a la pared donde, Mundi, colocaba un rectángulo de papel de estraza azul, a guisa de cielo, que su

madre le sujetaba con unos alfileres. Sobre el papel, pegadas con un poquito de engrudo, unas cuantas estrellas y una más larga y con cola.

La verdad es que durante los días previos a la Nochebuena, Mundi llevaba una vida muy agitada. Se lo pasaba en grande abriendo la puerta a los que venían a por el aguinaldo.

En aquellos años, ni el cartero, ni la lechera, ni el panadero, subían a las casas. Llamaban desde abajo, si la casa tenía timbres en el portal, al timbre y si no, usaban el picaporte (tres golpes limpios, 3^o dcha., tres golpes y repique, 3^o izda.), en ambos casos, con timbre o con picaporte, después de llamar gritaban: ¡cartero!, ¡el pan! El del hielo era otra cosa, llamaba y sin esperar, dejaba en el umbral del portal el trozo de barra de hielo que correspondía al vecino que estaba abonado. Si éste tardaba en bajar o no estaba en casa, cuando quería recoger el hielo, sólo encontraba un charco de agua.

“¡Hijo, baja al portal que llama el cartero. Será carta de la tía!”. Y Mundi bajaba las escaleras hecho una exhalación. El cartero, con su enorme carterón de cuero colgado del hombro, esperaba paciente.” Toma chaval para tu madre”, y Mundi, vuelta otra vez escaleras arriba con la carta. De por sí corría, pero mucho más, cuando pasaba por el primer piso, ya que, en la mano derecha, vivía una señora que, en realidad, era muy buena y no se metía con nadie y menos con Mundi, pues tenía un hijo más o menos de su edad, pero había un pequeño detalle que a Mundi le ponía los pelos de punta cuando la veía y es que iba a la calle vestida con hábito.

Una promesa que contrajo cuando su hijo mayor cogió la tuberculosis. “Si me lo salvas llevaré hábito hasta que se case”. Se salvó, pero no había manera de que se casase y ahí andaba la mujer con su sempiterno hábito. Mundi, era demasiado pequeño para entenderlo.

Esos días, todos subían a los pisos. “El cartero les desea Felices Pascuas”, decía en una tarjetita que entregaba cuando se le abría la puerta. Lo mismo el carbonero, y el sereno y la lechera. Todos a por el aguinaldo.

Llegaba la noche del 24 y las calles de la ciudad se iban quedando desiertas, las últimas tiendas cerraban sus puertas y las pocas personas que se veían por la calle, caminaban deprisa y encogidas con las manos en los bolsillos, deseando llegar a sus casas. Por el patio de luces de la casa, se oía el trajinar en las cocinas de las vecinas preparando la cena.

En casa de Mundi había una tradición y era que tanto en Nochebuena como en Nochevieja el plato fuerte era pescado y los días de Navidad y Año Nuevo era la carne. Pero Mundi con lo que era feliz era con los postres, estaba deseando de terminar para que su madre sacara la bandeja donde estaban todos los dulces que habían comprado. Y llegaban los postres y ahí era el momento de Mundi.

Su madre disfrutaba viéndole comer los dulces y cuando tenía el polvorón en la boca le decía: “A ver si eres capaz de decir Pamplona” y Mundi Pamplona no decía, pero ponía todo perdido de trozos de polvorón. Una vez, en vida de su padre, le dieron a probar un poco de sidra y el resultado fue que el gas se le subió por la nariz y además de producirle unos lagrimones

como puños, Mundi, soltó un eructo, tal cual un peón caminero después de almorzar al borde de una cuneta.

En la memoria de Mundi, esas cenas estaban cubiertas de un tinte de amargura. Su madre hacía lo posible porque se sintiera bien, pero no podía evitar el recuerdo de los ausentes, ese sitio vacío en la mesa representaba para ella un abismo, el todo o la nada, por eso, cuando Mundi fue un poco mayor, no paraba de hablar durante la cena contándole mil y una peripecias de su estancia en los colegios, haciéndola reír, y tratando que durante ese rato su madre fuese feliz. No podía evitar que, en algún momento, se hiciera el silencio y los ojos de su madre perdieran ese brillo del que hacía gala, nublados por alguna lágrima. Con la vuelta de su tía la cosa se animó porque la que no paraba de hablar era ella, aunque siempre, siempre, había un momento en que el recuerdo se apoderaba de la velada.

Dos fracasos constaban en el currículum de Mundi por esas fechas, uno tenía relación con la Misa del Gallo. Un año se empeñó en que quería ir y fueron y entre el calorcito de la iglesia y la digestión de la cena fue entrar y quedarse dormido como un tronco.

El otro en Nochevieja. Se quedaban después de cenar escuchando la radio hasta que llegaban las doce campanadas, pero Mundi nunca aguantaba, terminaba dormido encima de la mesa. Su madre le despertaba cuando iban a sonar las campanadas. Era un desastre, pues entre que estaba adormilado y lo grandes que eran los granos de uva, sólo llegaba a meterse en la boca los tres primeros, el resto los guardaba para el día siguiente ante el peligro de atragantarse.

Sí recordaba que, un año, su madre el día 30 le dijo: "Hijo, mañana por la mañana llega a la fonda, que está a la vuelta de la esquina, un hombre que tiene más ojos que días tiene el año". Mundi frunció el ceño, y su cerebrillo empezó a procesar el dato. No dijo nada pero el día 31, él y un par de compis, provistos de sus correspondientes abrigos y bufandas, estaban desde horas bien tempranas apostados, cerca de la puerta de la fonda, contando los ojos que tenían todos los hombres que entraban en ella.

Cuando su madre bajó para hacer la compra allí los encontró con cara de desánimo. Le dieron pena y no pudo por menos de explicarles el quid del dicho. En compensación, les dio dinero para que se compraran chicle bazooka y regaliz de palo.

Por la radio se oían las campanadas y la radio era una inseparable compañera en aquellas fechas. Alberto Oliveras, cargaba las tintas durante esos días con su "Ustedes son formidables", presentando casos que ponían el corazón en un puño. El contrapunto lo ponían "Cabalgata fin de semana", Pepe Iglesias "el Zorro", aquellas voces familiares de Pedro Pablo Ayuso, Matilde Conesa, Matilde Vilariño y tantas otras, que hacían volar la imaginación, interpretando a personajes que acababan convirtiéndose en ídolos de los oyentes. Además los villancicos, a todas horas villancicos. En la emisora local el programa "Por la sonrisa de los niños" recaudaba fondos para comprar juguetes a los niños pobres.

En vacaciones, con el frío que hacía, el refugio de los niños era el cine y como las sesiones eran continuas y de programa doble, mejor que mejor. Desde el gallinero, con su bolsa de pipas, Mundi, era feliz viendo: "Manolo guardia urbano" o "Cerca de la ciudad"

donde Marsillach, hacía de cura de un barrio marginal de Madrid, y al Gordo y el Flacoy a Charlot y a Rintin-Tin. En las españolas se hacía alusión a la Navidad. Pero la película que le sorprendió a Mundi, siendo un poco más mayor, fue “Navidades blancas”. Ahí es donde se dio cuenta de que había unas navidades diferentes, navidades en colores. Pero él estaba viviendo la suyas, las navidades de tintes grises, a lo sumo sepias y que a falta de referencias, coloreaba, a su aire, con esa paleta multicolor que da la ilusión de la niñez.

III

Las figuras que representaban a los Reyes Magos no distaban ni un palmo de su destino y Mundi estaba cada vez más nervioso ya que, veía, le faltaba menos para disfrutar de sus juguetes.

La carta la escribía siempre con mucha antelación, su ingenuidad le hacía pensar que convenía escribir pronto no sea que se terminasen los juguetes y se quedase sin nada. Se esmeraba en la letra para que le entendieran bien. Le habían inculcado que no había que pedir demasiados juguetes, pues así llegaba para todos. Pero él, a lo suyo, bastantes días antes de escribir la carta, pegaba la nariz a los escaparates de las tiendas de juguetes y empezaba a hacer su lista mental para plasmarla en la misiva.

El acontecimiento de Reyes tenía su ritual, la víspera por la tarde, su madre preparaba en casa una merienda de chocolate hecho y picatostes. Lo hacía muy bien, compraba una tableta de “chocolate de hacer”, dura y negra como el tizón, la rallaba y una vez hecha polvo, la mezclaba con leche caliente y al fuego

lento, en una cazuela, despacito, le iba dando vueltas, con una cuchara de palo, hasta que hervía. Mundi invitaba a dos o tres amiguetes y sentados en torno a la mesa de la cocina, esperaban a que se hiciera. Su madre colocaba la cazuela con el chocolate en el centro de la mesa y una fuente con pan frito y azúcar, les iba sirviendo y hasta que no terminaban la cazuela, no se levantaba ninguno. Una vez vacía la cazuela, uno a uno pasaban por la fregadera donde su madre, les daba un buen refrotado de cara para quitarles los restos del chocolate. Luego, bien abrigados, se iban a ver la cabalgata de Reyes.

La verdad es que Mundi recordaba que la cabalgata era un tanto pobre y triste. Al principio una carroza, que no recordaba bien a qué hacía alusión, porque de lo que se acordaba era del plato fuerte que venía después: ¡Los Reyes!

Venían en caballos y acompañados por unos pajes a pie. Mundi no sabía, que los caballos eran del cuartel de su padre y los pajes, soldaditos debidamente caracterizados. Los Reyes iban por orden: primero Melchor, luego Gaspar y al final de todos Baltasar. Este último, era el que más impresionaba a Mundi y por el que sentía una atracción especial; hasta tal punto que, aquel año, Mundi juraría que cuando llegó a su altura le miró sólo a él, a Mundi y le dijo:” ¿Qué tal te has portado este año?”, “¡Bien, he sido bueno!”, gritó Mundi, y estaba seguro de que el otro le sonrió mientras le guiñaba un ojo y le saludaba con la mano.

A Mundi le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo y por supuesto no reparó en que al “Rey”, cuando le saludaba con el brazo, se le bajaba la manga y se le veía el brazo blanco en contraste con la cara y las manos “negras”, tiznadas con corcho ahumado. Allí se quedó

Mundi, quieto, viendo cómo se iba alejando “su” Rey, hasta que su madre le devolvió a la realidad tirando de él, la cabalgata había terminado y el frío cada vez era más intenso.

Esa noche, Mundi no cenaba, un vaso de leche era suficiente, ya que todavía tenía el chocolate y los picatostes a mitad de digestión. Se acostaba pronto, para que los Reyes no le sorprendieran despierto, pero, antes, cepillaba bien las botas, que dejaba en el cuarto de estar junto al belén y un plato con un poco de turrón y unas copitas y una botella de anís, por si tenían frío y querían echarse un traguito. Unos trozos de pan duro para los caballos, completaban el ágape de recepción.

La verdad es que por mucho que hacía por dormirse no había manera, apretaba los ojos con fuerza, metía la cabeza debajo de las mantas, pero le podía la curiosidad de si oía algún ruido. La casa estaba en silencio, así que, a las tantas, por fin, se quedaba dormido y en el sueño volvía a revivir su conversación con el Rey Baltasar.

Y llegaba el día, en cuanto su madre le despertaba salía corriendo como una bala en dirección a la habitación donde se suponía habían dejado los juguetes. La verdad es que, cuando llegaba a la puerta, se paraba en seco, contenía la respiración y la abría despacio, muy despacio y poco a poco, iba asomando la cabeza.

Que habían estado allí era seguro pues, el pan, los trozos de turrón y las copas habían desaparecido, y por si había dudas, las figuras de los tres Reyes del belén estaban pegaditas al portal. Así que con fuerza

terminaba de abrir la puerta y se plantaba en la habitación. Nunca consiguió que le trajeran todo lo que había pedido, sí es cierto que algo coincidía pero, en aquellos años, las posibilidades estaban muy limitadas y la desilusión que se llevaba, viendo la menguada carga que le habían traído, la compensaba cuando, más tarde, se reunía con sus amigos y veía que, salvo raras excepciones, estaban en la misma situación. Mundi recordaba con emoción su ingenuidad mientras duró la magia.

Cuando descubrió la realidad, quiso permanecer afeerrado a esas sensaciones vividas en aquellos días hasta el punto de que, aun hoy, hecho todo un señor mayor, el día 6 de Enero se levantaba con el gusanillo de la incertidumbre y el niño que llevaba dentro, salía a relucir cuando deshacía los envoltorios de los regalos.

Algunos juguetes de los que en aquellos años le habían traído, todavía los guardaba arrinconados en un viejo trastero. Un triciclo, con el que había batido récord de velocidad por el pasillo, un rompecabezas, un juego de construcciones, una escopeta de corcho, un arco sin flechas, ya que la única flecha que venía con él, de las de ventosa, desapareció cuando decidió hacer puntería sobre uno de los cuatro cristales que componían la ventana de su habitación y cosa rara, acertó. La flecha se quedó pegada con la ventosa en el cristal y todo hubiera ido bien de no ser porque la masilla que lo sostenía estaba ya pasada y lentamente, cristal y ventosa, con flecha incorporada, se fueron a la calle.

Hubo suerte pues no pilló a nadie, el cristal se hizo añicos y algún mozalbete de los que pasaban por allí se quedó con la flecha. Mundi de eso no se enteró pues, para él, había sonado el disparo de salida y corría que

se las pelaba por el pasillo tratando de evitar el zapatillazo de su madre. También guardaba un libro de cuentos de Hans Christian Andersen.

Este regalo fue idea de su tía y la verdad es que el libro era muy bonito; grande como un atlas, de tapas duras, hojas gordas y con unas ilustraciones, en sepia, preciosas. Lo que pasaba es que las ilustraciones eran demasiado reales y Mundi cometió el fallo de empezar a leerlo por la noche, en la cama, antes de quedarse dormido y fue dormirse y empezar a dar vueltas alrededor de su cama un puñado de brujas, de las auténticas, de mentón prominente, narices curvas, muy curvas, que casi se juntaban con la barbilla, y bocas melladas, vestidas con sayales negros y cabezas con escasos, pero largos pelos blancos. La habitación se había convertido en un auténtico aquelarre y Mundi optó por taparse por completo pero, cada vez que asomaba la gaita por una rendija de las mantas, allí seguían. Cuando, al día siguiente, despertó, el libro estaba sobre la mesilla, no había ni rastro de las brujas, pero él, Mundi, estaba caladito de sudor y de otro líquido que olía de una forma un tanto extraña. En una palabra, estaba meadito vivo de miedo.

Bastantes años después...

El matrimonio soportaba paciente el atasco que formaban los vehículos, tratando de encontrar sitio en el parking del Centro comercial. Las fachadas del establecimiento resplandecían con un sinfín de motivos navideños, diseñados a base de bombillas de mil colores. Como todos los años, la víspera de Nochebuena, acudían juntos para hacer las compras de Navidad.

Desde principios de noviembre, las campañas publicitarias en prensa, radio y televisión, presentaban los productos navideños e invitaban a su consumo. Pero, ellos, permanecían fieles a la tradición y hasta ese día no compraban nada relacionado con esas fechas. Consiguieron aparcar el coche y se dirigieron al hipermercado. A la entrada, les recibió un tipo, a guisa de Papá Noel, vestido de colorado, con larga barba blanca y un buen tripón; hacía sonar una campanilla y decía muchas veces ¡hop!, ¡hop!, ¡hop!, mientras que a los niños les daba caramelos. Junto a él, en el suelo, tenía un gran saco, en teoría, lleno de juguetes.

La música ambiente, desgranaba temas navideños, la mayor parte en inglés. Entraron y más adelante se encontraron con unos tronos, sobre una tarima, en los que estaban sentados los tres Reyes Magos, por cierto, uno con gafas. El negro, era negro de verdad, y Mundi no pudo por menos de esbozar una sonrisa recordando el Baltasar de su infancia. Una fila de niños acompañados de sus padres, esperaban pacientes que les llegara el turno de entregarles la carta y hacerse una fotografía con su rey preferido.

Viendo las caras de expectación de esos niños, Mundi, se dejó llevar por los recuerdos de aquellas navidades de su niñez, las navidades de aquellos años de carteros y serenos, de braseros y cisco, de faldas plisadas y pololos, de mantillas y devocionarios, de fusibles de cerámica e interruptores de pera, de orinales y botellas de agua caliente, de cuarterones de picadura y librillos de papel de liar, de carbonilla y billetes de tercera clase, de películas censuradas y gallinero, de permanentes y brillantina, de Frente de Juventudes y Sección Femenina, de sotanas y bonetes, de besugos y

chicharros, de colchones de lana y somieres de muelles, de tirabuzones y plexiglás, de cocinas económicas e infiernillos, de botejas de leche y repartidores de carbón, de soldados y niñeras, de Mariquita Pérez y mecanos, de escopetas de corcho y cocinitas de hoja de lata, de tebeos y cromos, de canicas y tabas, de panas y chirucas, de maletas de cartón piedra y emigrantes, de eras y trillos, de máquinas de vapor y motos con sidecar, de hoces y zoquetas, de calles de adoquines y farolas de gas, de mili y Servicio Social, de leche en polvo y queso americano, de Fiscalía de Tasas y fielatos, de “fideos” y letras de cambio, de fondas y alquiler de habitaciones con derecho a cocina, de blusones y guardapolvos, de botijos y porrones, de besos furtivos y moral pública, de cataplasmas y fósforo Ferrero, de sabañones y pasamontañas, de achicoria y agua de litines, de abrigos vueltos y medias con costura, de carros de mano y mozos de estación, de pan de hogaza y azúcar moreno, de cines de sesión continua y matinales, de gaseosas de sobre y sifones, de seriales y diarios hablados (partes), de manteles de hule y cajas redondas de arenques en salazón, de igualas y sanguijuelas, de irrigaciones y aceite de ricino, de inocencia y credulidad...; años, que le tocó vivir en una edad en la que todo es posible porque todo queda por llegar. Años, que le producían una cierta añoranza y que cada vez le quedaban más lejanos y borrosos, con seres entrañables, amigos, vecinos, personas, objetos y hechos, que formaron una parte muy importante de su vida a la que no quería renunciar.

Navidad 2004-2005

GUARDIA A FORMAR

Autor: Mariano José Barrio Rodríguez

Este pequeño relato cuenta la historia del primer pínfano, al que con tan solo 17 años le formaron Guardia de Honor, cuando se presentó en la entrada de un cuartel.

Este pínfano se incorporó al colegio de La Inmaculada, donde durante su primer año de estancia, en el mismo, estudió 4º. de aquel bachiller de entonces. El curso le fue bastante mal: el reciente fallecimiento de su padre; no se adaptó en ningún momento a su nueva vida; el frío que hacía en Madrid (él provenía de las tierras cálidas del norte de África y a veces tenía que dormir totalmente vestido, hasta que un día le pilló EL TOPO y se acabó el calorcillo).

En definitiva durante todo el curso, tan solo salió de paseo UN DÍA (el de la Inmaculada) puesto que había amnistía, el resto de los festivos y domingos siempre estaba castigado, aunque creo recordar que un día consiguió estar solamente castigado por la mañana.

Como es lógico, cuando dieron las notas del curso: 4 super suspensos, Matemáticas, Francés, Latín y Física (si no me traiciona la memoria, ¡hace tanto tiempo!).

¡Uf!, menudo disgusto en casa de mis tíos, que era donde iba a pasar el verano.

Mi tío era un hombre muy estricto, así que cuando

llegamos, al Cerro Muriano, tuvimos un corta y fructífera conversación; de aquel intercambio de pareceres salió la siguiente solución:

Todos los días a las 7 de la mañana, arriba. A sacar agua del pozo, junto con tus primos y los guardeses, para regar los frutales (en aquellos tiempo en Cerro Muriano, no había casi agua corriente y en días alternos se servía a través de un grifito que había en cada casa y chalet, durante la mañana, agua potable (entonces no existía el agua mineral, la que había era solo para los enfermos, quién pudiera pagársela, claro), por lo tanto diariamente había que sacar agua de un pozo que estaba a 30 metros de profundidad, con su correspondiente cuerda, cubo y polea (es decir a brazo partido).

Una vez finalizado el regado, un buen desayuno y a estudiar por de 9 a 13 y de 17 a 20. Tu primo Emilio (este estudiaba 3º de Caminos) te dará clase de matemáticas y latín; tu primo José Manuel (este iba en 4º de Medicina) lo hará de física y francés. Bien entendido que si no te sabes la lección, cuando te la tomen, según el horario que ellos decidan, si es por la mañana no te acostarás la siesta y si es al final de la tarde, no te irás a la cama hasta que te la sepas.

Menudo verano que se tiraron mis primos.

Bien, cuando volví en septiembre a La Inmaculada, la super preparación que hice durante el verano me llevó a que durante el tiempo que duraron las clases, conseguí no efectuar los correspondientes exámenes y ante el asombro de propios y extraños, conseguí cuatro notables.

El siguiente curso aprobé todas las de cuarto a la primera, lo mismo que la Reválida.

Los dos siguientes cursos, los hice en El Bajo, donde pasé sin problemas finalizando el Bachillere Superior.

Yo quería ser médico, pero mi madre y mi tío decidieron que lo mejor era que estudiara para militar, porque así nada más acabar la carrera ya tendría un buen sueldo para cuidar de mi madre.

Estuve en el Alto hasta que nos llevaron al reconocimiento médico y entonces descubrieron que era daltónico (al paso de los años lo que se detectó es que tenía una falta supina de educación cromática) y como es lógico me dieron de baja, enviándome a Valladolid.

No hay nada importante entre este momento y el año 1961, no recuerdo las causas exactas, posiblemente porque no daba ni golpe en el colegio de Valladolid, el caso es que entre, nuevamente, mi tío mío y mi madre, decidieron que la única solución que tenía mi falta de amor al “trabajo” v.g.: el estudio, era, como se decía en aquellas tiempos: SENTAR PLAZA.

Ingresé voluntario y una vez finalizado el periodo de instrucción, pasé a mi destino final en el Ministerio del Ejército, allí muy cerquita de las oficinas del Patronato, comencé a visitarlas a menudo y no sé cómo un día surgió la conversación:

- ¿Por qué no ingresas en Zaragoza?
- Porque soy daltónico.
- No te enrolles Charles Boyer.
- Oye que sí, que me pasó esto... en Carabanchel.
- Vamos a ver al comandante médico.

Después de varias pruebas, se me dijo que lo que me pasaba es que no me sabía todos los colores.

Y de ahí mismo me enviaron a una academia preparatoria que había, creo recordar, en la calle Preciados, cerca de la Plaza de Santo Domingo, comenzando la preparación, de inmediato.

Bien como era necesario preparar las pruebas físicas, hablé por teléfono con el capitán Villalba (hijo del general) que era el capitán de mi Compañía, aunque yo estuviera destinado en un gabinete del Ministerio y me autorizó a usar el gimnasio que tenía nuestro regimiento, en Campamento.

Un día me puse en marcha y decidí ir hacia dicho gimnasio. Para llegar al cuartel había que andar un buen trecho por una carreterilla desde la cual se divisaban las instalaciones del cuerpo de guardia, a bastante distancia; lo mismo que yo veía perfectamente desde lejos las instalaciones, desde las mismas veían todo lo que iba por la carretera.

En aquella ocasión ¡menudo rollo me monté!, me había puesto el uniforme que todavía guardaba del CHOE, y además conservaba aquella funda blanca que se ponía en la gorra del Alto; cuando llegué a la entrada me habían formado la Guardia, porque el cabo (que era más bruto que un arao) me había confundido de lejos (según manifestó posteriormente) con un alto cargo de La Armada.

Al final todo se aclaró y yo me libré de un paquete de órdago, gracias al capitán Villalba y a que ese día estaba haciendo las veces de capitán de cuartel, mi amigo el alférez Cuesta, que fue mi jefe durante el periodo de instrucción.

Así fue como un pínfano de diecisiete años fue recibido con honores.

LA FOTO

Autor: Lucas Remírez Eguía

CAPÍTULO I

Aquella tarde de domingo invernral, desapacible, Mundi y su mujer habían decidido poner en orden dos baúles que tenían llenos de libros y revistas de hace no se sabía cuántos años, que hubieran hecho las delicias de cualquier vendedor de lance y que estaban mezclados con montones de apuntes y libros de texto usados, de sus hijos. De paso, aprovecharían para tirar lo que no sirviera.

Ellos, los hijos, para no variar, pasaban del tema y ese día tenían muchas cosas que hacer. Así que, armados de paciencia, comenzaron a sacar todo lo que había allí dentro.

Al coger un libro, forrado con papel de estraza de color marrón y muy desgastado por el uso, una fotografía se deslizó de entre sus hojas. Mundi tomó la fotografía en una mano y con la otra abrió la primera página del libro. Arriba del todo, con letra vigorosa y en tinta, se leía. “Este libro es de Mundi (4^o Curso)”, y una especie de rúbrica. En el centro de la hoja venía el título del libro: Edad Prohibida.

La foto era en blanco y negro, los bordes tenían forma ondulada y una especie de fisura la atravesaba de arriba abajo. Una de las esquinas estaba cortada. Mundi recordaba que esa foto había sido tomada el

primer año que llegó al Bajo. Por exceso de alumnado en la Inmaculada, a él y a otros cuantos, los trasladaron a Carabanchel Bajo para hacer 4^o y Reválida.

Tendría trece años a punto de cumplir catorce. No recordaba las circunstancias en que fue tomada ni quién lo hizo. Aquel día debía hacer buen tiempo, los protagonistas miraban a la cámara como haciendo un esfuerzo para no cerrar los ojos ya que el sol les molestaba. Como escenario, habían elegido una zona del campo de fútbol desde la que, al fondo, se veía un lateral del edificio del colegio y un grupo de árboles.

Eran cuatro y vestían de trapillo. Tres estaban de pie y uno en cuclillas, en primer plano, delante del que ocupaba el centro de los que estaban de pie.

El primero por la izquierda, según se miraba la fotografía, era “Beni”, Benito Bueno. Huérfano de padre y madre, hijo solo, tenía como tutor a un tío suyo, al que apenas conocía cuando se quedó huérfano, que decidió que lo mejor para él era el pinfanato y empezó a recorrer colegios desde los 5 años. Mundi lo conoció en Padrón cuando el otro llevaba ya tres años de colegio y pronto hicieron buenas migas, probablemente porque los dos eran hijos solos. Era otro de los trasladados.

El “Beni”, que así es como se le conocía, miraba a la cámara con una especie de sonrisa un poco forzada, como de querer quedar bien, porque, Benito, tenía la tristeza en la mirada y era un chaval serio, muy serio para su edad. Sus compañeros habían sido para él, desde que pisó el primer colegio, el paño de las muchas lágrimas que vertió y su consuelo en momentos difíciles. El Beni era el clásico chavalote bueno por naturaleza. Haciendo honor a su apellido,

le pegaba lo de, el bueno de Benito. Se llevaba bien con todo el mundo y sentía admiración por los mayores a los que observaba tratando de copiar sus gestos; no digamos nada, cuando salían a la calle y se cruzaba con algún grupo de los del Alto, aquellos eran para él, el no va más.

No era tonto y en estudios iba bien, muy bien, aunque tenía la mala suerte que cuando se soltaba alguna, por allí pasaba Benito. En los “abordajes” era un auténtico desastre. Tenía un protector, una especie de ángel guardián: El “Nico”.

Era el del centro de la fotografía. Por el mote, recordaba Mundi, que muchos creían que se llamaba Nicolás, pero no era así, él se llamaba Juan Beltrán, pero era maño, de un pueblo próximo a Teruel y en casa todo el mundo le llamaba Juanico. Así que la pinfanada, vaga por naturaleza, le acabó llamando Nico, que era más corto.

Cuando murió su padre, la madre decidió volver al pueblo donde había nacido y donde vivía su familia. Nico era, como se dice en Aragón, un hijo tardano, tenía dos hermanos mayores, chicos los dos, que le llevaban más de diez años. La madre tenía unas tierras en el pueblo, herencia de sus padres, y optaron por dedicarse a explotarlas. Así que a Nico decidieron mandarlo al colegio de huérfanos. Hubo problemas, pues al tener propiedades, no reunía los requisitos necesarios para el ingreso, pero, al fin, se solucionó la cosa y Nico, muy a su pesar y en contra de su voluntad, llegó al Bajo.

En la foto se le veía de una estatura media y un chico de constitución fuerte para su edad. Era moreno, de

cejas muy pobladas y el acné juvenil había hecho estragos en su cara, sobre todo en la frente y en el mentón. Vamos, que tenía la cara hecha un mapa. Claro, esto, era motivo de cachondeo por parte de la concurrencia, “Nico, cochino, deja de despellejártela”, “Nico, acabarás quedándote ciego de tanto darle” y cosas por el estilo. No todo el mundo se atrevía a gastar bromas, sólo se las permitía a los amigos. Porque, Nico, era, además de fuerte, violento, probablemente de una violencia involuntaria ocasionada por su rebeldía ante la situación no deseada. Malo no era, al contrario, era noble y se rebelaba ante lo que él consideraba era injusto.

El primer día que llegó al colegio, a la hora de comer, se produjo un “abordaje” y Nico se quedó a verlas venir de manzana, que era el postre de ese día. Serio, sin pestañear, le dijo al listillo que le había quitado su manzana: “Dame mi manzana”, recalcando el mí. El otro, dominando la situación, cogió la manzana y le dio un bocado. Antes de que empezara a masticar, Nico ya le había cogido por el cuello. No por el cuello del trapillo, sino por el cuello de respirar, vamos por el gaznate.

El otro empezó a congestionarse, soltó el trozo que tenía aun entre los dientes y le dio la manzana. Nico, también le soltó e impassible, cogió, primero, el trozo de manzana que el otro había mordido, empezó a comérselo y luego, la manzana entera. En la mesa estaba el Beni, que, cuando salieron del comedor trató de explicarle en qué consistía la costumbre del abordaje.

El otro le escuchó atentamente y cuando el Beni terminó, espetó: “Eso no me gusta, a cada cual lo suyo, no contéis conmigo”. Al Beni, verse ante un machazo

de esa naturaleza le entusiasmó y se hicieron amigos. Así que, el Nico, entró en la cuadrilla de Mundi a través de Benito. Mundi recordaba que era un poco *farrás* en el vestir y en la foto aparecía con el pico derecho del cuello de la camisa hacia arriba .

CAPÍTULO II

Claro que, Mundi, no podía estar muy orgulloso de cómo había salido en esa foto. Era el tercero que estaba de pie, el de la parte derecha de la foto según se miraba y aunque estaba de frente, tenía un hombro más alto que el otro. Miró detenidamente la foto y sí, el hombro izquierdo estaba más alto que el derecho. ¿Por qué? Al poco cayó en la razón de la malformación. En esa parte, justo en esa parte de la chaquetilla del trapillo, era donde tenía el almacén de “papel pal pecho”, a la que se accedía desde el bolsillo del mismo lado, previamente manipulada la costura. Cuando andaba suelto de vientre, acumulaba más papel del normal y esa debía de ser la situación ese día, ya que parecía casi una hombrera de jugador de rugby. Mundi era un poco más alto que los otros dos y en la foto miraba hacia la cámara, pero la mirada la tenía fija en algún objeto que estaba detrás de ella. También sonreía y en la mano izquierda tenía un libro con las pastas forradas. La derecha la apoyaba sobre el hombro de Nico.

El cuarto de la foto, el que estaba en cuclillas, era el guaperas del grupo, aun agachado, se adivinaba que era el más alto de los tres con diferencia. Las mangas de la chaquetilla le estaban cortas y lo disimulaba doblándose los puños de la camisa sobre ellas. Los

calcetines le hacían fuelle y los pantalones, en cuestión de larguras, tampoco debían irle muy allá. Era rubio, iba pelado al cepillo y tenía los ojos muy claros, el mentón afilado y complexión atlética. Jugaba muy bien a balonmano y saltaba altura de maravilla. Se llamaba Jorge de Miguel, sin más y no tenía mote. Le llamaba todo el mundo Jorge y punto. Cuando su padre murió, su madre, italiana de nacimiento, decidió que sus dos hijos chica y chico, fueran a los colegios de huérfanos hasta que decidiera qué quería hacer con su vida. Jorge empezó en la Inmaculada su periplo pinfanero.

Su hermana le llevaba cuatro años y le gustaba hacer de segunda madre. Pronto tuvo que hacer casi de primera ya que, la madre, llegó a la conclusión que el mejor sitio para rehacer su vida era su Italia natal. Así que los dos hermanos se quedaron bajo el cuidado de los abuelos paternos que vivían en Canarias. Como es lógico no los veían nada más que en vacaciones de verano y los colegios fueron para ellos su verdadera casa y sus compañeros, su familia. De su madre recibían cartas periódicas, pero ahí se quedaba la cosa.

Jorge era un chico alegre y su sonrisa en la foto era franca y abierta. Tenía una obsesión enfermiza por los animales. En el bolsillo siempre llevaba una vieja cuchilla de afeitar envuelta en papel de plata, del de las cajetillas de tabaco rubio y animal que veía muerto, bien fuera lagartija, pájaro, saltamontes, incluso ratones, lo convertía en pieza de disección. A los pájaros los desplumaba primero y luego una vez abiertos en canal les decía a los otros: “Este es el corazón”, “Este el hígado” “Vamos a ver que es lo último que comió”. Con los ratones era otra cosa; el único que aguantaba la clase de anatomía era Nico, que era su

proveedor habitual de animales, porque, Nico, dominaba el arte del “tirabeque”. Los demás le llamaban tirachinas, pero él le daba esa otra denominación. En los descansos, mientras los otros se entretenían en otras cosas, él les decía: “Me voy de caza”, procurando que no le viera ningún inspector y rara era la vez que volvía de vacío.

La hermana de Jorge, terminaría ese año secretariado en Aranjuez y los dos hermanos mantenían sus lazos de unión a través de las cartas que se escribían. “Dice mi hermana que allí hay monjas que tienen una mala leche que para qué”. “Pues dile a tu hermana que le cambio tres de allí por uno de aquí, ¿verdad tú?”, decía el Nico. El tú, era, en este caso, Beni, que ratificaba lo dicho por el otro con un: “Y que lo digas”.

Mundi permaneció un rato con la foto en la mano como queriéndose guardar bien todos los detalles y tratando de revivir aquel momento de su vida congelado en un trozo de papel mate.

Cuando se contempla una fotografía en esas circunstancias, es como si sus personajes, su entorno, los olores, los sonidos cobraran vida y uno se ve transportado a aquellos momentos de su existencia. Voces de compañeros jugando en las inmediaciones, otros detrás del que hace la fotografía haciéndoles muecas, olor a primavera recién estrenada....

Se fijó en el libro que llevaba en la mano y en el que había guardado la fotografía durante tantos años, era el mismo, forrado de papel para que no se viese el título: Edad prohibida.

Aquel libro se lo había enviado su tía como regalo de cumpleaños, ya que le faltaban días para cumplir los catorce, en uno de los pocos paquetes que recibió a lo

largo de sus años de internado. Había tenido un éxito sin precedentes entre los jóvenes de la época y aun ahora, recordaba Mundi, seguía vendiéndose en las librerías y de hecho sus hijos también lo habían leído. Cuando lo recibió, sujeta con un clip a la portada, había una cartulina con una dedicatoria:

Has entrado en una edad en la que nada debiera estar prohibido, nada, excepto aquello que tu propia conciencia repeliere. Espero te guste.

Kisses.

CAPÍTULO III

Y le gustó, vaya si le gustó, a él y a los compas. Al principio, el interés fue debido al título. Luego, empezaron a mosquearse porque Mundi en los ratos libres se dedicaba a la lectura del libro y apenas les hacía caso. Así que decidieron que ellos también querían participar del asunto. Después de varias discusiones llegaron a la conclusión que la mejor forma de leerlo era todos a la vez y lo más práctico que uno leyera y los otros escucharan. Por votación, Beni fue elegido como el lector y hay que reconocer que lo hacía muy bien. Todo llevaba su protocolo. Buscaban un lugar apartado, se sentaban en el suelo, la mayor parte de las veces y mientras le atizaban mordiscos al bocata de la merienda, Beni, en el centro, comenzaba la lectura. Leía pausado y con una entonación estupenda. Las frases con admiración eran las que más le gustaba expresar, en las interrogativas daba la pauta adecuada aunque, si la frase era larga, había veces que parecía que se iba a quedar sin respiración. Pero lo bueno era cuando cualquiera de los oyentes le

decía: “Beni, repite eso de...” y él volvía atrás y repetía el párrafo. Cuando menos lo esperaban paraba, le pegaba un bocado a la merienda, masticaba despacio y una vez la boca vacía proseguía con un “continúo”.

La historia era muy apropiada para ellos ya que relataba las vicisitudes de una pandilla de amigos, chicos y chicas, que empezaba cuando eran chavales de una edad como la suya, abiertos a los misterios de la vida, a los primeros amores, a los amores frustrados y llegaba hasta la madurez. Además, había uno que era huérfano como ellos.

Dejaban volar su imaginación mientras el otro leía, poniendo caras a los personajes y transportándose a los lugares y situaciones donde el autor colocaba a los protagonistas. La historia el huérfano, con la fulanilla que se hacía llamar “Quince pesetas”, fue una de las cosas que les llamó la atención, y el juego a las prendas y al escondite con las luces apagadas en la casa de una de las chicas. Bueno, en realidad, todo les gustaba, pues describía unos ambientes para ellos desconocidos y hasta cierto punto inalcanzables. Cada cual se identificaba con uno de los personajes, y a las chicas a pesar de que el autor las describiera en su relato, ellos les ponían caras y cuerpos a su antojo idealizándolas según los gustos de cada uno.

“Debe ser chulo bañarse en el mar”, decía Mundi, cuando Beni leía las aventuras de la pandilla en la playa de Ondarreta. “Muy chulo”, contestaba Jorge, “Además, en el mar flotas mejor, por lo de la sal”.

“Por mi pueblo pasa un río, que tiene unas pozas donde te cubre y el agua está helada. Las chicas del pueblo se bañan en unas que hay a las afueras, a escondidas, en ropa interior y combinación, nosotros

las espíamos”, decía Nico.

“Tú siempre pensando en lo mismo”, le contestaba Jorge.

El final de uno de los recreos les dejó con el libro a falta del último capítulo. Decidieron que esa misma noche tenían que terminarlo y lo harían en los baños. Cuando el silencio se adueñó del dormitorio, cuatro sombras furtivas se fueron hacia los lavabos y allí, entre el goteo de dos o tres grifos que cerraban mal y el ruido persistente de una cisterna que no terminaba nunca de llenarse, Beni, inició la lectura del último capítulo. Fue desgranando párrafo tras párrafo y cuando llegó al último renglón, puso todo el énfasis del que era capaz pues sabía que, con esa lectura, terminaba su protagonismo y leyó: “Pero Anastasio no las oía. Oía tan sólo sus voces interiores y el latir gozoso y apresurado de su corazón”. Luego haciendo una pausa dijo: “Fin”. Los otros se quedaron mirándole a él y al libro, como si se hubiera dejado de leer alguna hoja que venía detrás.

Mundi preguntó: “¿No tiene epílogo?”. “No”, dijo Beni. “Joe, que pena”, dijo Jorge. Nico apostilló: “Ese Anastasio, de bueno que era parecía tonto”. Y los cuatro se fueron a la cama .

Esa noche, cuatro adolescentes a solas con sus pensamientos, curtidos en el arte de aislarse en sí mismos en un dormitorio lleno de gente, se fueron muy lejos de allí y dieron forma a cuatro finales de la novela, seguro que todos diferentes, pero con ellos de protagonistas.

Los dormitorios... lugares para soñar con los ojos abiertos. Cuantos pínfanos deseaban llegase el mo-

mento de meterse en la cama para encontrarse consigo mismos, para hacer proyectos de futuro, un futuro con mil interrogantes a los que a esas edades era muy difícil encontrar contestación, para montarse un mundo de ilusiones, para erigirse en protagonistas de mil y una aventuras, para recordar a los seres queridos, incluso ¿por qué no?, para llorar en silencio, la mayor parte de las veces tratando de rebelarse de impotencia frente a ese mundo que les rodeaba y que, a la vez, les hacía sentirse tan solos. También para encontrar entre susurros al amigo confidente con el que compartir penas, mientras el sueño llegaba y hacía de bálsamo reparador.

En eso pensaba Mundi cuando dio vuelta a la fotografía. Allí estaban las dedicatorias. Arriba del todo, reconocía su letra cuando leyó: Colegio de Santiago. Mayo de 19. Las dos últimas cifras no aparecían porque coincidían con la esquina que estaba cortada .

La primera, arriba, era la de Jorge, estaba escrita con una letra muy pulcra tipo imprenta y decía:

A Mundi para que se acuerde siempre de su amigo.

Y debajo ponía Jorge, con una media rúbrica que rodeaba el nombre.

La de Nico era más escueta. Estaba debajo de la de Jorge. Se había esmerado en la escritura y con una caligrafía rasgada había escrito:

Mundi, cuenta siempre conmigo.

Debajo Juan. Una rúbrica grande envolvía el nombre y el texto.

La de Beni era igual de escueta, letra firme y muy bonita. Decía:

Mundi, siempre juntos.

Luego, Benito y como rúbrica, una línea casi recta que partía de la “o” y recorría la parte de debajo del nombre con una pequeña inclinación para que le cupieran dos rayitas verticales, muy juntas y pequeñas, que cruzaban la línea.

Que curioso, pensó Mundi, todos habían puesto la palabra siempre. Siempre...

Aquel curso se presentaba duro, pues al final de todo estaba la Reválida y los que examinaban no tenían nada que ver con los profesores del colegio. Nico ya había superado la rebeldía interior que le producía el estar interno y se destapó como un virtuosillo de las Matemáticas, a Mundi tampoco se le daban mal; sin embargo lo de Beni era el Latín y la Literatura. Jorge estaba en una especie de tierra de nadie aunque las Ciencias Naturales le atraían un montón.

CAPITULO IV

El curso fue transcurriendo más deprisa de lo que parecía. Nico hacía de proveedor de la cuadrilla pues recibía más paquetes que el resto y cuando llegaban, era todo un acontecimiento pues algún chorizo caía seguro. “Los de la capital no tenéis ni idea de comer” les decía, mientras repartía un trozo de chorizo a cada uno. “Este parece que pica un poco”, decía Beni. “Si, tú ponle pegas encima” le contestaba Mundi, mientras trataba de meter el trozo de chorizo entre el pan de la merienda mezclado con el queso americano que tocaba esa tarde.

Hubo dos noticias que perturbaron la paz del grupo. Un hermano de Nico estaba barruntando el emigrar, pues decía que él no iba a estar toda la vida dedicado

al campo. Pero lo que más les impactó fue cuando allá por Semana Santa una carta de la hermana de Jorge le ponía al corriente, enviándole la recibida de su madre, de que hacía un tiempo que salía con un hombre y que probablemente se casaría con él. A Jorge no le sentó bien la noticia; no le entraba en la cabeza que su madre volviera a casarse y no se veía en el trance de tener que llamar padre a otro que no era el suyo. Porque el recuerdo de su padre lo tenía vivo, aunque hacía años que había muerto, todavía sentía el calor de su mano cuando lo llevaba por la calle y le iba contestando a las mil preguntas que un niño hace cuando va despertando a la vida y con él se sentía seguro. Jorge pasó una mala temporada coincidiendo con la proximidad de los exámenes finales.

Siempre juntos, la verdad es que los deseos de Beni se cumplieron ese curso.

Juntos habían fumado los primeros cigarrillos y compartido las primeras pavas, juntos habían pateado el barrio, juntos habían iniciado los primeros ligoteos aunque en eso Jorge les sacaba unos cuantos largos de distancia pues se las llevaba de calle a las mocetas del barrio, juntos habían asistido a aquellas sesiones continuas interminables de cine de barrio en el que, al entrar, el olor a ambientador lo invadía todo, juntos habían pasado tardes recorriendo la Gran Vía y la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, después de haber hecho el viaje en metro o en tranvía, a ser posible sin pagar, juntos habían asistido a competiciones deportivas entre colegios en las que el Beni había cogido la puñetera costumbre de que, cada vez que metía un gol el equipo propio, se lanzaba hacia la zona donde estaban los hinchas del otro colegio, sobre todo si el otro era el CHA y les dedicaba tres cortes de

manga horizontales seguidos, a punto de luxarse el brazo por el codo, mientras decía: “¡Toma!, ¡Toma! y ¡Toma!”. Esto producía la reacción de los otros que salían detrás de él y el Beni iniciaba una carrera loca, con la capa al viento, a guisa de Superman pero en retirada, no muy honrosa, buscando el refugio de los suyos. También estaban juntos en aquellas frías y tediosas tardes de sábado o domingo sin salir del colegio, bien por castigo o la mayoría de las veces, por falta de un duro que poder gastarse. Juntos también, como tantos otros, pasaron las vacaciones de Semana Santa en el colegio.

Semanas Santas de aquellos años que, recordaba Mundi, eran tan diferentes a las que se vivían ahora. Eran Semana Santas de Domingo de Ramos de estreno, de palmas y ramos de olivo, de prohibido cantar, de radios enmudecidas, de música sacra, de cines de “La túnica Sagrada”, “Quo vadis?” y “La canción de Bernardette”, de garbanzos de vigilia, bacalao y torrijas, de ayunos, de abstinencia de carne, de bulas, de sermones tenebrosos, de recorrido de monumentos, de olor a cera quemada e incienso, de Sagrarios vacíos, de procesiones, de colores negros y morados, de penitentes descalzos, de manolas con peineta y mantillas de blonda, de cirios y faroles con velas, de capirotos, de andas portadas a hombros de cofrades anónimos, y para ellos, era, además del recuerdo de sus casas, aviso de que faltaba poco para los exámenes finales, que las tres cuartas partes del curso habían pasado y que había que apretar.

Pero todo llega y llegó el último día de curso, día de jolgorio de desbandada general. Después del desayuno todo el dormitorio era un follón de camas deshechas, trapillos entregados, maletas a medio hacer,

voces por todas partes, despedidas de unos y otros y los que se habían examinado de Reválida, la incertidumbre de si había aprobado o no, ya que las notas saldrían días más tarde.

Día de sensaciones contrapuestas, de sabores agrídulces, alegrías inmensas por volver a sus casas, cierto regusto de amargura porque a muchos de los que habían sido sus compañeros no sabían si volverían a verlos. Poco a poco el dormitorio empezó a vaciarse y el silencio adueñándose de él. Nico le dijo a Beni: “Joe, tú, como que se me han saltado un par de lagrimones”, “Me lo vas a decir a mí que tengo un nudo en la garganta que estoy a punto de vomitar el desayuno”.

Alguien subió a decirle a Jorge que tenía visita. Jorge bajó y al poco subió para terminar de hacer la maleta. “Ha venido mi hermana a buscarme para hacer juntos el viaje a Canarias, si queréis os la presento”, les dijo. “Vete tú bajando que ahora vamos nosotros”, dijo uno de ellos como sin darle importancia. En cuanto Jorge desapareció del dormitorio los tres dejaron las maletas a medio hacer y se largaron como exhalaciones a los lavabos para repeinarse. Luego bajaron las escaleras y por poco llegan antes que Jorge. Los dos hermanos estaban en el camino de acceso a la puerta principal, Jorge había dejado su maleta en el suelo y le estaba diciendo algo a su hermana que en ese momento daba la espalda a la puerta. El primero en llegar fue Nico que, en la carrera, bajó de un salto los escalones de acceso al edificio. El estruendo hizo volver la cabeza a la hermana, que lo primero que vio fue a un chico trastabillando, tratando de mantenerse en pie y a punto de llevarse a los dos hermanos por delante. Cuando recompuso la figura,

se estiró el chaleco que llevaba y le dijo:

“Hola soy Nico, amigo de tu hermano. Encantado”, mientras unas gotas de agua, restos del rápido peinado, le caían por la frente. Muy en su papel le tendió le mano. La hermana con una sonrisa, dijo “Ya lo sé, os conozco por la foto”, hizo caso omiso del gesto caballeroso de Nico y le plantificó dos besos, uno en cada mejilla, sin importarle el acné. Los otros dos se colocaron a la cola y se fueron presentando con el mismo protocolo.

La hermana de Jorge, que se llamaba María del Pino, era muy guapa, alta y con los ojos muy claros como su hermano, el pelo rubio, largo, recogido con una coleta y una sonrisa que le marcaba dos hoyuelos a ambos lados de las comisuras de los labios. Como luego apuntaría Beni, tenía de todo y cada cosa en su sitio. Los tres sin decirse nada llegaron a la conclusión que la cara de Celia, la protagonista de la novela que Beni les había leído, era la de la hermana de Jorge.

CAPÍTULO V

Estuvieron un rato charlando y por fin se despidieron ya que, los dos hermanos, debían coger el tren para Andalucía. Luego vendría el barco.

¡Qué cosas!, recordaba Mundi, cuando se despidió de Jorge con un abrazo, algo en su interior le decía que la cosa no marchaba bien y fue como si tratara de agarrarse a la esperanza de que fuera un mal pensamiento, una mala idea que como un relámpago le había pasado por la cabeza. Fue un abrazo sentido, como si con él quisiera decirle: “No me falles, hemos

compartido muchos buenos y malos momentos y tenemos que seguir juntos”.

Cuando los dos hermanos traspasaron la puerta de la verja del colegio y Jorge les dijo adiós con la mano, el deseo de Beni, siempre juntos, se rompió .

Nunca más volvieron a estarlo.

Recordaba Mundi, que ese verano la madre de Jorge se casó y se llevó con ella a Italia a sus dos hijos. El hermano de Nico emigró a Alemania y su madre decidió que Nico había estudiado suficiente y lo necesitaba para que ayudara a su otro hermano en las tareas del campo.

Lo supieron, al comienzo del curso siguiente, por el cura del colegio, con el que Beni hacía buenas migas y le encargó se enterara de por qué no habían vuelto sus amigos.

Al principio, notaban como si les faltara algo importante y no era raro oír a uno de los dos: “Si estuviera aquí Nico, diría...”, o “¿Te acuerdas cuando Jorge...?”.

Ellos también se separaron un poco, Beni se decidió por Letras y Mundi por Ciencias.

Siguieron juntos hasta terminar Preu, después se separaron definitivamente. Beni se fue a Valladolid a estudiar Filosofía y Mundi al Alto. Nuevos compañeros, nuevas amistades.

Siguieron en contacto a través de cartas que cada vez se fueron haciendo más esporádicas hasta que cesaron de escribirse.

Que curioso, pensaba ahora Mundi, los cuatro llevaron vidas diferentes y sin embargo él tenía la sensación de que siguieran juntos. Probablemente, los lazos de unión que se generan en esos colegios, son

intemporales, quedan ahí por encima del resto de circunstancias de la vida. Mundi estaba seguro que si, un día cualquiera, volviera a encontrarse con alguno de los componentes de esa foto sentiría la sensación de que era ayer cuando dejaron de verse y se abrazarían con las mismas ganas que cuando se despidieron la última vez, porque la amistad que sintieron seguía viva a pesar del paso de los años.

Estuvo un rato contemplando la foto con el libro en la mano y decidió que el mejor sitio donde debía estar esa foto era, precisamente, en el interior de ese libro ya que la una complementaba al otro. Eso sí, el libro pasó a ocupar un sitio de honor en la librería de su despacho, de esa forma siempre lo tendría a mano para el recuerdo.

Un día, años después, alguien colgó la misma foto en la web de los pínfanos, cuando Mundi la vio, por su cabeza pasó otro pensamiento como el del día de la despedida de Jorge pero, esta vez, de signo contrario y pensó que, a lo mejor, era el inicio de un reencuentro. Pero eso, es otra historia.

A mi amigo pínfano Javier Lete (q.e.p.d.).

Marzo de 2005

EN UN INSTANTE

Autora: M^a Carmen Jaime Santamaría

Primer premio relatos 2008

Muchos años después me pregunté por qué precisamente aquel día, mientras observaba el uniforme nuevo encima de mi cama, recordé tantas cosas de mi vida.

Se iba a celebrar una entrega de premios en el Hotel Biarritz de Madrid y me escogieron a mí para entregar el suyo al General Marín de Bernardos, uno de los premiados.

Miré el uniforme que me habían hecho por primera vez a medida, planchado y limpio para la ocasión.

Me puse la blusa blanca y recordé el porqué de mi ingreso en el colegio.

Mis padres y mis hermanas vivíamos en un pequeño pueblo, pero lo suficientemente grande para tener cuartel. Mi padre era militar y su destino era aquel pueblo en aquellos momentos. Yo tenía 6 años en 1953, y al finalizar aquel caluroso mes de Agosto, en casa se notaba un ajeteo especial que yo a mis pocos años, no acababa de entender; así que para salir de dudas pregunté a mi madre porqué papá traía tanta comida a casa y que hacía aquel cajón de peras amarillas en el comedor.

Mamá me contestó que iban a empezar las fiestas del

pueblo y que los tíos de Tudela venían a pasarlas con nosotros, así que papá preparaba la despensa para que nada faltase.

Me abroché la blusa y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Los recuerdos se apoderaban de mí y yo no hacía nada por ahuyentarlos, más bien quería que siguiesen.

Me despertó la tos de mi padre por el pasillo y oí gritos en el comedor contiguo a mi habitación.

Noté que me levantaban de la cama y me llevaban a la alcoba de mis padres, donde mi hermana de seis meses dormía plácidamente. Mi otra hermana ya estaba allí también.

Pero yo, curiosa por naturaleza, y con esa intuición infantil sabía que algo no iba bien,

Me desplazé sigilosa por el pasillo y me paré delante de la puerta del comedor, donde nadie advirtió mi presencia.

El libro que mi padre había estado leyendo durante la tarde permanecía abierto, de modo que sus pastas azules y amarillas formando franjas de fue lo primero que vi.

Después todo fue muy rápido. Idas y venidas de mi tío Angel que vivía con nosotros; mi madre que no dejaba de llorar atendiendo a mi padre y yo, en el pasillo y espectadora de todo aquello sin intuir, a mis pocos años, que lo que estaba ocurriendo en ese instante cambiaría para siempre el curso de mi vida.

Mis recuerdos eran tan nítidos como si acabaran de pasar. Pasé mi dedo por el labio inferior de mi boca y el dolor volvió a hacerse patente.

Mamá en sus idas y venidas, sin advertir mi presencia, me rozó con la bocamanga de su albornoz y mi pequeña boca sintió que sangraba.

La casa se llenó de gente y yo lo supe enseguida. Papá había muerto.

Después mis recuerdos de aquellos días son como un día de niebla. Sabes que lo que hay delante de ti existe, pero no lo puedes ver.

Me puse el uniforme que me sentaba muy bien, por primera vez, y recordé los vestidos de luto y de alivio de luto que a mi hermana y a mí nos pusieron durante el año siguiente a la muerte de mi padre. Los de alivio tenían un cuellecito de plástico blanco premonitorio del que durante tantos años habríamos de llevar.

Y los cambios en casa...

Cuando fui mayor, ya muerta mamá, un día le pregunté a mi tío Ángel:

—¿Qué sentiste cuando todos los actos del entierro terminaron?

—De repente os vi a las cuatro allí juntas, tu madre tan joven y vosotras tan niñas y me di cuenta de la tragedia que suponía la muerte de tu padre.

Ya no había desfiles en los que papá participaba, ni nos llevaban al campamento de Las Baldorrias, ni bajábamos al cuartel en la vieja tartana verde tirada por mulas, ni él nos subía a caballito por las escaleras de casa. Ya no íbamos al Pueyo de romería, ni él nos llevaba a los cacharritos en las fiestas. Todo había cambiado. Mamá estaba triste y yo la veía sentada con un cuadernillo y un lápiz en los que siempre había números.

Mi hermana y yo jugábamos, y la pequeña de seis

meses, en su cuna, dormía ajena aún a aquellos cambios.

Pero el más grande aún estaba por venir.

Seguí yendo al mismo colegio de San Vicente de Paúl durante 2 años. Mi madre a pesar de las penurias económicas se negó a que fuéramos a las que entonces llamaban “ Las Nacionales” y que eran gratuitas.

—Las niñas se quedan en las monjas, y no hay más que hablar.

Me puse los zapatos marrones, también nuevos, y recordé el día en que supe que no iría más a ese colegio.

Hice la Primera Comunión, y a punto de cumplir los 8 años, mamá me dijo que en Aranjuez me esperaba uno nuevo, con niñas de mi edad que también habían perdido a su padre.

Pregunté si mi hermana vendría y mamá me dijo que no, que al año siguiente.

—Es pequeña todavía.

Y así fue. Un 3 de octubre emprendimos las dos el camino hacia una nueva vida que yo ahora recordaba mientras me peinaba frente al espejo del dormitorio de La Inmaculada.

Un largo viaje en tren, con varias subidas y bajadas en estaciones desconocidas para mí, y con una larga noche acurrucada junto a mamá, mecida por el traqueteo, procurando dormir sin conseguirlo.

Al fin llegamos a Aranjuez.

Anduvimos cogidas de la mano durante un tiempo y al fin vi mi nuevo colegio por primera vez. Me pareció muy grande y la puerta de entrada muy pesada.

Un cartel rezaba “prohibido entrar sin medias y con escotes exagerados”.

Ahora mientras me daba los últimos retoques a los puños y el cuello de la blusa no pude por menos que esbozar una sonrisa al recordarlo.

Una monja muy simpática nos recibió y observé que su forma de vestir no se parecía a las que yo había dejado en mi anterior colegio.

Aquel salón me pareció tan grande que me sentí perdida y apreté la mano de mamá fuertemente mientras ellas hablaban. Después nos despedimos entre lloros y promesas y me quedé en manos de la monja y una niña más mayor que yo.

Y ahí, en ese preciso instante, me di cuenta de que una nueva vida me esperaba. Ya no estaba mi madre, ni mis hermanas, ni nadie conocido. Estaba sola por primera vez.

Ya estaba preparada. Dentro de un momento debía bajar a portería donde en coche me llevarían a Madrid. Bajé por la escalera de San Rafael, y me miré en su gran espejo antes de salir al patio de mayores. Allí estaba yo después de 10 años de mi ingreso en el colegio. Ya no era la niña asustada de entonces, ni estaba sola. Tenía muchas amigas, mis compañeras, que todas habían pasado por el mismo trance que yo. Estaba terminando mis estudios de Preu y en esos años habían pasado muchas cosas.

Mis hermanas ingresaron en el colegio; una se había hecho mayor también, y la pequeña aún era una niña a la que las dos ayudábamos.

Recibimos la visita de Franco, y como regalo una caja de bombones a cada una y una estupenda merienda. Nervios de exámenes, obras de teatro, Navidades sin ir a casa, excursiones, paseos por los jardines, incur-

siones a los sótanos en busca de manzanas y zanahorias. Viajes a Madrid para examinarnos en el Instituto Lope de Vega de las dos reválidas y para las cuestaciones de la Cruz Roja y el cáncer, donde éramos recibidas en el Ministerio del Ejército.

Años en los que al colegio se le llamaba el “telón de acero” por la férrea defensa de sus muros ante intromisiones del otro sexo. El Concilio Vaticano II cambió aquello y el colegio se abrió al exterior.

Procesiones de Mayo, viajes para pasar las vacaciones de verano, reencuentro en Octubre con las compañeras y las monjas.

Alguna que otra regañina por mal comportamiento, entrega de medallas, Santo Tomás, guateques con chicos de Aranjuez en la Biblioteca, con carabina por supuesto.

Muchos días “Cristinos” donde los antiguos alumnos nos visitaban y compartían unas horas con nosotras . Diez años dan para muchos recuerdos, buenos y malos.

Y pensé que la muerte de mi padre había cambiado mi vida por completo y que nunca sabría qué hubiera pasado si él se hubiera quedado con nosotras. Pero el balance de mi estancia en el Colegio había sido positivo.

Mi último recuerdo antes de bajar el último tramo de escaleras fue para mi madre.

Su vida también cambió en un instante y pensé en su sacrificio al desprenderse una a una de sus tres hijas para que tuviéramos una buena educación. En sus noches de soledad pensando en nosotras a la espera nuestras vacaciones para reencontrarnos. Y frente al espejo le di las gracias y le mandé un beso.

Salí y crucé el patio camino de la portería. Subí al coche con mis otras compañeras y emprendimos viaje a Madrid.

Muchos años después, mientras escribo estas líneas, me pregunto porque precisamente aquel día recordé todo esto. No lo sé exactamente. Quizá los 18 años son una buena edad para recordar.

Ahora me he convertido en antigua alumna. Soy Pínfana y Cristina, he vuelto a encontrarme con mis antiguas compañeras y he conocido otros pínfanos gracias a ese prodigio llamado Internet.

Nos reunimos una vez al año en nuestro día del Pínfano y pasamos un fin de semana maravilloso, en alguna de las ciudades donde hubo colegios. Todos tenemos mucho que contarnos y un vínculo que nos une.

Una noche de Agosto, en un instante, cambió el rumbo de mi vida, pero en el camino me encontré con la amistad, la comprensión, el sufrimiento que nos hace fuertes y a mi colegio de M^a Cristina a quien debo mucho de lo que soy hoy.

EL GUATEQUE

Autor: Lucas Remírez

CAPÍTULO I

La música sonaba a medio tono y se trataba de una música lenta que envolvía la estancia en un ambiente intimista. Las parejas apenas se movían y se hubiera dicho que estaban conjuradas para no ocupar, cada una, más allá de un par de baldosas. La iluminación tampoco era gran cosa, alguien había apagado la lámpara que colgaba del techo y en su lugar, un par de lámparas pequeñas de mesa, cubrían las mínimas necesidades de luz de la habitación. En el pic-up un single de los Pop Tops, más concretamente: “Oh lord, why lord” se encargaba de dirigir el ritmo de los bailarines.

—¡Pero vamos a ver, no hay algo más movido!

La que había lanzado la exclamación era Marta, “la bailona”, como la llamaba Nico.

—Tú misma —dijo el pínfano— en esa mesa tienes todos los discos que hay. ¡Acabas de romper el encanto!

—Encanto, encanto, menudos carotas estáis hechos—dijo la bailona en un tono, mitad de reproche y otro tanto de complicidad.

Se encendió la lámpara grande y el hechizo desapareció.

La otra aprovechó para colocar en el plato: "Every night" de Paul Anka.

Las parejas eran seis. De los chicos, cuatro iban vestidos iguales; se habían quitado las chaquetas y vestían una camisas blancas, con corbatas negras y pantalones azul marino. Los otros dos, también en mangas de camisa, pero cada cual con prendas diferentes.

Las chicas formaban una amalgama de colores producida por las faldas, las blusas y los conjuntos que llevaban.

Los cuatro que vestían iguales eran: Nico, Beni, Jorge y Mundi. Los otros chicos: Enrique el aspirino, que ponía la casa y Ricardo, un vecino amigo de Enrique.

Las chicas: María, hermana del aspirino, alta, morena y con el pelo muy corto. Llamaba la atención por los ojos tan grandes y tan negros que tenía. Llevaba una falda de cuadros plisada por encima de la rodilla y una blusa blanca con chorreras. Mundi se fijó en ella nada más verla.

Ester, rubia, con ojos muy claros entre azules y grises, lustrosa, como la definió Nico, es decir, un pelín entradita en carnes. Con un conjunto de punto azul celeste que realzaba su figura, probablemente, más desarrollada que lo que correspondería a su edad. Llevaba unos pantalones pitillo negros y unas manolinas. Una media melena y una diadema, encuadraban la redondez de su cara con dos hoyuelos, uno a cada lado de las comisuras de los labios.

El contrapunto lo ponía Marta, delgada y vivaracha. Tenía un puñado de pecas repartidas por los pómulos. El pelo lo llevaba recogido en forma de cola de caballo lo que le dejaba la cara despejada y daba la sensación

como si los ojos pardos los tuviera rasgados, según Beni, de lo que le tiraba la coleta. Vestía blusa a rayas azules y rojas y una falda negra, también por encima de las rodillas. Hablaba por los codos y mascaba chicle. En cuanto sonaba la música, ella empezaba a bailar, estuviera o no acompañada en su danzar. De ahí, el apelativo de “bailona” con el que la bautizó Nico.

La cuarta chica era África, pínfana, prima del aspirino. Rubia, con coleta, llevaba un vestido de bichí con cuadros blancos y verdes, a lo Brigitte Bardot, mangas tres cuartos y cinturón ancho. Con sus quince años recién cumplidos, acumulaba un buen historial pínfanil. Huérfana desde los seis años, había estado en el colegio hasta los catorce que es cuando a su madre le sonrió la vida y consiguió una posición económica lo suficientemente fuerte como para poder sacar a su hija del colegio. Ella merece relato aparte.

La quinta, Mariló, morena con melena larga y diadema. Llevaba un vestido con falda acampanada y manga farol. Usaba gafas que le daban un aire de intelectual. Tenía de coletilla la frase: “Como yo digo...”.

Y por último Almudena, la más risueña, con pelo castaño a lo garçon, conjunto celeste y falda a cuadros. Su voz era de auténtica vicetiple y había veces que cuando se reía producía una auténtica estridencia. El acné había tomado posesión de su frente pero ella lo combatía a base de mucho “pote”.

Excepción hecha de la pínfana, las otras eran lo que entonces se llamaba niñas bien y hoy reciben el apelativo de pijas.

CAPÍTULO II

El por qué los cuatro pinfanos estaban incrustados en este ambiente, tenía su origen en el comienzo de la semana anterior, cuando el aspirino soltó aquello de: “El domingo doy un guateque en casa, si queréis venir...”. Beni cuando le oyó bizqueó un poco de la emoción, a Mundi y Nico les corrió un escalofrío por la columna y Jorge dijo que ya le contestaría. El otro les dijo que la cosa urgía para que a su hermana le diera tiempo a buscar amigas, en número variable, según cuantos chicos fueran. Los cuatro dijeron que vale, que sí, como haciéndole un favor. ¡Qué puñeteros!

La semana transcurrió con tensión, se portaron como auténticos alumnos disciplinados y estudiosos, todo menos tenerse que quedar sin salir el domingo.

Al fin, el día señalado llegó. Mundi apenas comió pensando en cómo se lo iba a pasar por la tarde. ¡Era su primer guateque! No conocía a ninguna de las chicas que iban a ir, lo mismo que les pasaba a sus colegas. El aspirino les había dicho que ellos tranquilis, que eran amigas de su hermana y que estaban bastante bien, ¡ah! y que una, su prima, era pínfana como ellos.

—Bien, uno: ¿Cómo vamos?, ¿De calle, de uniforme?—La pregunta la había lanzado Jorge.

La solución llegó rápida.

—Como yo vaya de calle y me vean la cazadora llena de lámparas, me despachan nada más llegar— el que hablaba era Nico.

—Vale —dijo Beni— de uniforme y no se hable más.

—Dos— Jorge había cogido la costumbre de enumerar las preguntas cuando hacía varias seguidas— ¿Qué le llevamos a la madre del aspirino?

—Two, que dirían los ingleses, ¿cómo que qué le llevamos?— contestó Mundi

—Tú y tu inglés, joer, la cosa está clara, el aspirino va a poner la manduca, la bebida, la casa, la hermana, las amigas y parte de los discos ¿y nosotros?— a Jorge le salió todo seguido.

—La percha— dijo Nico.

—La percha, la percha, mucho morro, algo habrá que llevar— Jorge seguía en las suyas.

Mundi estaba con el ceño fruncido y casi se le oía el ruido del cerebro y el crujir de sus neuronas. De pronto, exclamó. ¡Flores!, eso es, flores, lo vi en una peli de Gary Grant, se las llevaba a la madre de su novia.

—¿Flores? ¿Y de donde las sacamos un domingo por la tarde? —dijo Beni.

Silencio. Al poco, Nico exclamó:

—¡La Colonia de la Prensai El sábado pasado pasé por allí, tiene muchos jardines, en esta época han florecido y está llenito. Que lleve Jorge la cuchilla que emplea para las disecciones y yo me encargo del resto.

—Vale, vale, esto marcha— Jorge irradiaba felicidad.

—Tres— miró a Mundi de reojo que, por lo bajo, dijo:

—Three.

—Eso, three,— continuó Jorge— ¿Cómo vamos?, ¿en metro?, ¿en tranvía?

—En tranvía nos será más fácil, —era Beni el que contestaba— aunque tengamos que andar un poco

más para llegar a casa del aspirino, desde que nos bajemos— y recalcó la palabra “bajemos”.

Bien, sólo quedaba terminar el postre, manzana para no variar, e iniciar los preparativos. Fuera trapillo y arreglo personal con meticulosidad. Sobre todo Nico. Cuando Mundi entró en los lavabos, allí estaba dándose un poco de jabón en el pelo para que se le quedara pegado y la verdad es, que estaba hecho un Gardel cualquiera, con el pelo peinado hacia atrás y una raya al costado. Incluso le brillaba. Una vez hechos unos pinceles, salieron y se dirigieron hacia la Colonia de la Prensa.

Era un conjunto de viviendas situada entre el Bajo y el Alto, constituida por una serie de casas unifamiliares rodeadas de jardines a la que se entraba por una arcada y que Mundi dedujo que se llamaba así porque allí vivían periodistas.

Entraron los cuatro, tranquilos, como si pisaran terreno propio.

Mayo estaba en su plenitud y tanto los parterres de la colonia, como los jardines privados de las casas, estaban repletos de flores. No se oía ni un alma y daba la sensación como si todos se estuvieran echando la siesta. Todos no, una mujer entrada en años, estaba con unas tijeras adecentando un rosal. Los cuatro se miraron y no hizo falta mediar palabra entre ellos. Jorge, el fardón, se estiró la chaqueta del uniforme y se adelantó hacia la señora, mientras los otros se quedaban en un discreto segundo plano.

La mujer se quedó mirando cómo se acercaba hacia ella.

—Buenas tardes, señora— dijo Jorge.

—Hola, buenas tardes— dijo la dama sin saber muy

bien que quería ese chico, vestido de uniforme azul marino, tan majo.

—Verá señora, mis amigos y yo, tenemos un problema. Somos del colegio de huérfanos y este mes, como sabrá, se celebra el mes de las flores. Esta semana nos toca a nosotros conseguir flores para ponérselas a la Virgen, si Vd. supiera de alguien que nos pudiera regalar un ramo se lo agradeceríamos—. Al finalizar la frase, Jorge miró hacia ambos lados como el que busca a alguien, dándole a entender a la señora que la cosa no iba con ella.

La mujer posó la mirada sobre los otros tres que permanecían en segunda fila y lo que vio fue a tres mozos, perfectamente vestidos de uniforme y con tres beatíficas sonrisas, pendientes de lo que ella contestase.

—Y qué pasa, ¿que el colegio no tiene dinero para ponerle flores a Virgen?— dijo la mujer.

Jorge, para entonces, ya se había fijado en la placa circular, con la imagen del Sagrado Corazón en relieve, que figuraba en la puerta de la casa de la mujer.

—Verá señora, supongo que si tendrá, pero el mérito es que seamos nosotros los que le llevemos las flores, ya sabe: "Venid y vamos todos...".

—Tú, desde que años llevas en colegios de esos, hijo— dijo la señora.

Ya has caído, pensó Jorge, al oírle lo de hijo.

—Desde los 8, señora y mis amigos poco más o menos.

—¡Pobres! —dijo— esperad un poco, que os voy a preparar un ramo bien bonito, de los que llaman la atención.

A los tres pájaros de segunda fila se les amplió la

sonrisa como auténticos anuncios de Netol.

Y así fue, un ramo de rosas rojas aterciopeladas con papel y todo, para que no se pincharan con los tallos al llevarlo.

—Muchas gracias, señora—dijo Nico, mientras cogía el ramo.

—De nada guapos y le rezáis un Ave María de mi parte a la Virgen.

—No se preocupe señora, que rezaremos una cada uno— dijo Mundi.

La mujer los vio partir y lanzó un suspiro de felicidad, la felicidad propia de quien ha hecho una buena obra.

La parada del tranvía estaba cerca de la puerta de la Colonia. Al poco llegó uno. Día de fútbol, lleno hasta los topes. A duras penas consiguieron meterse, el último, Nico con las flores. Llevaba un pie dentro y el otro en el estribo, el brazo en alto para que no le machacaran el ramo.

El cobrador, enjuto y con un gran mostacho entrecano, de gris y tocado con una gorra, tenía mala tarde. No debía haberse comido esas lentejas con chorizo que le había preparado su mujer y menos, empujarse dos guindillas. Ahora le subían unos ardores desde el estómago que parecía que tuviera una hoguera dentro. Había tratado de arreglarlo con un copazo de chinchón en un bar próximo a la última parada, mientras su compañero el conductor, cambiaba de catenaria el cable del trole, pero ni por esas. Encima, aquello estaba imposible, el tranvía lleno, gente en el estribo y no había manera de que se bajara nadie y aquello empezara a aligerarse. Desde su pequeño mostrador a la entrada, con su cajón para las monedas

y su tablilla con los billetes, trataba de ir cobrando. Había veces que dudaba si tirar del cable que hacía sonar la campanilla al lado del conductor para avisarle que podía arrancar; sobre todo, le preocupaba un pobre chaval de uniforme, con un ramo de flores, que parecía que se iba a caer en cuanto el tranvía tomaba una curva.

En una de las paradas se bajaron algunas personas y hubo movimiento dentro, aunque siguió entrando gente. El chaval de las flores no conseguía meterse del todo y eso que le veía hacer fuerzas intentándolo. Dos compañeros del chico, supuso, porque también iban vestidos de uniforme, llegaron a su altura y embebidos que iban en una conversación, le dijeron:

—Nuestro compañero, paga los billetes.

—¿Cuál, ése de ahí?

El de “ahí” era Mundi, que estaba entre ellos dos y Nico, separado, tanto de unos, como del otro, por un grupo de gente.

—No— dijo Jorge —el de las flores— Y siguió en su animada conversación con Beni.

Nueva parada y nuevo movimiento de gente.

Mundi llegó a la altura del cobrador y entre dos personas que estaban pagando, le dijo:

—Mi compañero.

—Si, ya lo sé— le dijo el cobrador, mientras estaba pendiente de los cambios que les tenía que devolver a los otros y le subía un ardor que no podía aguantar.

Echó una ojeada y vio al de las flores que ya había conseguido entrar aunque estaba todavía separado de él por tres o cuatro filas de pasajeros. Eso sí, en una mano llevaba el ramo en alto, tal cual la estatua de la

libertad y en la otra se le adivinaba un billete de cinco pesetas con la que hacía gestos como para llegar a pagar, pero era imposible. Los otros tres, habían tenido más suerte y ya estaban juntos a la altura de la puerta central del tranvía, vamos, la de bajada.

Eso es lo que debieron hacer, bajarse, porque en la siguiente parada, un montón de gente estaba pendiente de subir y cuando el tranvía paró, el cobrador sólo acertó a ver un ramo de flores en dirección contraria al flujo de los que entraban y por encima de sus cabezas. Cuando miró para el otro lado, los tres que habían pasado, ya no estaban. Con los estribos a rebosar de pasajeros, le dio a la campanilla, con tal fuerza, que por poco se queda con el cable en la mano. Los que estaban junto a él, le oyeron decir entre dientes algo así como: “¡La madre que me parió, otra vez me la han pegado, encima, como van vestidos iguales no hay manera de distinguirlos!”.

No estaba seguro, pero con el tranvía en marcha y mientras cobraba a los que tenía delante, le pareció ver por el rabillo del ojo, cuatro figuras de oscuro caminando por la acera opuesta, una con un ramo de flores y juraría que, el del ramo, le decía adiós con la mano.

CAPÍTULO III

La casa era bonita, de construcción modernista situada en un buen barrio de Madrid. El padre de Enrique, Teniente Coronel de Caballería, era profesor en la Escuela de Equitación. Había hecho, lo que se decía, un buen matrimonio, vamos un braguetazo, casándose con una terrateniente sevillana a la que

conoció en los tiempos en que estuvo destinado en la Yeguada Militar de Jerez y vivían de forma desahogada.

Por qué el hijo apareció por el Bajo, se remontaba a dos años antes cuando, Enrique, apareció con las notas de fin de curso llenas de suspensos excepto: Religión, Educación física, eso sí, ésta con sobresaliente y Dibujo. Al chaval, la edad del pavo, le había cogido a contrapelo y se dedicó a hacerse castillos en el aire y la verdad es que, cuando se le veía ensimismado, parecía como si le hubiera dado un mal. Se enamoraba de todo lo que se movía siempre que llevara faldas. Hasta la doncella que tenían, Estrella, se quejó a su madre de que, cuando menos lo esperaba, le pegaba pellizcos “en ya sabe Vd. donde, señora”.

La madre, comprensiva, quiso convencer al padre de que aquello era normal, cosas de la edad y que había que darle otra oportunidad. El padre, que las veía venir, le dijo que la mejor oportunidad la iba a tener en el colegio de huérfanos, que verás que bien, qué pronto espabilaba, y con qué velocidad se iba a dar cuenta de lo que valía un peine. La madre a duras penas cedió y Enrique se vio vestido de trapillo en medio de un montón de chicos de su edad que así, de pronto, empezaron por llamarle Quique el aspirino, y con frecuencia el aspirino, sin más.

El portero, perfectamente uniformado, a través de los cristales de su garita, les vio entrar y saliendo de ella les cortó el paso preguntándoles dónde iban. Jorge, que iba el primero, le miró de arriba abajo y le dijo: “Al tercero derecha, a casa del señorito Enrique”, con un cierto matiz, en la entonación, de recochineo. El hombre, que por el hablar parecía asturiano o gallego, les pasó revista uno por uno hasta que se detuvo

en Nico con el ramo de flores. Mientras mantenía la mirada de Nico dijo: "A vosotros, jóvenes como sois, no os importará subir por las escaleras". No era pregunta sino aserto.

Nico consideró que, ya que le estaba mirando, era él quién debía contestar:

—Pues mire, gracias por la idea pero, si no le importa, vamos a subir en el ascensor. No hace falta que nos abra la puerta— e inició la marcha hacia el ascensor, pasándole el ramo de flores, tan cerca de la cara, que el otro tuvo que apartarse hacia atrás para evitarlo.

El ascensor era un habitáculo de madera con puertas de batiente y con un gran espejo en la parte frontal a la puerta de entrada, que se movía a lo largo de una jaula de rejilla metálica. Encima de la botonadura un letrero advertía: "SÓLO DE SUBIDA".

Cuando llegaron al tercero, la puerta del piso donde vivía el aspirino se abrió dando paso al padre de Quique que se iba al fútbol.

—¡Hola chavales! —les dijo—. Siento no poder estar un rato con vosotros, pero llego tarde. Que lo paséis bien. ¡Ah!— dijo antes empezar a bajar por las escaleras— un día, ya quedará Enrique con vosotros y nos iremos todos al fútbol. A Mendoza hay que verlo. ¡Algo fuera de serie y no digamos nada Collar!

Al irse había dejado la puerta abierta y los cuatro se encontraron en el vestíbulo dudando qué hacer. La duda la solventó Beni cerrando la puerta de golpe. Al oír el portazo apareció en el pasillo Estrella, la doncella, embutida en un uniforme gris, con delantal y cofia blancos incluidos.

—Vosotros sois los amigos del señorito Enrique, ¿verdad? Pasad por aquí.

En esas apareció la madre de Enrique y se encontró con los cuatro precedidos del ramo de flores.

—¡Ahí va, que majos! ¡Enrique, tus amigos!— Le dio un beso a cada uno y cuando llegó a Nico que portaba el ramo le dijo:

—¿Y estas flores?

—Para Vd., señora— dijo el portador.

La mujer no salía de su asombro.

—Muchísimas gracias, son preciosas. Menudo detalle, estáis hechos todos unos caballeros.

Hablaba muy seguido y como si tuviera prisa.

“Me pega que esta mujer está un poco ida”, pensó Mundi.

Les acompañó hasta una habitación que estaba a mitad del largo pasillo. Era el comedor, grande, con una aparador de tres cuerpos de madera noble tallada, que ocupaba casi una de las paredes. En la otra, presidiendo la habitación, un gran cuadro de Cusachs que representaba una carga de Caballería.

La mesa del comedor, con las patas labradas con motivos florales, había sido desplazada hacia el aparador para dejar un espacio en el centro del salón. En una de las esquinas un reloj de pie de carillón, dejaba sonar su maquinaria, allá en el fondo de sus entrañas, que movía un péndulo con rítmico vaivén. El suelo era de tarima bien acuchillada y reluciente.

Del techo pendía una enorme araña de cristal de Bohemia, en la que la luz que entraba por las ventanas producía irisaciones en los lagrimones que pendían de cada brazo y que por su tamaño, hizo pensar a Mundi: “Como se caiga uno, descalabra al que le coja”.

Una de las paredes restantes constituía una arcada

que daba acceso a lo que debía ser el cuarto de estar. Dos cortinones de terciopelo granate servían de separación de las dos estancias. Ahora se encontraban recogidos, uno a cada lado del arcada, sujetos con sendos cordones del mismo tono.

Allí estaban todos: Quique, su hermana, la prima África, el vecino y las otras cuatro amigas. Mientras se efectuaban las presentaciones la doncella iba sacando a la mesa del comedor: mucho emparedado, medias lunas, unos platos con fiambres, pastas, pastelillos, unas jarras de limonada y una ponchera con cap de frutas.

La madre dijo que se iba a su partida de bridge. Más besos.

El pick-up estaba funcionando con una canción de Harry Belafonte, “Banana boat”.

Era una caja de color verde que estaba dividía en dos partes: la superior, en la que se encontraba el altavoz, estaba separada de la otra una distancia como de un metro, lo que daba de sí el cable del sonido, y la inferior, que era la que contenía el brazo y el plato en el que giraba el disco. Una pequeña palanca daba opción a que el giro fuera a cuarenta y cinco o treinta y tres revoluciones.

Los discos fueron el tema de la conversación inicial para romper el hielo. Había muchos y para todos los gustos la mayoría eran singles aunque también había long play's.

Había que reconocer que los cuatro pínfanos les habían impactado a las chicas; rompían los moldes de los chicos con los que ellas se habían relacionado hasta entonces y la curiosidad se les apoderaba. La única que se encontraba en su salsa era África, para ella los

cuatro, y eso que acababa de conocerlos, eran como algo suyo, como si hubieran estado siempre juntos y además se lo pasaba en grande con sus ocurrencias y le encantaba el vocabulario tan peculiar que empleaban. Ellos, lo que se dice cortados, nada de nada, al contrario, al poco ya dominaban la situación y Mundi se acercó al tocadiscos y al montón de discos y con movimientos resueltos sacó uno de la funda en la que aparecía la foto de Neil Sedaka, vio que la canción que quería estaba en el tercer surco y después de tres rayadas, empezó a sonar a “A stille guitar and a glasse of wine”.

—Me gusta lo americano— dijo y mientras sonaba el disco, él iba traduciendo lo que decía, quedándose tan fresco ante el impacto causado en la concurrencia femenina y agradeciendo mentalmente a su tía el haberle enseñado inglés desde tan joven.

.Mientras la música sonaba, Enrique, Jorge y Mundi fueron hacia la mesa de la merienda.

—¿Y si animamos un poco la ponchera?— dijo Jorge.

Enrique no entendió lo que decía su amigo y puso cara de interrogación.

—Si hombre —continuó— se le puede echar algo de licor del que hay en el aparador y así tendrá otro sabor.

—Y canela, mucha canela— dijo Mundi.

—Espera, espera, —dijo Enrique— el uno licor, el otro canela, si se entera mi padre que echamos morapio, se terminan los guateques y es capaz de cortarme el pelo al cero y se entera seguro porque Estrella es muy chivata. Y si se enteran las chicas de lo de la canela se piran todas.

—Pues yo creo que la canela le daría muy buen sabor— insistió Mundi.

—Joer, que fijación con la canela, ya le voy a pedir a Estrella canela.

Jorge y Mundi se lanzaron una mirada de complicidad.

Al poco volvió Enrique.

—No hay canela, pero, la puñetera, me ha dado unas cuantas cáscaras de limón que dice que también le da muy buen sabor.

Decepción de los dos ladinos.

—Bueno, qué le vamos a hacer, para el próximo habrá que tener previsto lo de la canela— dijo Mundi quien, de paso, aprovechó para echarle un tiento a los emparedados. Cundió el ejemplo y en poco tiempo estaban todos en torno a la mesa, comiendo y charlando, mientras sonaba la música, que, por cierto, sonaba de maravilla, hasta que Nico le dio por poner "El cerezo rosa" de Pérez Prado y empezó a sonar como gangoso.

—¡Nico, 45 revoluciones, no 33! Ya sabes, un cuatro y un cinco, que juntos hacen 45, con muy buena piedra, por cierto— Era Beni el que gritaba.

—¿Qué es eso de la piedra?— preguntó la pínfana a Beni, con el que había hecho muy buena migas y no se cansaban de contarse confiancias.

—Nada, cosas nuestras— le contestó Beni saliendo del paso de mala manera.

Cuando por fin se escuchó como debía, la bailona, como impulsada por un resorte se puso a danzar y con ella, poco a poco, todos.

CAPÍTULO IV

Nico, el chulo de Nico, en realidad no sabía bailar muy bien, más bien no sabía bailar, pero le ponía mucho empeño y tampoco sentía el más mínimo complejo, sobre todo a la hora de marcarse un twist que parecía se iba a descoyuntar cuando doblaba las rodillas y se echaba para atrás; todo lo contrario, en un momento determinado de la jornada, África vino hacia Mundi que estaba bailando con la hermana del aspirino y le dijo en voz baja:

—Oye, mira a ver si marcas a Nico, que le ha llamado cordera a Mariló cuando ha ido a sacarla a bailar.

“Chirpi chirpi chep chep”, “El twist del mundo”, “La escoba”, “Contigo en la playa”, “Cuando digo que te amo” “Ese beso”, “Guarda come dondolo”, “La chevecha”, “La tembladera”, “Flamenco”, “Black is black”, “La moto”, iban sonando una detrás de otra.

Alguien consideró que era hora de ponerse tiernos y empezaron a sonar:

“Hoy de rodillas”, “Chao, chao bambina”, “Corazón gitano”, “El ritmo de la lluvia”, “La lontananza”, “Los días del arco iris”, “Tell Laura I love her”.

Ahí es cuando Jorge, decidió que se bailaba mejor a media luz, como el tango y apagó la araña y así estaban mientras uno tras otro fueron sonando las canciones y cuando iban por la de los Pop Tops, es cuando la bailona interrumpió en la escena y rompió el encanto, que dijo Nico.

Así que la música varió otra vez de contenido y “Get on your kness”, “Los chicos con las chicas”, “Los cuatro muleros”, “Nit de llampecs”, “La moto”, “Il peperone” discurrieron por encima del plato.

Pero duró poco porque enseguida empezó a sonar: “Mis manos en tu cintura”, “Perdóname”, “Aquél amanecer de mayo”, “Amor de verano”.

Mundi con María, Beni con África y Jorge con Ester, bailaban lentitos aunque, eso sí, como le dijo en un aparte Beni a Mundi: “Parece que todas hayan aprendido a bailar en la misma academia, pues, en cuanto intentas arrimarte un poco, te encuentras con el antebrazo colocado de tal forma que, cuanto más aprietas, más se te hunde el esternón y claro no es cuestión de fracturárselo.

Pasando de bailes, en un costado del salón, Nico tenía como embelesadas a Mariló, Almudena y Marta, incapaces de adivinar con qué les iba a sorprender mientras le oían que decía:

—Ahora, para que os enteréis de cómo se las gastan en mi pueblo, os voy a interpretar unos cuantos gozos de las aleluyas que cantan los mozos en el Rosario de la Aurora—. Las otras quietas, expectantes, Enrique haciéndole gestos para que se callase, porque sabía de lo que iba el asunto, pero él a lo suyo, crecido.

A todo esto, de tanto ejercicio durante toda la tarde, había empezado a sudar, se le había empezado a disolver el jabón que llevaba en la cabeza, a guisa de fijador y le empezaba a caer un pequeño chorrete de líquido desde el pelo, que le discurría por la patilla y le llegaba ya, casi hasta el lóbulo de la oreja. Él, sin cejar en su empeño, empezó a interpretar las preces con una tonadilla pegadiza, propia de los cuentacuentos que iban por los pueblos.

Gozos de San Antonio —dijo— y empezó la tonadilla:
*Un insecto venenoso
que sapo suelen llamar*

*a San Antonio bendito
pusieron para cenar.
Echa bendeción el Santo
sobre la bestia dañina
y el venenoso animal
convertiose en una enguila.
Tanta y tan grande miseria
este buen santo llevaba
que en el pliegue de su habito
¡Cada piojo como un haba!*

Y decía: habito, enguila, bendeción y convertiose. Esperó la reacción de la concurrencia, que no acababan de salir de su asombro y sin tiempo para que reaccionaran, carraspeó un poco, bebió un sorbo de un vaso, sin preocuparse de quién era el vaso y continuó:

—Ahora, los de San Sebastián. Pobre hombre, como las tuvo que pasar— dijo, y con el mismo sonsonete continuó:

*Glorioso San Sebastián
que por el Ebro bajaste
subidico en un madero
y en Pradilla te quedaste.
En un invierno mu frío
te arrastraron por las nieves
y lo mismo que a un marrano
te colgaron de los pieses.
Glorioso San Sebastián
Si con un tiempo tan crudo
Te sacan así, desnudo
¡En verano, que t'harán!*

Las otras, que en su corta vida y en el ambiente en que se desenvolvían, jamás hubieran pensado encontrarse con un tipo tan pintoresco como Nico y a la vez

tan entretenido, irrumpieron en aplausos y carcajadas y Nico, soltándose el botón del cuello de la camisa y bajándose el nudo de la corbata, dijo:

—Pues ahora, la rematadera, los mejores de todos, los de Santa Águeda...

Cuando se está pasando bien, muy bien, como era el caso, el tiempo transcurre rápido, las horas parecen que tuvieran minutos de menos y los minutos vacíos de segundos; el gran reloj de pie, desde su esquina del salón, dejó sonar su carillón, que inmisericorde, una a una fue desgranando sus campanadas hasta concluir la hora fatídica, la hora previa a la de recogida de la pinfanada. Una hora les quedaba a los cinco, para atravesar la Puerta bonita y librarse de quedarse el domingo siguiente sin salir.

Así que, Enrique dijo:

—Déjalo Nico, la próxima vez será, tenemos que salir echando humo o no llegamos.

Despedidas raudas “nos lo hemos pasado fenomenal”, “hasta la próxima que espero que sea pronto”, “volveremos a vernos”, “a ver si es verdad”, “contamos con vosotros para el próximo”. Puesta de chaquetas y escaleras abajo. Carrera y por fin, un poco de sosiego una vez sentados en el vagón del metro que les dejaría cerca del colegio. Charla con cambio de impresiones sobre lo vivido, todos menos el Mundi que parecía como si le hubiera dado un aire.

—Y a éste, ¿qué le pasa?— dijo Enrique.

—Está enamorado— contestó Nico.

¡Los guateques! ¡Ay, los guateques!, que buenos recuerdos guardaba Mundi de ellos, él y los de su generación. Aquella generación del Dúo, de Los Bravos, de Paul Anka, de los Brincos, de los Sonors, de

Adamo, de los Cinco Latinos, de los Platters, de Pérez Prado, de los Pequeniques, de los Canarios y de tantos otros.

Qué agradecidos estaban a los que los organizaron en sus casas, que les invitaron, que pusieron los discos, que les dieron la oportunidad de conocer a la chica que les gustaba y poder así, con la disculpa del baile, tenerla cerca a pesar del antebrazo o, si había suerte, sin ese impedimento. Que cosquilleo subiendo desde el estómago ante la incertidumbre de con quién se iban a encontrar, si iría aquella amiga de la amiga de la hermana, a la que veían pasar cuando iba al colegio y con la que cruzaban miradas en aquellos interminables carruseles de chicos y chicas paseando, que se formaban en los paseos de moda de las pequeñas ciudades, los sábados y domingos, al atardecer; chicas por un lado, chicos por otro, hasta que se buscaba la disculpa para el encuentro. Y los primeros susurros y algún beso furtivo, pocos la verdad, de roce de labios, sin más, pero suficiente para sus pretensiones quinceañeras, de los quince años de entonces. Y aquellos enamoramientos para toda la vida, que duraban un par de guateques Y aquellos olores, auténticas fragancias que se quedaban impregnando la ropa y que les servía para revivir los momentos pasados juntos.

Luego vendrían las verbenas, los bailes en salas de verano al aire libre, las salas de fiestas, las boîtes, las discotecas; pero nada se parecería a sus guateques, ni dejarían la huella que dejaron aquellos.

A todos, ellas y ellos, los guatequeros de aquellos lejanos años.

PASAS DE MALAGA

Autor: Luis Rodríguez Varea

Es inenarrable, o al menos muy lamentable, no me encuentro con la suficiente capacidad para explicarme con la exactitud que deseara, y francamente considero además que es bien difícil describir la inmensa desesperación y la tristeza del alma que experimenté cuando mi madre, y entonces incomprensiblemente, me dejó “encerrado” en aquel internado.

Entre los barrotes de la verja que bordeaba toda la finca de la calle López de Hoyos 317 (Madrid), veía como su silueta se iba alejando, hasta que finalmente desapareció de mi angustiada vista, confundida entre la muchedumbre y los vehículos.

Por primera vez en mi aun corta vida, me había quedado solo en un mundo extraño y totalmente nuevo y desconocido, completamente “solo” con mis doce años recién cumplidos.

¿Qué había hecho para merecer este aislamiento en un internado de una institución de huérfanos de Oficiales del Ejército?

¿Por qué la vida se portaba tan injustamente conmigo?

Si en aquellos mismos momentos me hubiese muerto, “nada me hubiese importado”.

En el gran patio corrían y jugaban aproximadamente otros cientos veinte niños de once a catorce años de edad, y aparentemente parecían totalmente felices.

Todos muy bien peladitos y correctamente uniformados con un traje de pantalón y chaquetilla color gris, que más que otra cosa parecían o se me antojaban “presidarios”.

Unas incontenibles amargas y enormes lágrimas resbalaban y bañaban mis mejillas, y notaba que todo mi cuerpo temblaba de verdadero miedo. Un pánico hasta entonces totalmente desconocido recorría todo mi ser y me tenía verdaderamente aterrado.

Creo que estaba rezando o bien meditando para mis adentros sobre mi perra mala suerte, cuando un repentino inesperado y estridente silbato llamó mi atención.

Todos corrieron a formar unas largas filas; casi me empujaron y me colocaron el último de una de ellas. Al llegar a la cabeza de la columna, me dieron un trozo de pan en una mano, y en la otra un puñadito de pasas, que recogí con la mayor de las perezas.

Evidentemente se trataba de la merienda. ¿Pero quién podía tener apetito en aquellos tristísimos momentos o en aquellas precisas, nefastas y desagradables circunstancias?

Volví mecánicamente al mismo lugar, junto a la verja donde un rato antes había visto desaparecer a mi madre acompañada de mi hermana Carmen. Soñaba que quizás se arrepintieran y volviendo sobre sus pasos, “me recogieran de nuevo”.

En esos momentos se me acercó un desconocido:

—¿No quieres merendar?

No le contesté nada y apáticamente le entregué mi pan y mis pasas, mientras que quizás avergonzado, intentaba disimular mi incontenible llanto.

—¿Eres nuevo, no? ¿De dónde vienes?

—De Marruecos— dije forzado y sin ganas de hablar con nadie.

—¡Un moro! ¡Ha venido un moro!

Enseguida se acercaron y me rodearon ocho o diez más para observarme bien y de cerca.

Quisiera o no, lo deseara o no, me llevaron casi en volandas a jugar al fútbol. Allí en medio del patio de recreos, veintitantos jugadores contra otros tantos del equipo contrario.

El primer balón que de rebote o pura casualidad llegó a mis pies, lo golpeé con la potencia de todas mis fuerzas, con toda la rabia y mi coraje contenido, y fue a para hasta...

Este partido de fútbol recién iniciado. Este embarullado juego duraría hasta... doce años después.

¡Jamás volvería a “mi casa”!

Ya nunca más tuve casa propia, pues mis numerosos hermanos/as, fueron casándose y formando nuevos hogares, y pronto mi madre al quedarse sola en aquellas tierras del Protectorado de España en Marruecos, decidió dejar su hogar y pasar temporadas con unos y otros de mis hermanos/as.

Tras pasar por sucesivos centros de estudios (Carabanchel Bajo en el Colegio Santiago tres años, y Santa Bárbara en Carabanchel Alto otros siete años) y casi agotando las prórrogas en el Servicio Militar y estando hasta la médula de internados y de estudios, por fin vi mi liberación del “presidio”, un día decidí cambiar el trapillo por el uniforme de “recluta en el Ejército” y, emulando al famoso y universal juego de la oca del

“tiro porque me toca”, de soldadito español pasé inmediatamente a la Guardia Civil; y de esta benemérita Institución (claro que unos cuantos años después), nuevamente al Ejército, a Sanidad Militar, consiguiendo, por fin, lo que no logré en su día durante mi estancia en Santa Bárbara en siete ocasiones o años presentándome a la Academia General Militar. ¿Quién conoce a algún pínfano, que se haya presentado tantísimas veces en Zaragoza?

Todos estos muchos años, siempre rodeado de cientos y miles de hombres. ¡Siempre hombres! ¿Es que sólo existían varones en la vida?

Continuamente rodeado de amigos y compañeros, pero siempre “solo”. Desde mi ingreso en La Inmaculada, la soledad parecía mi inseparable compañera.

Al llegar a Sanidad Militar en este mi peregrinaje por la vida, un día en Pamplona descubrí que aquel balón que un día golpeé con todas mis fuerzas e incontenible rabia, en el patio de mi primer internado, muchísimos años antes, encontró portería y acabó en un gran gol:

Encontré esa encantadora mujer soñada y continuamente añorada, que además de mi esposa y compañera, allanaba mi eterna pena por aquella lejana pérdida de mi madre.

Tengo en mente, cualquier día de estos de cualquier año de estos, hacer una visita a la Capital de la Nación. Sí, la Madrid esa de las continuas sirenas de la Policía, de las ambulancias y los bomberos. La Madrid de nuestros Colegios de Pinfanato.

Compraré un paquetito de pasas (que sean auténticas de Málaga), y en la calle Sevilla cogeré el autobús número cinco; y me iré —¿me acompañarás?— a la

calle López de Hoyos número 317, y junto a la verja del internado “La Inmaculada” —¡pero esta vez por la parte de fuera!— saborearlas una a una. Poco a poco. Lentamente, muy despacito.

Allí, “será maravilloso”. Allí recordaré a mi madre.

Nuevamente la veré de espaldas. Alejarse, alejarse, hasta desaparecer paso a paso de mi vista, confundida entre los vehículos y la muchedumbre. Como un verdadero cuento de hadas, “desaparecer de mi mundo”.

Pero no de mi recuerdo ni de mi amor.

LE BOUQUET

Autor: Lucas Remírez Eguía

CAPÍTULO I

Verano de 196..

—Hijo, tengo que decirte una cosa.

Mundi estaba desayunando. El día anterior había llegado de Madrid casi de madrugada; venía con 5º de Bachiller aprobado y tenía todo el verano para él. Su madre le había ido a recibir a la estación y en cuanto llegaron a casa, se metió en la cama ya que, la mayor parte del viaje, lo había hecho en el pasillo del tren. Durmió mucho y relajado hasta que ella vino del mercado. Serían las once y media y cuando abrió los ojos, de la cocina le llegaban los sonidos del trajín de su madre y el olor a leche cocida esperando a ser mezclada con el Cola-Cao que tanto le gustaba.

Cuando estaba dando cuenta del desayuno, es cuando su madre le dijo esa frase mientras se secaba las manos con un trapo de cocina. Todavía no estaba despierto del todo y su cabeza no estaba para adivinanzas. Así que desistió de pensar en lo que quería decirle y esperó a que su ella hablara.

La mujer se sentó frente a él, colocó los codos encima de la mesa, cruzó las manos y sobre ellas, apoyó la barbilla adoptando una expresión muy similar a aquélla con la que, tiempos atrás, ¡habían pasado ya seis años!, le dijo que tenía que mandarlo al colegio de

huérfanos.

Mundi tragó lo que tenía en la boca y bebió un sorbo del Cola-Cao.

—Verás —dijo su madre— desde que murió tu padre, todos los años voy al cementerio, para Todos los Santos, a llevarle unas flores. En esas fechas, tú no estás y voy sola. Ya estás hecho un hombretón y si te parece, me gustaría que eligiéramos un día del verano para que me acompañases e ir los dos juntos; estaría bien el primer fin de semana después de que vuelvas de vacaciones. ¿Qué te parece?

Mundi la miró detenidamente y pudo apreciar que los años estaban dejando huella en su rostro, ¿o serían los sufrimientos pasados en soledad?

—Madre —dijo— no he estado nunca en ningún cementerio, me da un poco de reparo entrar en ellos, pero te acompañaré. Me parece buena la idea. Tú me dirás cuando quieres que vayamos.

—Pasado mañana que es viernes. Iremos pronto, así no pasaremos calor al atravesar el puente— le dijo mientras se levantaba de la mesa.

Mundi creyó adivinar un gesto de complicidad y agradecimiento en su cara.

Esa noche y la siguiente no durmió bien. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Juanmi.

Juan Miguel Barreiro, gallego, muy alto y muy delgado. Tenía siempre la tez muy pálida y daba la sensación como si el pecho lo tuviera hundido. Jugaba muy bien al fútbol, aunque, con frecuencia, solía dejar de jugar cuando menos se esperaba porque, decía, le daba la sensación de que se ahogaba. Era un habilidoso a la hora de fumarse las pavas. Con un clip al que enderezaba la parte exterior o un trozo de

alambre, las pinchaba y sujetaba el clip por el otro extremo. Eso le permitía apurarlas sin quemarse hasta que no quedaba nada. Por las noches tosía con fuerza y tenía accesos de tos, que daban la sensación como si fuera a echar el pulmón por la boca. Por fin, conseguía quedarse dormido y con él parte del dormitorio. Era un chico ocurrente, siempre dado a la contestación graciosa, tenía una habilidad pasmosa para ponerle la “piedra” a cualquier palabra con la que terminara una frase. Pero Juanmi tenía una mirada melancólica, como si notara que estaba en inferioridad de condiciones con los demás. Por eso, por eso mismo, pensaba Mundi, se sentía feliz cuando los demás se reían de sus ocurrencias. Con Mundi se llevaba muy bien y Mundi lo apreciaba un montón. Un día se sinceró con él y le dijo: “Mundi, me gustaría que se me pasara esto y dejar de toser y de cansarme y ser un tío normal como vosotros”.

Mundi sólo acertó a decirle: “No te preocupes, cuando menos lo pienses se te pasará y cualquiera te para cuando corras con la pelota”.

Un día Juanmi, corría con el balón, era un partido contra el CHA, con dos fintas de cintura había sorteado a otros tantos contrarios y de pronto, se paró, se echó ambas manos al pecho y encogiéndose sobre sí mismo, soltó un vómito de sangre. Se organizó un gran revuelo, lo levantaron y entre cuatro, cogiéndole por los hombros y las piernas, lo llevaron a la enfermería. Cuando pasó junto a él, Mundi se fijó en la extremada palidez de su rostro. Sus miradas se encontraron y Juanmi musitó algo que Mundi no entendió, tenía una expresión de miedo, de impotencia, de derrota, de búsqueda de alguien que le sacara de aquel trance.

De la enfermería lo llevaron al hospital y a los pocos días les llegó la noticia de que había fallecido. En el colegio se hizo, días después, una misa funeral aprovechando que su madre venía a recoger sus cosas. Iba acompañada por el hermano mayor de Juanmi y durante toda la misa estuvo llorando en silencio. Al salir, con el director junto a ella, mirando al grupo donde, entre otros, se encontraba Mundi, la mujer acertó a decir: Gracias.

Cada vez que Mundi se acordaba de Juanmi, la imagen que le venía a la cabeza no era de cuando se fumaba las pavas, ni de cuando, apostillaba una frase de otro con una ocurrente piedra, ni cuando corría con el balón. La imagen que le venía a la cabeza era la de Juanmi derrotado, indefenso, con aquel rictus de pánico y sobre todo aquellos labios musitando esa frase que no alcanzó a entender.

El hecho de tener que ir por vez primera al cementerio le trajo a Mundi esos recuerdos de su amigo muerto y por eso llevaba dos noches sin apenas pegar ojo. "Mal comienzo las vacaciones", pensó.

Cuando, el viernes, su madre entró a despertarle, ya estaba leyendo una novela del oeste; trataba con eso de ahuyentar los recuerdos.

Desayunaron los dos juntos y una vez arreglados salieron a la calle. Nada más abandonar el portal, ella se le colgó del brazo. Mundi la miró y se dio cuenta de que su madre se sentía orgullosa de él y el gesto quería representar que se encontraba necesitada de apoyo, no precisamente físico y que él podía empezar a prestárselo.

—Estás muy guapa, madre— le dijo.

Ella le miró y con una sonrisa le contestó.

—Y tú, ¿dónde has aprendido a echar flores a las mujeres, D. Juan?, la de corazones que debes de estar rompiendo en Madrid.

—No lo creas madre, allí las chicas se fijan en los mayores, nosotros no tenemos nada que hacer.

—Pero las habrá de todas las edades ¿no? Ven, iremos por esta calle, quiero comprar un ramo de flores a las floristas que están en la puerta del mercado. Las venden recién cogidas de esta mañana.

Siguieron caminando, la ciudad, sobre todo la parte del centro por donde pasaban, ya se había puesto en movimiento y el día, se presumía, sería caluroso. Un limpiabotas sacaba brillo a los zapatos de un hombre grueso que estaba sentado en la terraza de un bar, próximo a la puerta de entrada al mismo. En la mesa redonda, de patas de hierro forjado y tablero de mármol blanco, descansaba un plato con una taza de café de la que el hombre tomaba pequeños sorbos, quitándose de la boca el cigarro puro que mantenía entre los labios. Llevaba traje azul marengo con chaleco y del bolsillo superior de la chaqueta le salía un pañuelo que hacía juego con la corbata. Se tocaba con un sombrero flexible blanco.

Mundi pensó: "Tiene todas las pintas de un tratante, forrao de pasta".

Una copa de un líquido blanco y un vaso de agua, completaban el menú. "Eso es chinchón o anís del mono", se dijo Mundi para sí. El hombre se entretenía contemplando a la gente que pasaba, mientras el limpia le estaba contando algo que le debía hacer mucha gracia. Mundi se fijó que el calcetín del pie, a cuyo zapato estaba sacando brillo el limpiabotas, lo

tenía protegido hasta la altura de los tobillos por sendos trozos de cuero, metidos entre el pie y el zapato por ambos lados. La verdad es que no le gustó como miró a su madre, aunque fueron escasos segundos ya que, el tipo, dirigió la mirada hacia una chica rubia que se cruzó con ellos. De dentro del café, con la atmósfera llena de humo, salían las voces de la clientela, a esas horas, la mayor parte, hombres que cerraban negocios, teniendo como única firma un apretón de manos y como rúbrica un trago de una copa de licor.

CAPÍTULO II

Llegaron al mercado, en un lateral, una vez traspasada la puerta, había cinco o seis mujeres, cada una de las ellas detrás de un gran caldero de hoja de lata, donde, sobre dos o tres dedos de agua, reposaban multitud de flores de largos tallos. Gladiolos, rosas, claveles, margaritas..., daban un colorido que atraía la mirada de todos los que entraban.

—Buenos días, Flora, menudas flores más bonitas tiene Vd.— dijo la madre de Mundi.

Se conocían de hace muchos años y a Mundi le hacía gracia que llamándose Flora se dedicase a vender flores. La mujer, casada con un peón caminero, tenía una huerta, a las afueras de la ciudad, que ella misma cuidaba y de donde salían las flores que luego vendía.

A Mundi, aparte de hacerle gracia el nombre de la florista, más gracia todavía le hacía, pero en otro sentido, su hija. Se llamaba Luisa, tenía un par de años más que Mundi y se dedicaba a vender leche de una vaquería próxima a su huerta. La repartía por las casas ayudándose de una bicicleta en cuya parrilla trasera,

llevaba acopladas un par de botejas, una a cada lado. La madre de Mundi era clienta, y Mundi en cuanto estaba de vacaciones era el encargado de bajar a por la leche cuando la otra llamaba desde abajo. Lo hacía de forma voluntaria, eso que en los colegios había aprendido que voluntario ni para comer, porque, como diría Nico con su lenguaje peculiar, la tal Luisa “estaba que se tronzaba de buena”. Mundi aprovechaba para charlar con la chica un rato, y de paso darse su ración de vista porque, de ahí no pasaba la cosa, ya que la otra picaba más alto.

Sí —contestó la florista— éstas son de mi huerta y están recién cogidas esta mañana. La veo muy bien acompañada por el madrileño que ya está hecho un hombre.

Mundi estuvo tentado de preguntarle por su hija, pero la florista no dio tiempo a ello porque, de inmediato, como adivinando el pensamiento, dijo:

—Yo estoy de lo más preocupada, a mi hija, se le ha metido en la cabeza que, en cuanto haga el Servicio Social, se va a París con mi hermana, que vive allí desde después de la guerra. La niña dice que aquí no tiene horizontes y que prefiere probar fortuna en aquellas tierras.

La mujer siguió lamentándose aunque Mundi ya no la oía. Acababa de sufrir un serio revés; el origen de muchos de sus sueños inalcanzables, de largas pensadas, de fantasías de quinceañero, se iba y no volvería a verla más, aunque sólo fuera en vacaciones.

En éstas, la mujer ya había preparado un ramo de margaritas grandes y blancas. Había cortado parte de los tallos y los había juntado con una liza, formando un ramo sencillo pero bonito.

—Yo te llevo el ramo, madre.

—Te digo yo que has venido hecho un galán.

Madre e hijo se encaminaron hacia la zona donde se encontraba el cementerio. Estaba al otro lado del río y cuando atravesaban el puente, les adelantaron un grupo de chicos que probablemente iban a bañarse. Unos, llevaban la toalla hecha un rulo debajo del brazo y otros, portaban unas bolsas de deporte, de diferentes colores, que semejaban los sacos marineros en pequeño.

Una vez pasado el puente, tomaron una carretera a la derecha, que discurría paralela al río a escasos metros de éste. Allí estaba. Una larga tapia de mampostería paralela a la carretera constituía el límite sur del cementerio. Dos puertas de hierro forjado, eran el acceso por esa parte, una de ellas estaba cerrada, a la otra, se llegaba a través de una pequeña rampa, atravesando una zona de castaños que estaban entre el cementerio y la carretera.

En la pared, a la izquierda de la puerta, una placa hecha en baldosas de cerámica rezaba:

*“Entra en este sagrado recinto,
haciendo honor a tu noble condición
de cristiano, tanto en el vestir como
en la dignidad de tu comportamiento”.*

El texto estaba en azul y orlado con una cenefa de motivos florales del mismo color. Mundi no estaba muy seguro de cómo debían de vestir los cristianos, pero consideró que, con unos vaqueros y un polo, cumplía los requisitos.

Traspasaron la puerta. Frente a ellos, una larga calle de piso de adoquín, jalonada a ambos lados por enormes cipreses que, vistos en perspectiva, daban la falsa

impresión de que al final unían sus copas. La calle era cortada perpendicularmente por otras varias, a lo que alcanzaba la vista de Mundi. Todas tenían el nombre de algún santo y en cada uno de los lados, de los cuadrados que formaban con la principal y los límites del cementerio, se alineaban panteones que dejaban, en el centro del cuadrado, una zona de tierra donde se veían tumbas a ras del suelo con una sencilla lápida de piedra e incluso, simples cruces de hierro, que señalaban el lugar donde alguien se encontraba enterrado. Más al fondo algunos bloques de nichos de dos o tres pisos y un poco más allá la zona donde se ubicaba la fosa común.

Caminaron por la calle principal y su madre se sujetó fuerte al brazo de Mundi para no tropezarse con algún adoquín. Al llegar a la segunda calle torcieron a la derecha. No se veía a nadie y sólo se oían el gorjeo de los pájaros en los árboles y el murmullo del agua del río saltando un pequeño obstáculo de piedras que configuraban una insignificante cascada.

Dos hileras de unos quince o veinte panteones ocupaban ambos lados de la calle. Eran panteones de losas de piedra granítica que tendrían una altura de aproximadamente un metro y todos tenían un frontal también de piedra, de otro metro más o menos, rematado en una cruz. En él se podían leer, bien labradas sobre la piedra o en placas metálicas ovaladas y esmaltadas, los nombres de las personas allí enterradas, así como la edad o fecha de fallecimiento.

Sin querer, Mundi se vio leyendo los nombres escritos según iba pasando. Uno de ellos le llamó poderosamente la atención. En el frontal sólo había un nombre grabado en la piedra: Laura.

Sobre la lápida que cubría el panteón, grabado un poema que decía:

*Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;
mas no, desotra parte en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi alma el agua fría,
y perder el respeto a la ley severa.
Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas de humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

Encima del texto, una rosa que daba sensación de estar cortada hace unos instantes.

—Eso lo he leído yo en alguna parte —se dijo Mundi—
Eso es de...

No le dio tiempo a hacer memoria porque, tres panteones más adelante, su madre se detuvo. Era el de su familia, se acercaron y ella depositó el ramo de flores sobre la lápida. El panteón no tenía mal aspecto aunque se veía que era antiguo, de los primeros que se debieron hacer en ese cementerio, lo mismo que los que estaban en esa zona. Mientras su madre colocaba el ramo, él se dedicó a leer los nombres que figuraban en el frontal. Allí estaban por orden cronológico de fallecimiento, los de sus abuelos por parte de madre, a los que Mundi no había conocido ya que fallecieron antes de él nacer, el de un niño, que era el hermano mayor de su madre, muerto a los meses de venir al

mundo y debajo, el nombre de su padre seguido de la fecha de fallecimiento. Algo le recorrió el cuerpo, algo que no sabría explicar. Delante tenía el lugar donde estaban los restos de su padre. Volvió a leer el nombre. Cuantas veces había escrito ese nombre al tener que rellenar impresos en su vida escolar: “Nombre del padre, nombre de la madre”. No se hacía a la idea de que esa figura idealizada estuviera ahí dentro, hecho nada. Sin darse cuenta, le afluyeron a la mente mil y una escenas de las vividas con él. En eso tenía “suerte” pensó, pues al fin y al cabo, había podido disfrutar unos años de su compañía, aunque hubieran sido pocos; otros compañeros suyos, apenas los conocieron e incluso, alguno, nació después de que su padre hubiera muerto. Beni, por ejemplo, que los perdió a los dos cuando tenía cinco años. No había manera que recordara nada de lo vivido en casa con sus padres. De vez en cuando, de forma furtiva, cuando estaba seguro de que nadie le veía, sacaba una foto y estaba un rato contemplándola. Un día le desveló a Mundi su secreto y le enseñó la foto. Era una foto de estudio, pequeña, en blanco y negro, estaban los dos, de medio cuerpo, él de militar, con el cuello de la camisa abierto, un fino bigote y tocado con el chapiri legionario, en el que se distinguían las tres estrellas de capitán. Ella, con un vestido de flores, y una melena ondulada preciosa. Los dos miraban a la cámara sonrientes. La foto se veía ajada de tanto manosearla Esa era toda la referencia que Beni tenía de sus padres.

Por eso, había veces que su amigo se rebelaba contra su situación, como cuando tuvo que rellenar una ficha para mandar al Instituto donde se examinaban de Reválida. En el lugar del nombre del padre y de la madre, puso sendas cruces romanas. Cuando lo vio el

profesor, al repasar las fichas, fue hacia él y le dijo:

—A ver Benito, ¿qué significa esto?

—Están los dos muertos— dijo como recitando una lección de memoria.

—Y qué pasa con eso listillo, ¿es que no tenían nombre? Haz una ficha nueva, que te vas a llevar un guantazo.

Sin ser consciente de ello, Mundi se encontró haciendo un repaso de su devenir por los colegios, como si quisiera poner a su padre al corriente de cómo había sido su vida desde que él murió.

Cómo viajó por primera vez a Padrón, cómo lloró la primera noche, prelude de otros muchos llantos en la intimidad de un dormitorio a oscuras, cómo hizo los primeros amigos, cómo recibió las primeras bofetadas, cómo pasó sus primeras navidades en el colegio, sus frustraciones, sus penurias, sus logros, su ir de un colegio a otro, su sentirse, lo mismo que sus compañeros, diferente a los chicos de su entorno, su ir por la vida viviéndola de forma prematura, sus deseos, su pregunta sin respuesta: ¿y qué será de mí?

Miró a su madre, ella estaba quieta, con la vista fija en el panteón, probablemente rezaba alguna plegaria, y parecía como si también estuviera presentando su luchar con la vida para sacar adelante lo que ella y su padre iniciaron juntos ;puede que, incluso, le estuviera reprochando la faena de dejarla sola, en el caminar del día a día, con un hijo al que proteger y buscarle un porvenir, pero lo haría desde el lugar del vencedor, del que va a clase con los deberes hechos, no sin sacrificios y hechos bien, con valentía, con dignidad, como tantas otras, habiendo tenido que asumir el papel de padre y madre, sin estar preparadas para

ello, en esos años tan difíciles y en unas circunstancias penosas.

Mundi esperó a que ella terminara, la mujer en un gesto reflejo se llevó la mano a los labios y luego la posó sobre la lápida. Giró y se agarró fuerte del brazo de Mundi. Los dos iniciaron el camino de la salida en silencio. Ella sacó un pequeño pañuelo del bolso y se enjugó un par de lágrimas.

—Ya perdonarás hijo, pero siempre me pasa igual, vivimos muchas cosas buenas juntos, ¿sabes?

—No te preocupes madre y llora todo lo que quieras, dicen que es bueno— dijo Mundi.

Al pasar por el panteón del poema, a Mundi se le hizo la luz y apuntando con el dedo, dijo en voz alta:

—¡Quevedo, es de Quevedo!

—¿Qué dices hijo?

—Nada madre, cosas mías.

Y los dos, madre e hijo, salieron del cementerio muy pegados, hechos uno. Las visitas fueron sucediendo año tras año hasta que Mundi terminó de estudiar. Luego, cuando Mundi se instaló en la ciudad, las hacían el día de Todos los Santos.

CAPÍTULO III

Primavera de 199...

María Callas y Alfredo Kraus estaban interpretando Parigi o Cara de Verdi, en la radio del coche. Le gustaba Kraus, consideraba que era mejor que Carreras y otro estilo al de Plácido, más puro, más técnico, aunque este tampoco le desagradaba.

La circulación ese día era fluida y consiguió aparcar cerca de la tienda donde se dirigía. El aparcamiento era de estacionamiento limitado y en cuanto dejó el coche, la vigilante se le quedó mirando, hasta que vio que se dirigía al expendedor de tickets, que le autorizaban a dejar el coche en ese lugar, una hora como máximo. Mundi colocó el papelito en el salpicadero y cerró el vehículo. La vigilante le lanzó una mirada desde lejos como diciendo: "Estaré pendiente de cuándo se te acaba el tiempo".

Atravesó la calzada y dobló la esquina. Allí estaba la tienda a la que iba todos los años, desde hace unos cuantos, en el mismo día, como un ritual. Era una floristería. En un toldo color amarillo chillón que cubría la entrada se leía: "Flores & Bouquets".

Siempre que lo veía le hacía gracia: "¡Qué habilidad, tres idiomas en dos palabras!", se decía.

La dueña, en ese momento, se metía en la tienda después de colocar las últimas plantas y ramos de flores a ambos lados de la puerta, para que el público las tuviera más a la vista. La verdad es que la tienda era bonita, estaba montada con mucho gusto y llamaba la atención de todo el que pasaba por allí. La puerta estaba flanqueada por dos carretillas de madera, de color verde, sobre las que descansaban un bosque de pequeños calderos color amarillo, como el toldo, con multitud de ramilletes de flores de mil y un colores: claveles, rosas, mini margaritas, mini claveles, violetas, jazmines, lirios. Cada recipiente, tenía un cartelito con el nombre de la flor, alguno en latín y el precio. Mundi entró en la tienda y la verdad es que apetecía estar un rato dentro, envuelto en el frescor y los olores de un montón de flores y plantas, todas diferentes. La dueña estaba en la trastienda, que servía de almacén y donde

se preparaban los ramos y los centros de flores. Mundi aprovechó para fijarse en lo que había allí dentro. Según se entraba, a la izquierda, unas estanterías bajas, pintadas de azul, sobre las que reposaban las flores más grandes o que se vendían con tiesto: hortensias, jacintos, orquídeas, crisantemos, tulipanes, gladiolos, iris, peonías...

A la derecha y sobre estanterías verdes, las plantas, tanto de interior como de exterior, en macetas o macetones, a los que se les apreciaba la humedad de riego reciente. Al fondo de la tienda, estaba el mostrador, tras del cual, en la pared, colgaban diplomas de premios obtenidos en concursos de floricultura y junto a él, la puerta de acceso a la trastienda.

—Hola, mon cherí, esperaba que vinieras como todos los años en esta fecha— dijo la dueña saliendo de la trastienda.

—Hola preciosa, ¿cómo estás?— le dijo Mundi, mientras le daba sendos besos, uno en cada mejilla.

La dueña era Luisa, la hija de la florista amiga de su madre. Consiguió irse a Francia con su tía, allí estuvo trabajando de chica para todo, pues lo mismo fregaba escaleras, que estaba de asistenta por horas, o dejaba como los chorros del oro la vajilla en un restaurante. Hasta que conoció a René, hijo de un comerciante que regentaba un puesto de flores en “Le Marché aux fleurs” de París. Luisa dejó de fregar y poco a poco se fue instruyendo, teniendo como maestro a René, en la multitud de variedades de flores y plantas, en el cuidado de las mismas, en la decoración, en el idioma y en las artes amatorias. Se casaron y se hicieron cargo de la tienda cuando el padre se retiró. Tuvieron tres hijos, y decidieron que en España podían montar una

floristería con clase, de las de postín. Traspasaron la tienda y se instalaron en la ciudad donde Luisa se había hartado de repartir leche.

El negocio comenzó a funcionar bien y siguió muy bien. El toque francés había calado en la clase chic de la ciudad. Así que ahí estaba Luisa, que desde que volvió de Francia se hacía llamar Louise y le gustaba intercalar alguna palabra francesa en sus conversaciones. La verdad era que, aunque los años habían pasado, muchos años, todavía conservaba cierto atractivo y desparpajo, y sobre todo, hablaba por los codos. A Mundi y a su familia los trataba como si fueran la propia y ellos correspondían acudiendo a ella siempre que necesitaban flores o plantas.

—Te tengo preparado un bouquet —le dijo— seguro que a tu madre le hubiera gustado un montón. Espera que ahora te lo saco.

Al poco salió con un precioso ramo envuelto en papel de celofán.

—¿Te gusta?

—Mucho— dijo Mundi.

—Verás, esto de aquí son lilies asiática, este otro, un racimos de delfinios, aquí, un racimo de mini claveles, margaritas blancas, un racimo de flores de cera, otro de lisianthus y otro de monte casino lavanda.

Mundi no pretendía ni mucho menos aprenderse los nombres, pero el efecto era de una belleza plástica imponente.

—Tienes mucho arte, Louis, parece que hubieras nacido para esto. Es precioso.

La mujer se sintió halagada y con una sonrisa le dijo:

—Pues tú sabes que no empecé con flores que digamos. Sólo es cuestión de ponerse— dijo con falsa modestia.

Un par de clientas entraban en la tienda a la vez que una furgoneta de reparto le traía unas cuantas cajas alargadas procedentes de Holanda, según ponía en las etiquetas, así, que dieron por terminada la conversación.

Mundi pagó y se despidieron.

—Au revoir! —le dijo la florista— dale recuerdos a tu mujer, el otro día estuve hablando un rato con ella. Está muy guapa, vigílala.

Mundi fue hacia el coche y cuando pasó delante de la vigilante le dijo sin detenerse: “No ha habido suerte, ¿eh? Uno cero”.

La otra le miró y por el gesto dio la sensación como si le contestara: “Ya caerás”.

Atravesó la ciudad y enfiló el puente. Todos los años, en el aniversario de la muerte de su madre, le gustaba ir al cementerio. Por Todos los Santos iba con el resto de la familia pero, ese día, iba solo.

Una vez atravesado el puente, giró a la derecha y pasó delante del tanatorio. Estaba construido donde antes había estado el cementerio civil.

El cementerio civil... recordaba cuando al ver una zona adosada a un costado del cementerio, a la que se entraba por una metálica, le preguntó a su madre.

—Y eso, ¿qué es?

Ella le contestó:

—Es el cementerio civil.

Mundi frunció el ceño:

—¿Qué pasa, que el resto del cementerio es para militares?

—No hijo, no, ahí entierran a los que no son católicos o a los que se suicidan.

—¿Y por qué no pueden estar juntos? Tú imagínate —continuó Mundi.— que uno es católico y se suicida, en el último, último momento, antes de morir, se arrepiente. Nadie sabe si se ha arrepentido. ¿por qué no lo pueden enterrar con los otros.? Qué más dará que sean o no católicos para enterrarlos en el mismo cementerio; al fin y al cabo, una vez muertos todos son iguales.

Mundi sonreía, recordando la cara de su madre queriendo salir del atolladero.

—Mira hijo, no sé el porqué, pero así es y ha sido siempre. Cuando vuelvas al colegio se lo preguntas al cura a ver que te dice. Y de paso me lo cuentas cuando vuelvas.

Le costó aparcar el coche ya que había un enterramiento y el aparcamiento del cementerio estaba casi lleno. Había crecido mucho el cementerio, el panteón de su familia se había quedado en la parte antigua y a la nueva se entraba por la puerta que daba al norte. En ella proliferaban panteones a ras el suelo, de mármol negro o gris y largas fila de bloques de nichos de hasta cinco alturas. En otra zona, un conjunto de lápidas sobre tierra mirando a la Meca constituían el acotado para musulmanes. En una zona ajardinada, un grupo de pequeños nichos donde depositar las urnas con cenizas procedentes de incineraciones. Lo que antes era tierra, ahora eran amplias zonas de césped.

Mundi subió la rampa de acceso a la puerta, el letrero de la entrada sobre cerámica todavía estaba y habían

recompuesto un par de baldosas, se notaba por el tono más fuerte de las letras de las baldosas sustituidas. Encima de la puerta, un rótulo de letras de metal anunciaba: Cementerio Municipal.

Mundi entró, estaba todo muy limpio aunque el suelo de la calle principal seguía siendo de adoquín. Continuaban las hileras de cipreses a ambos lados de las calles y se respiraba el silencio y el sosiego del lugar. Una mujer estaba colocando una maceta encima de una lápida. Observó Mundi que proliferaban las fotografías en tamaño pequeño adosadas a las lápidas o a los frontales de los panteones. Pasó por el panteón del poema de Quevedo, estaba descuidado y la placa con la poesía tenía una grieta. En el frontal debajo del nombre de Laura ponía Alfonso, nada más.

Mundi llegó al panteón familiar; en una placa de mármol blanco sujeta a la lápida, en letras negras, figuraban los nombres de su padre, su madre y su tía Rosa, con las fechas de fallecimiento.

Mundi dejó sobre la lápida el ramo de flores y se escuchó decir: Aquí estoy...

*Noviembre de 2005.
En recuerdo.*

JUNTAS A PICOS

Autor: José Luis del Barco Parra

Navidad, Navidad, ¡ya estás aquí! Cada año el pistoletazo de salida comercial te programa antes, año tras año, se dan cita: las campañas solidarias con el consumismo agobiante y machacón, ¡eso sí!, todo ello aderezado por un gran despliegue de iluminación y festejos lúdicos, ya sé... “los tiempos cambian”, lo acepto, pero no acabo de asimilarlos. Como contrapunto a esas compras compulsivas; curiosamente nos vemos arropados por un manto de bondad, que nos hace creernos mejores, más comprensivos y solidarios con el prójimo, ese “espíritu navideño” que nos infunde un propósito de enmienda, desgraciadamente viene provisto con fecha de caducidad, concretamente el 7 DE ENERO, fecha en la que de nuevo ¡ZAS!, empezaremos a zurrarnos, pisarnos y al sálvese quien pueda; si, es tristemente un tiempo efímero, debería poder envasarse ese espíritu por meses, así, quizá podríamos cumplir con esa paz y Felicidad que tanto proclamamos, ¡Si!, Navidad... estás aquí, y bajo todo su esplendor, el tañer de las campanas, tintineos de cascabeles, risas y algún que otro villancico, escondes tristeza y sentimientos llenos de nostalgia y muchos nudos en la garganta en recuerdo de las personas ausentes y queridas, así eres tú, tan dulce y tan feliz como triste y amarga, ¿sabéis? Me dan envidia los que tienen niños a su alrededor, porque ellos son el cascabel de la familia, son la Navidad, criaturas llenas

de fantasía e ilusión, con sus conciencias limpias sin contaminar, vivirán la Navidad en espera de la culminación de una “noche de REYES” con toda su imaginación en ebullición, noches que no desaparecerán de sus recuerdos jamás.

Por otras circunstancias tampoco yo olvidare mis primeras navidades en el colegio de Padrón (La Coruña). Navidad del 49-50. Noche de reyes, ocho años: como a cualquier niño de esa edad la excitación hacia difícil conciliar el sueño y la imaginación se encargaba de transformar cualquier ruido, todos ellos delataban la presencia de sus Majestades en el Centro... todo normal, salvo que no tenía el amor y cariño de mi madre y hermanos para compartir mis sensaciones, y que ellos con su experiencia me descifrarán los extraños ruidos... pajes moviendo los sacos, camellos bebiendo etc.

En la mañana de Reyes, os aseguro íbamos con la consabida excitación e ilusionados pero el trámite era frío, tanto como el tiempo reinante que nos dejaba las manos llenas de sabañones, aun hoy tengo las pasos muy presentes, campana, capilla, desayuno y en fila cada uno a su clase, los nervios afloraban, ¡había llegado el momento! Empujones de complicidad, y el consabido “a lo mejor me traen un balón, una pistola, un coche, etc.”, mas allí algo era diferente a lo que recordaba de casa. ¡Nadie nos había hablado de dejar agua y comida para los camellos! ¡Que descuido!, la realidad es que (quizás por la precariedad de la posguerra) nadie ayudo a crear un mundo de ilusión para los peques.

En el interior de las clases no había el caballo de cartón por el que grite años atrás, ni coches ni pelotas... nada. Baltasar había fallado, eso sí, en cada pupitre

sus majestades habían dejado una pizarra nueva con su consabido pizarrín ¡ah! y algunos caramelos, supongo que los malos momentos se dejaban sentir en la generosidad de sus Majestades.

El siguiente año, ya sin tanta ilusión e imaginación la justa, Baltasar me sorprendió junto a la consabida pizarra (que por cierto era un clásico) me dejaron una flauta (una caña con tres agujeros, barnizada con una cinta de la bandera española) me la habían mandado de casa supongo que con muchísimo sacrificio. Ese año, chuléé ante mis compañeros, la verdad es que chuléé poco, pues a los dos días se me requisó por pintar en el dormitorio, me quitaron mis Reyes, pero no la satisfacción de haber dejado embobado al 67 (pido perdón si equivoco el número), un matón de 10 años, de Murcia.

Así fueron mis primeros reyes. En el colegio dejaron de existir camellos, reyes, regalos, pero no en mi imaginación, ¡que aún conservo!

No todo fue tan lamentable, como la mayoría de colegios de posguerra, el nuestro también tenía sus tradiciones, quizás la más curiosa ingenua y divertida era la de “JUNTAR A PICOS” (quiero recordaros que los picos eran los extremos de los chuscos, como todos sabéis, pan del Ejército).

Todo comenzaba como dos o tres semanas antes de Navidad, se necesitaba una caja de cualquier tipo, generalmente de cartón, se le habría una boca a modo de buzón, se ataba y lista, ahora a buscar socios, saber elegir era importante lo mejor los más afines, los más amigos, los más cómplices. Si podías contar con algún “pazguatin” enchufado de Sor Vicenta era un buen

punto, podría aportar más a la causa, al tener prebendas por limpiar la capilla, cortar velas, flores etc.

48, 85, 93, 12, “¿JUNTAS A PICOS?”, he de recordaros que en Padrón no teníamos nombres, éramos números (algo que chocaba enormemente en las familias cuando recibían una carta por Navidad y después del dictado correspondiente (como mucho, aprendo mucho, os quiero mucho... finalizabas con mis mejores amigos son... y aquí la retahíla de números. ¿Qué significaría para ellos?

Bien una vez, seleccionados los cinco o seis socios se formaba el compromiso de cada uno, de su ración del día del chusco, el pico debía cortarse e introducirlo en la caja de cartón. Un ritual que cada tarde se recolectaba, con más de un enfado si alguno no cumplía o rompía el pacto comiéndoselo, cosa que sucedía con frecuencia, porque la tarde era larga y el hambre mucho. Soportar la tentación del currusco en el babi sin picarlo, sin tocarlo, iera duro!

El objetivo era que la noche de Navidad fuese un noche especial iya lo creo que lo era!

Buscabas un lugar recogido en el dormitorio, lavabos los más privados posibles, y sentados en corro y la caja en el centro, la excitación se apoderaba de todos, ojos como platos expectantes al rasgar la embocadura y allí ¡Estaba el Tesoro! Era la gran noche repartir y triturar esos picos era el premio esperado, bien es verdad que se habían convertido en piedras, pero con agua eran deliciosos, aquello se hinchaba y sentías una sensación de pesadez en el estómago envidiable, ise habían confabulado la imaginación, la excitación y valentía por haber transgredido “las reglas”!, ahora bien, ojo con la excitación, si alguno por su culpa se orinaba en

la cama y era reincidente, a la mañana siguiente debían llevar una sábana a modo de bandolera durante parte del día, para burla de sus compañeros. Este sistema era practicado durante todo el año en niños de 5 a 10 años, aun hoy tengo dudas sobre cual "hermana de la caridad" ejercía de psicóloga, supongo que la misma que de noche en el dormitorio contaba "cosas de niños que habían pecado" y el demonio vendría a por ellos con el sabido "un, dos, tres, mío es", acompasando su voz con el de sus pasos por la galería, no puedo imaginar tanta caridad, pero lo cierto es que conseguía rechinar los dientes de los más sensibles o "más pecadores".

Perdonad, debo presentarme, soy el 51, amigo del 41 (la gallinita, por lo que lloraba), (si Tejedor perdona, pero reconoce que eras un tanto sensible ¿vale?). ¿Recuerdas?, juntos ingresamos el mismo día, nuestras madres se encontraron en aquel destartalado tren de madera con destino a Coruña, para llegar a Padrón tuvimos que cambiar en dos estaciones intermedias, llegando de madrugada y pernoctando en un banco de la sala de espera de la inhóspita y fría estación hasta poder ingresar en el centro en la mañana siguiente.

Nunca lo olvidaré, como tampoco lo habrás hecho tú, aquella mañana lluviosa y fría cruzando un largo puente, en el que bajo la niebla de la mañana vislumbrábamos el gran caserón, inuestra futura casa!, parecía un fotograma de cualquier film de Fellini, cuatro siluetas negras entre la niebla con sendos bultos en la manos, nunca olvidaré lo corto que se me hizo el trayecto con la respiración a cada paso más agitada, el corazón bombeándome al máximo, y la mano cada vez más apretada a la de mi madre, casi cortándole la circulación.

Este episodio es parte de otro escrito, son mis vivencias muy iguales que por supuesto todos tenéis las vuestras.

Mi nombre es José Luís del Barco, el 51 de Padrón, tuve el sobrenombre de “la mona” supongo que por mi imitación del simio o por mi modo de saltar en mi precoz afición al fútbol en el puesto de portero (según mis compañeros era el que mejor paraba las pelotas de trapo y cuerdas y en ocasiones algunas de goma). También se me dio en llamar Roció en honorífica comparación con el portero local del Iría de Flavio, conjunto al que las “hermanas” nos llevaban algún domingo para servir de clac y animar, desgraciadamente la racha se rompió y dejamos de ir por un desafortunado balonazo que recibió Sor Inés (la sargento Inés) que le arrancó la corneta (así llamado en el hábito de las hermanas de la Caridad, el cubrecabezas almidonado con alas). Este hecho causó gran alboroto en el pueblo, a pesar de las disculpas de los jugadores, árbitros y demás representantes de club, que trataba de reanimar y poner en pie a nuestra querida hermana, que resoplaba y resoplaba haciendo más llamativa y evidente la pelusa del bigote, solo Sor Luisa, un bombonazo de Sor, dulce y de rostro angelical (todos estábamos fascinados con ella), insistía para que siguiéramos en el campo, pero la sargento Inés, sin corneta, con medio ojo cerrado ordenó ¡a CASA!

Como es obvio este partido lo perdió el equipo causante del entuerto (quizás hoy en día diríamos compensación del árbitro con el clero).

Hay tantas anécdotas por contar, algún día lo haré en mi personal “Florido Pensil”, hacedlo vosotros también, que conozcan vuestros hijos y nietos vuestras vivencias a pesar de que os llamen abuelo batallitas,

hacedles ver que también vosotros fuisteis niños (pensad que ellos también lo harán) seguro que hay cosas que a esta generación les parecerá producto de vuestra fantasías más que de la pura realidad.

Disfrutad con ellos de su Navidad ia mí me cuesta!, tengo idealizada la mía, aquella en que la gente era o me lo parecía más sensibles, con otra luz, siento nostalgia de aquellas barracas de tiro, aquel enorme caballo de cartón de los fotógrafos, aquellos vendedores de pavos, el paliar el frío con el calor de las castañas asadas en los bolsillos, el olor de la retama quemada en las hogueras, el sabor de los boniatos... en fin, era otra historia, otra Navidad, otro modo de sentir que ya no siento, porque ahora les toca a ellos y así se lo dirán a sus hijos.

Venga, quitaos el caparazón y sacad el niño que todos llevamos dentro, quizás así, por estas fechas os sintáis mejores, ¡ah!, ¡pero no juntéis a picos!, yo por lo pronto no dejaré de poner agua y pan para los camellos y, ¿por qué no?, alguna copita para los Reyes que vienen ya cansados y tienen mucho que pensar y sobre todo que recordar.

CONVERSACIONES CON MUNDI

Autor: Lucas Remírez Eguía

I

Lo veo pensativo, está sentado en el bordillo de la acera de una calle por la que apenas pasa un coche de ciento en viento. Juguetea con dos canicas, una de las cuales tiene cogida en la oquedad que hace el índice doblado, como si apretara un gatillo, mientras que el pulgar la sujeta por debajo dispuesto a impulsarla sobre la otra canica que está en el suelo ;pero se ve que su pensamiento está en otra parte, sus movimientos son pura rutina.

Me siento a su lado.

—¿Qué pasa, chaval? Muy solo te veo.

Me mira y termina de lanzar la canica que tenía preparada. Al recibir el golpe, la otra sale despedida. Mundi la recoge y entonces me contesta:

—Si, estoy esperando a los amigos para echar unas partidas a las canicas.

Al sentarse se oye el ruido que producen las otras canicas que lleva en el bolsillo de su pantalón corto.

Adivinando mi pensamiento se mete la mano en el bolsillo y extrae un puñado de canicas de arcilla, de diferentes colores, principalmente, marrones y azul verdoso Me las muestra como si fueran un tesoro. Entre ellas, una, un poco más grande, de cristal.

—Un pitón— me dice.

—Te veo un poco raro— le digo.

—Estoy alegre y triste— me contesta, sin apenas dejarme terminar de hablar, como si estuviera deseando decírmelo.

—¿Y eso?

—Pasado mañana empiezo el colegio.

—¿Y por eso estás alegre o triste?

—Las dos cosas— me dice escueto.

—A eso se le llama no mojarse, así que, si no te importa, vayamos por partes y me lo explicas despacio.

—¿Tú has estado alguna vez interno lejos de tu casa?

—Sí —le contesto— pero era mayor que tú.

—Entonces te harás una idea, pero no es lo mismo.

—Es verdad, tienes razón.

—Yo me voy a Madrid, está un poco más cerca que donde he estado hasta ahora, pero está lejos.

—Ya, y por eso estás triste.

—Sí y no.

—Vale, tú mismo.

—Verás, estoy triste porque me voy de casa, porque el colegio donde voy es nuevo para mí y no sé con qué me encontraré. Mira, de entrada, seguro que algunos amigos míos de Padrón no van.

—Bueno pero ya conocerás a otros y te harás amigos nuevos.

Me mira cómo no estando muy conforme con lo que le digo

—Un ejemplo, seguro que el Julito ya no va.

—Pues conocerás a otros Julitos, que a lo mejor acababan siendo más amigos que el Julito de ahora y alguno de ellos, un año sin más, dejarás también de verlos pero quedarán ahí como tus amigos que fueron y te acordarás siempre de ellos como ahora de Julito. Y...

—Vale, vale, pero no me gusta.

—Espera un poco, déjame terminar. A esos Julitos, que irás encontrando a lo largo de tus años de colegio, a la mayaría, los perderás de vista; pero si alguna vez vuelves a encontrarte con ellos, cuando seas mayor, será como si hubierais seguido juntos toda la vida, como si en vez de pasar muchos años sólo hubieran pasado un par de días y volveréis a ser amigos, quizá más amigos que entonces.

Parece que la explicación le convence, aunque no del todo.

Él a lo suyo.

—Si estoy contento es porque voy a ver a otros de mis amigos que sí que van a volver al colegio. Pero estoy triste también porque aquí me lo paso muy bien en vacaciones y porque veo a mi madre.

—Bueno, tú piensa que dentro de tres meses estarás otra vez de vacaciones aquí.

—Eso no lo sé. Estuve tres años sin venir a casa nada más que en verano. Mi madre me ha dicho que fue porque ella no tenía dinero para que yo pudiera venir en Navidad.

—Si, eso les ha pasado a muchos.

—Por eso no puedo hacer cuentas de los días que me quedan para volver, porque no sé si mi madre va a tener dinero.

—Seguro que sí, verás como vienes.

—¿Tú tienes madre?— me espeta de sopetón.

—No, mi madre murió hace muchos años.

—Que pena, ¿no?— me dice como compadeciéndose de mí.

—Sí, es una pena pero es ley de vida.

—A ti, ¿tu madre te pegaba?

Me está sometiendo a un tercer grado un mocoso de 10 años recién cumplidos.

Si —le contesto— cuando la ponía a cien de tanto dar guerra.

—Ja, ja, ja —se ríe— a mí también, cuando hago alguna de las mías, me atiza con la zapatilla— e instintivamente se rasca la nalga derecha.

—Pues a mí, además de con la zapatilla, había veces que me corría a escobazos por el pasillo —le digo un tanto avergonzado de tener que estarle contando mi vida a un mocoso.

—Ja, ,ja, ,ja— vuelve a reír con ganas.

—Como la bruja piruja.

—Sí, como la bruja piruja, pero en versión madre cabreada.

—A mi madre, luego se le pasa y me perdona. ¿A ti te perdonaba tu madre?

—Sí, ellas siempre perdonan.

Se me queda mirando fijo, como asimilando la contestación. Durante un momento, está pensativo y no habla, de pronto me lanza otra pregunta.

—Oye, ¿tu madre lloraba?

Lo dicho, me está sometiendo a un tercer grado y yo cantando de plano.

—Sí, supongo que alguna vez lloraría, pero ya no me

acuerdo.

—La mía si llora— me dice.

Sin dejarme contestarle, continúa:

—¿Sabes cuando llora?

—Pues si no me lo dices, no— le digo.

—Pues suele llorar cuando me faltan pocos días para irme al cole. Lo que pasa es que lo disimula para que yo no la vea, pero la veo. Y también llora alguna vez cuando hablamos de mi padre. Y un día la oí que lloraba a escondidas en su habitación.

Como se descuide, este me hace llorar a mí.

—Escucha —le digo— cuando te faltan pocos días para irte, llora porque le gustaría poderte tener siempre en casa sin necesidad de que te fueras interno y tan lejos. Y el resto de las veces, ¿sabes lo que pasa?

—No— me dice.

—Cuando seas mayor, te darás cuenta de lo que cuesta sacar una familia adelante y ellas, nuestras madres, están solas para apechugar con la labor y hay veces que se vienen abajo y echan de menos a sus maridos para que les ayuden. Pero enseguida se sobreponen, ¿a que sí?

—¿Qué es sobrepone?

—Dejar de llorar y hacer la vida normal.

—Si, eso hace mi madre— Y se me queda mirando pensando quizá que en esos aspectos su madre y la mía son iguales o fueron iguales.

¿Sabes? —le digo— a muchos de nosotros se nos pasó el tiempo sin acertar a agradecerle a nuestras madres lo que hicieron por nosotros y cuando nos dimos cuenta ya era tarde y se habían ido.

Está serio asimilando lo que le digo.

—¿Y tú, lloraste cuando murió tu madre?— me suelta de golpe.

Me salva la campana. Sus amigos vienen por la otra acera. Mundi los ve y no espera a que le conteste, es probable que piense que ya me lo preguntará en otro momento.

—Bueno me voy— dice levantándose del bordillo de la acera.

Yo me quedo sentado.

Adiós, le digo—que ganes muchas canicas.

No creas —me dice— el Rogelio juega muy bien y gana casi siempre.

—Bueno —le contesto dándole ánimos— a lo mejor hoy es uno de esos casi.

Esboza una sonrisa cómplice y se va a encontrarse con sus amigos.

Yo me levanto y cuando me estoy sacudiendo el pantalón oigo que me habla casi desde la otra acera.

—Oye, ¿estás seguro de que perdonan siempre?

—Siempre Mundi, siempre. Ellas son así.

Él me sonrío y, ya con sus amigos, desaparece al doblar la esquina.

II

¡Quieto, quieto!, no te muevas para que no me vean.

Quien me está diciendo esto, con apremio, es Mundi, al que he encontrado viendo las carteleras de los cines, en la vitrinas, sujetas a una serie de columnas, de los soportales de una de las céntricas calles de la ciudad.

—¿Quién no quieres que te vea?

—No mires, unas chicas que van por la otra acera.

—La curiosidad me puede y de reojo, acierto a ver a dos chicas de unos 11 o 12 años que caminan hablando entre sí y riéndose.

—¿Por qué no quieres que te vean?

Mundi, mientras sigue a hurtadillas el movimiento de las otras dos, me dice, en voz baja, algo ininteligible para mí.

—¿Cómo dices?— le inquiero.

—¡Chiiist!, no puedo gritar que me van a oír.

—Es imposible que te oigan, ya están lejos, ¿qué me has dicho?

Él no se fía y se cerciora de que es así. Entonces me susurra.

—Es que una es mi novia.

—¿Sí? —le digo en plan cómplice— ¿y cuál de ellas es tu novia?

Me mira y con orgullo me dice.

—La de la derecha, la de las coletas.

Es una niña delgadita, alta, creo que más alta que él y con muy buena pinta.

—¿No te parece muy pronto para tener novia?

Mientras las sigue con la mirada, está masticando chicle. Hace una pompa que casi le tapa media cara y, sin dejarla explotar, vuelve a metérsela en la boca. Se gira hacia mí, se mete la mano en uno de los bolsillos, auténticos cajones de sastre donde hay de todo y me muestra la palma de la mano con tres porciones de chicle Bazooka en sus correspondientes envolturas.

—¿Quieres? —me dice, mientras fabrica con la lengua otra pompa que al poco hace desaparecer— es el que más me gusta y además trae calcomanías de equipos de fútbol.

No puedo resistir la tentación.

—Bueno —le digo— hace mucho tiempo que no masco chicle.

—A mí me lo suele comprar mi tía— dice como toda explicación.

Mientras desenvuelvo la pastilla de chicle, me veo en la obligación de seguir con la conversación que habíamos iniciado.

—¿Y desde cuando sois novios?— digo, siguiéndole la corriente.

—Ella no lo sabe todavía, pero es mi novia.

—Vamos a ver, si no lo sabe, ¿cómo dices que es tu novia?

—Porque ahora es novia de uno más mayor que yo y no se lo puedo decir.

—¿Cómo de mayor?

—Es un año largo mayor que yo, tiene casi trece.

—¿Sabes cómo se le llama a eso?

—Si no me lo dices, no— me contesta mientras hace otra pompa que no se le rompe tampoco.

—Eso se llama amor platónico, es el resultado de un amor imposible.

—No entiendo qué tienen que ver los platos con que sea mi novia.

Me está poniendo en un brete y no sé cómo salir.

—No tiene nada que ver con platos, viene de un tal Platón, un señor que vivió hace muchos años y que ya

te enseñarán quién era, en el colegio. Verás, tú para ella no existes y sin embargo, ella para ti es lo más.

—En cuanto lea la poesía que le he escrito seguro que deja a su otro novio.

Acto seguido se mete la mano en el bolsillo del pantalón y extrae un trozo de hoja de bloc cuadriculada, en la que se ven una serie de frases escritas.

—Te voy a leer un poco a ver si te gusta. Se saca el chicle de la boca, carraspea y empieza a leer de seguido:

—Y haremos de cada día toda una eternidad de amor que viviremos hasta morir...

—Espera, espera —le digo y él interrumpe la lectura.

—¿Eso que estás leyendo lo has escrito tú?

—Hombre, claro, ¿quién si no? Y conste que eres el primero que lo sabe.

—Verás Mundi, por las pintas, eso parece más un poema que una poesía, pero es lo de menos como le llames; lo importante es que hay un tipo por ahí que se dedica a cantar canciones en francés. Él es egipcio, de orígenes griegos, pero vive en Francia. En una de sus canciones, que escribirá dentro de unos años, dice justo esas mismas frases pero en francés. Se llama Moustaki.

—Qué nombre más raro. No lo he oído nunca. Habrá sido copia de pensamiento.

—Se dice transmisión de pensamiento.

—Bueno, ya sabes a qué me refiero.—hace una pausa—.Me acuerdo cuando el Salva me copió un examen, hasta con las mismas faltas de ortografía y cuando la monja nos dijo que cómo era que teníamos el mismo examen, el Salva le dijo que debía ser la transmisión de pensamiento esa.

—¿Y qué os dijo la monja?

—Nos puso un cero a cada uno y nos dio “calderilla” a los dos para que no tuviéramos envidia.

La verdad es que no sé qué pensar ni qué decir. Le miro a los ojos y me mantiene la mirada, mientras se guarda el papel con la poesía y vuelve a meterse el chicle en la boca. ¿Cómo puede darse esa coincidencia? Decido pasar por encima sin romper nada, pero me dice:

—¿Tú crees en la transmisión de pensamiento esa?
¡Zas!, ya me ha cogido.

—La verdad es que no del todo, aunque, hay veces, en las que me ha pasado algo por el estilo.

Está pensativo, como sopesando lo que me va a decir. Espero que la pregunta sea fácil, aunque de éste se puede esperar cualquier cosa.

—Oye, ¿a tí, a veces, no te pasa una cosa que ya te ha pasado antes y sabes cómo va a terminar?

—¿A ti te ha pasado muchas veces?— le contesto a la gallega, con otra pregunta.

—Si, varias veces y eso que, como soy todavía pequeño, no he tenido ocasión de vivir muchas cosas.

Ahí está, sin inmutarse, sacándome a relucir temas, sobre los que suelo pasar de largo, para no entrar en profundidades que me lleven a terrenos en los que soy profano. Decido volver al principio

—Oye— le digo, tratando de cambiar de tema— ¿y cómo tienes pensado hacerle llegar el poema o lo que sea, a tu novia?

—Hablaré con una prima mía, que va a su clase, para que le meta la poesía entre las páginas de alguno de sus libros, sin que se entere.

—Ya, ¿y cómo va a saber que se la has escrito tú?
Me mira como compadeciéndose de mi ignorancia.

—Al final va mi nombre.

—¿Nombre y dos apellidos?

—¡¡Nooooooooo!! Pondré Mundi, aquí nadie me conoce por Mundi, en el barrio soy Segis, Mundi sólo me llamáis los pínfanos.

—Pues peor me lo pones.

—Verás, firmo como Mundi; cuando yo vuelva de vacaciones, que ya habrá leído la poesía, un día, espero a que salga de su casa y entonces voy en dirección contraria a la suya y cuando me cruce con ella, a un amiguete le encargo que me llame: ¡Mundi! Entonces, ella se dará cuenta de que soy yo el de la poesía.

—Un poco complicado me parece, te diría que más bien rocambolesco, pero mejor dejarlo en complicado para que lo entiendas. Yo en tu lugar, dejaba la cosa como está porque, puede ocurrir, que cuando la conozcas personalmente y hables con ella, te llesves una desilusión porque no es como tú te la imaginabas. Entonces, se romperá el hechizo. De todas formas, ya me contarás en qué queda todo esto.

—Si, pero tú me tendrás que explicar bien qué es eso del amor ése que tiene un nombre tan gracioso.

—Muy gracioso, pero la mayoría a esa edad adolescente y bastante más mayores, hemos padecido un amor, de esos imposibles. Soñábamos con personajes inalcanzables que se veían en el cine, o en revistas, o por la calle, sabiendo que nunca llegaríamos a cruzar siquiera una palabra con ellos.

—¿Y a las chicas les pasa lo mismo?

—Lo mismo, a lo mejor tú eres el amor platónico

para la chica que menos piensas: una vecina, la hermana de algún amigo o cualquier otra.

Ante mi respuesta él adopta una actitud interesante, me imagino que se ve siendo el sueño inalcanzable de un montón de chicas de su edad. Decide seguir a lo suyo.

—Ya, pero, a mí, ella me gusta mucho— dice con un gesto de resignación.

—Pues quién sabe si, cuando te conozca, le gustas también mucho tú a ella— le digo para animarle.

Ha debido surtir efecto porque, acto seguido, mirando el papel que conserva en la mano, me dice:

—¿Quieres que te lea todo el poema?

—Otro día, hoy tengo prisa para echar la quiniela antes de que cierren. Además, me arriesgo a que, el resto de las estrofas, coincidan con algo que ha escrito algún otro artista, del que tú no tienes ni idea y sería demasiado para mi cuerpo. Sólo me faltaba empezar a darle vueltas a teorías de vibraciones cerebrales, cuerpos astrales y telepatías.

—Menuda, las cosas que dices tan raras— dice sonriendo.

—Lo dicho, mejor no meneallo. Bueno, me voy, que tengas suerte con la de las coletas.

—Vale y a ti: Que la suerte te acompañe.

Me lo ha dicho con un brillo especial en sus ojos y acto seguido ha hecho una pompa y esta vez, sí que le ha explotado y desinflada, le cubre, con una especie de velo de chicle, desde parte de la nariz hasta el mentón. Yo, oyéndole, por poco me trago el mío porque, el puñetero, sin inmutarse, va y se adelanta más de 40 años al slogan del señor calvo de Navidad.

Hago como si no lo hubiera oído y me voy.

III

“Lo tengo, no lo tengo, lo tengo, lo tengo”. El que habla es Mundi mientras, en un corro de muchachos, uno de ellos, está pasando, uno a uno, un fajo de cromos con caras de futbolistas.

Espero a que Mundi termine de hacer sus intercambios. Al poco, el grupo se disuelve y Mundi viene hacia mí.

—¡Qué difícil es Basora!, es de los pocos que me faltan para terminar la colección. He tenido que dar otros cuatro jugadores a cambio.

Con cuidado lo mete en un sobre pequeño, junto con otros, después de haberlo tachado en una lista que lleva y que también guarda en el sobre. Luego lo asegura todo con una goma, a la que le da varias vueltas, y se lo mete en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Te gustan las colecciones?— le digo.

—Esta es la que más, aunque también hago de tebeos del “Guerrero del antifaz”. Los de “Roberto Alcázar y Pedrín” también me gustan, pero esa colección la hace mi primo y me los deja.

—¿Y las novelas no te gustan?

—He empezado a leer una de Marcial Lafuente Estefanía, del Oeste— me dice aclarando por si no lo conozco.

—Ya, todas las que escribe son del Oeste. Mucho muerto, ¿no?

—Si, por ahora el chico se ha cargado a seis malos.

—Verás que bien termina, seguro que al final se va con la chica.— apunto.

—No me la destripes, ya te lo contaré cuando la termine.

—¿Te compras muchas novelas?

—¡Nooooo! Sólo una y luego voy a una tienda de libros viejos y la cambio por otra por dos reales. Allí tienen de todo para cambiar, pero lo que más novelas y tebeos. Los de Jaimito me gustan mucho. Cuando termine esta novela la voy a cambiar por una del FBI.

—Veo que no paras de leer.— le digo, viendo lo entusiasmado que está.

—Si, cuando estoy de vacaciones en casa leo mucho, sobre todo, a la hora de la siesta, luego, no tengo tiempo porque me lo paso en la calle con los amigos.

—¿Y a qué jugáis?

—¡Pufff!, a muchas cosas. ¿Tú jugabas a las chapas?
— me pregunta a bote pronto.

—Si, ya lo creo.

—¿Y qué te ponías en la chapa?

—Fotos de ciclistas, porque jugábamos a carreras—
le contesto haciendo memoria.

—Yo, cuando jugamos a carreras, tengo tres chapas con fotos de ciclistas y cuando jugamos al fútbol, pues tengo unas con fotos de futbolistas.

—¿Y con qué sujetas las fotos dentro de la chapa?

—Con un cristalito que sujeto con miga de pan o con jabón. A mí me gustan más las de jabón porque resbalan mejor.

—Cuando jugamos a las carreras —continúa sin de-

jarme intervenir— el Jose se encarga de pintar el recorrido en el suelo, desde la salida hasta la meta y le pone muchas curvas y cuando hay que subir un puerto, el camino lo dibuja muy estrechito para que haya que ir despacio —acompaña con gestos la explicación—. También hacemos carreras de verdad y damos dos vueltas a la manzana corriendo. Siempre gana el Ricardito que es uno que su padre juega al tenis. Cuando sea más mayor quiere ver si puede formar parte del equipo de su colegio en los campeonatos escolares.

—¿Y no jugáis al marro?

—¡¡Siiiiiiii!! ¡Toco marro y salgo! Jugamos de una acera a otra y también al juego del pañuelo y el que tiene el pañuelo se pone en el centro de la calle; como apenas pasan coches...

Guarda un momento silencio y da la sensación como si estuviera valorando algo. Al poco me dice.

—Oye, ¿te importa que mientras hablamos me entrene con el trompo?

—Por supuesto que no, así veo qué tal juegas.

Nos retiramos a una zona sin asfaltar y en el camino bordeamos unos recuadros pintados en el suelo con tiza, donde unas chichas juegan al calderón. Ni corto, ni perezoso, se mete la mano en uno de los bolsillos del pantalón, donde, por el bulto, yo pensaba que llevaba la merienda y saca una peonza con su cordel. El cordel va deshilachado por un extremo y el otro extremo termina en una chapa, a la que el cordel atraviesa por un orificio central y un nudo que hace de tope.

Primero, usando el cordel de radio, hacemos un círculo sobre el suelo de tierra, tan dura que parece

asfalto. De uno de los bolsillos saca cuatro perras gordas que coloca, una encima de otra, en el centro del círculo. Después con parsimonia, se mete en la boca la parte despeluchada del cordel y una vez humedecida, la coloca pegada a la parte más ancha del cono que forma el trompo y mientras mira al lugar donde se encuentran las monedas, con el mismo gesto que un jugador de billar contempla las bolas situadas encima de la mesa, pensando cómo hacer la carambola, él, comienza a enrollar el cordel en torno a la peonza.

Mientras me dice:

—Oye, ¿vosotros cómo elegíais quién salía el primero?

—Pues verás, de muchas formas. A veces pintábamos una raya en el suelo y cada uno tiraba una moneda desde una distancia determinada. Se salía por el orden de la proximidad con que la moneda de cada uno, estuviera de la raya. Otras...

—Sí —me corta— nosotros también lo hacemos así, aunque cuando estamos sólo dos lo hacemos a pies; ya sabes eso de “monta y cabe”.

—Si, es más rápido y estando sólo dos lo mejor— le digo para no llevarle la contraria.

—Voy a ver si las saco todas al lanzar la peonza. Me dice, sin perder de vista el montón de las monedas.

—Es muy difícil— le comento.

Y sin hacerme mucho caso, se mete la chapa del final de cordel entre el anular y el corazón y sujetando la peonza con el dedo pulgar en el clavo y la superficie gruesa opuesta, apoyada entre el índice y el corazón, la lanza con fuerza, de tal forma que, la peonza, da en el montón de monedas y con su giro desplaza a dos de ellas fuera del círculo. La trompa sigue girando a una velocidad endiablada soltando un zumbido.

—¡Muy bien!— le digo.

—Él sin hacerme mucho caso o quizá animado por mi comentario, se ha lanzado a recoger la peonza con la palma de la mano derecha, a la que le hace subir por el hueco de los dedos corazón e índice, mientras sigue girando. La arroja sobre una de las monedas, que próxima a la raya, sale despedida fuera del círculo. La peonza empieza a tambalearse y da la sensación de que está a punto de dejar de girar pero, Mundi no se desanima, la vuelve a recoger y volviendo un poco la cara hacia mí, dice:

—Ahora el pingón— y en vez de lanzarla sobre la moneda con la punta hacia abajo, la echa de costado con lo que, el giro de la parte gruesa de la peonza, al chocar con el borde de la moneda, la expulsa del círculo y deja de girar.

—¡Fenomenal!— le digo.

Mundi la recoge, con aire de triunfador y mirándome me dice:

—Ahora te toca a ti, a ver que tal lo haces.

Puede que haga 50 años que no lanzo una peonza. Miro alrededor, presa de mi sentido del ridículo, por si viniera alguien conocido. Las chicas que estaban jugando al calderón se han debido de cansar y ahora, mientras unas juegan a los cromos, tratando de darles la vuelta a base de palmadas sobre ellos con la mano hueca, otras están jugando a las tabas.

Mundi, adivinando mis pensamientos, se encarga de colocar las monedas y de liar el cordel en torno a la peonza. Me ofrece el artilugio dispuesto para lanzarlo.

—Seguro que lo haces bien— me dice, creo que para animarme.

No es cuestión de salir corriendo por miedo al ridículo, así que, la cojo, me coloco la chapa entre los dedos, la lanzo y ante mi asombro al tirar hacia mi del cordel, para darle más impulso a la peonza, veo que vuelve sujeta al cordel describiendo una trayectoria cuyo recorrido, en milésimas de segundo, intuyo coincide con mi cabeza; así que me agacho y la peonza pasa a escasos milímetros de mi frente, yendo a dar en la pared, que hay detrás de mí, a otros escasos centímetros de una farola y rebotando hacia donde se encuentran las chicas.

—¡Ja, ja, ja! —oigo a Mundi reír— ¿estás seguro de que tú jugabas a esto de pequeño?

—Creo que la culpa ha sido tuya que has liado mal el cordel— musito.

—De eso nada, la culpa ha sido tuya por no saber tirar a tiempo y adelantarte.

Mientras me habla, va hacia donde están las chicas y coge su trompa. Del grupo de chicas oigo una voz que le dice:

—Dile a ese señor si no le parece que es muy mayor para estar jugando a eso.

—Ese señor es mi amigo y juega conmigo a lo que quiere— responde el Mundi en plan protector de desvalidos.

Mientras retorna al lugar donde me encuentro, viene sonriendo y liando el trompo, pero esta vez, para volver a metérselo en el bolsillo.

—¿Y a punzón o tijera?

La pregunta me coge descolocado, pensando que estaba yo, en lo que fui en eso de los juegos de barrio y en lo que me he quedado, a la vista de los resultados.

Como ve que no le respondo insiste.

—Si hombre, si, eso que se colocan unos detrás de otros inclinados, con la cabeza metida entre las piernas del de delante, como si todos formaran una caballo largo y los otros saltan encima...

—Ah, sí —le digo—, perdona, estaba distraído.

Y para que vea que sé lo que me dice continuo:

—Si y que cuando han saltado todos y están encima de los otros, uno de ellos mostrándole uno o dos dedos al que hace de juez, dice: ¿punzón o tijera? El jefe de los que están debajo, haciendo de caballo, contesta y si acierta, los otros pasan a hacer de jumentos y ellos a saltar encima.

Eso— me dice, satisfecho de que me aclare.

—Pues verás, cuando nosotros jugamos a ese juego el Pitu no puede jugar, sus padres no le dejan y hace de árbitro.

—¿Y por qué no le dejan?— pregunto intrigado.

—Pues porque le duele el corazón.

—Hombre, será porque padece del corazón.

—Bueno será por eso, la cuestión es que no juega nunca y cuando le veo me da pena porque le gustaría ser como nosotros. Tampoco hace carreras dando vueltas a la manzana.

—Pobre Pitu, lo tiene que pasar mal. En fin, así es la vida. Hoy ¿a qué vais a jugar?

—No sé, pero hace tiempo que no jugamos al hingue. ¿Sabes cómo se juega? Verás...

—Vale, vale —le digo— otro día me lo explicarás, para ver si jugáis como jugábamos nosotros. Ahora tengo que irme.

Ya me veía clavándome el hique en un pie. Después del éxito de la peonza, cualquier cosa.

—Bueno, en eso quedamos —me dice, conforme con mi propuesta— y se da media vuelta yéndose en busca de sus amigos, supongo, con su niki, sus pantalones cortos, sus sandalias y el bulto descomunal que le producen el trompo en el bolsillo del pantalón, del que le cuelga el final del cordel con la chapa.

IV

No puedo creerme lo que veo. Conforme se va aproximando hacia mí, estoy más seguro de no equivocarme.

—¿Pero, qué te ha pasado?— exclamo sin salir de mi asombro.

—Me caí de la bicicleta— dice escueto.

Como es verano, lleva una camisa medio desabrochada, debajo de la que se ve una escayola, a guisa de coraza, que le envuelve todo el tronco y que se prolonga por su brazo izquierdo, colocado en horizontal a la altura del hombro y doblado por el codo en forma de ele. Para andar tiene que levantar un tanto el cuello porque el brazo escayolado le dificulta la visión. En resumidas cuentas, Mundi, está escayolado desde la cintura hasta la muñeca del brazo izquierdo.

—Pero vamos a ver, alma cándida, te caíste de una bici o de un tercer piso.

—De una bici y no te rías tú también.

Veo que se siente un poco ofendido y trato de suavizar la situación.

—A ver, explícame como fue.

Viendo mi interés se siente más a gusto y empieza su relato.

—Pues verás, el Jose tiene una bici de carreras y su hermana mayor una de chica. El otro día, después de la siesta y aprovechando que su hermana estaba en clase particular, porque ha cateado, nos fuimos él y yo al garaje donde guardan las bicis y me dijo que podía coger la de su hermana, pero que no podíamos estar mucho tiempo porque la clase sólo duraba hora y media y si se enteraba que le cogía su bici, se la cargaba. La bici me venía grande y sólo podía ir de pie sobre los pedales pues al sillín no llegaba. Nos piramos a una calle que no pasaba ningún coche y el Jose, que iba delante, empezó a ir más deprisa y yo detrás y de pronto dijo que hiciéramos un sprint.

—Un poco abusón el Jose, con una bici de carreras él tendría ventaja, ¿no?— le digo por tomar parte en la conversación.

—No creas, no me llevaba tanto. Así que empecé a darle más deprisa y de pronto se rompe el pedal izquierdo y yo que iba a toda pastilla no me maté de milagro del porrazo que me pegué. El Jose seguía a lo suyo y no se dio cuenta de que yo no iba detrás hasta que volvió la cabeza y me vio en el suelo rodeado de gente y no sé si por la impresión o por qué, la cuestión es que él también se cayó aunque no se rompió nada, pero se llenó de rasponazos. Así que nos levantaron y nos llevaron al hospital a los dos, aunque yo no me enteré mucho pues iba medio mareado.

—Te harías mucho daño, ¿no?

—Ni te lo cuento, me he roto el brazo por el húmedo.

—Será por el húmero.

—Bueno será, pero me lo he roto muy cerca del codo,

tal que aquí—y se señala la zona donde la escayola hace el ángulo recto.

—¿Y tienes para mucho tiempo?

—Dice mi madre que para todas las vacaciones y que a lo mejor voy al colegio cuando ya haya empezado el curso.

—¿Estarás muy molesto?

—Si, bastante, cuando sudo me pica y de vez en cuando, mi madre me rasca metiendo una aguja de hacer punto por el hueco que la escayola hace en la espalda.

—Menuda faena, todo el verano sin poder bañarte en el río.

—Si, pero tengo una ventaja, el dueño de ese bar me deja sentarme en una silla a la sombra mientras al resto de mis amigos no les deja y les despacha en cuanto les ve sentarse. Además me coloco los tebeos, cuando los leo, en el brazo como si fuera un aparato de esos que emplean los músicos.

—Un atril.

—Eso.

—Bueno, alguna ventaja tienes.

—Si, la pena es que no puedo ir a pescar cangrejos.

—Ah, ¿pero tú pescas cangrejos?

—Ayudo.

—¿Cómo que ayudas?

—Si, los que los pescan son algunos padres de mis amigos y a nosotros nos llevan para ayudarles a recoger los reteles. Luego, con todos los que han pescado organizan una buena merendola en el bar y a nosotros nos ponen una cazuela aparte para que comamos. ¿A ti te gustan los cangrejos?

—Pues si, ya lo creo.

—Ellos los hacen guisados con tomate.

—Hace una pausa y al poco dice cambiando de tema:

—A mí me da pena el Jose.

—¿Y qué le pasa ahora al Jose?

—Pues que desde lo de la bicicleta, su padre le ha castigado sin bici todo un mes. Y su hermana, no veas, cuando me ve con este andamio puesto, se desternilla de risa.

—¿Te gustaría tener una bici?

—Ya lo creo, aunque lo veo un poco difícil. Las navidades pasadas jugó mi madre un boleto a la Tómbola de Caridad y uno de los premios era una bici; pero ni por esas, nos salió un papelito que ponía: Siga jugando. Dice mi madre que deben de hacer trampas y el último día es cuando meten el boleto de la bici para que la gente juegue el resto de los días.

—Pues no creas que tu madre va muy descaminada.

—¿Tú tuviste bici cuando eras pequeño?

—Pues la verdad es que no. A lo sumo que llegué fue a un triciclo.

—Aquí alguna de las chicas del barrio tiene patines. La hermana del Jose también tiene y además muy chulos, de cojinetes de bolas.

—En el barrio hay un ciclista de los que corren carreras. Cuando viene de entrenarse deja la bici apoyada en uno de los árboles que hay en la acera, cerca del bar, mientras él se toma un porrón de cerveza con gaseosa para recuperarse.

—Buena bebida isotónica, sí señor— le comento.

—No sé lo que es eso.—me dice y sigue a lo suyo—Un

día, al Félix, que monta muy bien, le dejó dar una vuelta con los pies metidos en las rastras y todo. La bici lleva cambio de marcha de piñones y de plato. El otro día estuvimos viendo como cambiaba un tubular. ¿A que no sabes de qué marca es el cambio de marcha que lleva?

—Pues la verdad es que las bicis no son mi fuerte, tu dirás— le contesto haciendo gala de mi ignorancia en la materia.

—Campagnolo— me dice sin apenas dejarme terminar.

Él lo pronuncia “campanolo”, pero le entiendo.

—Mira —me dice— esa que está saltando a la comba, sujetándose las faldas, es la hermana de mi amigo, la dueña de la bici.

La chica no le presta atención y Mundi y yo pasamos de largo.

—Te advierto que el juego de la comba es muy chulo. Hay veces que las chicas del barrio nos dejan jugar con ellas y nos lo pasamos chachi aunque el Jose, de bici mucho, pero de saltar a la comba es un patoso y se pasa el rato dándole a la cuerda mientras saltamos.

—No se puede tener todo— le digo.

—Si— dice, dándome la razón y sintiéndose satisfecho de que, al menos en eso, le gana al Jose.

De pronto caigo en que lleva parte de la escayola pintada con nombres de chicos y chicas.

—Oye, ¿y todos esos nombres?

—¿Ahora te das cuenta? Son nombres de mis amigos del barrio.

—¿Y esos dos corazones con la flecha uno con tu nombre y el otro en blanco?

—Esos me los he pintado yo.
—¿Y por qué el corazón en blanco?
—Porque es mi secreto.
—¿Y no podemos compartirlo?
—Pues no.
—Y cuando te preguntan tus amigos, ¿qué les dices?
—Ja, ja, ja —se ríe— lo mismo que a ti: que todo lo quieren saber.

V

—Estás para una fotografía— le digo.
—Mundi me mira y duda si me estoy quedando con él o se lo digo en serio.
—De verdad, vas hecho un fardón— asevero para que vea que no me estoy riendo de él.

Me lo he encontrado cerca del colegio y va de uniforme: pantalones cortos, medias, camisa blanca, corbata, jersey de pico, chaqueta, capa y gorra. Él se echa la capa hacia atrás en alarde de dominio del vestuario.

—Tengo ganas de que me pongan pantalones largos— me dice como toda respuesta.

—No tengas prisa cuando los llesves querrá decir que por lo menos han pasado dos años y serás dos años más mayor. Vive el día a día de tu vida, todo llegará a su debido tiempo.

—Ya, pero yo tengo ganas de ser más mayor. Creo que para las navidades próximas mi madre me va a poner pantalones bombachos como los de Pedrín. ¿Tú llevaste bombachos?

—Era el paso intermedio entre los cortos y los largos, excepto para los niños que eran altos que pasaban directamente a los largos— le contesto.

—Ese no es mi caso—me dice.

Le miro con detenimiento y no puedo por menos que esbozar una sonrisa.

—¿De qué te ríes?— me dice, un tanto mosca.

—Perdona pero es que me hace gracia verte con esa gorra que se te sujeta en las orejas.

—Vale, gracioso. Ha habido algún listillo que me la ha cambiado y me está grande. Sé quién ha sido, así que cuando vuelva al colegio, esta noche, trataré de arreglar la cosa.

—Mira, si te sirve para algo, te aconsejo que metas una tira de papel dentro de la badana que va rodeando el interior de la gorra; así se hará más estrecha y se te meterá menos en la cabeza. Eso, si no encuentras al que te cambió la gorra. Y no te enfades hombre, era una broma. Mira, para compensar, si te parece, entremos a ese bar a tomar algo, si todavía tienes tiempo, hace mucho que no charlamos y así me cuentas cosas.

—Si, tengo tiempo, quedan tres cuartos de hora para tener que estar en el colegio.

Lo ha dicho todo muy deprisa como si estuviera esperando que le propusiera algo parecido.

Entramos en el bar en cuya televisión, en blanco y negro, están poniendo un programa de entretenimiento para las tardes del domingo. La atmósfera está cargada de humo y las ventanas de cristalería que dan a la calle, totalmente empañadas por la diferencia de temperatura con el exterior.

Observo a Mundi y veo que, conforme vamos adentrándonos en el bar, su mirada no se aparta de una bandeja de churros y porras recién hechos, que hay en la barra del bar ; aunque a lo que huele el establecimiento, es a la fritanga de los calamares.

Nos sentamos en una mesa y mientras se quita la capa y la gorra, le digo:

—Lo mismo te apetece merendar unos churros con chocolate. Así, luego, en el colegio, te da igual lo que te vayan a poner para cenar. Claro que si prefieres un bocadillo de calamares...

—Vale —me dice sin apenas dejarme terminar— me apunto al bocata, tú ya sabes lo que se cena en los colegios.

Así que pedimos. Cuando viene el camarero con los bocadillos en una bandeja, Mundi lo va siguiendo con la mirada, con miedo de que se caiga algún calamar de dentro del bocadillo, ya que éste va a rebosar. Mientras, otro camarero está sirviendo a la mesa de al lado unos churros con chocolate y cuando, con un azucarero metálico, espolvorea los churros que están sobre el plato yo creo que, a Mundi, le aflora un hilillo de saliva por la comisura de los labios y es como si dudara si ha acertado al pedir los calamares.

Falsa alarma, en cuanto se retira el camarero de nuestra mesa me dice:

—¿Puedo empezar?— y, viendo que le asiento con la cabeza, se lanza en un perfecto abordaje sobre uno de los bocadillos y, en un gesto mecánico, perfectamente sincronizado, mientras con las dos manos rodea el bocadillo para impedir que se le caiga ningún calamar, le da un bocado que al introducirse en la boca, antes de empezar a masticar, le produce un abultamiento de

carrillos tal cual el anuncio de Netol. Eso sí, ha calculado mal el mordisco y un trozo largo de anilla de calamar, se le queda colgando de la boca. No se inmuta, deja el resto de bocadillo en el plato y con una mano se introduce el trozo en la boca y empieza a masticar.

—Tranquilo —le digo— no te lo va a quitar nadie y corres peligro de atragantarte.

Mastica un rato y, al poco, cuando ya puede hablar, me dice:

—Es que los calamares así me gustan mucho, en casa, mi madre los pone con salsa negra y me gustan menos.

—Los que pone tu madre en salsa negra se llaman en su tinta, y estarán también muy buenos.

—A mí me gustan más así— me dice escueto.

—Bebe un poco de agua para que te pasen mejor— le aconsejo.

—Ahora viéndole más de cerca me doy cuenta de que tiene la mirada triste.

—Oye —le pregunto—, ¿te pasa algo?

—No, nada importante, es mi primer domingo después de venir de vacaciones de Navidad y me acuerdo de mi casa.

No puedo por menos de acordarme de lo mal que me sentaba el tener que volver al colegio después de una vacaciones. Aquellos viajes largos y tristes, siempre de noche, con aquellas estaciones tan oscuras y más en invierno y la perspectiva de que, como nada, en cinco meses no volvías a casa.

—¿Qué tal te lo has pasado?

—Bien, muy bien, como ves, este año, he podido ir en navidades; ya sabes que ha habido algunos años en que las pasaba en el colegio.

—Pues me alegro, así habrás cargado las pilas. ¿Dónde has pasado la tarde?

—He estado dando vueltas por la Gran Vía, ¿la conoces?

—Ya lo creo, es muy bonita y está siempre llena de gente.

—Si, nosotros la subimos por una acera y la bajamos por la otra y luego al revés. Lo que más me gusta son las carteleras de los cines.

—¿Te gusta el cine?

—Mucho, pero los de la Gran Vía son muy caros. Ahí no vamos, nosotros vamos a los del barrio, son de sesión continua y ponen dos pelis. Además yo sólo puedo ir a las que son “Toleradas para menores”. Es muy bonito ver las caras en grande de los artistas que parece te miran a ti y siento como si no estuviera conmigo, sino viviendo las aventuras de los personajes de las carteleras como uno más de ellos.

—¿Sabes?, había una muy grande en la que se veía un puente hecho con troncos de madera y un militar con gorra parecida a la mía, se titulaba algo así como un puente encima de un río. Bueno no me acuerdo del título pero algo de un puente.

—”El puente sobre el río Kwai” —le digo, en plan abusón— esa peli la llegarán a ver tus hijos el día de mañana y puede que tus nietos.

Se me queda mirando como sin entender lo que le digo.

—Es una película muy buena, pasará a la historia del cine— trato de explicarme para aclararle las ideas.

—Otra que ponen y que me gustaría ver cuando la pongan en el barrio es La vuelta al mundo.

—Si, “La vuelta al mundo en 80 días”, esa película también puede que la vean tus hijos y hasta harán otra nueva con otros artistas y una de dibujos animados.

—Jolín lo que sabes— me dice acto seguido.

—Nosotros solemos hacer concursos sobre nombres de artistas y títulos de películas— y continúa:

—Estas navidades estuve viendo con mis primos “Cerca de la ciudad,” y una del Gordo y del Flaco, que no me acuerdo como se titula. Entramos en el cine a la 4 de la tarde y no salimos hasta las 9 de la noche; la primera nos la vimos dos veces. Cuando vamos al cine, los del barrio, vamos a gallinero, nos lo pasamos muy bien. Otras veces vamos al cine de Educación y Descanso que es muy barato y ponen películas de Rin Tin Tin y del Coyote, aunque muy cortadas porque cambian de rollo cada dos por tres.

Ha terminado el bocadillo y lanza miradas a los churros de los de la mesa de al lado, así que le digo:

—¿Te apetecerían unos churros?

Mira el reloj redondo que hay en la pared tras la barra del bar.

—No, me dice, quedan diez minutos para entrar y me tengo que ir.

—Bueno, pues otra tarde que coincidamos te invitaré.

—Vale— me dice mientras se levanta y se pone la capa y la gorra.

Cuando vamos hacia la puerta, unos clientes en la barra, mientras se toman unos vinos, están comentando los resultados de los partidos que el dueño del bar ha ido colocando en una pizarra junto al reloj y un cartel con la foto de los jugadores del Real Madrid.

Salimos a la calle y hace un frío que pela.

—¿Ves ese que viene por ahí?

Es otro pinfano de su edad, que va deprisa hacia el colegio encogido para tratar de aliviar el frío.

—Ese es Justino, duerme al lado mío y ¿a que no sabes qué la pasa?

—Pues la verdad es que no— le contesto intrigado.

—Pues que duerme con los ojos abiertos.

—¡No me digas!

—Como lo oyes, duerme al lado mío, y duerme con los ojos abiertos como los muertos en las películas, ya te contaré, ahora no me da tiempo.

—Adiós —le digo— nos volveremos a ver, espero que pronto.

—Vale—me dice, levantando la voz y sujetándose la gorra, porque se va alejando, tratando de alcanzar a su compañero—y gracias por el bocadillo, estaba muy bueno.

Siempre me sorprende y me descoloca. Yo emprendo la marcha en sentido contrario pero aún me da tiempo a oír la voz de Mundi llamando a su amigo:

¡Justinooooo!

VOLVER

Autor: Carlos Piserra Velasco

Primer premio del concurso de Relatos 2009

VOLVER es una bella historia de amor entre pínfanos, que muy bien pudo haber sucedido. Su primera parte describe el amor juvenil que surge entre una pínfana del Colegio de la Unión, y un pínfano del Colegio de Santiago, que se desvanece cuando ambos dejan los colegios. En la segunda parte se produce un emotivo encuentro con motivo de la celebración del V Día del Pínfano. Sellarán su amor asistiendo juntos al VI Día del Pínfano, desvelando durante su celebración la sorpresa que cada uno guarda para el otro.

Sonó el despertador y Javier de un salto se puso en pie. Durante muchos años se había convertido en algo mecánico mientras pensaba donde tenía que volar. Aquel día de mayo iba a ser diferente. Cogería el AVE para reunirse con Ana María en Madrid y juntos viajarían a Málaga para celebrar el VI Día del Pínfano. El espejo del lavabo reflejaba el rostro de un hombre que no pasaba desapercibido a la mayoría de las mujeres. Alto, de cuerpo atlético, tez morena y curtido por los aires de medio mundo, era el prototipo del galán de cine de los años sesenta. Mientras se afeitaba recordaba cuando la conoció y como se había producido su

encuentro durante la celebración del V Día del Pínfano.

Su vida se truncó al fallecer el padre, comandante de Artillería y profesor en la Academia de Segovia. Estudiaba 4^o de bachiller en el Instituto y para continuar su formación tuvo que ingresar en los Colegios de Huérfanos del Ejército. Llevaba varias semanas en el Colegio de Santiago, coloquialmente conocido por “El Bajo”, cuando se hizo amigo de Chus, que todas las semanas visitaba a su hermana Carolina en el Colegio de La Unión.

En una de estas visitas acompañó a Chus, que había pedido a su hermana asistiese con una amiga, y para no llamar la atención de las monjas, siempre muy estrictas en las relaciones de sus niñas con los chicos, acordaron que se hiciese pasar por prima de Javier. Después de asearse y sustituir el “trapillo” por el uniforme azul-marino, salieron del Bajo camino de La Unión.

Al llegarles salió al paso la Hermana portera que rápidamente reconoció a Chus, pero no a Javier, a quien miró con ojos inquisidores. Chus explicó a la Hermana que su amigo se llamaba Javier, que estaba también en el colegio y quería ver a una prima. *¿Y cómo se llama tu prima?*, preguntó a Javier la Hermana portera. ¡Santo Cielo!, pensó para sus adentros Chus, ¡Se le había olvidado decir a Javier como se llamaba la amiga de su hermana! *Perdónele, Sor Patrocinio, es muy vergonzoso y está muy asustado*, saltó rápido Chus a la vez que pronunciaba el nombre de Ana María Salazar Torres como presunta prima de Javier. *¡Venga, pasar a la Sala de visitas, que ahora mismo las mando llamar!* Javier sintió un gran alivio, aunque su corazón no dejaba de palpar pensando en cómo sería su “prima” y como la debía saludar.

¿Se debían besar? ¿Le parecería bien a la Hermana portera? A los pocos segundos ya había tomado una decisión, sí, la besaría en la mejilla, era lo normal entre primos. Al rato apareció Carolina acompañada de un ser angelical, o al menos eso le pareció a Javier, quien dirigiéndose hacia ella le dio un par de besos. *Hola Ana María, hacía tiempo que no te veía, ¿qué tal está tu madre?* Bien respondió tímidamente Ana María, *¿y la tuya?* se creyó en la obligación de responder, a la vez que dirigiéndose a Carolina le dijo, *este es mi primo Javier*. Habiéndose saludado y hecho las oportunas presentaciones,

Sor Patrocinio, que las había presenciado, se retiró convencida del parentesco que les unía. *¡Chicos!, exclamó Chus que se había sumido en un silencio expectante, ¡vaya par de actores estáis hechos! ¡se os podría contratar para el teatro!* Una vez se hubo retirado Sor Patrocinio, Javier tomó la mano de Ana María a la vez que balbuceaba “*encantado de conocerte*”, sintiendo como algo que no alcanzaba a definir recorría todo su cuerpo.

A esta primera sucedieron otras muchas visitas. Se saludaban con la mano si no había nadie del colegio presente, pero se besaban si alguien les observaba. Poco a poco fueron intimando, hablando de sus familias, de las cosas del colegio y de sus proyectos futuros. Dejaron de darse la mano, besándose y sintiendo latir con fuerza sus corazones en cada visita. La semana se les hacía larga, contando los días, horas y minutos que faltaban para el próximo encuentro. A veces Javier, aprovechando el recreo saltaba la tapia que separaba ambos colegios, encontrándose con Ana María al fondo del jardín, en donde un atardecer de primavera se dieron su primer beso.

Al terminar el Bachillerato Superior Javier se preparó en el Colegio de Santa Bárbara ingresando al año siguiente en la Academia del Aire. Escribía una carta por semana a Ana María, pero con el tiempo se fueron espaciando, especialmente cuando Magdalena, una bella murciana, se cruzó en su vida. Varias lo habían intentado, pues su fuerte personalidad y saber estar atraía y encandilaba a las mujeres, pero el recuerdo de Ana María había evitado cualquier tentación. Javier se dejó seducir por el enorme atractivo físico de Magdalena, pero al descubrir que era una coqueta incorregible sufrió una tremenda decepción refugiándose en el estudio y la práctica de los deportes. Salió de la Academia y después de cumplir las condiciones exigidas por el Ejército del Aire, solicitó el pase a la situación de supernumerario ingresando en una importante línea aérea. Su vida sentimental se estabilizó cuando conoció a Beatriz, una azafata con la que se casó en Zaragoza, ciudad en la que se instaló el matrimonio. Un hijo y la creación de la primera Escuela de Pilotos en España fueron los hitos que marcaron esta etapa de su vida, pero la fatalidad hizo que Beatriz falleciese en un accidente de aviación.

Pasados unos años tuvo un encuentro casual con Jaime Aguilar, compañero en los Colegios de Huérfanos, que le informó sobre la Asociación y la Web dedicada a los pínfanos. Aquella misma tarde entró en la red, quedando impresionado al contemplar las imágenes e historias de sus antiguos colegios. ¡Qué recuerdos! En un apartado anunciaba la celebración del V Día del Pínfano en Madrid y Toledo. Repasando la lista de asistentes reconoció los nombres de antiguos compañeros, quedando petrificado cuando sus ojos se posaron en uno: Ana María Salazar Torres.

¡Ana María! No lo dudó, formalizó su inscripción como socio y se apuntó a la celebración de los Actos del V Día del Pínfano.

Para Javier el Encuentro se iba a celebrar el sábado, pues el avión que pilotaba procedente de Nueva York llegó cuando todos se habían retirado a sus habitaciones. Al pedir su llave en la recepción solicitó el número de la habitación de Ana María, durmiéndose poco después pensando cuál sería su reacción al encontrarse después de tantos años. Quería estar seguro y reconocerla sin dudar, así que se levantó temprano acercándose a su habitación en el momento en que salían dos mujeres, reconociendo en una de ellas a Ana María. Las siguió hasta el salón donde se servían los desayunos sentándose en una mesa próxima. A los pocos minutos se levantó y saludando cortésmente dijo: *Aquí hay una persona a la que conocí hace tiempo cuando estaba en el Bajo*. Ana María le reconoció, ¡cómo no le iba a reconocer! ¡tantas veces le recordó y soñó con él! Se ruborizó descubriendo que se refería a ella. *¡Ana María!, ¡Javier!*, exclamaron casi al unísono, a la vez que se fundieron en un cariñoso abrazo. *¡Que alegría Ana María!, aunque sabía que te encontraría aquí. ¿Cómo?*, exclamó Ana María, *¿Sabías que iba a venir? Si, vi tu nombre en la lista de asistentes y no he dudado en asistir al V Día del Pínfano*.

¡Hay que darse prisa, solo faltan 10 minutos para que salgan los autobuses, y en Toledo nos esperan!, exclamó uno de los organizadores. Se sentaron juntos en el autobús, ¡tenían que contarse tantas cosas! Ana María, *¿qué es de tu vida, estás casada?*, fue una de las primeras preguntas que le hizo Javier. *Estuve a punto de hacerlo, pero al no estar segura preferí vivir*

con mi madre hasta que falleció. No pararon de hablar en todo el trayecto ni en los días que duraron los Actos del V Día del Pínfano, contándose sus vidas desde que salieron de los Colegios de Huérfanos. Ana María sacó unas oposiciones al Ministerio de Hacienda y había asistido a todos los Días del Pínfano desde su creación. Javier le contó también su vida sin olvidar detalle.

En Toledo visitaron la Academia de Infantería y asistieron a la Asamblea General, interesándose Javier por las Actividades que realizaba la Asociación. Después de la comida y reparto de premios una pertinaz e inoportuna lluvia impidió continuar con la programación prevista. Ana María y Javier enfundados en sus impermeables y protegidos con un paraguas decidieron dar un nostálgico paseo por las tortuosas calles de la ciudad. Paseaban lentamente absortos sintiendo caer la lluvia, cuando Javier acercándose a Ana María le susurró al oído : *¿Podrás perdonarme? ¿Pero por qué?* contestó Ana María. *Por no haberte buscado y dejar pasar el tiempo sin salir a tu encuentro. Es como si tuviéramos que **Volver** a empezar. No, Javier, no tienes que pedir perdón por nada, la vida es así y ahora lo mejor es alegrarnos por este inesperado encuentro,* contestó Ana María a la vez que se acercaba a Javier para protegerse de la lluvia. *¡Eres muy buena Ana María, te prometo que no me olvidaré de ti nunca más!*, y volviéndose hacia ella le dio un delicado beso en la mejilla.

Emotivos y entrañables fueron los actos celebrados en el antiguo Colegio de Santa Bárbara, especialmente cuando se cantó “la muerte no es el final”. Aunque solo estuvo un año, Javier sintió que el tiempo retrocedía recordando aquellos meses de estudio intenso que le

permitieron ingresar en la Academia del Aire. Al terminar la comida del Adiós que tuvo lugar en el Club Militar la Dehesa, se brindó por la Asociación y Javier juntando su copa con la de Ana María exclamó mirándole a los ojos: *¡qué bella y bonita eres!*, a lo que ella contestó: *“los años no pasan en balde y ya no soy la niña que conociste en el Colegio de La Unión, pero agradezco mucho tus palabras”*. Los asistentes que habían presenciado la escena les dedicaron un fuerte aplauso. A continuación Javier se acercó a la mesa de Presidencia saludando a varios miembros de la Junta Directiva coetáneos suyos en los colegios, quienes cruzando miradas de complicidad le presentaron al Presidente y restantes miembros de la Junta, a quienes felicitó por la organización del V Día del Pínfano que le había permitido el encuentro con Ana María. Todo eran abrazos y despedidas al pie del autobús con la promesa de volverse a ver al año siguiente en Málaga durante la celebración del VI Día del Pínfano.

Y ese día estaba a punto de llegar, después de un año de felicidad durante el que se estrechó la relación entre Javier y Ana María. Viajaron por todo el mundo, descubriendo que ya no podrían vivir el uno sin el otro. Al llegar a la estación de Atocha se reunió con Ana María, y juntos subieron al tren que les llevaría hasta Málaga. Al poco de iniciar la marcha cerraron los ojos, pero sus mentes despiertas repasaban la sorpresa que cada uno guardaba para el otro. Javier llevaba una propuesta de matrimonio y trasladarse a vivir a Madrid si ella aceptaba, en tanto que Ana María pensaba cual sería la reacción de Javier cuando le dijera que iba a ser padre.

EPÍLOGO

El tren llegó puntual y un taxi les trasladó a la Residencia Castañón de Mena donde tenían hecha la reserva. Recogiendo las llaves en la recepción se dirigieron a sus habitaciones situadas en la tercera planta. Javier después de refrescarse, recorrió el cerrojo de la puerta que separaba sus habitaciones, a la vez que la golpeaba suavemente con sus nudillos. Al poco se abrió la puerta y apareció una Ana María radiante envuelta en un perfume que le resultaba familiar. *¿Qué te parece?*, exclamó Javier. *¡Oh, muy bien!, ya había estado con mi madre en alguna residencia militar, pero ninguna como ésta*, respondió Ana María. Entrando en la habitación Javier la rodeó por el talle dirigiéndose a la terraza, pero al pasar por delante de un espejo la giró presionando ligeramente su cintura, a la vez que le susurraba al oído, *¡Mira, estás preciosa!*, le dijo sin poderse contener, a la vez que la rodeaba con sus brazos. *Tengo una sorpresa para ti. ¿Qué clase de sorpresa? ¡Dímelo, me tienes en ascuas!*, le espetó con cierto aire de impaciencia Ana María. *Pues, pues...*, balbuceó Javier, *que había pensado en trasladarme a Madrid si quisieras casarte conmigo*. Por un momento, Ana María sintió que se había detenido el tiempo. Bien era cierto que lo había pensado infinidad de veces, pero así, de sopetón, en el momento más inesperado, le había dejado sin aliento... anonadada. *¡Vamos, contesta!, ¿es que me vas a rechazar?*, inquirió expectante Javier. Ana María suspiró profundamente, a la vez que girando sobre sí misma se colocó frente a él sellando su boca con un cálido beso. *Esta es mi respuesta, que quiere decir, ¡sí quiero!, y ahora como no voy a ser menos, también tengo una sorpresa*.

Cogiéndole la mano salieron a la terraza admirando el panorama y la belleza de los jardines situados delante de la fachada principal de la Residencia. Hasta ellos llegaba el rumor del agua que discurría por el conjunto de canalillos situados bajo la terraza. *Ahora soy yo el que siente curiosidad por conocer tu sorpresa*, dijo Javier, a la vez que se colocaba junto a ella. Ana María, que había experimentado un gran alivio con la petición de Javier, sintiendo que su corazón latía con gran fuerza, se tomó un tiempo antes de responder. Estaba segura de que la noticia sería bien recibida, pero era la primera vez que se enfrentaba a una situación así. Con la vista al frente y mirando de reojo a Javier, le dijo sin más: *que vas a ser padre. ¿Qué has dicho?*, saltó Javier dando un respingo hacia atrás. *¡Pues he dicho que vas a ser padre!* Javier, recuperándose del shock exclamó: *¡qué alegría Ana María!, ¡Era lo único que nos faltaba para ser completamente felices!*, y acercándose le devolvió el beso que anteriormente había recibido. *¿Y cómo no me lo habías dicho antes? No lo supe con seguridad hasta dos días antes de venir a Málaga, y pensaba decírtelo en estos días. ¿Y te han dicho qué es? No, todavía no se sabe. ¡Será una niña, seguro!*, apostilló Javier, *¡siempre quise tener una hija!* Bueno, ya veremos, le respondió Ana María, *pero lo que me gustaría es invitar a todos los pínfanos que quieran ir a la boda. Hecho*, contestó Javier, *lo anunciaremos después de la Asamblea General.*

Descansaron un par de horas y, después de una reconfortante ducha, se vistieron adecuadamente para el cóctel y la Cena de Encuentro, servida en uno de los jardines de la Residencia.

Él, traje oscuro, camisa blanca y corbata de color

granate; ella un traje rojo escotado dejando al aire sus bien torneados hombros. Javier al verla no pudo contenerse y exclamó: *¡Estás maravillosa! ¡voy a ser el hombre más envidiado!* Y así fue. Nada más entrar en el hall de recepción todas las miradas de los bulliciosos asistentes al Encuentro confluyeron en la pareja. Amigos y conocidos se acercaron rápidamente a saludarles, en tanto que el resto era informado de la aventura que estaban protagonizando. Saliendo al jardín, Ana María sintió un ligero escalofrío, pidiendo a Javier que le bajara un chal de la habitación, mientras ella, rodeada de compañeros y amigos contestaba a sus preguntas, especialmente de las mujeres, que no disimulaban la admiración que sentían por su acompañante. Javier la cubrió delicadamente con el chal, sentándose ambos en una mesa con tres amigos del colegio y sus correspondientes parejas. Durante la cena Javier se acercó a saludar al Presidente, informándole de sus intenciones matrimoniales y de invitar a todos a la boda, solicitando permiso para dirigirse a los asistentes al día siguiente.

Terminada la Asamblea, el salón en el que había tenido lugar se fue llenando con otros muchos, que no querían perderse la noticia que había venido circulando en las últimas horas. El Presidente cedió la palabra a Javier quien después de saludar a todos, se dirigió a la concurrencia con estas palabras: *“Es para mí una enorme satisfacción comunicaros que Ana María y yo hemos decidido contraer matrimonio a primeros del próximo mes de junio, y por expreso deseo de ella, estáis invitados a la boda todos los pínfanos que quieran asistir con sus respectivas parejas. Os debemos mucho. Debemos mucho a la Asociación, que nos ha permitido volver a encontrar el camino de*

la felicidad". Una calurosa ovación cerró las palabras de Javier, a la vez que compañeros y amigos se acercaron para darles la enhorabuena.

La misa en recuerdo de los padres y pínfanos fallecidos, la colocación de una placa recuerdo en el antiguo Colegio de Nuestra Señora de Luján, así como los restantes actos programados para el VI Día del Pínfano, siguieron los cánones establecidos. La comida de despedida o del Adiós, que tuvo lugar en la Residencia, marcó el final de las celebraciones con el deseo de volverse a encontrar el próximo año.

Javier se trasladó a vivir a Madrid adquiriendo un chalet en una de las zonas residenciales que rodean la capital, dedicándose en su tiempo libre a los preparativos de la boda. Ana María tenía el capricho de celebrarla en la Capilla de su querido Colegio de la Unión, transformado hoy día en Centro Regional de Innovación y Formación, dependiente de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid. El problema era que la Capilla se encontraba en proceso de restauración, y no estaba previsto que se terminara antes del verano. Javier habló con la Consejera consiguiendo que las obras quedaran terminadas en un mes, haciéndose cargo del pago de las horas extraordinarias que fueron necesarias. Fue una auténtica prueba de amor que Ana María supo apreciar. La Capilla quedó preciosa y más, después de que una empresa especializada la adornara con gran cantidad de flores. A la ceremonia asistió el Presidente de la Asociación acompañado de varios miembros de la Junta Directiva, así como numerosos pínfanos que no se quisieron perder el acontecimiento. Durante la celebración, un coro formado por antiguas alumnas recreó los oídos de los asistentes con numerosos

cánticos, algunos de la época de colegio. El ágape se celebró en una finca situada a varios kilómetros de Madrid por la carretera de Burgos, disfrutando algunos de la fiesta hasta altas horas de la mañana.

Habían pasado varios meses desde que se había celebrado la boda, cuando recibieron la visita de la cigüeña que les dejó una preciosa niña, a la que pusieron de nombre Belén. Mientras Ana María daba el pecho a su hija bajo la atenta mirada de Javier, no pudo por menos de exclamar entre dientes —¡Se salió con la suya! ¡Siempre sospeché que tenía una cabeza muy dura!—, pero, con su hija en brazos, y rebosando de satisfacción, pensó que lo más importante era que junto a Javier había encontrado la felicidad.

MI FAMILIA, PINFANOS INCLUIDOS

Autor: Juan Andrés Álvarez Pérez

Un día en el CHOE de la Inmaculada, nos encontramos en el recreo (curso 1955/56).

Estaba con todos mis compañeros y sin embargo solo, enfrascado en mis pensamientos.

Unas veces, pensaba en la familia de mi madre que, casi todos estaban allá en su pueblo.

Otras veces pensaba en la de mi padre, bastante más cerca su mayoría. ¡Qué casualidad! Allí en el mismo Madrid.

Mi tía “Ela”, vivía en la calle Escosura número 23, en la trasera del Parque Móvil Ministerio, al que mi tío Alberto me había llevado una vez en el coche oficial, subiendo por aquella rampa en espiral tan impresionante, hasta el último piso donde me presentó a sus compañeros.

Por la forma de hablarles, se notaba que estaba muy orgulloso de mí, que llevaba puesto el uniforme azul de Pínfano con la gorra de plato, camisa blanca y corbata negra. No llevaba la capa por hacer buen tiempo, últimos de mayo o primeros de junio, por tanto, primavera.

De vuelta a casa desde el PMM, pasamos por una acera sin calle pero con algo de jardín que, desde la

puerta principal situada en la calle Cea Bermúdez, comunicaba con la misma calle Escosura. Durante este pequeño paseo, mi tío me preguntó: ¿Sabes que mi general y su esposa fueron los padrinos de boda de tu tía y mía? Como no tenía ni idea de esto, así se lo dije.

He de aclarar, que mi tío, era funcionario civil de la administración militar, y su general, nada más y nada menos que el famoso e internacionalmente conocido Millán Astray (del que no hace mucho tiempo me enteré que también era protector de los Pífanos/as de Las Mercedes, es decir, que le faltaban un ojo y un brazo, pero le sobraba corazón), al que servía de conductor por ser también buen mecánico (además de otras muchas virtudes castrenses), desde sus tiempos de legionario durante el conflicto civil.

También me contó que, le había llevado varias veces a Alemania en el coche-despacho-cama, antes y durante la II Guerra Mundial. Así que, esta vez, era yo quien me sentía bastante más orgulloso de mi tío, de lo que ya estaba, por conocer algunas de sus verídicas y extraordinarias historias, tal como, la liberación de su pueblo (Rociana del Condado), por él solito, y sin disparar un solo tiro. Por eso lo buscaban algunos comunistas para liquidarlo y se enganchó a la Legión siendo menor de edad; pero eso es otra historia.

Así llegamos al bar que estaba debajo de su casa, donde tenía por costumbre tomar el aperitivo a diario, antes de subir a comer.

Lo suyo era un vaso de vino con unas tapitas; pero para mí pidió: A mi sobrino le pones una “clara” muy fresquita. Se trataba de cerveza con gaseosa La Casera, en otros bares la ponían con La Revoltosa; pero el

asunto era rebajarla de alcohol para que mi tía no le echara la bronca, porque antes de salir, oí que le decía a mi tío, después de la retahíla de recomendaciones habituales —¡Y a ver cómo me traes al niño!— El caso es que tan sobrino era de una como de otro, ya que si ella era hermana de mi padre, él era hermano de mi madre.

Mi tío me contó que le dijo una vez a mi padre “Cuñado, como tu te has casado con mi hermana, yo me voy a casar con la tuya” y así fue. Esto se produjo después de mi nacimiento. Por tal motivo, mis primos son más pequeños que yo, Marilín (5) y Tito (10) (supuestos nombres familiares) y, eso sí, sus apellidos cambiados, o al contrario que los míos.

Mi tío quería pagar y me instaba a que fuera saliendo del bar, porque andábamos muy justo de tiempo y a “La Ela” y a “La Madrina”, no les gustaba que se enfriase el cocido madrileño. Yo me resistía a salir, porque no me quería perder el espectáculo, que consistía en lo siguiente:

Cuando se dejaba propina, el que cobraba voceaba:

¡¡¡BOOOOTEEEE!!! Y, acto seguido, cada uno de sus compañeros de detrás de la barra, se acercaba al aparato que tenía más a mano (campana, cencerro, pandereta), y lo tocaba desaforadamente. Más que la música (que no era), impresionaba, el tesón que ponían en el preludio de dar las gracias, pues cada uno se acercaba a tocar, con lo que en ese momento tuviese en las manos, y la algarabía era muy grande. Solo dejaban de tocar, cuando se había unido a la fanfarria el último rezagado, y entonces, al unísono y con voz potente decían:

¡¡¡GRACIAAAASSS!!!

La semana anterior nos habían visitado, mi tío Diego (el mayor de los hermanos de mi madre), y su esposa Angustias (una gaditana, simpática donde la hubiera), y al oír y ver esta, tal espectáculo, preguntó con su gracia habitual: ¿A qué viene esta juerga chiquillo? A lo que mi tío le dijo: “Na, es que les dejé una perra gorda de propina”. Y ella replicó: “Si por una perra gorda arman tanto jaleo, entonces, si les dieras un real, nos subirían a la casa en camichuche ¿no?”

Del cocido madrileño de mi tía, no quiero contaros mucho por no poner los dientes largos, aparte que desde aquí, no se puede apreciar el esplendor de su olor, sabor ni color, tampoco sus ingredientes, como puede ser la abundante chacina (de la que se adolecía en los del CHOE); pero sí que, en subiendo las escaleras se podían percibir sus olores, y en cuanto se abría la puerta, estos se acrecentaban de tal manera, que inconscientemente se nos aceleraba el paso, y los jugos gástricos preparados, para recibirlos como está mandado.

Estaba a punto de meterme el cocido entre pecho y espalda, cuando oí a mi vera la voz de un Pínfano que me decía:

—Hola, Juan.

—Hola— Le dije sin muchos ánimos de despertar de mi apetitoso sueño.

Era Pepito (le llamaré así por no desvelar su nombre).

—Tu conoces mucho de Madrid. ¿Verdad?

—Bueno... conozco algunas zonas, pues sabes que tengo unos tíos que viven por Quevedo.

Mi tía Isabel que vive en Chamberí, en el nº 15 de la calle Virtudes, su marido (José) tiene una profesión poco común (apuntador de teatro), y tienen una hija

preciosa (Isabel) con 4 o 5 años mayor que yo.

Mi tío Andrés que es maestro, vive con su esposa Emilia en Pueblo Nuevo, al final de la calle Alcalá, donde la Cruz de Los Caídos, tienen 5 hijos: Milagros, Andrés (como su padre y nuestro abuelo), Manuela (como nuestra abuela), Mario y Amelia son los más pequeños; pero todos mayores que yo.

Mi tío Aurelio es maestro, como su hermano mayor; aunque nunca ejerció. Fue Sargento de la Guardia Civil, y al terminar la guerra también lo cesaron, vive por la calle Cartagena en la confluencia con la Avda. de América. Lleva una portería (cedida por su cuñado Alberto) con su esposa María, y tiene 4 hijos: Alfonso (recién casado con Maruja, aceptó la propuesta del Banco de Vizcaya, para dirigir la sucursal de Bata, en Guinea), Paloma (la única hembra), Aurelio (estudia Ingeniería Aeronáutica, pero ahora está haciendo la mili en Aviación, que es lo suyo), y Andrés que es el más pequeño, está de encargado de una juguetería en la calle Fuencarral. Se lo debe pasar bomba probando los juguetes, además que la hija del dueño es un bombón y parece que le mira con muy buenos ojos.

Como puedes imaginar, tengo que conocer algo más que estos lugares, solo por haber visitado mi familia. De manera que, también conozco El Retiro, La Cibeles, La Puerta del Sol, Plaza de España, etc.

—Pero... ¿Por qué me lo preguntas Pepito?

—Porque me dijo mi madre que, mirase la posibilidad de comprarle unas cosas que necesita de Galerías Preciados. He pensado que tú serías muy apropiado para que me acompañes, si quisieras hacerme el favor.

—Pepito, estaría encantado de ayudarte; pero sabes

que los comercios abren los días laborables, y a nosotros nos dan salida los domingos y festivos solamente.

—Ya me encargaré de solucionar ese problema. Y no te preocupes por los gastos, que corren de mi cuenta.

Quedó así pendiente el asunto.

A los pocos días, estando en el estudio, Pepito se acercaba al inspector Monroe y le pedía permiso. Acto diario muy normal para ir al servicio; pero esta vez, no era eso. Al entrar de nuevo en el aula, le dijo otras palabras en voz baja.

El inspector Monroe era impresionante, con su bigote, su traje gris Príncipe de Gales y corbata, una nuez bastante prominente en su largo cuello, que se le notaba a través de la piel cuando subía y bajaba, y su vozarrón muy bien timbrado, no parecía saliese de aquel cuerpo tan delgado; aunque fuerte. Nunca sonreía.

Monroe me sobresaltó diciéndome:

—¡Alvarez, vaya a ver al director!

Y siguió leyendo su periódico.

En este instante pensaba: ¿Qué me habré comido? Pero mi mente no encontraba motivo alguno, lo cual no quitaba dramatismo al momento.

Mientras me dirigía a la puerta, eché una ligera mirada de soslayo a la cara de Pepito, que estaba sentándose en su pupitre; pero esta tampoco me aclaraba nada.

Salí al pasillo y toqué en la puerta de cristales, al mismo tiempo que abriéndola un poco pregunté:

—¿Con su permiso, don Antonio?

—¡Sa, sa, pasa!

El hombre no se mostraba enfadado, antes bien, parecía complacido leyendo el papel que sostenían sus manos.

—Tu compañero Pepito, me ha entregado esta carta de su madre, en la que me pide te permita acompañar a su hijo para hacer ciertas compras en Galerías Preciados, ya que sabes por Madrid y ambos tienen confianza en ti.

Dado que me adjunta una autorización para él, y tú tienes la de tu madre, por mi parte no tengo inconveniente. Así que, si estás conforme, esta tarde después de comer, bien lavados y peinados, os ponéis vuestros uniformes y salís. Él es un chico obediente, de manera que cuidadlo bien.

Con la mano me indicaba que saliese del despacho, al mismo tiempo que pronunciaba las últimas palabras, dando por hecho mi conformidad; no obstante, dije despidiéndome:

—Sí, don Antonio.

Al entrar en el aula, Pepito me preguntó con la mirada. Le contesté afirmando con la cabeza mientras sonreía, y él no cabía en sí de gozo frotándose las manos.

Por la tarde y según lo acordado con “El Sasa”, salimos del colegio tan contentos, y nos dirigimos a la parada del autobús de Arturo Soria. Era el número 9.

Él subió primero ya que llevaba los cuartos. Pidió los dos billetes y los pagó.

Daba gusto ver como empezaba a manejarse solo.

El autobús estaba vacío. Me señaló dos asientos preguntándome:

—¿Aquí?

—Si.

Se sentó al lado de la ventana, y me preguntó:

—¿Dónde nos tenemos que bajar?

—No te preocupes, vamos hasta el final. Luego hasta Sol hay un pequeño paseo, y la calle Preciados está allí mismo.

Llegamos a Sol, y tomando la calle Preciados dirección a Callao, encontramos Galerías Preciados.

Nada más entrar, se hizo otra vez con el mando. Preguntó por la sección en cuestión a una chica, que nos indicó la planta a la que teníamos que subir, por las escaleras mecánicas, o por el ascensor.

Esta vez tampoco me preguntó. Se dirigió decididamente a las escaleras.

—¡Cuidado Pepito! Sujétate primero al pasamanos.

A pesar de mi advertencia, el cuerpo se le desequilibró un poco; no obstante, continuamos sin más problemas. Una escalera tras otra, y aquello para él era pan comido. Tan fácil, que incluso era divertido.

Una vez hecha la compra, por aquel avisado Pínfano (mi misión consistía en vigilar, mientras todo fuese bien), volvimos también por las escaleras mecánicas, hasta la planta baja.

Nada más dejar la escalera, y dispuesto a enfilear la puerta de salida, se paró en seco. Creí que se había olvidado algo; más sonrío y me dice:

—Juan, ¿puedo subir otra vez?

Me auto pregunté: ¿Quién le dice al niño que no?

—Sí... como no.

Por un momento me quedé mirando su ascensión; Pero no tardé en distraerme.

La presencia de una guapísima chica cuidando las flores, y que hacía juego entre ellas por su belleza, atrajo mi atención.

Cuando volví la vista a la escalera... ¡Pepito no estaba! De pronto, vi aparecer una gorra azul por encima del siguiente pasamanos. Era la de Pepito que seguía subiendo. Me tranquilicé.

Cuando bajó, no dijo palabra; Sin embargo, la expresión de su cara sonriente, y el modo de inclinar la cabeza, era una nueva petición, a la que accedí diciéndole:

—Si Pepito; pero luego tenemos que irnos.

Unos doce años después... ¿O quizás catorce? Tal vez pueda aclararlo Pepito.

Destinado en la E.A.I. y Transmisiones del Ejército, en Campamento (Madrid).

Recibí la orden de recoger una cinta urgentemente, con la grabación del nuevo Himno de Ingenieros, para unos actos que se realizarían aquella misma tarde. Al parecer, el enviado por TVE de Prado del Rey (donde se grabó la cinta), había equivocado el destino, entregándola en el Regimiento de Ingenieros. Por eso me dirigí al acuartelamiento contiguo a toda prisa, ya que se aproximaba la hora de la comida.

Era la primera y última vez que pisaba aquel cuartel, de manera que pregunté en el Cuerpo de Guardia por el Gabinete de Radio, y me indicaron que estaba detrás del Patio de Armas. Al final, y supongo que como siempre, muy cerca de donde practicaba la Banda de Cornetas y Tambores.

Llegado al lugar, me disponía a entrar en el edificio, cuando de pronto oí que exclamaban a mis espaldas:

—¡Hola Juan!

Me volví, y vi que era uno de los dos Tenientes que parecían recién estrenados, a los que había saludado al pasar. ¡No entendía nada! Aquella familiaridad me desconcertaba; pero él parecía que estaba seguro de lo que veía, y sonreía ampliamente detrás de aquel enorme bigote (digno de un alumno del Foca), que le tapaba media cara.

—Soy Pepe de...

No terminó la frase que pretendía, porque ya me había percatado, y los dos a un tiempo, nos fundimos en un fuerte abrazo, sin miramientos de ninguna clase.

Como podéis suponer, era el mismo Pepito de las escaleras mecánicas de Galerías Preciados.

A su interpelación de que hacía por allí, le conté, y mirando el reloj me dijo:

—Entra pronto que están a punto de cerrar.

Terminada mi gestión salí del Gabinete y ya no había nadie en las inmediaciones.

Muchos años después de mi destino en Tenerife, conseguí averiguar por un compañero, que Pepito era Tte. Col. y estaba destinado en la Casa Real.

Solo me queda decir de él que, ya desde pequeño, se notaba que llevaba el mando dentro; aunque luego lo practicase.

Por lo contado aquí y por los viejos tiempos en el CHOE, me hubiese gustado estar a la orden de Pepito; sin embargo, me conformaría con otro abrazo como aquel, así que si me lees, comunícate y puede que algún día lo logremos.

Como comprenderéis, esta historia y los personajes no son reales. Los nombres me los inventé, yo nunca

existí y vosotros tampoco. Todo es producto de la imaginación calenturienta de este pinfanoide, al que le sigue subiendo la fiebre por momentos.

Cada cual piense lo que quiera; pero yo me tomaré una virtual píldora antitérmica y, con vuestro permiso, me “empiltro”. Os aconsejo hagáis lo propio.

Deseo felices sueños, a todos mis queridos Pífanos y Pinfanos.

Abracetes.

Julio de 2005



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

<https://www.pinfanos.es>

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
28002 Madrid

Este libro se terminó de reeditar el
veintinueve de abril de 2023

